ORÍGENES DEL MUNDO MEDIEVAL

William Carroll Bark

EDITORIAL UNIVERSITARIA
DE BUENOS AIRES

Título de la obra original:
Origins of the medieval world
Stanford University Press, Stanford, California, 1958

Traducida por:
León Mirlas

EUDEBA. S.E.M.

Fundada por la Universidad de Buenos Aires
"PLAN EDITORIAL 1972/1973"

© 1972
EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES
Rivadavia 1571/73
Sociedad de Economía Mixta
Hecho el depósito de Ley
IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

ÍNDICE

PREFACIO XI

I. PERSPECTIVA DE COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA 1

II. EL PROBLEMA DE LOS PRINCIPIOS DEL MEDIOEVO 7

III. ¿QUÉ OCURRIÓ CON LA PREPONDERANCIA ROMANA EN OCCIDENTE? 39

Los cambios políticos, 39; Los cambios económicos y sociales, 42; El oro y el comercio, 59; La economía natural y el sistema del patronato, 64; Algunas observaciones generales sobre la sociedad romana del bajo imperio, 73; Los comienzos de la nueva sociedad, 75.

IV. LA METAMORFOSIS MEDIEVAL: ASPECTOS DE UN MUNDO CAMBIANTE 83

Los cambiantes de pensamiento y expresión, 86; La sociedad pionera: los monjes misioneros y la conquista de occidente por el cristianismo, 92; Una sociedad cambiante: el sistema señorial, 99; Una sociedad cambiante: la tecnología, la adaptación y la invención, 108.

V. EPÍLOGO SOBRE EL PASADO Y EL PRESENTE 125

BIBLIOGRAFÍA 139

ÍNDICE ALFABÉTICO 147

PREFACIO

En el título omitimos deliberadamente el artículo definido delante de la palabra "Orígenes", ya que no nos proponemos presentar una exposición narrativa, sino ofrecer una interpretación crítica. Específicamente, estudiar cómo y en qué circunstancias concluyó en la Europa Occidental el mundo antiguo y comenzó el medieval. Se han expuesto muchos hechos, presentados en orden cronológico, algunos de ellos muy útiles ciertamente, pero acaso haya llegado la hora de eliminar de la mejor forma posible los escombros de los puntos de vista y las opiniones que ya no son defendibles. No pocas de esas opiniones, algunas muy antiguas y otras muy recientes, son examinadas en las páginas que siguen. En el curso de ese examen se hacen muchos intentos por esclarecer las tendencias generales y poner de manifiesto la tremenda importancia formativa del período estudiado; en suma, para proporcionar el marco sin el cual la simple historia de lo sucedido sólo puede parecer desconcertante e incompleta.

Pese a todos los esfuerzos de los estudiosos de la Edad Media por reparar el daño causado por escritores que usan lentes de diversos colores, ha sido muy difícil inducir al mundo moderno a mirar el escenario medieval sin nociones preconcebidas. Esto ya es algo viejo en el estudio de la historia y tan lamentable como viejo. En este caso significa que casi todo el Occidente ha ignorado una parte crítica de su tradición, una parte de su experiencia que puede tener el poder de hacerle más inteligible su propio carácter.

¿Puede pretender legítimamente hacer semejante cosa el estudio de la historia? De ser así, conviene que nuestra época lo sepa, sobre todo en estos tiempos en que los profetas que se arrogan el papel de historiadores nos llenan los oídos de advertencias sobre una catástrofe próxima. La noticia más reciente es que los Césares vuelven; que, virtualmente, su aliento nos roza el cuello en estos momentos. ¿Puede hacer la historia que el presente sea inteligible para el presente? Los mejores historiadores lo creen posible. Nadie ha destacado este punto con mayor claridad y concisión que R. G. Collingwood. Cuando le preguntaron "para qué" sirve la historia, Collingwood replicó que sirve para que el hombre se conozca a sí mismo. Y, además: "La única clave para indicar qué puede hacer el hombre es lo que ha hecho el hombre" y "El valor de la historia... es que nos enseña qué ha hecho el hombre y por lo tanto qué es el hombre".

Sin duda, sería prudente no aplicar de una manera demasiado rígida la fórmula de Collingwood, pero, teniendo en cuenta la advertencia de Solón a Creso, dejarles cierta elasticidad a la prudencia y a la fragilidad humanas. Todas las claves sólo aparecen cuando un hombre muere y lo mismo se puede decir de una civilización. El historiador puede obtener todos los hechos asequibles, todos los antecedentes posibles y confiar en que servirán. La historia acaso no nos diga todo lo que queremos saber, pero sigue siendo nuestra mejor fuente de información sobre las posibilidades latentes del hombre. Si no podemos conseguir esa información de la historia, no podremos obtenerla ni aun midiendo el peso de diez mil cerebros humanos, ni registrando diez mil aspectos aparentes de la conducta humana, ni con cuadros, diagramas o distintas ecuaciones. Debemos internarnos en la mente humana, en los pensamientos que han llevado y llevan al hombre a hacer inventos, a intervenir en la política, a derrochar dinero, a fabricar supersticiones, a escribir poemas, a emprender negocios, a librar guerras y a hacer todas las demás cosas espléndidas, estúpidas, constructivas y criminales que hace. Para desarrollar un poco el pensamiento de Collingwood, digamos que la única indicación —y no es una garantía— de la dirección en que va el hombre (o un país o una civilización) la proporciona la huella o estela que deja en pos de sí... el testimonio de lo que se ha forzado a hacer o se ha permitido hacer en muchas circunstancias diferentes. El que quiera comprender el carácter de la civilización occidental, que incluye ahora las Américas, Rusia y gran parte del Asia junto con Europa, hará bien en examinar sus orígenes, los obstáculos que ha superado, las decisiones que ha tomado, los cursos que ha empezado a seguir en la difícil época de sus comienzos. Estos antecedentes deben proporcionar por lo menos un material de lectura tan interesante e informativo, aunque menos impresionante, como las noticias necrológicas publicadas por los inspectores cíclicos de vísceras.

Lucien Febvre, en un homenaje a las opiniones de Marc Bloch sobre las obras históricas, observó que Bloch sabía mejor que cualquier otro que el tiempo no se detiene para nadie y que los libros de historia, para ser útiles, deben ser analizados, sopesados, refutados, corregidos y revisados sin cesar. No se podrían escribir palabras más ciertas; como lo añadió Febvre, un hombre tendría que ser estúpido para considerarse infalible. Entre mis esperanzas con respecto a este libro, está la de que su destino sea ser discutido, contradicho y rectificado.

Uno de los más calificados para ejecutar la tarea mencionada en último término es el hombre a quien está dedicado. Aunque este ensayo no debe ser considerado una prueba de ello, M. L. W. Laistner me ha enseñado mucho, hasta la más valiosa de las lecciones: que si se quiere que los estudiantes maduren mentalmente, deben aprender a pensar para sí y por sí mismos. Nada habría podido transmitirse en forma más concluyente y con mayor tacto que esta verdad que me comunicó el más grande de mis maestros.

He contraído muchas deudas de otra índole durante el proceso de investigación, redacción y preparación realizado para publicar estos materiales. Quiero darles las gracias a los funcionarios de la Universidad de Stanford, de la biblioteca de esta universidad y también a su imprenta por su incesante estímulo, consejo y ayuda material. Muchos amigos y colegas han respondido generosamente a los pedidos de consejo y crítica. En ese sentido, debo agradecerle sobre todo al profesor Carl Fremont Brand, del Departamento de Historia de Stanford, quien leyó casi íntegramente los originales y, al hacerme recomendaciones al respecto, me brindó el beneficio de su larga experiencia y agudo sentido crítico. Mi esposa, Eleanor Carlton Bark, con sus comentarios sobre los originales y de muchas otras formas, me ha sido muy útil en todo el desarrollo de mi trabajo.

WILLIAM CARROLL BARK

Frenchman's House
Universidad de Stanford
Noviembre 6 de 1957

CAPÍTULO I

PERSPECTIVA DE COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA

La caída de Roma plantea interrogantes sobre la naturaleza misma de la civilización. Sugirió al difunto profesor Michael Rostovtzeff una lección y una advertencia: "Nuestra civilización no perdurará a menos de que sea no la civilización de una clase, sino la de las masas". Rostovtzeff planteó dos preguntas: "¿Es posible *extender* una civilización superior hasta las clases inferiores sin degradar su nivel y diluir su calidad hasta el punto de desvanecerla? ¿No está predestinada a decaer toda civilización apenas comience a penetrar en las masas?" [1] Vale la pena, para los ciudadanos de una democracia, meditar sobre estos interrogantes en cualquier época, hasta en la nuestra.

Elmer Davis, en una alocución pronunciada ante la Sociedad Phi Beta Kappa, en Harvard, en 1953, "motivada en cierto modo por su fastidio ante las doctrinas del doctor Toynbee", citó la última pregunta de Rostovtzeff con este lacónico comentario: "Sólo podemos decir que, a su debido tiempo, lo descubriremos".[2] Además de aludir varias veces a las opiniones de Toynbee, Davis tenía mucho que decir sobre la caída de Roma, con intencionadas referencias al estado actual de la civilización occidental. Al hacerlo, Davis, a pesar de que es uno de los más inteligentes y bien informados, dista de ser el único observador contemporáneo que vuelve los ojos hacia el pasado romano mientras observa de modo indagador el presente. Como los filósofos de la historia y los estudiosos del presente, los estadistas han analizado repetidas veces nuestra situación basados sobre lo que sucedió a las civilizaciones del ayer, y la mayoría de esos análisis ha vuelto, tarde o temprano, al único caso acerca del cual tenemos información relativamente sustancial: la decadencia y la caída del Imperio Romano. Los diarios y revistas, la radiotelefonía y la televisión, expresan en términos populares esta preocupación mediante alusiones a una nueva e inminente Edad Media de la barbarie, a la nueva agresión de Oriente contra Occidente y a un regreso al despotismo y la esclavitud.

[1] Michael Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire,* Oxford, 1926, pp. 486-487.

[2] Elmer Davis, "¿Merecemos ser salvados? Y, de ser así....., ¿por qué?", *But We Were Born Free,* Indianápolis y Nueva York, 1953, p. 217.

PREFACIO

En el título omitimos deliberadamente el artículo definido delante de la palabra "Orígenes", ya que no nos proponemos presentar una exposición narrativa, sino ofrecer una interpretación crítica. Específicamente, estudiar cómo y en qué circunstancias concluyó en la Europa Occidental el mundo antiguo y comenzó el medieval. Se han expuesto muchos hechos, presentados en orden cronológico, algunos de ellos muy útiles ciertamente, pero acaso haya llegado la hora de eliminar de la mejor forma posible los escombros de los puntos de vista y las opiniones que ya no son defendibles. No pocas de esas opiniones, algunas muy antiguas y otras muy recientes, son examinadas en las páginas que siguen. En el curso de ese examen se hacen muchos intentos por esclarecer las tendencias generales y poner de manifiesto la tremenda importancia formativa del período estudiado; en suma, para proporcionar el marco sin el cual la simple historia de lo sucedido sólo puede parecer desconcertante e incompleta.

Pese a todos los esfuerzos de los estudiosos de la Edad Media por reparar el daño causado por escritores que usan lentes de diversos colores, ha sido muy difícil inducir al mundo moderno a mirar el escenario medieval sin nociones preconcebidas. Esto ya es algo viejo en el estudio de la historia y tan lamentable como viejo. En este caso significa que casi todo el Occidente ha ignorado una parte crítica de su tradición, una parte de su experiencia que puede tener el poder de hacerle más inteligible su propio carácter.

¿Puede pretender legítimamente hacer semejante cosa el estudio de la historia? De ser así, conviene que nuestra época lo sepa, sobre todo en estos tiempos en que los profetas que se arrogan el papel de historiadores nos llenan los oídos de advertencias sobre una catástrofe próxima. La noticia más reciente es que los Césares vuelven; que, virtualmente, su aliento nos roza el cuello en estos momentos. ¿Puede hacer la historia que el presente sea inteligible para el presente? Los mejores historiadores lo creen posible. Nadie ha destacado este punto con mayor claridad y concisión que R. G. Collingwood. Cuando le preguntaron "para qué" sirve la historia, Collingwood replicó que sirve para que el hombre se conozca a sí mismo. Y, además: "La única clave para indicar qué puede hacer el hombre es lo que ha hecho el hombre" y "El valor de la historia... es que nos enseña qué ha hecho el hombre y por lo tanto qué es el hombre".

Sin duda, sería prudente no aplicar de una manera demasiado rígida la fórmula de Collingwood, pero, teniendo en cuenta la advertencia de Solón a Creso, dejarles cierta elasticidad a la prudencia y a la fragilidad humanas. Todas las claves sólo aparecen cuando un hombre muere y lo mismo se puede decir de una civilización. El historiador puede obtener todos los hechos asequibles, todos los antecedentes posibles y confiar en que servirán. La historia acaso no nos diga todo lo que queremos saber, pero sigue siendo nuestra mejor fuente de información sobre las posibilidades latentes del hombre. Si no podemos conseguir esa información de la historia, no podremos obtenerla ni aun midiendo el peso de diez mil cerebros humanos, ni registrando diez mil aspectos aparentes de la conducta humana, ni con cuadros, diagramas o distintas ecuaciones. Debemos internarnos en la mente humana, en los pensamientos que han llevado y llevan al hombre a hacer inventos, a intervenir en la política, a derrochar dinero, a fabricar supersticiones, a escribir poemas, a emprender negocios, a librar guerras y a hacer todas las demás cosas espléndidas, estúpidas, constructivas y criminales que hace. Para desarrollar un poco el pensamiento de Collingwood, digamos que la única indicación —y no es una garantía— de la dirección en que va el hombre (o un país o una civilización) la proporciona la huella o estela que deja en pos de sí... el testimonio de lo que se ha forzado a hacer o se ha permitido hacer en muchas circunstancias diferentes. El que quiera comprender el carácter de la civilización occidental, que incluye ahora las Américas, Rusia y gran parte del Asia junto con Europa, hará bien en examinar sus orígenes, los obstáculos que ha superado, las decisiones que ha tomado, los cursos que ha empezado a seguir en la difícil época de sus comienzos. Estos antecedentes deben proporcionar por lo menos un material de lectura tan interesante e informativo, aunque menos impresionante, como las noticias necrológicas publicadas por los inspectores cíclicos de vísceras.

Lucien Febvre, en un homenaje a las opiniones de Marc Bloch sobre las obras históricas, observó que Bloch sabía mejor que cualquier otro que el tiempo no se detiene para nadie y que los libros de historia, para ser útiles, deben ser analizados, sopesados, refutados, corregidos y revisados sin cesar. No se podrían escribir palabras más ciertas; como lo añadió Febvre, un hombre tendría que ser estúpido para considerarse infalible. Entre mis esperanzas con respecto a este libro, está la de que su destino sea ser discutido, contradicho y rectificado.

Uno de los más calificados para ejecutar la tarea mencionada en último término es el hombre a quien está dedicado. Aunque este ensayo no debe ser considerado una prueba de ello, M. L. W. Laistner me ha enseñado mucho, hasta la más valiosa de las lecciones: que si se quiere que los estudiantes maduren mentalmente, deben aprender a pensar para sí y por sí mismos. Nada habría podido transmitirse en forma más concluyente y con mayor tacto que esta verdad que me comunicó el más grande de mis maestros.

He contraído muchas deudas de otra índole durante el proceso de investigación, redacción y preparación realizado para publicar estos materiales. Quiero darles las gracias a los funcionarios de la Universidad de Stanford, de la biblioteca de esta universidad y también a su imprenta por su incesante estímulo, consejo y ayuda material. Muchos amigos y colegas han respondido generosamente a los pedidos de consejo y crítica. En ese sentido, debo agradecerle sobre todo al profesor Carl Fremont Brand, del Departamento de Historia de Stanford, quien leyó casi íntegramente los originales y, al hacerme recomendaciones al respecto, me brindó el beneficio de su larga experiencia y agudo sentido crítico. Mi esposa, Eleanor Carlton Bark, con sus comentarios sobre los originales y de muchas otras formas, me ha sido muy útil en todo el desarrollo de mi trabajo.

WILLIAM CARROLL BARK

Frenchman's House
Universidad de Stanford
Noviembre 6 de 1957

CAPÍTULO I

PERSPECTIVA DE COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA

La caída de Roma plantea interrogantes sobre la naturaleza misma de la civilización. Sugirió al difunto profesor Michael Rostovtzeff una lección y una advertencia: "Nuestra civilización no perdurará a menos de que sea no la civilización de una clase, sino la de las masas". Rostovtzeff planteó dos preguntas: "¿Es posible *extender* una civilización superior hasta las clases inferiores sin degradar su nivel y diluir su calidad hasta el punto de desvanecerla? ¿No está predestinada a decaer toda civilización apenas comience a penetrar en las masas?" [1] Vale la pena, para los ciudadanos de una democracia, meditar sobre estos interrogantes en cualquier época, hasta en la nuestra.

Elmer Davis, en una alocución pronunciada ante la Sociedad Phi Beta Kappa, en Harvard, en 1953, "motivada en cierto modo por su fastidio ante las doctrinas del doctor Toynbee", citó la última pregunta de Rostovtzeff con este lacónico comentario: "Sólo podemos decir que, a su debido tiempo, lo descubriremos".[2] Además de aludir varias veces a las opiniones de Toynbee, Davis tenía mucho que decir sobre la caída de Roma, con intencionadas referencias al estado actual de la civilización occidental. Al hacerlo, Davis, a pesar de que es uno de los más inteligentes y bien informados, dista de ser el único observador contemporáneo que vuelve los ojos hacia el pasado romano mientras observa de modo indagador el presente. Como los filósofos de la historia y los estudiosos del presente, los estadistas han analizado repetidas veces nuestra situación basados sobre lo que sucedió a las civilizaciones del ayer, y la mayoría de esos análisis ha vuelto, tarde o temprano, al único caso acerca del cual tenemos información relativamente sustancial: la decadencia y la caída del Imperio Romano. Los diarios y revistas, la radiotelefonía y la televisión, expresan en términos populares esta preocupación mediante alusiones a una nueva e inminente Edad Media de la barbarie, a la nueva agresión de Oriente contra Occidente y a un regreso al despotismo y la esclavitud.

[1] Michael Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford, 1926, pp. 486-487.

[2] Elmer Davis, "¿Merecemos ser salvados? Y, de ser así....., ¿por qué?", *But We Were Born Free*, Indianápolis y Nueva York, 1953, p. 217.

El interés por los interrogantes de esta índole y por la búsqueda de respuestas a los mismos en ciertas sombrías evocaciones del pasado, nunca ha sido más vivo que hoy. ¿Tenían razón Spengler y Toynbee? ¿Debemos esperar la decadencia de una civilización envejecida y cansada? Después de todo, la civilización occidental europea, que incluye ahora todo el hemisferio occidental, tiene muchos siglos más de existencia que la grecorromana en la época en que se extinguió. En los cincuenta últimos años, guerras de un carácter particularmente devastador han acentuado y aumentado los signos de un desequilibrio social y moral. Hombres preocupados hablan de un retorno a la barbarie y recuerdan el destino del esplendor griego y del poder romano.

Las sombrías comparaciones entre el presente y el Bajo Imperio son reconocidamente notables y se han adelantado con fuerza y brillo conclusiones basadas en ellas. Con todo, la decadencia y caída tienen otra faceta, descuidada en gran parte: la lenta y difícil aparición y ascensión de la civilización medieval cristiana, la primera etapa de la civilización europea occidental asediada ahora por dificultades. Aunque puede aprenderse mucho del fin de la civilización antigua, se puede aprender otro tanto o más del comienzo de la nueva; y si se puede aprovechar la advertencia de la primera, puede infundirnos valor la segunda. Resulta fácil olvidar que el mundo clásico, a pesar de numerosas semejanzas sorprendentes, era en muchos aspectos esenciales extraño a la actual tradición occidental, mientras que el mundo medieval fue, social y culturalmente, el antecedente y progenitor directo de los tiempos modernos. Rostovtzeff tenía razón, sin duda, en cuanto a la lección y advertencia que significa la caída de Roma, pero sería prudente meditar también acerca de cómo nació nuestra propia civilización, cuáles fueron sus objetivos, en qué condiciones vivió, los obstáculos que superó y las cualidades y el carácter que le dieron vida y vigor. Si hemos de consultar la historia con respecto a los problemas modernos, debemos estar dispuestos no sólo a meditar sobre los errores del pasado, sino también a tener en cuenta sus realizaciones positivas y el espíritu que las hizo posibles. Este libro se ha preocupado por esos objetivos.

¿Cuándo terminó la civilización clásica y empezó la Edad Media? [3] Se han ofrecido fechas en abundancia. Una de las favoritas ha sido

[3] Se ha acumulado ahora una amplia bibliografía sobre este tema. Si se quieren comentarios sucintos y adecuados y, en las dos últimas obras citadas, referencias útiles, consúltese a H. G. Gwatkin y J. P. Whitney, "Preface to Volume I", *The Cambridge Medieval History*, 2ª ed., Cambridge, Inglaterra, 1924, I, vii-ix, y Gwatkin, 1-2 (la 1ª ed. apareció en 1911); Ferdinand Lot, "Introduction", en *Histoire du Moyen Âge*, I, 1ª parte, *Les destinées de l'Empire en Occident de 395 à 768*, París, 1940, pp. i-3; y Herman Aubin, "Die Frage nach der Scheide zwischen Altertum und Mittelalter", *Historische Zeitschrift*, CLXXII, octubre de 1951, 254-63. Ver también el esbozo dado por Oscar Halecki en *Bulletin du Centre International de Synthèse, Section de synthèse historique*, nº 2,

durante largo tiempo el derrocamiento de Rómulo Augústulo en 476. En tiempos más recientes, el año 395, en que murió Teodosio I y con él desapareció la última y fugaz reunificación del Imperio, ha obtenido más adeptos. En el otro extremo, ciertos historiadores británicos quieren retrotraer los comienzos de la Edad Media al período inmediatamente anterior a la conquista normanda. Donde hay tal variedad de opiniones, uno se ve tentado a suponer que es poco lo que depende de la precisión de los datos y a apoyarse en el clisé de que todos los tiempos son épocas de transición, sin "comienzo" ni "fin".

Ni la búsqueda de una fecha exacta ni la negativa a trabajar con fechas tienen mucho de recomendable. El comienzo de la Edad Media fue en realidad una era de transición, pero lo fue en el sentido estrecho y adecuado de la palabra, caracterizada por un cambio insólitamente rápido y significativo y que señala un tránsito decisivo de una etapa a otra. Fue una superposición más bien que una brusca cesación o un fluir intemporal. No se trataba de una fecha o una ausencia de ella, sino de muchas fechas.

Importa saber cuándo empezó la Edad Media porque el momento de su iniciación está ligado inseparablemente al porqué y al cómo de sus comienzos y además permite comprender qué era exactamente la nueva época. Sería tan inútil tratar de comprender a la civilización medieval sin tener en cuenta esas preguntas del cuándo y el porqué, del cómo y el qué, como lo sería tratar de explicar la civilización norteamericana contemporánea sin referirse a la era de la colonización europea, a la revolución y al comienzo de la expansión hacia el oeste. Para comprender una civilización dada o una etapa de una civilización debemos saber qué condiciones acompañaron a su nacimiento y su infancia y averiguar acerca de lo que sucedió antes —sus condiciones prenatales, por así decirlo— todo lo que podamos. Nada podría ilustrar esto en forma más eficaz que la mutación histórica que se examina en este ensayo. En el gradual colapso de la civilización antigua y en el surgimiento de la medieval hay un notable contraste y un juego recíproco entre los valores e instituciones nuevos y viejos. Es aquí donde vemos la superposición

---

diciembre de 1926, pp. 16-22, agregado a la *Revue de synthèse historique*, XLII, 1926. Se podría citar a muchos otros, pero sólo añadiré a Herbert Butterfield, *Man and his past. The Study of the History of Historical Scholarship*, Cambridge, Inglaterra, 1955. Su análisis, que forma parte de un examen de los problemas de la historia universal o general, es, por ese motivo, particularmente significativo. Ver especialmente la p. 44 y ss. Véanse también las recientes observaciones de Paul Lehmann sobre terminología, "Das problem der karolingischen Renaissance", en *Settimane di studio del centro italiano di studi sull'alto medioevo*, I. *I Problemi della civiltà carolingia*, Spoleto, 1954, pp. 309-58, y también el sagaz y divertido análisis de los renacimientos presentado por Angelo Monteverdi, "Il problema del rinascimento carolino", *ibid.* pp. 359-72, sobre todo pp. 366-72. Ver "La discussione" que sigue a la memoria de Monteverdi, pp. 373-77. Esta compilación de eruditas memorias será citada de aquí en adelante con el nombre de *Settimane di studio*.

a que nos hemos referido. Naturalmente, ese juego recíproco hace que resulte imposible fechar el comienzo de la Edad Media con una precisión matemática. Por eso, también, distintos historiadores, algunos al examinar principalmente las innovaciones políticas, otros al asignar mayor peso a los hechos religiosos, económicos o de otra índole, han arribado a fechas tan distintas.

Por cierto podría discutirse largamente la importancia relativa de ciertos hechos. No siempre fue así. Hace medio siglo, George Burton Adams, entonces "decano de los medievalistas norteamericanos", dio expresión a la opinión predominante al hacer notar que "la historia de Europa desde los comienzos del siglo v hasta el fin del IX" había sido investigada en forma tan minuciosa que, en todos los problemas importantes en este terreno, "hay una concordancia general, o casi general, de opiniones, entre los eruditos".[4]

Pero, por suerte, el supuesto consenso demostró no ser tan general, y diversos especialistas —en economía, derecho y filología— siguieron haciendo agregados valiosos al conocimiento, y muchos de ellos modificaron en gran medida el concepto que tenían los historiadores de este período crucial en forma global.

Como cabía esperar, el ataque más serio provino de los llamados historiadores sociales y económicos, de hombres tales como Bloch, Dopsch, Michwitz, Rostovtzeff y Pirenne. En un sentido general, su labor fue esencialmente destructora: hizo indefendible lo que quedaba del viejo consenso, pero no propuso ninguno nuevo en su lugar, ninguna opinión concluyente que pudiera ser adoptada por los historiadores de la religión y de la literatura, por así decirlo, así como por sus propios discípulos. Para que los diversos especialistas se hicieran inteligibles el uno para el otro, debía apelarse a la historia general, con todos los riesgos que ello implicaba.

Este libro es una de esas exhortaciones, una tentativa de enfocar el problema del fin del mundo antiguo y los comienzos del medioevo como un todo. Su objetivo es hacer más clara la relación del período inicial de Occidente con la Antigüedad, por un lado, y por el otro con las etapas posteriores de la civilización occidental. Su método es selectivo y analítico más bien que comprensivo y narrativo. Su hipótesis básica es que el principal valor de la historia medieval no es su aporte a nuestras grandes compilaciones de hechos —a menudo inútiles, farragosos, inco-

[4] "The Present Problems of Medieval History", *International Congress of Arts and Science*, editado por Howard J. Rogers, t. III, Londres y Nueva York, 1906, pp. 126-28. La calificación de Adams como "decano del medievalismo norteamericano" pertenece a James Westfall Thompson, "Profitable fields of Investigation in Medieval History", *American Historial Review*, XVIII, 1913, 490. Se observará que la opinión disidente de Thompson siguió a los pocos años a la publicación de la declaración de Adams. Con todo, entre los medievalistas norteamericanos la opinión de Adams prevaleció durante largo tiempo sobre la de Thompson (*loc. cit.*, p. 491): "Sin embargo, puede hacerse y con provecho buena parte de la labor analítica en un nuevo estudio de un viejo tema". En

nexos, *historia gratia historiae*—, sino su aporte a la comprensión del mundo confuso, heterogéneo, refractario, casi mágico, a que ha llevado el camino emprendido a comienzos de la Edad Media.

A los historiadores norteamericanos les gusta recordar los sacrificios de los fundadores de la nacionalidad y el legado de libertad y dignidad que dejaron a sus sucesores. Pero hubo tantos fundadores de nuestra civilización como de nuestro país, y cabe reconocer que Washington y sus colegas heredaron un rico capital que invertir. Conceptos modernos tales como la igualdad de las mujeres y los derechos y responsabilidades del individuo en la sociedad no son creaciones originales de nuestra propia época; provienen de una tradición antigua y persistente. Lo que nos preocupa, aquí, es el almácigo de la tradición, el período de la historia en el cual esas ideas arraigaron en suelo muy rocoso.[5]

---

ese sentido resulta sorprendente, por no decir otra cosa, que se pueda hallar todavía a un medievalista que diga que ese período carecía de importancia, por lo demás, basándose aparentemente en el principio de que la escasez de pruebas es una indicación segura de la escasez de historia; por ejemplo, Bruce D. Lyon, en un examen del valioso estudio de Robert Latouche titulado *Les origines de l'économie occidentale (IVe-XIe siècle)*, París, 1956, declara que "acaso, después de todo, los historiadores chapados a la antigua tenían razón cuando llegaban a la conclusión de que los albores de la Edad Media fueron siglos relativamente muertos". *American Historical Review*, LXII, 1957, 375.

[5] Como lo ha hecho notar Herbert Butterfield en una reseña crítica de Geoffrey Barraclough, "History in Changing World", Oxford 1955, en *The Cambridge Historical Journal*, XII, 1956, 189-91, es esencial para el hombre occidental, al tratar de afrontar los problemas del presente, el conocimiento de las fuentes de su cultura.

Capítulo II

EL PROBLEMA DE LOS PRINCIPIOS DEL MEDIOEVO

El idioma inglés tiene una predilección por el uso del plural, lo cual se observa fácilmente por la presencia de muchos términos donde los demás idiomas europeos se conforman con exponer la idea en singular. Por eso los escritores británicos examinan los comienzos o los orígenes, pintan los tiempos difíciles, tienen objetivos y finalidades más a menudo que un objetivo o una finalidad, y al examinar su pasado histórico ven en el período medieval no sólo una época, sino varias: la Edad Media entre los tiempos antiguos y los modernos (otro plural). Quizás esta preferencia por el plural se deba a cautela, a una insistencia legalista en cubrir todas las contingencias posibles. Sea cual fuere su raíz, la expresión Edad Media es, en inglés, adecuadamente plural *(Middle Ages)*. Hubo varias etapas en el desarrollo de la era medieval y se las puede distinguir con tanta claridad la una de la otra como de las etapas subsiguientes de los tiempos modernos. Los *principios* de la Edad Media señalan simplemente los orígenes de varias instituciones básicas, ideas, valores y tipos de vida de la nueva civilización europea occidental que siguió a la decadencia de Roma en Occidente; y aquí, de nuevo, se requieren plurales. Pero de este aspecto del tema, los albores de una nueva civilización, diremos después algo más.

En otro sentido, hubo no sólo una Edad Media, sino Edades Medias en nuestro pasado, y ese sentido se expresa en las actitudes filosóficas con respecto al período. Para el Renacimiento, la Edad Media significó una era de barbarie y crudeza góticas. Para un Voltaire o un Bentham fue una "Edad de la Fe", con lo cual implicaban una época de superstición, cuya aburrida extensión, íntegra, no valía siquiera un momento de la luminosa era de esos filósofos. Algunos de los románticos, repudiando esta y otras opiniones "racionalistas", llegaron demasiado lejos en la dirección opuesta y tendieron a enfocar a la Edad Media solamente con lentes de agradables colores. También ellos hallaron lo que buscaban: el espectáculo pintoresco, los caballeros de reluciente armadura que cabalgaban corceles negros como el carbón, las damas de elevada posición que montaban palafrenes blancos como la leche, los castillos, los torneos, las doncellas en apuros, los sacerdotes y monjes amigos de las bromas, los campesinos a la antigua y algunos crueles sarracenos.

Ha habido otras clases de Edades Medias, menos interesantes que éstas, quizás, pero que reflejan con idéntica fidelidad los prejuicios, las necesidades y la erudición de los tiempos que los produjeron. La reacción "científica" ha sido de dos clases principales, ambas un poco emotivas. En primer lugar, hubo una suerte de reacción ante la ignorancia y la superstición supuestamente alentadas por una Iglesia autoritaria, que eran malas porque demoraban el progreso de la ciencia, un término adoptado por los estudiosos de las ciencias naturales para significar en primer término, y casi exclusivamente, el conocimiento de la naturaleza. Lo peculiar de los que así opinan es que miran con gran desdén los errores, cegueras y traspiés de los hombres que los precedieron en tiempos de Galileo, poco más o menos, pero se muestran más tolerantes con los errores cometidos más cerca de su propia época. En segundo lugar, ha habido críticas que seguían lineamientos más o menos médicos y dirigidos principalmente contra la falta de higiene, mala salud general y susceptibilidad a enfermedades propias de la Edad Media. Para los que proponen ese punto de vista, la Edad Media era sucia por propia elección.

Ha habido otros puntos de vista concernientes a la Edad Media, legales, constitucionales, nacionales, religiosos, pero muy probablemente el más constructivo e históricamente útil ha sido el económico. Los historiadores de la economía empezaron a sospechar hace más de medio siglo que se podía extraer importante información al invertir esfuerzos considerables en la Edad Media y han hecho mucho desde entonces para demostrar que tenían razón. Entre los más activos figuraba Henri Pirenne, uno de los más destacados del nutrido grupo de eminentes historiadores producidos por Bélgica en el siglo XX. Dado el brillo de una tesis de Pirenne sobre los albores del medioevo y dada la influencia vivificadora y provocativa de esa tesis, hay que decir algo más, sobre este autor y su interpretación, al presentar el problema de la Edad Media. Cabe añadir de inmediato que su tesis, que hace veinte años gozaba de muy amplia aceptación entre los historiadores del medioevo, ahora no es aceptada virtualmente por ninguno de ellos sin reparos importantes. Este hecho dista de destruir el valor de la obra de Pirenne sobre los comienzos de la Edad Media, pues él ha hecho un aporte de enorme valía al cuestionar las explicaciones aceptadas y al provocar una avalancha de exámenes críticos de los viejos esquemas históricos. En la pléyade de historiadores es uno de los más elogiados, ya que planteó interrogantes.

El resto de este capítulo se propone allanar el camino para presentar la tesis de ese estudio como un todo. Esto puede hacerse, mejor que nada, examinando la naturaleza de la Edad Media y su relación con la Antigüedad. Este "problema de la Edad Media" puede ser encarado, a su vez, con un sucinto examen de la famosa interpretación de Pirenne sobre los comienzos del medioevo y de su condición actual.

Han transcurrido más de treinta y cinco años desde que Pirenne propugnó por primera vez la tesis expuesta finalmente en su libro pós-

tumo, *Mahomet et Charlemagne,* según la cual el comienzo de la Edad Media está ligado en forma inseparable a la expansión del Islam hacia el Occidente y a la destrucción de la unidad del Mediterráneo, mantenida durante largo tiempo por Roma.[1] Mahoma y Carlomagno comparten el título porque, según las palabras de Pirenne, "la rigurosa verdad es que, sin Mahoma, Carlomagno no se podría concebir".[2] No fueron las invasiones germánicas las que provocaron la gran ruptura entre la Antigüedad y la Edad Media, ni los visigodos y ciertamente tampoco los ostrogodos, y ni siquiera los francos merovingios. Esa ruptura es obra de los sarracenos. Su conquista del África del Norte y de España significó que, después del siglo VIII, los francos tuvieran una posición dominante en Occidente. Los musulmanes acentuaron también la separación de Oriente y Occidente, pues su choque con el poder bizantino en el este le impedía al emperador oriental acudir en ayuda del Papado contra los lombardos, y los papas debieron volverse por fuerza hacia el único poder real del oeste de Europa, el del rey franco, que pronto sería emperador.

Fue así como, en opinión de Pirenne, Mahoma le allanó el camino a Carlomagno y puso en marcha toda una sucesión de acontecimientos memorables. El gobierno, la relación de la Iglesia con el Estado, el lugar de la Iglesia en la sociedad, todo cambió.[3] El feudalismo desalojó al Estado centralizado, y la institución eclesiástica tomó a su cargo el gobierno de una sociedad antaño secular. El Mediterráneo se convirtió en un lago musulmán y en la Europa Occidental el centro de la vida debió desplazarse del Mediterráneo hacia el norte. Un largo proceso evolutivo culminó a la larga en el año 800 con la coronación de Carlomagno en Roma y el establecimiento de un nuevo Imperio.[4]

[1] La tesis apareció por primera vez en forma escrita en un artículo publicado en 1922 en la *Revue belge de philologie et d'histoire.* Fue recogida más tarde en muchas obras y cobró su forma definitiva en el libro *Mahomet et Charlemagne,* concluido en 1935 poco antes de la muerte de Pirenne y publicado dos años después bajo la dirección del hijo del autor y de uno de sus ex discípulos, Fernand Vercauteren. En las páginas que siguen se hacen referencias a la segunda edición francesa, París y Bruselas, 1937. Gray Cowan Boyce en "The Legacy of Henri Pirenne", *Byzantion,* XV, 1940-41, 449-64, ha dado un esbozo elocuente e informativo de los objetivos, métodos y realizaciones de Pirenne. Discípulos y colegas del maestro belga de otros países han escrito elogios semejantes. Sobre su inicial y posterior interés por la historia de la alta Edad Media ver también a F. M. Powicke, *Modern Historians and the Study of History. Essays and papers,* Londres, 1955, p. 97. Ver también un examen, principalmente de los aspectos económicos de la tesis y con fines bibliográficos, en el trabajo de Anne Rising "The Fate of Henri Pirenne's Thesis on the Consequences of the Islamic Expansion", *Classica et Medievalia,* XIII, 1952, 87-130. No he podido consultar el informe de Robert López sobre Oriente y Occidente en el comienzo de la Edad Media presentado al Décimo Congreso Internacional de las Ciencias Históricas, reunido en Roma en 1955.

[2] Pirenne, *Mahomet,* p. 210.

[3] *Ibid.,* pp. 4043.

[4] *Ibid.,* pp. 260-61, y véase la sagaz reseña crítica de Einar Joranson, *American Historical Review,* XLIV, 1938-39, 324-25. Nótese el contraste tra-

Lo que parece indicar, para algunos estudiosos, una modificación decisiva del statu quo, es decir, las invasiones germánicas del siglo IV y V, mucho antes del nacimiento del profeta, es considerado por Pirenne una simple novedad política superficial. Nada fue cambiado realmente por los germanos, quienes admiraban las instituciones romanas y querían conservar lo que habían heredado. No introdujeron una nueva forma de gobierno. Políticamente sólo sustituyeron al viejo Estado romano unificado, por una pluralidad de Estados.[5] En este análisis, Pirenne parece haber procedido según la hipótesis de que, si los germanos no habían sido la causa de un cambio, no se había operado ningún cambio. Esta hipótesis es fundamental; de ella depende la validez de su tesis.[6] Si un examen ulterior revelara que, aunque los propios germanos no introdujeron cambios fundamentales, esos cambios ocurrieron, y ocurrieron *antes* de que llegaran los germanos, la relación Mahoma-Carlomagno se vería seriamente conmovida. El avance hacia Occidente de los sarracenos y su dominio del Mediterráneo Occidental sólo sería una parte de un proceso iniciado mucho antes de Mahoma, de Clodoveo y aun de Alarico. Después de todo, lo que los sarracenos desalojaron de España fue la férula gótica, no la romana, y en el norte no fueron los galorromanos quienes se enfrentaron con los nuevos invasores, sino la caballería de sus señores francos. La Galia seguía experimentando un cambio de largo proceso: se estaba convirtiendo en Francia.

La afirmación de Pirenne de que no se operó ningún cambio fundamental en el Occidente romano antes de los sarracenos plantea dudas y problemas bastante parecidos. La antigua vida comercial proseguía, se afirma, sufriendo apenas una reducción debida a la "barbarización" de las costumbres. Lo mismo sucedió con la agricultura, las finanzas, los impuestos y otros aspectos de la organización económica.[7] Pirenne

---

zado entre los primeros invasores germanos y eslavos, árabes, normandos y húngaros, por Fritz Kaphan, "Zwischen Antike und Mittelalter", *Das Donau-Alpenland im Zeitalter St. Severins*, Munich, cca. 1946, pp. 204 y ss. y 208 y ss.

[5] Pirenne, *Mahomet*, p. 123. Ver la reseña crítica de Eileen Power de la traducción inglesa de Bernard Miall de la obra *Mohammed and Charlemagne* de Pirenne, Nueva York, 1939, en la *Economic History Review*, X, 1939-40, pp. 60-62; la reseña crítica de Norman Baynes, en *Journal of Roman Studies*, XIX, 1929, 224-35, de *Les villes du moyen âge*, de Pirenne, de *La fin du monde antique et le début du moyan âge*, de Ferdinand Lot y de *Social and Economic History of the Roman Empire*, de Rostovtzeff. Ver también André Piganiol, "L'Empire chrétien", 325-395, t. IV, parte II, de *Histoire romaine*, ed. Gustave Glotz, París, 1947, p. 422, y Ferdinand Lot, *La fin du monte antique*, edición revisada, París, 1951, p. 531. Esa obra será citada luego como Lot, FMA.

[6] Émilienne Demougeot, *De l'unité à la division de l'empire romain*, 395-410: "Essai sur le gouvernement impérial", París, 1951, proyecta más luz sobre la condición de ambas partes del Imperio. Ver también Robert Latouche, *Les grandes invasions et la crise de l'Occident au Vxe siècle*, París, 1946, pp. 258-59; para la opinión más reciente de Latouche sobre el tema, ver *Les origines de l'économie occidentale*, París, 1956, p. 138 y ss.

[7] Pirenne, *Mahomet*, pp. 98-99.

considera que todavía en el siglo VII nada anunciaba la muerte de la comunidad de civilización establecida por el Imperio Romano. "El nuevo mundo" no perdió el carácter mediterráneo del "mundo antiguo".[8]

Sin embargo, otros han visto el curso de los acontecimientos bajo una luz distinta. Norman Baynes sugirió, hace varios años, que acaso la flota pirata de los vándalos había destruido la unidad del mundo mediterráneo en el siglo V, mucho antes del desarrollo del Islam.[9] François Ganshof y Robert S. López han impugnado la afirmación de Pirenne de que el comercio se paralizó en Occidente después de la expansión sarracena.[10] De los dos ataques, uno contra la forma como trata Pirenne el período que precede a su siglo crítico, 650-750, y el otro contra su interpretación de la era inmediatamente posterior, esto es, la carolingia, se ha insistido hasta ahora más que nada en el segundo. El comercio continuó, y López llama la atención sobre aspectos importantes del problema totalmente descuidados por Pirenne. Así, se advierte que las fluctuaciones en el uso del papiro, de las telas suntuarias del Oriente, de las monedas de oro y las especias se debían a los cambios internos, no sólo en Occidente, sino también en Oriente, según la eficacia de la fiscalización de los monopolios por los bizantinos y los árabes y del sistema de alianzas existentes entre los dos gobiernos orientales. López señala otro punto importante, sugerido después en forma mucho más general por Rostovtzeff, de que también deben tenerse en cuenta las posibles modificaciones del gusto; es posible que los bárbaros occidentales no se interesaran por las brillantes telas y las picantes especias del Oriente tanto como sus predecesores y sucesores, más refinados.[11]

Quizás haya habido, en suma, cambios de importancia tanto en Occidente como en Oriente que nada tienen que ver con la apertura del Mediterráneo a los viajes y al comercio. Por ejemplo, la creencia de Pirenne de que la irrupción del Islam en el Mediterráneo Occidental

---

[8] *Ibid.*, p. 126.

[9] Ver la reseña crítica de Baynes, *loc. cit.*, pp. 224-35. Ver también su artículo "The Decline of the Roman Power in Western Europe. Some Modern Explanations", *Journal of Roman Studies*, XXXIII, 1943. Archibald R. Lewis, en *Naval Power and Trade in the Mediterranean*, 500-1100 d. C., Princeton, 1951, p. 19, nº 58, cree que Baynes exagera el papel del poder marítimo vándalo.

[10] François Ganshof, "Note sur les ports de Provence du Ville au X^e^ siècle", *Revue historique*, CLXXXIII, 1938, 2837, y Robert S. López, "Mohammend and Charlemagne: a Revision", *Speculum*, XVIII, 1943, 14-38. Nótese también la referencia de López a Étienne Sabbe, "L'importation des tissus orientaux en Europe occidentale au haut moyen âge", *Revue belge de philologie et d'histoire*, XIV, 1935, 811-48, 1261-88. Joseph Calmette, *Charlemagne. Sa vie et son oeuvre*, París, 1945, pp. 235-36 y p. 259, nº 4, ha hecho notar que algunos de los golpes más fuertes asestados a ciertas teorías económicas de Pirenne han provenido de sus propios discípulos. Boyce, *loc. cit.*, p. 459, se refiere también a algunas de las opiniones opuestas expresadas por discípulos de Pirenne.

[11] López "Mohammend and Charlemagne", *loc. cit.*, pp. 19, 35, 37, y Rostovtzeff, "The Decay of the Ancient World and Its. Economic Explanations", *Economic History Review*, II, 1930, 197-99. Lot, en una obra de publicación

tuvo una repercusión inmediata en los Países Bajos acaso sea una deformación de proporciones considerables.[12] La circunstancia de que sólo se haya usado ropa de lino o de lana en Occidente al comenzar el período carolingio y de que Carlomagno haya elegido tela frisona para ofrecérsela al califa Harun al Raschid, significa muy probablemente que muchos de los francos activos y combatientes de la época de Carlomagno terminaron por apreciar mucho la ropa de lino y lana, no sólo porque era más barata o se podía conseguir con más facilidad, sino también porque era, en ciertos aspectos, superior a las telas suntuarias orientales. En suma, la reducción de las exportaciones a los francos no se debió simplemente a una obstrucción de los sarracenos de España. La negativa de los gobernantes bizantinos y, en menor grado, de los gobernantes musulmanes de Oriente, de permitir el envío de sus productos a Occidente fue también un factor, y acaso más importante. Es probable que los francos tuviesen poco de cosas que reclamaba el mundo oriental, y, como se ha hecho notar, existe por lo menos la posibilidad de que hubiese disminuido la demanda occidental de artículos suntuarios orientales.[13]

Otro punto débil en la tesis de Pirenne ha de hallarse en los fundamentales cambios económicos operados en la Galia durante el período anterior a la férula de los francos, sobre todo la amplia destrucción del mercado para los productos naturales de la región.[14] Debemos añadir,

---

póstuma, *Nouvelles recherches sur l'impôt foncier et la capitation personelle sous le Bas-Empire*, fasc. 304 de la Biblioteca de la Escuela de Altos Estudios, París, 1955, p. 179, hace también algunos comentarios interesantes sobre este tema.

[12] Henri Pirenne, "The Place of the Netherlands in the Economic History of Mediaeval Europe", *Economic History Review*, t. II, nº 2, 1929, p. 22. En este artículo, Pirenne sugiere también (p. 24), al hablar de la causa del repentino ataque de los nórdicos contra Inglaterra y el continente en el siglo IV, que "es *muy* probable que se lo pueda considerar desde varios puntos de vista una consecuencia de la invasión del Islam". Es, por lo menos, igualmente probable que el movimiento haya sido tan independiente de los sarracenos como las incursiones germánicas o eslavas y mongólicas anteriores y hubiese ocurrido aun sin la conquista sarracena.

[13] Ver Daniel C. Dennet (h.), "Pirenne and Muhammad", *Speculum*, XXIII, 1948, 178-80, sobre la naturaleza de los productos galos de un período inicial de prosperidad y sobre los cambios operados desde que empezó el período franco. Ver también los notables estudios de Maurice Lombard, "Les bases monétaires d'une suprématie economique. L'or musulman du VIIIe au XIe siècle", *Annales*, t. II nº 2, 1947, pp. 143-60, y "Mahomet et Charlemagne. Le problème économique", *Annales*, t. III, nº 2, 1-948, pp. 188-99. En el primer artículo (pp. 143-44), Lombard sostiene que el comercio de los mercaderes levantinos con el Occidente bárbaro era, exclusivamente, de importación. Los países occidentales no tenían nada deseado por el Oriente para pagar sus importaciones, salvo oro. Cuando el suministro de oro occidental se hizo harto reducido, los levantinos perdieron interés.

[14] Dennett, *loc. cit.*, p. 186. Ver Lewis, *Naval Power*, pp. 12-13, 45-47, y

de paso, que Pirenne, repetidas veces y particularmente en este caso, tuvo dificultades a causa de la escasez de la información disponible.[15] Un examen de los "testimonios" que extrajo de Gregorio de Tours es probable que hagan creer al lector que Pirenne no sólo era capaz de hacer ladrillos sin paja: en ocasiones, hasta podía hacerlos sin arcilla.[16]

Los dos problemas fundamentales, el político y el económico, que Pirenne en vano se esforzó por solucionar al sostener atrevidamente que el antiguo sistema romano sobrevivió hasta la era carolingia, aparecen juntos, como un monstruo bicéfalo, en la forma de los reyes merovingios. Con respecto a esos soberanos, en quienes veía la imagen de Roma y de los emperadores bizantinos, Pirenne hizo las más extravagantes afirmaciones. Eran absolutos y muy poderosos tanto en términos militares cuanto en la posesión de una enorme cantidad de oro, en el sentido económico. Además, los gobernantes merovingios aumentaban sin cesar su riqueza en todas las formas posibles, inclusive aceptando enormes subsidios bizantinos; y, como los emperadores de Bizancio, usaban con liberalidad su tesoro con fines políticos.[17] Sin embargo, queda en pie el hecho de que esos reyezuelos, tan notorios por su codicia, no parecen haber tenido mucho interés en intensificar el comercio con los países del Mediterráneo oriental, quizás porque era más fácil y más sencillo aceptar subsidios. No se puede negar que tenían en sus manos la autoridad política y se habían apoderado de muchos tesoros, pero esto no significa que hayan tenido algo más que una concepción muy simple de la relación entre el gobierno y la economía del Estado.[18] Su "absolutismo" sólo se parecía en forma muy superficial al de los ricos potentados del comercio bizantino. Y usar el tesoro con fines simples, tales como el lucro personal, a fin de evitar un peligro inmediato o vengarse, es no comprender y no desarrollar las fuentes de riqueza.[19] Hacer de

---

"Les destinées de l'Empire en Occident de 395 à 888, I de *Histoire du moyen âge* en la *Histoire générale* editada por Gustave Glotz, París, 1940, p. 302. Para un estudio de las ciudades de Galia en el período posterior del Imperio y luego, ver Lot, FMA, pp. 80-83, 517 y la referencia que se hace allí a su ingenioso estudio de la población, *Recherches sur la population et la superficie des cités remontant à la période gallo-romaine*, París, 1945-47 y 1950.

[15] Ver las observaciones de Dennett, *loc. cit.*, pp. 186-88.

[16] Ver, por ejemplo, Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, VII, 45-46, donde se obtiene mucho de casi nada.

[17] Pirenne, *Mahomet*, pp. 40-42.

[18] Lot, *Destinées de l'Empire*, pp. 315-16, bosqueja claramente el carácter voraz, codicioso e inútil de esos reyes. Ver también *L'impôt foncier et la capitation personnelle sous le Bas-Empire et à l'époque franque*, París, 1928, pp. 99-100; esta obra, que se cita a partir de ahora con el título de *L'impôt foncier*, no debe ser confundida con la obra póstuma a que se ha hecho referencia en la nota II. En ese sentido, Pirenne, *Mahomet*, pp. 40-42, no oculta la codicia de los merovingios.

[19] Ver G. I. Bratianu, "La distribution de l'or et les raisons économiques de la division de l'empire romain, *Études byzantines d'histoire economique et sociale*, París, 1938, pp. 57-91; ver especialmente las pp. 75-76 y sus útiles refe-

esos insignificantes príncipes algo más que unos descoloridos espectros de los más grandes emperadores romanos y orientales linda con lo fantástico.

Una razón más para rechazar las afirmaciones de riqueza y absolutismo hechas en favor de esos monarcas es que les faltó la sabiduría política o el poder necesarios para mantener el impuesto a la tierra. Por lo general, se acepta que esto constituye la fuente principal de ingresos de una sociedad agrícola tal como la merovingia a comienzos del siglo VI.[20] Pero a pesar de haber heredado un sistema bien organizado para la recaudación del impuesto a la tierra, perfectamente equipado con registros catastrales y un sistema aduanero para su percepción, los merovingios usaron poco esta fuente de ingresos y la dejaron escapar.[21]

Esto fue, tanto económica como políticamente, un error fatal, ya que condujo de manera inevitable al empobrecimiento de la monarquía y a la fragmentación ulterior de la unidad política de los primeros tiempos. Los herederos de ese proceso de descentralización fueron los aristócratas francos, que, sin duda, comprendían tan poco el sistema impositivo y el comercio como sus colegas reales.

Así como la ceguera de los merovingios no les permitió advertir la importancia del impuesto a la tierra, ni realizar los servicios públicos que lo justificaban, o supervisar su recaudación y revisar para una mayor justicia y eficiencia su prorrateo de vez en cuando, tampoco lograron comprender la verdadera naturaleza de su poder soberano. Esto se demuestra a las claras con su otorgamiento de inmunidades, es decir, su emisión de certificados que impedían a los funcionarios reales la entrada en un territorio determinado y eximían habitualmente a ese territorio del impuesto. Esas inmunidades ayudaron sin duda a realizar realmente lo que no hacía nunca la acción oficial, es decir, abolir el impuesto a la tierra. Como otras inmunidades eximían a los clérigos y a sus agentes de la percepción de derechos de peaje y otros impuestos,

---

rencias en todas partes. Bratianu le hace todas las concesiones posibles a la tesis de Pirenne (ver, por ejemplo, pp. 75 y 77), pero el efecto total de su labor es muy perjudicial para ella.

[20] Ver, por ejemplo, Lot, *Destinées de l'Empire*, p. 316.

[21] Ver Fustel de Coulanges, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, París, 1892, p. 29, y obsérvense las referencias de Pirenne a ese pasaje y otros siguientes de Fustel de Coulange, en *Mahomet*, p. 171 y ss. Pirenne parece haber incurrido aquí en una contradicción, ya que dice que el impuesto a la tierra abarcaba la mayor parte de las rentas de los reyes merovingios y que el impuesto de peaje era, con mucho, la fuente principal de sus riquezas. Admite que ignoraban el valor de sus tierras y las rentas que proporcionaban, pero le cuesta explicar qué sucedía con el impuesto a la tierra comparado con el de peaje. Ver Fustel de Coulanges, *Transformations*, pp. 30, 36 y ss., 40, y Silvester Hofbauer, *Die Ausbildung der grossen Grandherraschaften im Reiche der Merowinger*, Viena, 1927, p. 91, sobre el crecimiento del poder económico y político de la nobleza y sobre los declinantes impuestos a la tierra. Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, V, 28, 34, proyecta una luz interesante sobre la vinculación entre la Iglesia y el abandono del impuesto a la tierra por la monarquía. Ver también Lot, *Destinées de l'Empire*, pp. 315-16.

tales como el derecho de paso por un río o por tierra, los ingresos reales se veían reducidos aún más.[22]

Cabe preguntarse por qué los reyes estaban tan estúpidamente ciegos ante sus mejores intereses. La respuesta de Pirenne fue, en realidad, que los reyes no hacían nada de eso. Su fuente principal de ingresos era el impuesto al comercio, que, a diferencia del impuesto a la tierra, era muy fácil de recaudar y suscitaba poca resistencia. La consecuencia fue que cuando el comercio comenzó a decaer a causa de la expansión marítima de los sarracenos, los ricos gobernantes merovingios se fueron quedando sin dinero.[23] Esto, a su vez, significaba que su pérdida de poder económico y político no se debía a su incapacidad, sino más bien a que los sarracenos cerraban las rutas marítimas al comercio franco. Fue ese hecho, y no la ineptitud real, lo que detuvo el fluir de los torrentes de oro volcados supuestamente por los peajes en las arcas regias.

Esta respuesta elude los verdaderos problemas. Un punto clave, que Pirenne no recogió, aunque lo menciona al pasar, es que el impuesto a la tierra era difícil de recaudar y provocaba mucha resistencia. Cabría preguntar por qué sucedía esto y qué significaba para la realeza. Al parecer los reyes se volvieron débiles aún antes de que su comercio fuese agobiado por la anemia, y el propio Pirenne observa que los aristócratas, al comprender su creciente debilidad, sacaban partido de ella para obtener cada vez más inmunidades.[24] ¿Por qué se debilitaron los príncipes merovingios hasta un extremo tal que sus propios condes podían saquearlos? Difícilmente se podría contestar a esto restando importancia a los hechos relacionados con la tierra, incluidos los fracasos de los gobernantes, y subrayando en cambio la importancia del comercio.

Pirenne hizo más inconsistente aún su alegato al separar virtualmente los aspectos de orden económico de los de orden político, pues ellos eran inseparables en esta sucesión de hechos. Asimismo, aunque Fustel de Coulanges señaló hace mucho el papel de la Iglesia en el otorgamiento de inmunidades y en el debilitamiento del poder real, Pirenne

[22] Consultar Pirenne, *Mahomet*, p. 172; Fustel de Coulanges, *Transformations*, pp. 37-40; Lot, *Destinées de l'Empire*, pp. 316-17, y *L'impôt foncier*, pp. 103-106. Nótese que, en *L'impôt foncier*, p. 106, nº 2, Lot hace la advertencia de que Fustel, en su extenso examen de las inmunidades de *Les origines du système feodal. Le bénéfice et le patronat à l'époque mérovingienne*, París, 1890, usó para la era merovingia diplomas fraguados o rehechos en la era carolingia. Aun así, la amplia significación de las opiniones de Fustel sobre las inmunidades queda intacta. Fustel sabía que todos los diplomas no eran igualmente auténticos, "Le Bénéfice", p. 344, Lot, *L'impôt foncier*, p. 106, admite que, en el curso de los siglos VI y VII, la mayoría de los obispados y monasterios eran eximidos de impuestos y que muchos magnates laicos gozaban de privilegios parecidos. Advierte, asimismo, que esos laicos recibían exenciones no sólo gracias al favor real, sino a veces por la fuerza. Maurice Kroell, *L'immunité franque*, París, 1910, pp. 333-59, enumera los diplomas conocidos como auténticos y los reconocidos como falsos.

[23] Pirenne, *Mahomet*, pp. 172-73.

[24] *Ibid.*, p. 173.

no dio la importancia que correspondía a la influencia de este hecho sobre el curso de los acontecimientos. Es evidente que el carácter de la sociedad franca estaba cambiando —testigo de ello, el debilitamiento del poder absoluto, centralizado, la mayor importancia de los propietarios de tierras locales y la creciente influencia de la Iglesia en este cambio social— *mucho antes de aparecer los sarracenos.* Pirenne vio que el otorgamiento de inmunidades era un resultado de la debilidad del rey, pero no advirtió que esa debilidad ya había sido demostrada en los primeros momentos de la era merovingia con la desaparición de los servicios públicos. Tampoco parece haberle dado debido crédito al testimonio de Gregorio de Tours, aprovechado por otros en forma tan exhaustiva, de que ya en el siglo VI la Iglesia había intervenido para defender a aquellos a quienes la monarquía *no intentaba ya servir,* convirtiéndose desde temprano en un poderosísimo agente de la vida política y económica de la Francia merovingia.[25]

Para quienes usan la historia romana al enfocar el período merovingio, uno de los aspectos más inquietantes de la explicación de Pirenne sobre los comienzos medievales debe ser la escasa importancia que ha asignado a las cambiantes condiciones del Imperio. Este tratamiento, harto enérgico, debió de llevarlo a simplificar con demasía y a veces a ver de un modo deformado la situación posterior, pasando con excesiva rapidez sobre la anterior. La cuestión principal en el contexto presente es si la civilización romana sufrió una modificación seria y significativa entre los *siglos* II y V de la Era Cristiana. Pirenne ni siquiera parece haber advertido esta posibilidad, ya que escribe de la perduración de la *Romania,* de un tipo romano de gobierno absoluto y de la comunidad de civilización romana.

Sin embargo, debe admitirse que nuestra comprensión de los comienzos medievales depende de cómo se miren los albores de la Edad Media. Si se observan desde la perspectiva de la Edad Media posterior solamente, ofrecen un aspecto. Si en cambio se tiene en cuenta también el período inicial de grandeza romana, su aspecto es distinto. Por ello, Rostovtzeff, al *comprender perfectamente* la *naturaleza crucial* de los cambios que se operaron en el Bajo Imperio, puso en guardia contra todo comentario negligente sobre la "decadencia" de la civilización romana, ya que vio en lo que sucedía un "cambio lento y gradual, un cambio de valores en la conciencia del hombre". No obstante, sostuvo que "la *antigua* civilización en su forma grecorromana" desapareció, y subrayó la palabra *"antigua".* Esta desaparición coincidió cronológicamente con la "desintegración política del Imperio Romano y con un gran cambio en su vida económica y social".[26] Se trataba, sin duda, de "un gran

[25] Véase el resumen de Lot *L'impôt foncier,* pp. 86, 124-25. Véanse también Lot, *Destinées de l'Empire,* pp. 315-16, y Gregorio de Tours, V, pp. 28, 24.

[26] Rostovtzeff, "The Decay of the Ancient World", *loc. cit.,* pp. 197-99. Ver también H. St. L. B. Moss, "The Economic Consequences of the Barbarian Invasions", *Economic History Review,* VII, 1936-37, 210, 214; al ofrecer un

cambio", impregnado del más importante y amplio significado para las épocas siguientes. Virtualmente, pasarlo por alto habría sido un vacío fatal en toda tentativa de explicar el problema como un todo. Referirse sólo a la continuación del comercio, en gran parte a cargo de los sirios y judíos residentes en la Galia franca, y a la perduración de puertos de mar y de ciudades, poco podía hacer para justificar un hecho de compleja evolución. Para una situación tan multifacética, la explicación "sarracena" de Pirenne era demasiado simple. [27]

Surgen otras interrogantes, en rápida sucesión. Una inmediata comparación de Oriente con Occidente, por ejemplo, debe sugerir ciertas líneas de pensamiento. ¿No se podría asignar más importancia de lo que Pirenne estaba dispuesto a hacerlo al contraste entre Oriente y Occidente? [28] Tiene gran trascendencia el hecho de que los fundamentos

---

análisis de ciertas opiniones económicas de Pirenne y del maestro austríaco Alfons Dopsch, Moss pregunta con razón qué ha sido del "gran cambio" de Rostovtzeff. Interpreta la "economía doméstica cerrada" de la Europa Occidental alrededor del año 800 como "debida directamente al colapso del gobierno romano, de sus comunicaciones y su comercio" y ubica la encrucijada crítica en el período 235-85 d. C. Este medio siglo ha sido reconocido por muchos especialistas como el período inicial, si no por Pirenne y otros que han trabajado retrocediendo desde un período posterior hasta otro anterior, como una época de cambio vital, drástica, acaso la más decisiva de las muchas encrucijadas desde alrededor del 180 hasta aproximadamente el año 500 d. C. También hay que prestarle atención a un grupo de artículos que discuten las opiniones de Pirenne sobre los orígenes de la clase comercial dominante en las nuevas ciudades que surgían en la Edad Media. El debate se refiere a un período posterior al tema de esta memoria, pero convienen ciertas observaciones. Lucien Febvre introduce el tema con un esbozo titulado "Fils de riches ou nouveaux riches?", *Annales*, t. I, nº 2, 1946, pp. 139-42. Luego viene el artículo "Les origines du patriciat urbain. Henri Pirenne s'est il trompé?". La parte I, "La thèse", pp. 143-48, es del abate Jean Lestocquoy, y la parte II, "La discussion", pp. 148-53, de Georges Espinas. Febvre señala que Pirenne presentó esta tesis en el Congreso Histórico Internacional de Londres, en 1913, y que su disertación se publicó en inglés al año siguiente en el *American Historical Review*. En el curso de la discusión se mencionó que Pirenne tenía tendencia a generalizar con harta facilidad basándose en pruebas localizadas con las que estaba muy familiarizado y a extender sus hallazgos a un sector mucho más amplio. Como lo expresa Febvre, p. 139, "El que Pirenne conocía mal Italia, es un hecho conocido. No lo ocultaba. Trabajaba sobre documentos nórdicos... No se informaba gran cosa sobre el Mediodía ni sobre Italia". Espinas, al presentar sus objeciones, observa, p. 148: *"Il est evident, ici, que le grand historien qu'était Henri Pirenne, voyait —et devait voir —les choses de haut. Peut-être, malgré cette sort de divination qu'il semblait posséder, les voyait-il parfois, malgré lui, d'un peu trop haut"*. Ver también Lestocquoy, "The Tenth Century", *Economic History Review*, XVII, 1947, 1-14.

[27] Pirenne, *Mahomet*, pp. 62-78. Sus pruebas suelen ser extrañas; consúltese *Mahomet*, p. 83, y compárese con Lot, *Destinées de l'Empire*, pp. 365-66. Sobre los comerciantes orientales, véase Lombard, "L'or musulman", *loc cit.*, p. 144; Dennett, "Pirenne", *loc. cit.*; y, sobre todo, Édouard Salin, *La civilisation mérovingienne d'après les sépultures, les textes et le laboratoire*, parte I, "Les idées et les faits", París 1949, pp. 143-51 y 201-4.

[28] Al iniciar su estudio de la navegación oriental, *Mahomet*, p. 62, consideró suficiente hacer notar solamente que, de las dos partes del Imperio, la griega

económicos y sociales de los sectores oriental y occidental del Imperio Romano fuesen tan distintos. La forma como respondían a la rígida estabilización realizada por los emperadores del siglo IV basta para subrayar el punto. El Oriente tenía una larga historia de monopolio y fiscalización helénicos detrás de sí y disfrutaba de una relativa prosperidad. El Oriente era más urbano, el Occidente más rural, y el comercio y la industria tenían bases mucho más sólidas en el uno que en el otro.[29]

Cabría preguntar también por qué, si la Galia merovingia prosperaba tan extraordinariamente antes de la invasión musulmana, como lo sostiene Pirenne, los francos no crearon otras rutas permanentes para el comercio a través de Italia y del Adriático o por el camino terrestre hacia el este, a Rusia.[30] En realidad, se comerciaba a lo largo de esas rutas, así como también subsistía algún comercio marítimo en el sur de Francia. Pero ese intercambio había mermado, mucho antes de las incursiones musulmanas, debido a la escasa capacidad del Occidente para producir en las condiciones que imperaron después del siglo III.[31] Galia había sufrido la guerra civil, la destrucción de sus mercados, la invasión y el débil y negligente gobierno de los merovingios. No fue, pues, la clausura por los musulmanes de las rutas marítimas o su hostilidad frente a Occidente, salvo al principio, lo que redujo el comercio.[32] Más bien fueron la debilidad interna y la ineficiencia, como también la creciente pobreza con respecto a la exportación de bienes. Los musul-

---

fue siempre más adelantada en punto a civilización que la latina. *"Inutile d'insister sur ce fait évident"*. No se trataba de insistir en todo eso, desde luego, sino de explicarlo.

[29] Ver Bratianu, "La distribution de l'or", *loc. cit.*, y también "Une nouvelle histoire de l'Europe au moyen âge; la fin du monde antique et le triomphe de l'orient", *Revue belge de philologie et d'histoire*, XVIII, 1939. La producción de obras sobre la acuñación de moneda y los metales preciosos en general durante la Edad Media fue amplia e incesante en estas últimas décadas y al parecer ese tema seguirá suscitando atención. Las obras de Dopsch, Mickwitz, Cipolla y Marc Bloch son útiles para el período discutido, pero casi todos los estudios más amplios de especialistas del período, como Stein, Lot, Rostovtzeff y Pirenne, han tenido algo que decir a este respecto. Consúltese también, más recientemente, a Sture Bolin, "Mohammed, Charlemagne and Ruric", *The Scandinavian History Review*, I, 1953, 5-39, y Édouard Perroy, "Encore Mahomet et Charlemagne", *Revue Historique*, CCXII, 1954, 232-38 y sus citas.

[30] Véase la referencia de Eileen Power a este punto, en su reseña crítica del *Mahomet et Charlemagne*, de Pirenne, *loc. cit.*, p. 61. Ver también J. Brutzkus, "Trade with Eastern Europa, 800-1200", *Economic History Review*, XIII, 1943, 31-41, un artículo presentado en 1937, traducido y arreglado por M. M. Postan y Eileen Power y publicado después de la muerte del autor. Encontramos aquí más pruebas de que el comercio prosiguió después de la expansión sarracena, pero, a todas luces, no era de suficiente volumen para enriquecer a Occidente. Ver también en Bolin, *loc. cit.*, p. 24 y ss., algunas opiniones interesantes que el autor promete exponer pronto en forma más completa.

[31] Ver Salin, *La civilisation merovingienne*, p. 202 y ss.

[32] *Ibid.*, p. 202. Ver también Lestocquoy, "De l'unité à la pluralité: le paysage urbain en Gaule du Ve au IXe siècle, *Annales*, VIII, 1953, 159-72, sobre la reducción de las ciudades.

manes contribuyeron en realidad, más tarde, a la restauración del comercio de Occidente con el Oriente musulmán y bizantino".[33]

La rápida prosperidad comercial de los sarracenos plantea un par de preguntas más. Pirenne le asignaba gran importancia a la unidad mediterránea; se trataba, presuntamente, de algo vital. Sin embargo, los sarracenos, quienes sólo dominaban ciertas partes del mar, estaban en condiciones de mantener un floreciente comercio marítimo. Hay que llegar a la conclusión de que lo que tanto importaba no era la unidad del mar, sino más bien el *status* económico de los hombres que querían usarlo. El mar sólo era un camino, no una garantía de éxito comercial. Si los pueblos del Occidente europeo no tenían nada que transportar, tanto daba que el extremo occidental del camino estuviese bloqueado por los vándalos o los musulmanes o no, como en los siglos IV y V y partes del VI. No debemos olvidar que en este último siglo, el rico Imperio bizantino pudo, a un costo enorme, invadir el Mediterráneo. Más tarde, con todo, los bizantinos no lograron mantener a los lombardos fuera de Italia, y los árabes les arrebataron con rapidez y facilidad sus posesiones africanas y españolas.[34] Evidentemente, los sarracenos trajeron un elemento que faltaba desde hacía mucho tiempo en la harto voraz economía de la Roma imperial.[35]

La empresa económica sarracena, sostenida por suministros de oro recién hallados, debía contribuir en mucho a despertar a Occidente a una nueva y distinta vida comercial.[36]

Una de las inferencias más interesantes y forzadas de la estructuración hecha por Pirenne de la historia política y económica del período franco surge de su conjetura de que había una neta distinción entre los

[33] Ver Lombard, "Mahomet et Charlemagne", *loc. cit.*, pp. 96-99.

[34] Lot, *Les invasions germaniques. La pénétration mutuelle du monde barbare et du monde romain*, París, 1945, p. 151 y ss.: "Sin embargo, la dominación bizantina se habría prolongado acaso, aunque penosamente, sin el previsible accidente del nacimiento y la expansión del Islam". Esto hubiera sido una tregua de dudoso valor.

[35] Me refiero al fracaso de las autoridades romanas en su tentativa de crear un sistema aprovechable de libre empresa para sustituir el viejo sistema de saquear de diversas formas las zonas realmente productivas del Imperio, obteniendo de ellas el mantenimiento para Roma e Italia y dándoles, a cambio, al menos por algún tiempo, una administración unificada y protección. Ver los recientes comentarios de Lot, *La Gaule. Les fondements ethniques, sociaux et économiques de la nation française*, París, 1947, pp. 386-87. Entre los hechos que llevaron al nacimiento de una nueva economía en la Europa medieval, —porque era totalmente distinta de la de la Antigüedad— yo incluiría naturalmente algo más que la riqueza de los musulmanes y su deseo de hallar nuevos mercados y nuevas fuentes de abastecimiento. Fueron muy importantes, por ejemplo, las mejoras técnicas en los métodos agrícolas (ver Calmette, *Le monde féodal*, pp. 209-10), que hacían superior a la agricultura medieval europea, en algunos sentidos, a la de los mundos antiguo y bizantino.

[36] Ver las vivaces e interesantes declaraciones de Carlo M. Cipolla, "Encore Mahomet et Charlemagne. L'économie politique au secours de l'histoire. Sur une façon de comprendre l'histoire qui est nôtre", *Annales*, IV, 1949, 4-9, con una breve introducción de Lucien Febvre. Cipolla concluye diciendo: "La alta Edad

gobernantes merovingios y carolingios en cuanto a riqueza y poder. La argumentación sería la siguiente: El cambio básico en las relaciones de los reyes con la aristocracia coincidió con la expansión sarracena, cuando el gobernante les concedía beneficios a sus vasallos a cambio del servicio militar. Carlos Martel introdujo esa práctica con propiedades confiscadas a la Iglesia y dicha costumbre perduró después de su época.[37] El cambio, cuando se operó, se debió a que los reyes de la naciente línea carolingia, a diferencia de la merovingia, eran pobres. Y lo eran debido a la caída de los ingresos comerciales que siguió a la expansión sarracena y a la clausura del Mediterráneo.

Responsabilizar así indirectamente a los sarracenos del nacimiento del feudalismo medieval desde luego induce a error. La explicación pasa completamente por alto la ineficacia del gobierno merovingio. No basta con decir que el Estado merovingio continuó con las formas imperiales de gobierno, para inferir que el sistema romano de administración interna sobrevivía virtualmente sin cambios.[38] Habían ocurrido cambios de largo alcance; existía una decadencia económica, como ya se hizo notar; también había una tranquilidad interna mucho menor que en épocas anteriores y hubo importantes agregados germánicos a la estructura gubernamental mucho antes de empezar la era carolingia. En cuanto a la alegada adopción y continuación por parte de los germanos de las formas de gobierno romanas, virtualmente sin cambios, es imposible creer que los merovingios podían tomar a su cargo y hacer funcionar con éxito un sistema administrativo que había sido incapaz, poco antes,

---

Media, período caracterizado por la ausencia de toda forma de división del trabajo, por un rendimiento real mínimo, por una tendencia deflacionista fuerte y prolongada, por una balanza comercial netamente favorable a Europa, comienza poco más o menos en el siglo V y termina poco más o menos en el XI". Ver la opinión de López, "Du marché temporaire à la colonie permanente. L'évolution de la politique comerciale au moyen âge", *Annales*, IV, 1949, 389-405, quien dice, p. 390: "La alta Edad Media comienza, en muchos sentidos, en el Bajo Imperio romano, es decir, en el momento en que el horizonte del comercio y los mercaderes, que no había sido *jamás brillante*, se ensombreció *cada vez más*. Antes del siglo IV existía ya un círculo vicioso... Después del siglo IV hubo un descenso rápido". Para una descripción admirable de la estrecha relación entre las realidades políticas y económicas en la última época del Imperio, ver un análisis completo por López de ese tema, pp. 390-92. Ver Lot, *La Gaule*, pp. 380-84.

[37] Pirenne, *Mahomet*, pp. 247-48.

[38] Sabemos que muchas instituciones romanas sobrevivieron en la Galia merovingia, pero también había importantes innovaciones germanas, como los otorgamientos de inmunidades. Dennett, *loc. cit.*, pp. 184-85, considera estos otorgamientos en el comienzo mismo del siglo VI como un "acto de miopía" y una causa de la debilidad real. Pirenne, como se recordará, considera las inmunidades no la causa, sino más bien una consecuencia de la debilidad real, originada por la pérdida de ingresos (*Mahomet*, pp. 172-73). Pero, como lo hemos visto, la enfermedad estaba mucho más arraigada de lo que lo indicaría cualquiera de esas explicaciones y provenía de la prolongada falta de gobierno regio. Ese fracaso tenía varias causas y se vinculaba sin duda a una falta de gobierno similar a la de los emperadores de Occidente, como ya se ha sugerido. Cierta-

de salvar del fracaso a sus señores los romanos. Hay que deducir que las condiciones cambiantes habían hecho inútil la herramienta antes de que ésta se rompiese en manos de sus inventores; cuesta concebir que los merovingios pudieran ser más romanos que los romanos. Hay que admitir que hubo épocas de buen gobierno, o por lo menos de gobierno fuerte, bajo la férula de un Teodorico y aun de un Clodoveo. Pero... ¿y en cuanto a sus sucesores? Hasta Teodorico, según Boecio, no podía reprimir siempre la rapacidad y la corrupción.[39]

En los asuntos locales, las leyes y costumbres romanas conservaron seguramente alguna influencia, pero más como freno que como timón.

Sin embargo, otro aspecto del caso toca la tan pregonada "unidad del Mediterráneo". De acuerdo con la argumentación de Pirenne, Bizancio impidió que los sarracenos, después de haber hecho del Mediterráneo Occidental un lago musulmán, se adueñaran de toda esa región. Así, el antiguo mar romano se convirtió en la frontera entre el Islam y la cristiandad, y el Occidente quedó separado del Oriente. En esa forma, el Islam destruyó la unidad que los invasores germánicos habían dejado intacta. Esa ruptura, "la acción más esencial" que tuvo lugar en la historia europea desde las guerras púnicas, señaló para Pirenne el fin de la antigua tradición y el comienzo de la Edad Media en el preciso momento en que a Europa la bizantinizaban.[40]

Se ha sugerido ya, más que nada mediante las esclarecedoras observaciones de Robert López sobre el comercio occidental o la falta de comercio en Oriente, que esa "bizantinización" no era una conclusión inevitable. Además, el propio Pirenne observó que, algo después, los intereses comerciales de Nápoles, Gaeta y Amalfi indujeron a esas ciudades a abandonar a Bizancio y a entrar en negociaciones con los musulmanes, deserción que les permitió finalmente a los sarracenos apoderarse de Sicilia.[41] Esta actitud revela, por una parte, que los sarracenos no eran totalmente intratables y, por otra, que no era imposible un conflicto de intereses entre los comerciantes occidentales y los bizantinos. Pero, de acuerdo con la interpretación de Pirenne, las cosas se presentan de otra manera. Se pinta a Carlomagno como incapaz de hacer de los francos un poder marítimo, a pesar del cuantioso beneficio que se podía obtener de ello; Venecia aparece entrando en la órbita bi-

---

mente, al examinar este problema debe tenerse en cuenta la obra reciente de Mlle. Demougeot ya citada, sobre todo la parte II, donde opone el estado general de Oriente al de Occidente en 410. Ver también las exposiciones de Christopher Dawson, *The Making of Europe. An Introduction to the History of European Unity*, Londres, 1948, pp. 76-77, y Latouche, *Les Grandes Invasions*, pp. 231 y ss., 244-47.

[39] *Philosophiae Consolatio*, editado por Edward K. Rand y Hugh F. Stuart, Nueva York, 1918, I, iv, 34-51. Ver también Ernest Stein, *Histoire du Bas Empire*, t. II, "De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565)", París, Bruselas, Amsterdam, 1949, pp. 121-22, 254 y ss.

[40] Pirenne, *Mahomet*, pp. 142-43.

[41] *Ibid.*, p. 142.

zantina; y los sarracenos acechan siempre como el peligro horrendo.[42]

En esta pieza de labor de detective, Pirenne no acusó al verdadero culpable. La Europa occidental tenía acceso a una buena ruta comercial, pero ese acceso le era negado no por los musulmanes sino por los bizantinos.[43] Es verdad que los musulmanes conservaban la zona occidental del mar, pero después de su hostilidad inicial frente a Occidente y al comercio occidental, no les inspiraba aversión, a todas luces, el comercio con los francos y los italianos. La realidad era que Bizancio se oponía a la intrusión de los francos carolingios, quienes, a su vez, apenas eran más enérgicos que los merovingios para mejorar las condiciones del comercio. En cuanto a los venecianos, comerciaban con cualquiera, con tal de obtener suficiente ganancia. Vendían de buena gana esclavos cristianos y eunucos a los musulmanes y concertaban alianzas de acuerdo con lo que sugería la oportunidad.[44] Cabe añadir que, en su ansiedad de comerciar, los venecianos no se diferenciaban esencialmente de sus colegas italianos, musulmanes y bizantinos. Y los musulmanes no estaban más libres de disensiones internas que los cristianos orientales y occidentales.[45]

Se hace cada vez más claro que el centro de gravedad político y económico de Europa comenzó a desplazarse hacia el norte mucho antes de que los sarracenos se adueñaran de España, y hasta podríamos aventurarnos a sugerir que poderosas fuerzas espirituales comenzaron también a moverse en esa dirección en fecha muy temprana. Este desplazamiento del poder puede detectarse, o por lo menos sospecharse, leyendo cuidadosamente el *Mahomet et Charlemagne*, aunque Pirenne, fascinado por su teoría sarracena, no interpretara así las pruebas que reunía. Sus opiniones sobre la Inglaterra de comienzos del medioevo, es decir, anglosajona, proporcionan un excelente ejemplo de esa preocupación.

Inglaterra, después de sus invasiones germánicas, difería decididamente del resto de Europa, según Pirenne, ya que había comenzado a existir un nuevo tipo de civilización, de carácter nórdico o germánico. El Estado romano desapareció completamente y con él su ideal legislativo, su población civil y su religión cristiana. Fue sustituido por "una sociedad que conservó entre sus miembros el vínculo de sangre, la comunidad concentrada en la familia, con todas sus consecuencias en el derecho, la moral y la economía, un paganismo vinculado al de las baladas heroicas". Así, una nueva era se iniciaba en Inglaterra, más bien de tipo nórdico que meridional y sin ningún contacto con *Romania*. De este modo, los invasores anglosajones de la Inglaterra romana no fueron rozados por nada por la civilización romana, y el historiador debió

[42] *Ibid.*, pp. 155-57.

[43] Tiempo después de haber escrito estas palabras, vi que Lewis, *Naval Power*, p. 97, expresa casi lo mismo, es decir, que Pirenne "se equivocó de culpable" y que "no fueron los árabes, sino que fue Bizancio quien rompió la antigua unidad del Mediterráneo".

[44] Sobre el comercio de Venecia con los musulmanes, ver Pirenne, *Mahomet*, pp. 157-60.

[45] Lewis, *Naval Power*, pp. 95-96.

llegar a la conclusión de que "el alma germánica, nórdica, bárbara, el alma de los pueblos cuyo grado de progreso era, por así decirlo, homérico, ha sido en este país el factor histórico esencial".[46]

Esta descripción es poética, hasta romántica, pero, por desgracia, no es histórica. Aunque Pirenne vislumbró a la sociedad que iba a aparecer centrada en el norte, esto fue fugaz y no dedujo conclusiones importantes del cambiante estado de cosas. Siguió confiando en su vieja hipótesis de que la sociedad franca merovingia era muy superior, por ser romana, a la de Inglaterra después de las invasiones anglosajonas. La crueldad y depravación de la estirpe de príncipes merovingios no tenía importancia. Hay que preguntarse, aunque sea en vano, si Pirenne hallaba el alma anglosajona más "germánica, más nórdica y más bárbara" que, digamos, el alma lombarda. En cuanto al carácter "nórdico" de la nueva civilización de Inglaterra, también aquí hay que insistir en una comparación con otras zonas invadidas de la mitad occidental del Imperio y recordar que, en algunos sentidos por lo menos, el movimiento hacia el norte había sido iniciado ya por los francos del siglo v, o antes.[47] No debemos olvidar, con referencia al vigoroso paganismo anglosajón, que el movimiento para llevar a los nórdicos al seno de la Iglesia también fue iniciado por el papa Gregorio el Grande en el siglo VI.[48]

Otra simplificación excesiva se refiere a los celtas del norte, que desaparecen con demasiada rapidez. Por desgracia para una interpretación rígida, había celtas tanto en Inglaterra como en las islas y en el continente, y aunque no eran nórdicos, hicieron historia en ese período crítico. A manera de ejemplo, Pelagio, un monje celta que era probablemente de origen inglés, indujo a San Agustín de Hipona a formular algunas de sus opiniones dogmáticas más vigorosas e influyentes. Es igualmente inexcusable pasar por alto las actividades de otros monjes celtas, sobre todo Columba y Columbano, en el siglo VI, o restarse importancia a la continuación de su labor por los eruditos maestros y misioneros anglosajones en los siglos VII y VIII, la cual culminó con los destacados trabajos de Beda, Bonifacio y Alcuino. El aislado norte homérico "pagano" podía influir e influyó sobre Franconia y aun sobre la Italia mediterránea durante la expansión sarracena y después de ella.

Aquí, como en varios otros casos, el punto más sorprendente de la teoría de Pirenne es que él conocía la estrecha relación existente entre Roma y las islas británicas después de la época de Gregorio el Grande. A pesar de saberlo, pudo llegar a la conclusión de que, "a causa de la más curiosa inversión", el norte sustituyó al sur como centro literario y político de Europa y que ese hecho fue la "confirmación más impresionante de la ruptura causada por el Islam".[49]

La ineludible realidad es que en Inglaterra e Irlanda la nueva

[46] Pirenne, *Mahomet*, pp. 123-24.
[47] Ver *Salin, La civilisation mérovingienne*, p. 203.
[48] Como lo ha hecho notar Joranson, *loc. cit.*, pp. 324-25.
[49] Pirenne, *Mahomet*, pp. 252-55.

civilización en proceso de desarrollo debía mucho a la combinación del vigor y entusiasmo anglosajones y célticos con la habilidad y experiencia italianas y orientales en cuanto a organización y administración. Es razonable suponer que, estando modelada la nueva civilización por la celta y la sajona, por la franca, la siria y la romana, habría seguido el mismo curso si no se hubiese producido ninguna expansión sarracena.

Esta afirmación puede servir para someter a prueba una vez más la validez de la tesis de Pirenne. Si Pirenne no se equivocaba, la cultura y las tendencias culturales de la Europa Occidental como un todo debían diferir de manera conmensurable después de la expansión sarracena. En consecuencia, Pirenne abordó el problema del cambio de la cultura, como lo hiciera con el cambio social, absolviendo a los bárbaros germanos de toda responsabilidad. Así, sostuvo que "las invasiones germánicas no podían modificar ni modificaron en ningún sentido" la antigua tradición, es decir, la antigua unidad de la vida intelectual.[50] En apoyo de esa opinión, pudo señalar a algún lego eminente pero casual, como Casiodoro o Boecio, y declarar que Eugipio, Cesario de Arles y Gregorio el Grande escribían un latín sencillo para que el pueblo pudiera comprenderlos, y argüir que la Iglesia absorbía al Imperio, convirtiéndose así en un poderoso instrumento de romanización. Admitía que la vida intelectual y la cultura antiguas estaban en decadencia después del siglo III, la "decadencia de una decadencia"; sólo insistió en que los germanos no rompieron con la tradición clásica, en que la ruptura sobrevino más tarde con los sarracenos.[51]

Aquí, el problema es poco más o menos el mismo que —en menor proporción— en el caso de la Inglaterra anglosajona. La cuestión esencial es si la transición intelectual a la Edad Media estaba mucho más adelantada antes aún de las grandes incursiones germánicas de los siglos IV y V, eso para no mencionar el período final de la expansión sarracena.

Desgraciadamente, Pirenne no recogió esta cuestión básica en forma imparcial y directa. Por consiguiente, la impresión que se obtiene al leer su capítulo sobre la vida intelectual después de las invasiones en *Mahomet et Charlemagne* es, más que nada, de algo incompleto. Después de referirse a la decadencia general en la ciencia, el arte y las letras desde fines del siglo III, Pirenne prosigue con un breve bosquejo del estado de cosas intelectual. Se mencionan algunos —si no todos— de los temas que deben ser mencionados; se alude, por ejemplo, a la creciente influencia cristiana, al desarrollo del monacato, al incesante proceso de orientalización y al deterioro de la erudición y la literatura clásicas. Esencialmente, las conclusiones obtenidas de este examen son las que dan la impresión de una visión deformada y una labor inconclusa.[52]

[50] *Ibid.*, p. 102.
[51] *Ibid.*, pp. 101-4, 106-7, 110-11.
[52] Aunque es cierto, como ya se dijo, que Pirenne no pudo hacer revisiones o cambios antes de la publicación de *Mahomet et Charlemagne*, es evidente que la tesis básica había sido elaborada completamente desde mucho antes.

Unos pocos ejemplos bastarán para aclarar la objeción. En el reino ostrogodo, según Pirenne, "todo continuó como durante el Imperio" y "basta recordar los nombres de dos de los ministros de Teodorico: Casiodoro y Boecio".[53] Luego, Pirenne les dedica dos párrafos breves y áridos a esos hombres extraordinariamente influyentes, y aun esas someras referencias se presentan en forma tal que dan una falsa impresión en apoyo de la tesis. Porque induce a error no decir nada sobre el cristianismo de Boecio y su interés por las grandes controversias teológicas de su tiempo, controversias que causaron un impacto destructor sobre la unidad dogmática del Oriente bizantino y contribuyeron también a alejar a la Iglesia oriental de la occidental.[54] Nadie sospecharía jamás, a juzgar por ese breve párrafo, que Boecio ha sido llamado con razón "el primero de los escolásticos" y también "el último de los romanos". Casiodoro es desechado con la misma brusquedad. Se citan su devoción por la vida religiosa en Vivarium y su protección a los monjes, pero no se dice nada de sus numerosos escritos religiosos o de sus opiniones sobre la enseñanza o de la absoluta ecuanimidad de su pensamiento. Lo que se dice es exacto como en el caso de Boecio, pero, como se omite demasiado, también aquí el efecto induce a error. Pirenne menciona, por ejemplo, que Casiodoro quería que sus monjes reunieran todas las obras literarias de la Antigüedad clásica: una declaración perfectamente aceptable en apariencia; pero, al referirse a Enodio, da la impresión de que la retórica antigua florecía con mayor fuerza que nunca, tanto entre los cristianos como entre los paganos.[55] Es obvio, como se da a entender, que la tradición clásica estaba aún en pleno desarrollo, sin ningún cambio esencial en clima o en valores. Pero, en realidad, sucedió todo lo contrario. La interpretación de Pirenne pasa por alto el estado agónico de la retórica y la literatura paganas en general y la encarnizada lucha, tanto mucho antes como después de la época de Casiodoro, contra la tradición profana en la literatura, en la cual Jerónimo, Agustín y Gregorio el Grande tuvieron tanta figuración.[56] Tratar de usar a Boecio y a Casiodoro como puntales

[53] Pirenne, *Mahomet*, 102.

[54] Pirenne atribuyó acertadamente la ejecución de Boecio a la circunstancia de que estuvo complicado en una conspiración de la corte bizantina, pero ignoraba el aspecto teológico de la conjuración (*Mahomet*, p. 103). Me refiero a este asunto en un artículo publicado varios años después de la muerte de Pirenne, "Teodorico contra Boecio: vindicación y apología", *American Historical Review*, XLIX, 1944, 410-26. Los *opuscula sacra* debieron ser mencionados hasta en un breve bosquejo de los intereses intelectuales de Boecio en relación con su época.

[55] Pirenne, *Mahomet*, pp. 102-4. Pero véase Pierre de Labriolle, *Histoire de la littérature latine chrétienne*, 3ª ed., revisada y ampliada por Gustave Bardy, París, 1947, p. 12, nº 1. Bardy señala en esta nota que la esterilidad tan difundida entre los retóricos paganos desde fines del siglo IV es evidente también entre ciertos escritores cristianos, de los cuales Enodio es el más insulso de los insulsos.

[56] Para una interpretación incisiva y fidedigna de la formación de la nueva tradición en la literatura véanse M. L. W. Laistner, *Thought and Letters in Western Europe, A. D., 500-900*, 2ª ed., Ithaca, Nueva York, 1957, pp. 49-53, y Dawson, *Making of Europe*, pp. 38-53. Dawson hace notar (pp. 52-53), al hablar de Casiodoro: "Como en los casos de Gregorio Nacianceno y Agustín, las artes se

para sostener que la sociedad seguía siendo secular y no había cambiado esencialmente, y no señalar el contacto tan estrecho de ambos con el desarrollo de las ideas e instituciones cristianas en una época crítica, constituyó un error fundamental.

Análogamente, Pirenne arguyó con energía para demostrar que el uso de un latín sencillo por escritores de la Iglesia tales como Cesario de Arles, Gregorio I y Eugipio no importaba apartarse en forma significativa de la antigua tradición, sino, más bien, que la Iglesia degradaba deliberadamente el idioma en un esfuerzo por hacer de la literatura un instrumento de cultura o, acaso, de edificación popular. [57] Esta adaptación pudo ser calificada luego de simple continuación de la antigua cultura mediterránea. Con esta ingeniosa pero inaceptable interpretación, en realidad Pirenne convertía a la más poderosa institución consagrada a formar una nueva sociedad occidental, la Iglesia Cristiana, en un simple agente para conservar la *Romania,* con toda su tradición clásica y pagana. Pero los hechos exigen una interpretación muy distinta. La simplificación del latín era un indicio más de la declinación cultural que se operaba desde hacía largo tiempo. Cesario y los demás escribían en un lenguaje sencillo, debido al elevado analfabetismo del pueblo a quien servían. [58]

En este caso, Pirenne tampoco lograba dar mayor fuerza a su alegato y se limitaba a describir, sin comprenderlo, el proceso básico del cambio que se realizaba. En gran parte, puede decirse lo mismo de sus demás observaciones sobre el uso del latín; por ejemplo, interpretaba el renovado uso del latín clásico por los clérigos en la baja Edad Media en el sentido que el latín se había convertido en un idioma erudito que sólo se escribía para los eclesiásticos. [59] El conocimiento y

---

consideran un instrumento de la enseñanza religiosa, no un fin en sí mismas", y "Por eso, Vivarium fue el punto de partida de la tradición de la enseñanza monástica".

[57] *Mahomet,* p. 111; se presentó un punto de vista distinto algo antes (p. 106), cuando Pirenne mencionó el reproche de Gregorio a Desiderio de Viena y llegó a la conclusión de que la antigua vida intelectual continuó hasta el siglo VII. Pirenne simplificó demasiado una situación complicada. Para comprender las complejidades implícitas, ver Laistner, "Pagan Schools and Christian Teachers", en *Liber Floridus Mittellatcinische Studien,* Festschrift Paul Lehmann, ed. Bernard Bischoff y Suso Brechter, *Erzabtei Sta Ottilien,* 1950, pp. 47-61. Ver también el comentario del mismo escritor en *Christianity and Pagan Culture in the Later Roman Empire together with the Right Way for Parents to Bring Up their Children,* Ithaca, Nueva York, 1951, p. 24. No discrepo con la insistencia de Pirenne en el hecho de que los maestros cristianos usaban obras clásicas. No hay necesidad de repetir este hecho. Mucho de lo viejo se veía absorbido en la formación de un nuevo mundo, pero, como observa Laistner, la tradición clásica perduraba en "un mundo nuevo y totalmente cristiano".

[58] Laistner, *Thought and Letters,* pp. 126-27. Ver también Lot, FMA, p. 529 y s.

[59] Pirenne, *Mahomet,* p. 112. Sería igualmente erróneo sostener que la aparición de una buena escritura vernácula en los siglos XII y XIII significó el fin

la cualidad del latín hablado y escrito, y en realidad de los idiomas vernáculos, variaban mucho de un lugar a otro y de un período a otro en la era que medió del año 300 al 1600 y en las épocas siguientes. El problema del cambio lingüístico plantea muchas complejidades y dificultades y resulta peligroso generalizar en apoyo de una tesis. Hay buenas razones para creer que el latín, tanto escrito como hablado, evolucionó por etapas desde el clásico hasta el medieval. [60]

La concepción de Pirenne del desarrollo lingüístico era demasiado estrecha. Lo que rotulaba a los hombres como más o menos "medievales" y relacionados por los valores y puntos de vista, no era su dominio del idioma, sino lo que expresaban con él. En los tiempos de los Hohenstaufen y los Plantagenets se escribía poesía latina por y para los profanos. [61] Las canciones de los goliardos estaban también en latín y sólo rara vez se las destinaba exclusivamente a los eclesiásticos. Es de presumir que los cortesanos de Londres y de Palermo, los estudiantes vagabundos y los trovadores no perdieron su carácter debido a la calidad "medieval" de sus escritos.

Pirenne extendió su tratamiento algo caballeresco de figuras tales como Boecio a la vida intelectual del período en general. Subrayó ciertas clases de pruebas, sobre todo la económica, a tal punto que a menudo se le escapaba en gran parte y a veces totalmente el significado de hechos importantes. Sólo un lector que diera vuelta a la imaginación, podía sospechar, por ejemplo, al leer a Pirenne, que los siglos V y VI formaban parte de la Era Patrística. Es cierto que se alude a los Padres en conexión con las simplificaciones de Cesario, pero se descuida el vasto cuerpo de los escritos patrísticos sobre muchos temas, inclusive el dogma. Ninguna expresión del pensamiento y el sentimiento distingue con más claridad lo medieval de lo clásico que las controversias teológicas que perduraron furiosamente en los siglos IV, V y VI, siguieron siendo vehementes durante mucho tiempo y, más tarde, llegaron a ser una de las fuentes de la escolástica medieval. Pero de todo esto no hay huellas en el bosquejo de Pirenne. Una realidad de soberana importancia en esta era crítica fue que sólo en la literatura cristiana se podía encontrar vitalidad; sólo los cristianos tenían convicciones que defender o puntos de vista originales que exponer. [62] Sin embargo, así como Pirenne al escribir sobre la simplificación del latín no logró ver la relación entre ese desarrollo y los cambios concomitantes, tampoco

---

del latín. Ver Ernst R. Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Berna, 1948, pp. 33-34.

[60] Ver Einar Löfstedt, *Coniectanea, Untersuchungen auf dem Gabiete der antiken und mittelalterlichen Latinität*, Upsala y Estocolmo, 1950, pp. 3-4. Como otra corrección de la estrechez de miras de Pirenne a este respecto, ver Luitpold Wallach, "Education and Culture in the Tenth Century", *Medievalia et Humanistica*, IX, 1955, 18-22.

[61] Curtius, *Europäische Literatur*, p. 35.

[62] Labriolle, *Littérature latine chrétienne*, pp. 12-13. A pesar de los defectos

pudo apreciar debidamente el significado de la nueva literatura cristiana o siquiera de la creciente institución del monacato. Ninguna institución iba a integrar en forma más profunda la urdimbre de la vida medieval, ningún cambio institucional señala con mayor nitidez la ruptura con la sociedad clásica; sin embargo, Pirenne apenas menciona a San Benito de Nursia. [63]

Otras omisiones inadecuadas —inadecuadamente omitidas porque se orientan hacia la tesis que exponía Pirenne— podrían mencionarse en cantidades. Bastará con agregar que el gran papa Gregorio I es liquidado con sólo una árida mención, que San Agustín de Hipona pasa de largo sin hacerse ninguna referencia a su nueva concepción de la historia cristiana y que también se omite a otros historiadores como Orosio y Salviano. El mayor de los rompecabezas entre tantas omisiones y subestimaciones es la descripción de Isidoro de Sevilla, de quien se dice, en primer lugar, que no conservaba nada del espíritu antiguo y sobre el cual se añade luego que también él era un mediterráneo. [64]

El ya familiar prejuicio perjudica igualmente la exposición de Pirenne sobre la enseñanza desde el siglo V hasta el VII. Ningún tema ofrece un ejemplo mejor de las consecuencias de largo alcance del colapso de la unidad imperial, desechado con tanta negligencia por Pirenne. La educación clásica, en tanto era una carga pública, sufría la misma suerte de otras ramas semejantes del gobierno central y local. Por eso, ya avanzado el siglo V, el antiguo sistema desapareció en Inglaterra y en Galia y la educación clásica subsistió durante otro siglo en manos privadas, como en los tiempos de Sidonio Apolinar. [65] En Italia y en África, la tradición erudita duró más, pero hasta en esas regiones había habido considerables cambios y la enseñanza clásica estaba en gran parte en manos de maestros cristianos, así como de eruditos en el sentido antiguo de la palabra. [66]

La esencia de la nueva escuela cristiana, es decir, la medieval, radicaba en la estrecha asociación de la instrucción literaria y la enseñanza

---

de los escritores cristianos, entre ellos su aceptación de los gustos retóricos de su época, no jugaban simplemente con la literatura, como los escritores paganos. Los cristianos, dice Labriolle, "creían en lo que decían; hablaban desde el corazón; todo su ser moral estaba implicado en sus escritos".

[63] Sobre "El gobierno para los monjes", Pirenne observó que le debía principalmente su futura importancia universal a la proximidad de Roma. Compárese con este elogio restringido y hecho bastante a regañadientes la opinión de G. G. Coulton, *The Medieval Scene*, Nueva York, 1931, quien lo llama "un modelo de sabiduría práctica y espiritual combinados" y agrega con evidente aprobación que "se lo ha llamado el documento más grande de la Edad Media". Coulton, naturalmente, sólo es uno de los muchos historiadores medievalistas que alaban así "El gobierno para los monjes", de Benito; pero no era un hombre capaz de elogiar con negligencia la labor de los monjes.

[64] Pirenne, *Mahomet*, p. 111.

[65] Henri-Irénée Marrou, *Histoire de l'education dans l'antiquité*, París, 1948, pp. 569-70. Trad. *Historia de la educación en la antigüedad*, Eudeba, Buenos Aires, 2ª ed., 1970.

[66] *Ibid.*, pp. 452-61.

religiosa, en la amalgama de la enseñanza laica y la espiritual.[67] Pirenne insiste, con todo, en que, como los gobernantes germánicos usaban funcionarios administrativos y judiciales, deben de haber tenido escuelas laicas para esos funcionarios.[68] Pero las *escuelas,* como acaba de hacerse notar, eran religiosas, aunque sobreviviese algo de *enseñanza* laica.[69] En cuanto al innegable y creciente predominio cristiano en la enseñanza, no era sólo una cuestión de edificación y adaptación, como lo sugirió Pirenne al estudiar a Cesario de Arlés.[70] Más bien se trataba de la interpretación de todo un sistema nuevo de educación para un mundo nuevo, con nuevos valores y objetivos. Las pruebas que señalaban esa conclusión son abundantes y están profusamente dispersas en las páginas del propio Pirenne.

En el arte, tampoco pudo ver Pirenne ningún cambio importante de la situación que se había prolongado durante largo tiempo en la región del Mediterráneo. El proceso de orientalización continuó simplemente a lo largo del curso fijado por el arte de Bizancio, cuyo ejemplo en materia artística fue seguido por toda la cuenca del Mediterráneo.[71] También aquí, con todo, hay que tener cuidado, porque podría existir un arreglo, sin duda inconsciente, de las pruebas para adaptarse a una teoría. Se presentaron importantes cambios, como la orientalización que Pirenne estaba dispuesto a desechar en forma tan fácil, y otros realizados también por los bárbaros.

El arte clásico había estado sufriendo un cambio —no necesariamente una declinación— antes de las invasiones germánicas, con seguridad desde el fin del siglo II de la Era Cristiana, y la tendencia oriental, que implicaba el estilo, el espíritu y los propios artistas, estaba asimismo bien establecida.[72] Este cambio reflejaba sin duda las condiciones cambiantes en otros departamentos de la vida occidental, tales como las dificultades económicas del siglo II y la violencia y el desorden traídos por las guerras civiles y la anarquía del siglo III. Tal como la literatura clásica, el arte clásico estaba moribundo en la época de la victoria del cristianismo; ambos habían perdido sabor y fuerza. El triun-

[67] *Ibid.,* p. 447, pero ver todo el cap. X, "L'apparition des écoles chrétiennes de type médiéval", pp. 435-47.

[68] Pirenne, *Mahomet,* pp. 120-21, menciona también un estudio anterior del tema, "De l'état de l'instruction des laïques à l'époque mérovingienne", *Revue Bénédictine,* XLVI, 1934, 165, y agrega que, incluso entre los lombardos, estas escuelas sobrevivieron. Giuseppe Saluioli, *L'istruzione pubblica in Italia nei secoli VIII, IX e X,* Florencia, 1898, p. 14, nos habla asimismo de una ley escolar en Italia en tiempos de los lombardos, pero no presenta ningún testimonio.

[69] Marrou, *Histoire de l'éducation,* pp. 569-70. Y consúltese a Wallach, *loc. cit.,* p. 20.

[70] Pirenne, *Mahomet,* p. 111.

[71] *Ibid.,* pp. 112, 118. Consultar la opinión de Lot, FMA, p. 523, de que el arte europeo sufrió una transformación completa y rápida cuando concluyó el siglo III.

[72] Lot, FMA, pp. 115, 157, 168-71.

fo oriental en el arte fue, culturalmente, un hecho independiente por completo de la realización artística clásica grecorromana. La influencia del gusto oriental en el arte no era, por ello, una simple continuación de la antigua tradición, en realidad, significaba que estaba en marcha un importante cambio en la zona oriental del Imperio antes de las invasiones.

Al examinar el efecto de las invasiones mismas sobre el arte occidental, Pirenne volvió a seguir su pauta establecida. Los germanos no trajeron nada nuevo, sino que sólo hicieron progresar la influencia del arte oriental, que, a su vez, no se considera un cambio en absoluto. La hipótesis de que las pruebas artísticas también sirvieron de apoyo a la tesis de Pirenne fue, con todo, muy discutible desde el principio, y la investigación reciente, que ha sido amplia y fructífera, la ha hecho insostenible. Naturalmente, mucho de lo romano subsistió, ya que en la mayor parte de la Europa Occidental los invasores constituían una pequeña minoría, poco inclinada a mezclarse libremente con los vencidos. Empero, de manera gradual se operó una amplia modificación y, junto con lo oriental, se introdujeron muchas cosas nuevas y bárbaras. Los bárbaros tenían un arte propio; éste, desde luego, sufrió ciertas influencias mediterráneas y orientales, pero abrevaba más aún, en forma decadente, en un grande arte protohistórico recogido por los godos en el sur de Rusia. [73]

Pirenne admite esto, pero insiste también en que el arte de los germanos sólo fue un arte popular y que en Galia era la obra de artesanos galorromanos nativos. [74] Pero Henri Focillon, uno de los críticos de Pirenne en cuestiones artísticas, ha negado estos últimos puntos y con sobrada razón. Pirenne subestimaba la importancia de los cambios sociales que se produjeron antes de las invasiones y que continuaron durante ellas y después de ellas, cambios que afectaron tanto a la antigua población como a la nueva y dominante minoría. Hubo un marcado movimiento hacia lo primitivo, del cual Focillon quiso responsabilizar a los germanos. La antigua cultura humanística decayó: la preocupación artística por el rostro y las formas humanos cedió paso a un formalismo geométrico y la arquitectura lo cedió a las artes decorativas menores. En el Imperio de Oriente, que se salvó de una dominación

[73] Ver Henri Focillon, *Moyen Âge: Survivances et réveils. Études d'art et d'histoire*, Montreal, 1945, pp. 31-53, sobre todo pp. 31-42. Ver también Salin, *La civilisation mérovingienne*, p. 203, y también los muy informativos comentarios y citas, FMA, pp. 540-43, que contribuyen a ilustrar lo complejo, así como lo fascinante, del tema. Nótense especialmente las referencias a las obras recientes, algunas de las cuales no hemos podido consultar, de Émile Mâle, Jean Hubert y François Henry, este último discípulo de Focillon. Como se ha hecho notar, la investigación sobre este tema ha sido amplia y los resultados han aparecido en monografías y revistas que suelen ser difíciles de obtener en Estados Unidos.

[74] Pirenne, *Mahomet*, p. 111. Ver también la última obra de Focillon, *L'an mil*, París, 1952, pp. 14-15.

bárbara pero, naturalmente, no se salvó del orientalismo de Pirenne, ocurrió otra cosa.[75]

En el arte, como en otros sectores, la explicación de Pirenne es lamentablemente inadecuada. Por ejemplo, al parecer no hubo en realidad una ruptura entre el arte merovingio y el carolingio, como habría sucedido si la "clausura" del Mediterráneo hubiese sido un acontecimiento histórico decisivo, como se lo ha llamado. Además, después de la clausura del gran mar y en una época en que se suponía que la Europa Occidental se había aislado y vuelto acabadamente germánica, el arte de representar la forma humana reapareció en los manuscritos ilustrados y comenzó a recobrar su perdida grandeza.[76] El Mediterráneo no salvó a Europa de la "barbarie" en el arte en el período que precedió a la expansión musulmana, y su clausura no provocó la germanización total de Occidente. La conclusión debe ser que en el arte, como en la economía y en otras esferas, los cambios y las nuevas líneas de desarrollo comenzaron antes de las conquistas sarracenas y tuvieron poco que ver con el estado del Mediterráneo. Al término "mediterráneo", tal como se le aplica a la civilización occidental europea antes y después de la aludida clausura, no se le puede conceder simplemente el valor de un lema distintivo acordado por Pirenne.

Por fin, el método de Pirenne lo lleva a dificultades en su exposición de las relaciones italobizantinas, sobre todo en la era de Justiniano. Según Pirenne, la separación del este y el oeste y la alianza del papa con los pueblos del norte fueron también productos de la expansión musulmana.[77] Había sin duda alguna relación entre lo uno y lo otro, pero también aquí se simplifica demasiado y, durante el proceso, se deforma una sucesión muy complicada de sucesos y relaciones. Como en otras partes, Pirenne tiende a restarle importancia a la historia teológica de una época en que la teología no sólo influía sobre las cuestiones económicas, la enseñanza, la organización eclesiástica y aun el arte, sino que, a menudo, desempeñaba un papel decisivo en el trazado de la política interna y externa. Se ha señalado ya que Gregorio el Grande, más que los papas del siglo VIII, comenzó la tarea de sujetar a los pueblos nórdicos a la Iglesia romana, y que los lombardos, así

[75] Focillon, *Moyen Âge*, pp. 36-38. Ver también Focillon, *L'an mil*, pp. 12-15, en cuanto a los cambios introducidos por los germanos, inclusive su impacto psicológico. Nótese especialmente la sagaz observación de que los invasores de Europa pertenecían en realidad al período prehistórico, pp. 13-14. Erna Patzelt, en *Die fränkische Kultur und der Islam mit besonderer Berücksichtigung der nordischen Entwicklung*, Baden, 1932, había anotado también esta importante relación, no reconocida a menudo. Obsérvese la muy interesante prueba que presenta Erna Patzelt en su tercer capítulo, "Die Bedeutung des Nordens für die Entwicklung Europas in frühgermanischer Zeit", pp. 62-157.

[76] Focillon, *Moyen Âge*, p. 41, y Lot, FMA, pp. 540-43.

[77] Pirenne, *Mahomet*, pp. 191-92, 200. Henri Grégoire, "The Byzantine Church", *Byzantium. An Introduction to East Roman Civilization*, edición Norman H. Baynes y H. St. L. B. Mosse, Oxford, 1948, pp. 120-21, no concor-

como los musulmanes, debieron tener algo que ver con la separación de Oriente y Occidente.[78] En cuanto al carácter secular de los gobernantes germánicos antes de la expansión islámica, una cuestión a la cual Pirenne asignaba gran importancia, es cierto que los primeros reyes germánicos, como los emperadores de Bizancio, se entrometían en los asuntos eclesiásticos. Lo mismo hicieron, con todo, más tarde, los gobernantes medievales y Felipe el Hermoso no fue por cierto el primero.

En las páginas de Pirenne se ha asignado demasiado poca importancia a las cuidadosas negociaciones de Justiniano para el arreglo del cisma acaciano y su fracaso en la tentativa de apaciguar a los monofisitas.[79] Asimismo, la intervención posterior y el fracaso teológico de Justiniano en cuanto se refiere a ganarse a los fanáticos elementos disidentes de Siria y Egipto, contribuyeron al rápido éxito del Islam en esas regiones; por cierto, la base teológica de la hostilidad oriental ante Bizancio merecía algún estudio.[80]

Es también muy dudoso que la "bizantinización" de Occidente hubiera avanzado de acuerdo con el plan trazado, como lo anticipó Pirenne, de no haber sido por la brutal interrupción de los sarracenos.[81] A este respecto, el significado histórico de la Reconquista de Justiniano reviste suma importancia. Pirenne ha admitido que costó mucho al emperador, dada su lucha contra persas y eslavos, pero consideró que se trataba de una política correspondiente al "espíritu mediterráneo de toda la civilización europea desde el siglo v hasta el VII".[82] Sería más adecuado calificarla de miope. No sólo costó un alto precio en cuanto a hombres y a dinero y también en cuanto a las fuentes comerciales de dinero, sino que además contribuyó al resentimiento oriental contra la férula grecorromana ejercida desde Constantinopla. ¿Obró el emperador

---

daría con la opinión de que las divisiones entre Oriente y Occidente causadas por las disputas cristológicas eran permanentes. Agrega que los papas del siglo VIII no se liberaron de la fiscalización del emperador de Bizancio, hasta que resultó evidente que éste no tenía "ni la fuerza ni el tiempo libre necesarios para defenderlos de los lombardos y los árabes".

[78] Joranson, *loc. cit.*, pp. 324-25.

[79] Los esfuerzos ulteriores de Justiniano fueron igualmente infructuosos y los monofisitas de Siria y Egipto siguieron mostrándose descontentos. La obra de los sucesores de Justiniano, sobre todo de Heraclio, tampoco dio resultado, los viejos odios no fueron apaciguados y finalmente las Iglesias de Armenia, Siria y Egipto, separadas aún, fueron colocadas bajo la fiscalización musulmana. Ver Grégoire, *loc. cit.*, pp. 100-104. Nótese también Bark, *loc. cit.*, pp. 410-26.

[80] Ver Otto G. von Simson, *Sacred Fortress. Byzantine Art and Statecraft in Ravenna*, Chicago, 1948, pp. 12-13, para un relato de la oposición occidental a Justiniano, sobre todo de su brutal trato a Virgilio y la obligada subordinación del papa a la política imperial.

[81] Pirenne, *Mahomet*, pp. 54-55, 125, 191.

[82] *Ibid.*, pp. 125-26.

de acuerdo con el "espíritu mediterráneo" de Pirenne o debido a un sueño fantástico de Imperio? [83] Sea cual fuere la respuesta, en esa época los eslavos, los búlgaros, los hunos, los ávaros y los persas se beneficiaron mucho de esa desatinada aventura. Justiniano ha sido calificado de "Jano colosal a horcajadas en el paso entre el mundo antiguo y el mundo medieval", con un rostro vuelto hacia el pasado y el otro hacia el futuro.[84] Esta descripción es excelente, aunque es lamentable para la reputación del emperador su tan frecuente error de ser adorador de un pasado en lo que procuraba conservar o restaurar, e innovador en lo que despreciaba y subestimaba.[85]

Tanto en Occidente como en Oriente, la Reconquista tuvo consecuencias muy importantes, aunque no las que vislumbraba Justiniano o las que esperaba Pirenne.[86] En África, el decadente poderío vándalo fue sustituido por un gobierno bizantino harto débil para contener el avance sarraceno. En España sólo se obtuvo una franja costera, pero los visigodos quedaron suficientemente debilitados para ser fáciles víctimas de los musulmanes que avanzaban. También los francos se vieron afectados, aunque indirectamente; pudieron arrebatar la Provenza a los ostrogodos. En Italia, los ejércitos bizantinos consiguieron destruir finalmente el reino ostrogodo, pero a un alto precio; la península quedó devastada, la población más mermada aún y se le allanó el camino a la invasión lombarda. En suma, la Reconquista tuvo un resultado contraproducente. Justiniano consiguió destruir a los ostrogodos y a los vándalos y debilitar a los visigodos, pero solamente para favorecer a otros enemigos más peligrosos, los árabes y los lombardos y, hasta cierto punto, los francos.

Hay que admitir también que el emperador minó seriamente su posición con sus concesiones a los persas, los eslavos y los mongoles, con sus grandes gastos y con el antagonismo que provocó entre sus súbditos

[83] Cuando Justiniano fue disuadido al principio de emprender la conquista del reino de los vándalos, el sueño de un obispo oriental o acaso una aparición *suya parece haber contribuido a hacerle cambiar de idea.* Ver Stein, *Histoire du Bas-Empire*, II, 310, 312, y también el convincente análisis de J. B. Bury de la política de Justiniano, *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian (A.D. 395 to A.D. 565)*, II, Londres, 1923, 26. Nótese la observación: "los recursos del Estado apenas fueron suficientes para proteger a la frontera oriental de los persas y a la del Danubio de los bárbaros del norte".

[84] Bury, *A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene (395 A. D. to 800 A. D.)*, I, Londres, 1889, 351. Stein, *Bas-Empire*, II, 276, estaría totalmente de acuerdo con la imagen de Jano.

[85] Como lo indica Stein (*Bas-Empire*, II, 310), Justiniano consideraba hasta la inadecuada protección que le concedió a la península balcánica como una molesta limitación de los vastos proyectos a los cuales se consagraba devotamente.

[86] Bury, *Later Roman Empire*, I, 1889, 352, y Stein, *Bas-Empire*, II, 277. Ver también Lot, FMA, pp. 298-321, cuyos capítulos sobre la suerte que corrió la obra de Justiniano son obras maestras de conciso análisis.

del Oriente. La Reconquista, agregada a la política religiosa de Justiniano, dejó tanto al Oriente como al Occidente mucho más débiles que en tiempos de Anastasio I y Justino I. Se podría sugerir que, si bien se puede concebir a Carlomagno sin Mahoma, Mahoma resulta inconcebible sin Justiniano. Esas fórmulas, con todo, son a menudo más impresionantes que útiles y sería preferible decir simplemente que había mucha historia en juego en el surgimiento de Mahoma, como la hay en el de Carlomagno. En el período observado, la historia de Occidente estaba vinculada de manera estrecha con la de Oriente; y, para comprenderlos, hay que examinarlos conjuntamente.

Probablemente, no habría continuado la bizantinización de Occidente si no hubiese mediado la interrupción sarracena. Ni siquiera Justiniano habría podido resucitar lo que estaba muerto. No podía conquistar la mitad occidental del Imperio Romano, porque éste ya no existía; no podía restablecer, con la bizantinización o con otros medios, una civilización ya desaparecida. Oriente y Occidente no eran ya lo que habían sido, ni en sí mismos ni en su relación recíproca. Con respecto a este punto resulta significativo el hecho de que un emperador de origen campesino, de Iliria, y de habla latina, que gobernaba en Oriente, pudiera disputar la posesión de Italia a sus señores bárbaros. El hecho de que sus ejércitos estuviesen formados por "bárbaros más salvajes que los godos" hace que el punto sea de una claridad incontestable. [87]

Quizás el peor de los callejones sin salida de Pirenne al examinar los cinco siglos que precedieron a Carlomagno sea su incapacidad de distinguir en esa difícil época los comienzos de una nueva civilización. La célebre observación de Gibbon de que había descrito el "triunfo de la barbarie y la religión" tuvo una fuerte seducción dramática, como lo demuestra netamente la vigorosa vejez que ha alcanzado. La poco caritativa frase de Pope "los monjes concluyeron lo iniciado por los godos" subraya el mismo punto. Los términos familiares *Spätantike, Bas-Empire* y *Later Roman Empire* dan a entender con claridad que la civilización tocaba a su fin y que pronto llegaría la noche. En lo esencial, Pirenne siguió el camino tradicional, agregando sólo el nuevo giro de su teoría sobre la "unidad mediterránea" y su insistencia sobre una causa económica determinante del fin de la *Romania* y, con ello, del gobierno absoluto, secular, financieramente independiente.

Falta aún explicar de algún modo los cambios de largo alcance operados en la sociedad romana, las persistentes y victoriosas invasiones de Occidente por pequeñas bandas de bárbaros y el enorme aumento de prestigio y poderío de la Iglesia después de Constantino. Pirenne desechó a los germanos, como se hizo notar, afirmando que no efectuaron cambio alguno, y deduciendo de ello, por lo tanto, que ningún cambio se había operado. Admitió la decadencia de la antigua férula de

[87] Para la cita, ver Lot, FMA, p. 313.

Roma, pero sostuvo que seguía siendo romana y seguía dominando a la Iglesia en la vieja forma secular. Después diremos algo más sobre estos tres temas, pero aquí debemos reclamar una especial atención sobre el asombroso hecho de que Pirenne no haya advertido la enorme significación histórica de la religión cristiana en las condiciones prevalecientes en la Europa Occidental durante ese período. La historia de la Europa Occidental desde el año 300 de la Era Cristiana hasta el 600 sólo puede ser comprendida como un todo formado por dos partes, cada una esencial para la otra: *a)* el cristianismo, y *b)* el colapso más o menos gradual del gobierno local y la economía romanos, la creciente autonomía de una sociedad agraria, el desorden a menudo renovado de repetidas invasiones. La nueva sociedad no era solamente el producto de la invasión, el experimento y el reajuste, ni tampoco la creación exclusiva del cristianismo; todo ello tenía que trabajar en forma conjunta para producirla.

Pirenne no logró percibir con claridad y evaluar en forma realista a la nueva sociedad que surgía, por la misma razón básica que Gibbon y la mayoría de sus sucesores: lo cegaba la magia del nombre de Roma. Las obras históricas sobre el Bajo Imperio, incluso las más recientes, *están llenas de frases tales como* "se concedió una pausa para respirar", "se ganó una tregua", "se apuntalaron los cimientos de la civilización", "se postergó el desastre (de la invasión)". Rara vez se sugiere que, probablemente, lo que se desmoronaba sin posibilidad de arreglo no valía la pena de ser reparado y nunca había sido lo que dan a entender todos esos lamentos. Contrariamente a la opinión tradicional de que el colapso de la civilización romana en Occidente fue una catástrofe y de que el siglo IV y los que le siguieron fueron admirables más que nada porque conservaban influencias romanas, lo exacto era, virtualmente, lo opuesto. El colapso, aquí, presagiaba sólo el derrumbe de una maquinaria que ya no podía ejecutar siquiera las modestas funciones que le habían *impuesto. Fue el fin de un experimento fracasado,* y *ese fracaso, abría* el camino a un nuevo experimento con nuevas fuerzas creadoras.[88] Es verdad que ciertos legados de la Antigüedad clásica prestaban buenos servicios al nuevo mundo; pero eran valiosos no en sí mismos, como sobrevivientes de una civilización que había dejado ya de civilizar, sino

[88] Los medievalistas conocen y admiran desde hace largo tiempo las estimulantes interpretaciones de Alfons Dopsch, así como las de Henri Pirenne. Reviste una importancia fundamental la sugestión de Dopsch de que surgía una nueva cultura germánica, mientras que la romana declinaba. Ver, más que nada, "Vom Altertum zum Mittelalter: Das Kontinuitäts-problema", *Archiv für Kulturgeschichte,* XVI, 1926, 159-82. La independencia de la cultura germánica se exagera y el aporte germánico como tal se sobreestima, pero, con todo, la idea de que estaba surgiendo algo nuevo tiene mucho de recomendable. Aubin, *loc. cit.,* pp. 259-60, subraya también la influencia alemana, acaso demasiado. Lo mismo sucede con Erna Patzelt, *Die fränkische Kultur* (p. ej. p. 64 y ss.), una obra que no ha recibido por lo general la atención que merece.

como agregados útiles a una nueva cultura. Lo mejor de la noble realización grecorromana no se había perdido. "Si eso muere rinde mucho fruto", no sería un epitafio inadecuado para la civilización condenada.

Hay que admitir que las circunstancias en que comenzó a surgir la nueva civilización distaban de ser imponentes. Comparadas con la pobreza y el desorden del período posterior a la invasión, la sociedad romana, y aun acaso la babilónica, podrían parecer adelantadas. Sin embargo, el parangón con la civilización futura no sería justo si no se examinara luego las posibilidades latentes en el Occidente nuevo. En una forma extraña, indirecta, las condiciones de atraso de su origen resultaron útiles para la futura Europa Occidental. De no haber estado ésta dividida, de no haber sido gobernada de manera ineficaz y pobre, *la influencia del cristianismo no se habría podido ejercer en forma libre* y amplia. Como se expondrá más adelante, la sociedad medieval de los primeros tiempos fue una sociedad pionera que vivía en una frontera tanto geográfica como intelectual y se dedicaba a extenderla. Es notable el hecho de que los historiadores de Occidente no hayan logrado durante tanto tiempo captar esta verdad absolutamente vital sobre los orígenes de su propia tradición.

Quizás la objeción a la subestimación por Pirenne del sitio que corresponde al cristianismo en ese proceso constructivo pueda expresarse mejor así: que hay más de una clase de causalidad económica y que la vitalidad religiosa y la económica no se excluyen mutuamente. Decir que la Iglesia medieval ocupaba una posición dominante, en parte debida al atraso social de su tiempo, no equivale a decir que su influencia fue abrumadora siempre y en todas partes y que no hubo más motivos, intereses o actividades que los inspirados por la religión; además, como en otros tiempos, los hombres, hasta los eclesiásticos, no eran siempre fieles a sus principios y la Iglesia no vencía siempre en sus luchas con las fuerzas seculares. Lo importante, que no ha reconocido Pirenne, es que la Iglesia era lo bastante poderosa para ganar la mayoría de sus batallas y desempeñar un papel en muchos acontecimientos que, en un sentido estricto, no le incumbían;[89] y, sobre todo, que en los siglos IV

[89] Nadie ha expresado mejor esto, refiriéndose especialmente a los comienzos de la Edad Media, que Christopher Dawson, en su introducción agudamente sagaz y llena de sentido común, a *The Making of Europe*, sobre todo pp. xxi-xxiii. Pero no puedo aceptar, con todo, el aserto de que "el historiador católico tiene una evidente ventaja" en la interpretación de la cultura medieval; se podría argüir, igualmente, que el historiador marxista está más calificado para interpretar el significado del comunismo en el mundo moderno. En cuanto a la dificultad que hallan los hombres de una época ulterior para comprender los valores de los de otra anterior, sería difícil hallar una mejor exposición que la de C. H. McIlwain en su discurso presidencial "El papel del historiador en un mundo cambiante", *American Historical Review*, XLII, 1937, 207-24, especialmente pp. 211-13.

y v, cuando en Occidente el espíritu clásico casi había muerto junto con la forma romana de administración política y gran parte del resto del antiguo sistema social, el espíritu cristiano que debía crear una nueva civilización rebosaba vida, esperanza y confianza.[90]

[90] Como de costumbre, hay que trazar cuidadosamente la diferencia entre Oriente y Occidente. La distinción esencial es que el cristianismo en Occidente se ejercía en una sociedad simple y casi amorfa, una sociedad que le daba mano libre. Creo que ésta es una razón importante por la cual el Occidente medieval superó hasta entonces al Oriente bizantino en inventiva. En relación con el desarrollo de la civilización oriental medieval ulterior, ésta es la fuente, mientras que la bizantina, a pesar de ser rica, brillante y magnífica, servía más bien de *baluarte y de depósito. Ciertamente, el cristianismo tuvo mucho* que combatir en Oriente además de los musulmanes; por ejemplo, un sistema gubernamental sólidamente establecido, una nobleza altanera, una gran riqueza y grandeza. La existencia conjunta del lujo más muelle y del más duro ascetismo, de un cinismo frío y una fe ardiente, de una corrupción mísera y una devoción pura, hacían de ella una civilización de contradicciones difícilmente comparable con el Ocidente medieval.

Capítulo III

¿QUÉ OCURRIÓ CON LA PREPONDERANCIA ROMANA EN OCCIDENTE?

Se ha dicho ya que la alta Edad Media fue una época de innovación y descubrimiento y que la regresión de la civilización en Occidente desde el nivel romano fue un acontecimiento feliz. Los dos capítulos siguientes explicarán estas afirmaciones.

Las pruebas que las respaldan, muchas de ellas familiares en sí mismas, aunque no en este contexto, se pueden encontrar en la historia social y cultural del decadente Occidente romano y en los inventos y productos de la sociedad que se estaba formando, unas veces en combinación con los restos de la civilización clásica y otras en formas totalmente nuevas y originales. En este capítulo hay que subrayar el colapso romano, lo que se destruyó y por qué y cómo. El capítulo siguiente ofrece una nueva concepción del carácter dinámico del primer período de la era medieval y por lo tanto de todo el significado de esta era para los tiempos posteriores.

LOS CAMBIOS POLÍTICOS

Es harto cierto que Roma pagó un duro precio por las aventuras imperiales con las cuales obligó al mundo civilizado del Mediterráneo a colocarse bajo su yugo. Al conquistar el mundo, los romanos perdieron su república, y en los horrores fratricidas, la corrupción política y la degradación moral del siglo que medió entre Tiberio Graco y Octavio, perdieron también su último dominio de las únicas virtudes que habrían podido justificar sus conquistas, tanto para sí mismos como para los demás. En realidad, sus crímenes invalidaron sus sacrificios; de modo que eventualmente, y que nos disculpe Horacio, no sólo la cautiva Grecia, sino también los vencidos orientales y los mercenarios bárbaros capturaron a sus vencedores y llegaron a compartir, o acaso a gobernar, el Imperio.[1]

[1] Ver Paul Vinogradoff, "Social and Economic Conditions of the Roman Empire in the Fourth Century", *Cambridge Medieval History*, I, 1924, 544.

Tal vez Augusto haya restablecido el orden, quizás Trajano haya hecho nuevas conquistas y Adriano haya fundado nuevas ciudades, pero, al terminar el reinado de Marco Aurelio, el esplendor de la Era de los Antoninos, tan elocuentemente descrito por Gibbon, es un tesoro más que nada imaginario. Sea que aceptemos o no la tesis de Rostovtzeff sobre la rivalidad destructiva entre la burguesía de la ciudad y el campesinado y otros grupos no privilegiados, la verdadera catástrofe del Imperio Romano se produjo en las luchas civiles del siglo III, "que destruyeron los cimientos de la vida económica, social e intelectual del mundo antiguo".[2] Después de esto los romanos, en realidad, no tenían otra alternativa, porque aunque acaso siguiesen abiertos otros caminos que los que llevaban a la destrucción de la empresa, a una amplia regimentación y a un despotismo oriental, sus dirigentes no pudieron hallarlos. Acaso haya habido vigorosos administradores y reformadores como Diocleciano y Constantino, pero sus métodos, en una situación muy complicada que reclamaba una extraordinaria sagacidad, finura y estímulo al talento individual, eran cortos de alcance, torpes y opresivos.

De cualquier modo que juzguemos el "brillo" de esos emperadores y sus sucesores al planear una línea de acción, no cabe duda de que su labor tuvo muy importantes consecuencias. Reformaron el ejército, fortalecieron la moneda, crearon un sistema de casta, iniciaron el movimiento hacia Oriente y le imprimieron un rígido sistema de regimentación a la vida económica del Imperio. De especial importancia para lo futuro fue la innovación fiscal, atribuida al reinado de Diocleciano, del impuesto a la tierra basado en el *caput* o *jugum*.[3] Con respecto a la legislación política, económica y social, la administración central encabezada por Diocleciano y sus sucesores, en Occidente si no en Oriente, resultó casi tan impotente como la de sus muy posteriores sucesores carolingios seudoimperiales. ¿Se salvó el Imperio Romano? De ser así, sólo se salvó, según la vívida frase de Rostovtzeff, como "una vasta cárcel para veintenas de millones de hombres".[4] En realidad, en Occidente no se salvó, sino que sólo se conservó durante breve tiempo como en una solución química, ya que el caos y la destrucción del siglo III no podían ser evitados ni aun con la más despótica de las legislaciones. ¿Fue la adopción del cristianismo por Constantino el acto de un estadista sagaz o sólo el de un visionario?[5] Sea que haya obrado basándose o no en el principio de aliarse a un enemigo a quien no podía vencer, esto fue, en realidad, lo que hizo. La unidad política y la centralización que eran imposibles de concebir en los futuros siglos medievales, ya desapa-

[2] Sobre las opiniones de Rostovtzeff, ver de preferencia *The Social and Economic History of the Roman Empire*, especialmente las pp. 468-87; la cita es de la p. 477.

[3] Lot, FMA, p. 19, y Rostovtzeff, *Social and Economic History*, p. 464 y ss.

[4] *Ibid.*, p. 478.

[5] Lot, FMA, p. 33 y ss., y Rostovtzeff, *Social and Economic History*, p. 456. Hay ahora muchas opiniones sobre este punto, varias de origen muy reciente.

recían rápidamente en las regiones europeas occidentales del Imperio a fines del siglo III y se preparaba el camino a los reinos medievales y al lento proceso de adaptación llamado feudalismo.

Sin embargo, la tarea de apuntalar la estructura imperial a fines del siglo III y comienzos del IV no debe ser subestimada. Ferdinand Lot hace conjeturas sobre lo que pudo haber sucedido si el Imperio no se hubiese unificado a fines del siglo III. Acaso, en vez de los reinos romano-germánicos de los siglos V y VI, se habrían formado varios Estados occidentales muy anteriores, con una civilización exclusivamente romana.[6] Si hubiera sucedido esto, algunas de las manifestaciones externas de la Edad Media habrían podido aparecer antes —la fragmentación política, la regresión general de la sociedad, la agitación—, pero esta conjetura sirve más que nada para presentar con mayor claridad la importancia de los reinados de Diocleciano y Constantino, su absolutismo, sus reformas, su regimentación y sobre todo la conversión de Constantino, que ha sido llamado, sin exageración, "el hecho más importante de la historia del mundo mediterráneo entre la creación de la hegemonía romana y el establecimiento del Islam".[7]

Acaso hubieran existido Estados romanos independientes. Si éstos hubiesen sobrevivido, quizás habrían conservado bastante más de la civilización clásica durante un período mucho más largo que el que fue posible en Occidente después de la división del Imperio occidental, pero no todos esos Estados habrían sido necesariamente cristianos. La restauración realizada por Diocleciano, entonces, por dura que fuera, y la adopción del cristianismo por Constantino, por misteriosa que haya podido ser, tuvieron consecuencias muy distintas. Permitieron sustituir la unidad política romana por la unidad religiosa cristiana y brindaron a los padres de la Iglesia una oportunidad, mucho mejor de la que hubieran tenido de otro modo, de apropiarse de la enseñanza clásica y de usarla para fines cristianos. Esos hechos, a su vez, ejercieron una profunda influencia sobre los Estados germánicos cuando surgieron a la vida. El principal de ellos es que la unidad no se perdió por completo, sino que se modificó, aunque de manera muy significativa, y que el

[6] Lot, FMA, pp. 12-13. Ver la opinión de Ernst Stein, *Geschichte des spätrömischen Reiches, I. Vom örmischen zum byzantinischen Staate (284-476 n. Ch.)*, Viena, 1928, p. 237, de que, en realidad, había existido una división desde los tiempos de Diocleciano.

[7] Lot, FMA, p. 44. Ver Stein, *Spätrömischen Reich*, pp. 2-3, sobre la importancia relativamente mayor de la obra de Diocleciano al trasladar la capital desde Roma a Oriente. Es evidente que no me desvío de mi afirmación anterior de que la regresión romana no fue una desgracia. Un colapso demasiado repentino de la cultura y el poder romanos habría sido harto perjudicial para el desarrollo de la civilización occidental. Ver, sobre la resurrección de la idea de Imperio, Robert Folz, *L'idée de l'Empire en Occident du Ve au XIVe siècle*, París, 1953, pp. 11-18.

cambio se operó en todas partes en un espacio de tiempo relativamente breve. Como lo hizo notar Bury: "La atmósfera de la época en que fue desmembrado el Imperio de Roma fue la religión cristiana".[8] De no haber sido así, la Edad Media, y por lo tanto nuestro propio mundo, no se habrían podido concebir.

LOS CAMBIOS ECONÓMICOS Y SOCIALES

Evidentemente es imposible llegar lejos en un análisis de esta índole sin entrar a examinar los cambios económicos y sociales que acompañaron a los políticos y estudiar a todos en conjunto. Es igualmente necesario tener siempre en cuenta el estado del Imperio del Oriente, ya que nada revela con más claridad el carácter de la modificación que se operó en la sociedad del antiguo mundo clásico que el contraste entre el Oriente y el Occidente.

La investigación e interpretación llevadas a cabo durante el último medio siglo han demostrado la superioridad de Oriente en población, riquezas, administración política y solidez y estabilidad de la estructura social y económica como un todo. Al terminar el siglo III, Egipto tenía la séptima parte o más de la población total del Imperio; Siria y Asia Menor occidental estaban también bastante pobladas. El centro de la línea costera del norte de África tenía entonces una población densa y Cartago era una de las pocas grandes ciudades del Occidente romano. Las que llamaríamos grandes ciudades correspondían en forma casi exclusiva al Oriente, siendo las más importantes Alejandría y Antioquía, con un cuarto de millón de habitantes aproximadamente. La propia Roma tenía quizás medio millón de habitantes, que no tardarían en perder las ventajas que los retenían allí. La despoblación de Italia y de Grecia, que comenzó en el siglo III a.C., continuó durante el período imperial. También fueron devastadas y despobladas zonas íntegras de Galia. La destrucción causada por las guerras civiles y las invasiones del siglo III de nuestra era parece haber sido particularmente seria en Galia, sin duda porque era una de las zonas más ricas y económicamente más productivas, y por lo tanto vulnerables, de Occidente. Por otra parte, esa región sufría, como otras del Imperio, las consecuencias de las pestes, de la mala administración y de la influencia paralizante que le causaba a la empresa económica el desarrollo del sistema de los grandes latifundios.[9] En Galia hubo cierta recuperación, acaso hasta amplia, pero las secuelas de las graves dolencias del siglo III subsistieron; de modo que el estado de la provincia fue el de un paciente que ha mejorado, pero no ha recobrado en modo alguno la salud.[10]

Esta diferencia fundamental contribuye mucho a explicar por qué la historia de Occidente siguió un curso tan diferente de la trayectoria

[8] Bury, *Later Roman Empire*, 1889, I, 1.

[9] Stein, *Spätrömisches Reich*, p. 3; y sobre Galia, Piganiol, *L'empire chrétien*, pp. 1-2.

[10] Ver Demougeot, *De l'unité à la division de l'Empire romain*, p. 532, sobre la decadencia económica de las regiones occidentales a comienzos del siglo V.

recorrida durante un milenio por el Imperio Bizantino. ¿Cómo se produjo la diferencia? ¿Por qué optó el Occidente por la senda de la economía autárquica, de base agraria, el abandono de las ciudades y la administración descentralizada, mientras que el Oriente seguía siendo en esos sentidos, poco más o menos, el mismo de siempre? Parece probable que lo básico de la respuesta a tan importante pregunta esté, precisamente, donde se encuentren y superpongan lo socioeconómico y lo administrativo.

Uno de los problemas más desconcertantes que impiden una más clara comprensión de los acontecimientos de los siglos IV, V y VI es el de la naturaleza de la economía del Imperio Romano de los últimos tiempos. ¿Era una economía del oro, una economía natural, o fluctuaba entre ambas? ¿Se seguía usando el oro en el Imperio de Occidente o tendía siempre a volver al Imperio de Oriente y de allí al Medio o Lejano Oriente?[11] Cuesta creer que, en esos siglos, la economía occidental se hubiera seguido basando en el oro durante tanto tiempo, de no mediar la influencia de las riquezas bizantinas. Esta relación guarda una semejanza de orden general con la existente entre las actuales economías de la Europa Occidental y los Estados Unidos; por lo menos, la semejanza es lo bastante exacta como para dar un ejemplo.[12] En otros términos, la economía del Imperio occidental, si no se la examina cuidadosamente, puede dar una impresión de vigor que no tiene en realidad. No se puede negar que había oro en Occidente en esos siglos y los siguientes —por ejemplo, los regalos enviados por los emperadores bizantinos a los reyes merovingios—, así como hay dólares en la Europa Occidental de hoy. En cuanto a la cantidad que había en cualquier momento dado y cuánto tiempo permaneció antes de que volviese al Oriente o desapareciera en alguna otra forma, ya es otra cosa. Fenómenos tales como el sistema socioeconómico de Occidente, la solidez de sus ciudades y su tipo de administración evidentemente son índices mejores de su vitalidad y productividad y de su carácter esencial que la presencia de oro.

[11] Gunnar Mickwitz, "Le problème de l'or dans le monde antique", *Annales d'histoire économique et sociale*, VI, 1934, 246, desecha la antigua opinión, derivada de Plinio el Viejo, de que la escasez del oro y la plata amonedados se debía al despacho de grandes cantidades de los metales preciosos a las Indias. De acuerdo con este punto de vista, la escasez de metal para usarlo como dinero se vinculaba a la aparición de la economía natural. Los viejos argumentos parecen bastante ingenuos a la luz de conocimientos más recientes. Para un comentario de un punto de vista algo distinto, con todo, ver Marc Bloch, "Le problème de l'or au moyen âge", *Annales d'histoire économique et sociale*, V, 1933, 11, y Lot, FMA, p. 513, quien concordaría con Mickwitz más que con Bloch en ese sentido. Queda mucho por hacer en ese aspecto.

[12] Nótese que Bloch y Mickwitz, en los dos artículos que se acaban de citar de *Annales d'histoire économique et sociale*, V, 1933, 24; VI, 1934, 241, escritos durante la depresión, hicieron una comparación bastante parecida. Bloch comenta la influencia de las economías bizantina e islámica, más ricas, sobre la occidental; Mickwitz habla de la preferencia del siglo III por la moneda de oro en vez de la de plata, como se advierte en los tesoros acumulados.

Es harto claro que ignoramos muchas cosas sobre la economía de la Roma imperial y es muy improbable que las sepamos algún día. Pero sabemos que durante siglos las importaciones del Imperio superaron a sus exportaciones, y que el oro y la plata fueron eliminados de Roma para ser sustituidos por metal recién extraído de las minas. Cuando las minas ya no pudieron reemplazar las pérdidas, la insuficiencia fue compensada por una depreciación de la moneda. La crisis así producida provocó, por lo menos, un regreso parcial a una economía natural, que duró en ciertos aspectos hasta mucho después del restablecimiento por Constantino de una moneda firme. Con todo se ha dicho ya bastante sobre los esfuerzos heroicos, pero de un éxito apenas parcial de Constantino y sus sucesores por efectuar una auténtica restauración de la economía. La población siguió declinando, los gastos del gobierno no disminuyeron y la pobreza fue en aumento. A esta altura, el gobierno, para proteger la producción, los servicios públicos y los ingresos impositivos, debió apelar a la medida desesperada de obligar a los hombres a permanecer en sus posiciones económicas, con prescindencia de las privaciones que ello implicaba. Así, los agricultores se vieron ligados al *suelo*, los obreros urbanos a sus trabajos y los funcionarios de las ciudades a sus responsabilidades, sobre todo en cuanto se refiere a la recaudación de impuestos. Es verdad que, en ciertas zonas de Oriente, los pequeños agricultores estaban ya ligados así a la tierra desde hacía largo tiempo. La innovación consistió en extender esa servidumbre a todo el Imperio, incluyendo a otros oficios y a la larga haciendo hereditaria esa regimentación.[13]

Es bien sabido que Constantinopla se salvó repetidas veces de ser tomada sobornando a sus atacantes con oro, mientras que el Occidente debía afrontar dichas dificultades sin esa ventaja. Más aún: los gobernantes de Oriente no vacilaban ante la idea de sacrificar a Occidente, hasta a la propia ciudad de Roma, para eliminar una amenaza seria; testigos de ello, los visigodos y luego Teodorico; testigos, Atila y sus hunos, quienes fueron también a Occidente después de arrancarle durante cierto número de años enormes sobornos a la corte oriental a cambio de respetar su capital. El sentido es claro: el Oriente podía permitirse el lujo de comprar protección con dinero; el Occidente, más pobre, no podía hacerlo y, por lo tanto, sufrió la suerte a la cual escapó el Oriente. Sabemos, además, que durante el reinado de Teodosio el Grande, a fines del siglo IV, el presupuesto de oro de Oriente fue el doble que el de Occidente; que medio siglo más tarde, Marciano, después de haber dejado de pagar tributos a los hunos, pudo ahorrar durante un reinado de menos de siete años la enorme suma de siete millones de *solidi*, y, finalmente, que Anastasio I, al morir en 518, dejó un tesoro de más del triplo.[14] En Occidente no se oyó hablar de semejantes acu-

[13] Stein, *Spätrömisches Reich*, pp. 21-22, 24.

mulaciones de dinero. El presupuesto de Occidente se redujo más aún en los primeros años del reinado de Valentiniano III (425-55) que en tiempos de Teodosio I, y fue menor aún a mediados del siglo, ya que las fuentes periódicas de ingresos se agotaron y los costos militares alcanzaron sumas increíbles. Mientras tanto, los impuestos y los servicios exigidos al grueso de la población por las clases gobernantes fueron aumentados cada vez más, con ceñuda y ruinosa inexorabilidad.[15]

El Oriente, pues, era relativamente próspero; el Occidente, pobre. En realidad, el primero ejerció una influencia tan grande sobre la economía del segundo en los siglos IV, V y VI que el Occidente ha sido considerado a menudo como parte integrante de aquel Imperio. La vitalidad económica de Occidente menguaba sin cesar, con todo, en esta época, y desde este punto de vista, la Edad Media había empezado. Allí, la apariencia de riqueza y actividad comercial era engañosa. El Occidente, que ya no se mantenía a sí mismo y no era un socio activo, estaba en camino de verse despojado; sus provincias se veían saqueadas, sus ciudades destruidas o abandonadas. En cuanto al comercio, hasta el de Galia cayó ahora casi exclusivamente en manos de los mercaderes orientales, más que nada sirios y judíos. Esos mercaderes, que habían prosperado durante largo tiempo en Occidente, siguieron prosperando sin duda en la época franca; de lo contrario, habrían buscado fortuna en otra parte.[16] Pero su prosperidad es simplemente un testimonio del poderío económico del Imperio oriental; no habrían podido prosperar si el Oriente no hubiese seguido siendo fuerte y rico. Eran un fenómeno producido por dos sociedades vecinas, una de las cuales se había vuelto pobre, pero ofrecía aún oportunidades de ser explotada por la otra, Desde el punto de vista oriental, eran hombres de negocio audaces y emprendedores, capaces de acumular dinero hasta en las condiciones improductivas y generalmente adversas que prevalecían en Occidente. Desde el punto de vista occidental, eran unos extranjeros que inspiraban resentimiento debido a sus duras prácticas comerciales y altanero espíritu

[14] *Ibid.*, pp. 23, 520-21, y Gunnar Mickwitz, *Geld un Wirtschaft im römischen Reich des vierten Jahrhunderts n. Chr.*, Societas Scientiarum Fennica, *Commentationes Humanarum Litterarum*, t. IV, nº 2, Helsingfors, 1932, p. 189. Sobre las sumas arrancadas por Atila, véase Johannes Sundwall, *Weströmische Studien, Berlín*, 1915, pp. 153-54.

[15] Stein, *Spätrömisches Reich*, pp. 23, nº 3, 508-11.

[16] Como lo hace notar Arnaldo Momigliano en una reseña crítica del *Mohammed and Charlemagne* de Pirenne y del "Mohammed and Charlemagne: a Revision", de R. S. López, *loc. cit.*, en *The Journal of Roman Studies*, XXXIV, 1944, 157, la probabilidad de que el número de sirios y judíos haya aumentado en Galia a principios del siglo V no modifica la evidencia para los siglos V y VI y no prueba que los judíos y los sirios hayan venido directamente del Oriente. Nos referimos al tema más adelante. Nótense también las opiniones de Solomon Katz, *The Jews in the Visigothic and Frankish Kingdoms of Spain and Gaul*, Cambridge, Massachusetts, 1937, pp. 125-36.

de clan, y eran envidiados y aborrecidos porque su capacidad, riqueza y vinculaciones con Bizancio les permitían sacar partido de la debilidad occidental y prosperar.[17]

El testimonio del comercio, pues, no brinda seguridad alguna de que la economía de Occidente fuese aún vigorosa. ¿Puede hallarse esa seguridad en la existencia constante de reservas de oro y plata? Sabemos que Occidente y Oriente disponían todavía de ambos metales, aparentemente en grandes cantidades y que se acuñaban buenas monedas durante todo el siglo IV.[18]

Sabemos, también, que al propio tiempo sobrevenía la inflación más alarmante. Una de las razones de este anormal estado de cosas fue que la cantidad de metales preciosos realmente emitida no era tan grande como parecen indicarlo la calidad y los tipos de monedas. Aparentemente, los emperadores no estaban tan convencidos de la necesidad de que fluyera sin cesar una cantidad considerable e incesante de monedas de oro y plata. Una indicación más de esta actitud es la práctica del gobierno de recaudar ciertos impuestos y multas en oro al peso; en otros términos, no aceptaba en su valor total dinero que él mismo había
7 acuñado y emitido oficialmente. Además, las monedas que se le pagaban al fisco para satisfacer impuestos eran convertidas en barras.[19] La finalidad principal del gobierno parece haber sido, por lo tanto, conservar el oro en lingotes más bien que hacerlo circular en forma de dinero. La explicación de este extraño procedimiento quizá sea el temor de que el metal al acumularse desapareciera en arcas privadas. Una parte desapareció así, pero otra fue usada en la forma indicada, e indudablemente una tercera fue a parar al mercado negro y a las transacciones secretas con extranjeros.[20] Ciertamente, la situación no era saludable y los actos del gobierno y de los ciudadanos eran movidos por las dudas y el temor.

Otra prueba del caos monetario reinante en el siglo IV fue la tentativa de lograr una deflación emitiendo grandes cantidades de monedas de cobre, y de cobre sumergido en un baño de plata. El valor de esas monedas, que constituían el grueso del dinero que realmente circulaba, cambiaba sin cesar y desde luego se ocultaban las mejores piezas. Las tentativas de reforma resultaban inútiles, debido a los incesantes tumultos *y a la incertidumbre general; el resultado final fue la inflación* más bien que la deflación. Los efectos fueron especialmente desastrosos en Egipto, donde la dracma, valuada en 4.000 con respecto al *solidus* en el año 301, bajó a 6 millones en 341 y a 180 millones en el año 400. En esta evolución, que recuerda la inflación alemana en la década

[17] Sobre la presencia, colonias y métodos de los mercaderes orientales, ver Stein, *Spätrömisches Reich*, p. 26; Demougeot, *De l'unité à la division de l'Empire romain*, pp. 534-35; Salin, *Civilisation mérovingienne*, pp. 143-51.

[18] Piganiol, *L'Empire chrétien*, pp. 294-96.

[19] *Ibid.*, p. 296.

[20] Ver también las interesantes hipótesis de Lot, FMA, pp. 513-14.

1920-30, los precios subieron naturalmente a niveles que causaba vértigo.[21]

Este cuadro de la economía imperial en el siglo IV, con su abur dancia de oro y plata que eran acuñados de mala gana y fundidc ansiosamente cuando ingresaban en forma de impuestos, y con st enérgicas tentativas de reforma y de deflación que acababan en inflació es bastante extraño, pero una característica más extravagante aún la d el hecho ya mencionado de que existía junto a la economía del diner una amplia economía natural. Históricamente, la coexistencia de esa dos formas dista de ser algo nunca oído; pero se trata, con todo, de u fenómeno curioso en un Estado que poseía considerables riquezas que estaba destinado, por lo menos en parte (el Oriente), a volver a l economía del dinero al cabo de menos de un siglo.

Ahora es evidente que en el siglo IV no existía una clara sustitució de la economía del oro por una economía natural.[22] Si definimos ést como una autarquía completa en la cual no existe la posibilidad de libre cambio, no hubo ninguna economía natural en ese período; sól hubo momentos ocasionales en que el valor del oro bajaba y se prefería los productos naturales como patrones de valor.[23]

No tiene importancia que se la llame economía natural o sólo eco nomía natural parcial; lo que importa es que la economía del Imperic en el siglo IV, se hallaba en condiciones peligrosas.

La consideración económica esencial para una sociedad compleja como lo sabe el mundo contemporáneo, no es simplemente la existenci de abundantes suministros de oro, sino más bien la capacidad de pro ducir y distribuir abundante riqueza y de usarla en suficiente cantida pacíficamente y con eficacia para mantener un nivel de vida adecuado Es evidente que la riqueza o la parte de riqueza disponible para quiene la producen suele disminuir de manera considerable sin grave daño par la sociedad, siempre que las mermas no sean demasiado drásticas o pro longadas. Si a causa de una guerra o por otras razones la cantidad de

[21] Piganiol, *L'Empire chrétien*, p. 298; Lot, FMA, pp. 514-15. Con res pecto al *solidus*, ver Piganiol, pp. 295-96; Stein, *Spätrömisches Reich*, pp 177-78; y Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, p. 77.

[22] Ver Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, pp. 1-17, para un estudio del sig nificado de la economía natural y la economía monetaria y lo que representaban en el siglo IV. El autor examina al respecto las opiniones de muchos historiadores y economistas, entre otros Hildebrand, Bücher, Meyer, Rostovtzeff, Pirenne Dopsch, Persson, Stein y Heckscher.

[23] Para mayor definición, ver Alfons Dopsch, "Naturalwirtschaft und Geldwirtschaft in der Weltgeschichte", en *Beiträge zur Sozial un Wirtschafts-sgeschichte*, Viena 1938, p. 85. Dopsch tiene razón, sin duda, cuando dice (p. 86) que hasta en las etapas más bajas de la evolución no existió una economía doméstica cerrada en el sentido de Bücher. Es esencial, en la definición de una economía autárquica, hacer notar, en primer término, que *puede* ser autár-quica, y, segundo, que es tan autárquica como lo es porque tiene que serlo. Evidentemente, en las sociedades simples habría poca oportunidad de libre cambio, lo cual implicaría un cambio restringido más bien que libre. Como dice Werner Sombart en "Economic Theory and Economic History", *Economic*

riqueza disponible para las necesidades constructivas de una sociedad avanzada es cercenada durante demasiado tiempo o en forma harto seria, tienen que aparecer finalmente el caos económico y el desorden político, social y cultural. Esto fue lo que, en definitiva, le sucedió al Imperio.

En la vasta extensión del Imperio había, sin duda, siempre varias regiones donde el intercambio comercial se realizaba más a menudo por medio del trueque que con dinero, y otras que eran virtualmente autárquicas.[24] Sin embargo, lo que provocó la aparición en gran escala de la economía natural fue la crisis del siglo III y el poder grandemente acrecentado del ejército y la burocracia en el siglo IV. Dados los movimientos populares frecuentes en esa época, se apeló a recursos desesperados en muchos sectores, ya que un pretendiente luchaba contra otro y ambos combatían a los invasores extranjeros. Algunos de esos recursos perduraron, por diversas razones, como parte inevitable del legado de los emperadores reformistas del siglo IV, y la costumbre del pago y aceptación de impuestos en bienes naturales fue uno de ellos.[25] Por eso, a pesar de todas las reformas de Diocleciano y Constantino, el apartamiento de una economía monetaria no pudo ser detenido y el impuesto territorial se pagaba por lo general en especie. También se conservó la costumbre de exigir requisas en especie, en que se apoyaba el gobierno tan a menudo en el siglo III.

Aunque las recaudaciones de impuestos eran preparadas y reglamentadas cuidadosamente, el sistema resultaba muy ineficaz y muy costoso tanto para el gobierno como para los ciudadanos. Además de las desventajas psicológicas causadas por cualquier clase de requisas —entre los objetos requisados figuraban los animales de carga, los obreros manuales de trabajo obligatorio y los artículos corrientes de consumo, cuyo valor real variaba de año en año— estaban las enormes dificultades y

---

History Review, II, 1929, 13, arguyendo contra la división de la evolución económica en etapas de Hildebrand, "El contraste que debe ser subrayado no es el existente entre la economía natural y la economía del dinero, sino el que existe entre la economía autárquica y la que no lo es". Nótese aquí —y antes—, sobre todo en las páginas 1-7, su vapuleo a los historiadores de bienes económicos por lo que considera un modo de pensar estereotipado.

[24] Había naturalmente amplias variaciones dentro del Imperio y lo que aparecía en una parte en una época dada, no se presentaba forzosamente en las demás. Ver Rostovtzeff, "The Decay of the Ancient World and Its Economic Explanations", *loc. cit.*, 200-201.

[25] Según Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, p. 167, nº 4, no hay pruebas de pagos en especie antes de Diocleciano. Presuntamente, la introducción de esa costumbre fue sugerida por la burocracia, ya que la favorecía. La inestabilidad de la situación, inclusive el nivel del dinero, le habría preparado el camino a la innovación. Ver luego *ibid.*, pp. 175-78. En las páginas anteriores, Mickwitz presenta un cuidadoso estudio de la *adaeratio* en conexión con los pagos y las recaudaciones de impuestos en especie. Ver también Lot, "Un grand domaine à l'époque franque. Ardin en Poitou, contribution à l'étude de l'impôt", en *Bibliothèque de l'école des hautes études*, fasc. 230, París, 1921, pp. 122 y ss., y *Nouvelles recherches sur l'impôt foncier*, pp. 56 y ss.

pérdidas (motivadas sobre todo por deterioros y robos) que son inevitables en un sistema de percepción impositiva que implica transporte y almacenamiento. Se ha calculado que por este sistema se pierden dos tercios de las rentas en la recaudación.[26] Sin contar todo lo demás, los contribuyentes principales asumían la carga de percibir de sus arrendatarios, los *coloni,* los bienes con que pagaban a su vez en los almacenes públicos. El Estado se reservaba, y a veces lo ejercía, el derecho de recaudar el impuesto territorial en dinero, pero el procedimiento más usual era la recaudación en especie.[27]

También los salarios eran pagados a menudo en especie. Todas las jerarquías superiores de la administración civil tenían el derecho de percibirlos en forma de requisas, derecho del cual no tardaron en abusar, y algunas profesiones gozaban de privilegios análogos. Más importante aún era la costumbre de pagar en especie al ejército; por regla general, los soldados sólo recibían dinero cuando les daban regalos poco usuales (*donativa*). Presuntamente, el ejército, como los empleados públicos, consideraba ventajoso que le pagaran con productos naturales, con lo cual era más fácil adaptar sus exacciones a su creciente voracidad.

En general, la práctica era muy costosa para el gobierno y la sociedad en conjunto. Los emperadores se veían obligados a reducir los gastos militares por los únicos medios que les quedaban, esto es, disminuyendo las dimensiones de sus ejércitos y reclutando a las tropas bárbaras, menos costosas, ya que les pagaban con tierras. Este pago a los ejércitos con requisas y regalos de tierras en el siglo que comienza con Diocleciano y concluye con Teodosio el Grande, contrasta de una manera sorprendente con la descripción que hace Pirenne de los reyes merovingios, quienes pagaban a sus soldados con oro. La realidad era que, en el siglo IV, la situación económica se había vuelto ya muy grave. Como lo ha señalado Lot, el sistema de los pagos en especie o con tierras ha llevado siempre al régimen feudal o a otro análogo.[28]

Hay que hacer notar, con todo, que el retroceso económico del siglo IV no se desarrolló con facilidad y sin interrupciones. De haber sido así, pronto no habría quedado en ninguna parte nada del Imperio Romano. Por lo pronto, el Imperio no carecía totalmente de oro y el problema económico no era insuperable. En realidad, las finanzas mejoraron a fines del siglo IV.[29] Pero conviene subrayar enérgicamente que ese oro y ese mejoramiento financiero debían encontrarse más que nada en Oriente, no en Occidente. El Occidente continuó decayendo, aunque se

[26] Lot, FMA, p. 65.
[27] *Ibid.*, pp. 64-65.
[28] *Ibid.*, pp. 66-67. Sobre la relación de toda la lucha entre los grandes terratenientes y los pequeños agricultores con la evolución de un tipo feudal de sociedad y su significado para un gobierno monárquico, ver M. Rostovtzeff, *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates,* Leipzig y Berlín, 1910, p. 398.
[29] Stein, *Spätrömisches Reich,* p. 23, y Piganiol, *L'Empire Chrétien,* p. 299. Ver Mickwitz, *Geld und Wirtschaft,* pp. 2-4.

siguieron emitiendo monedas de oro y plata en forma irregular y su movimiento hacia la economía natural prosiguió. Sólo el Oriente, aunque tenía aún sus dificultades, estaba en condiciones de poner su casa en orden, de recaudar los impuestos en forma adecuada, de doblegar el poder de los burócratas, generales y grandes terratenientes, y de mantener y mejorar a sus ejércitos, avanzando así lentamente hacia el poder y la estabilidad.[30] Hay que contemplar sobre este telón de fondo los crecientes hostigamientos bárbaros de fines de los siglos IV y V. El Occidente yacía postrado, como pronta e invitante presa incapaz de defenderse; el Oriente estaba débil, pero el Occidente más débil todavía.

Las consecuencias del experimento en economía natural eran de una importancia esencial no sólo en la esfera económica, sino también en la social y política. Hemos visto que la aparición de la economía natural a fines del siglo III sólo influyó sobre las finanzas del Estado y no sobre las privadas, y que ese recurso tuvo su origen en la inestabilidad reinante en el siglo III, en la desvalorización de la moneda y en las sucesivas inflaciones. La razón por la que se esforzó la burocracia del Estado en conseguir los pagos en especie fue que esas perturbaciones la hacían sufrir mucho, ya que sus salarios nunca aumentaban lo suficiente para compensar la declinación del valor del oro.[31] Pero cuando se pagaron los salarios en especie, los funcionarios, y desde luego también el ejército, en vez de vivir peor que el resto de la población en los tiempos difíciles, vivieron mejor. En los años buenos su mantenimiento quedaba asegurado y en los difíciles aumentaba el valor de los productos naturales que les pagaban.[32] A veces debían de beneficiarse mucho, sin duda. Su ganancia, desde luego, era lo que perdían los contribuyentes, sobre todo los campesinos.[33] Se suscitaba una lucha entre los funcionarios y los contribuyentes, que se centraba en el interrogante de cómo debían ser pagados los impuestos y los salarios.[34] Las leyes del Código Teodosiano son, para ser leyes, de una inusitada elocuencia con respecto a la amargura y frustración provocadas por ese conflicto. La hondura del resentimiento que se acumulaba detrás de los edictos imperiales sólo nos llega como un débil eco, pero debe de haber contribuido mucho a la psicología de desesperación de la época, que, a su vez, tuvo mucho que ver con la siguiente. En cuanto a los funcionarios, los burócratas . . ., ¿corresponde censurarlos? Estaban en mejores condiciones que los soldados para apreciar los efectos de lo que hacían, pero desesperados y desmoralizados. Resulta difícil, aun ahora, señalar un curso más conducente al interés público y que esté, con todo, dentro de la capacidad del ser humano.

[30] Demougeot, *De l'unité à la division*, pp. 505-10; Lot, FMA, p. 514; y Stein, *Spätrömisches Reich*, pp. 26-27.

[31] Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, p. 176.

[32] *Ibid.*, p. 166.

[33] *Ibid.*, pp. 167-78.

[34] Ver todo el análisis por Mickwitz del problema de la *adaeratio*, *ibid.*, pp. 165-78, inclusive sus tablas basadas en las leyes imperiales del Código Teodosiano, pp. 170-73.

En cuanto a los contribuyentes, el destino no los trataba bien en la Roma del siglo IV. La mayoría de ellos, en el Imperio de los últimos tiempos, estaba organizada en el colonato,[35] una institución de larga e incierta historia. En el sentido más simple de la palabra, los *coloni* eran cultivadores del suelo, agricultores, pero en el período examinado esa palabra había llegado a significar mucho más que eso. Los *coloni* eran entonces por lo general arrendatarios agrícolas, pero no pocos de ellos eran virtualmente esclavos.[36]

Resulta imposible explicar con algún detalle cómo se produjeron los cambios en su *status*. A comienzos del Imperio, fueron, más que nada, arrendatarios libres; en sus últimos tiempos, sólo eran hombres libres de nombre, y en realidad se hallaban atados al suelo. Se ha hecho notar que lo examinado es más que nada el aspecto jurídico, más bien que el económico, del desarrollo del colonato, ya que hay pruebas jurídicas que abarcan siglos, mientras que las económicas son muy escasas, sobre todo en el período más difícil e interesante.[37] No resulta claro qué significaban para ellos los cambios legales, qué realidades económicas los hostigaban. Decir, por ejemplo, que un hombre, aunque esté ligado al suelo, es libre, constituye una ficción legal.[38] Lo cierto es que ni está en libertad de moverse ni en la de cambiar de trabajo. En circunstancias semejantes, su libertad nominal podría ser de poco consuelo para él. Para comprender qué ha sucedido en realidad, hay que saber cómo ingresó ese hombre en una condición de servidumbre, o, para decirlo en términos estrictos, de servidumbre al suelo.

Parece probable que la servidumbre del colonato haya nacido porque estaba en el interés de los grandes terratenientes. Desde luego, los

[35] Angelo Segrè, "The Byzantine Colonate, *Traditio*, V, 1947, 122 y s., y Francis de Zulueta, "De Patrociniis Vicorum, a Commentary on C. Th. 11, 24 y C. J. 11, 54", en *Oxford Studies in Social and Legal History*, I, Oxford, 1909, 14-17. Ambas obras se refieren más que nada al Oriente, pero contienen alguna información valiosa sobre la institución del colonato en general. Ver también Paul Vinogradoff, "Social and Economic Conditions of the Roman Empire in the Fourth Century", *Cambridge Medieval History*, I, 1924, 558 y ss., y Rostovtzeff, *Geschichte der römischen Kolonates*, pp. 498 y s.

[36] Marc Bloch, "The Rise of Dependent Cultivation and Seigniorial Institutions", *Cambridge Economic History*, I, 1941, 244, y Maurice Pallasse, *Oriente et Occident à propos du colonat romain au Bas-Empire*, París, 1950, pp. 5-12.

[37] Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, pp. 179-80. Para otras opiniones sobre este tema, ver los comentarios de Pallasso sobre los estudios de Angelo Segrè, Gino Segrè y Charles Saumagne, pp. 6-8. Para una crítica de las opiniones de Saumagne y las de P. Collinet, ver Stein, *Bas-Empire*, p. 208, n. Véase también Rostovtzeff, *Geschichte des römischen Kolonates*, pp. 397 y ss., para algunas interpretaciones de desusado interés, y para otra indicación de la dificultad de descrifrar las pruebas económicas, véase Robert P. Blake, "The Monetary Reform of Anastasius I and Its Economic Implications", en *Studies in the History of Culture*, publicado por la Conferencia de Secretarios del American Council of Learned Societies, Menasha, Wisconsin, 1942, pp. 84-97.

[38] Los emperadores comprendieron perfectamente todo esto, como se advierte, por ejemplo, en la oposición de Anastasio I a la esclavización de los hombres libres, Stein, *Bas-Empire*, p. 207.

coloni empezaron a abandonar la tierra, más que nada porque las exigencias que les planteaban eran excesivas para ellos. Su alejamiento colocó a los propietarios, quienes cargaban con la responsabilidad de percibir y pagar las deudas, en una situación embarazosa. Su único recurso fue pagar los impuestos con los fondos de su fortuna privada y acabar por empobrecerse. La solución era prohibirles a los *coloni* que abandonaran sus tierras. Una vez hecho esto, el propietario estaba a salvo, ya que se le aseguraba el trabajo y la producción de los agricultores cautivos; desde entonces nada le impedía contraer deudas y provocar déficit aumentando sus obligaciones.[39] Cuando se ponía en práctica esa combinación, la situación del arrendatario quedaba irreparablemente perjudicada. Quedaba en la más absoluta impotencia de obrar en su propio interés, y los que tenían poder —los propietarios, la burocracia y el ejército—, si no comprendían otra cosa, por lo menos veían con claridad que un retorno a su condición anterior redundaría en su perjuicio. Podía haberse justificado este gran reajuste social si hubiese existido la posibilidad de exigir una rendición de cuentas al Estado, dada la necesidad de asegurar una producción agrícola continua. Aquí, sólo nos interesan sus efectos.

Las difíciles condiciones de vida que redujeron a los *coloni* a la servidumbre afectaron también a los pequeños agricultores que no eran arrendatarios, sino dueños de su tierra. También a ellos les resultaba difícil pagar los impuestos en especie; también a ellos los perjudicaban las fluctuaciones de los valores. El gran terrateniente podía pagar impuestos en un año malo con la riqueza que había acumulado y confiaba en compensar la pérdida de un momento con las ganancias futuras. El pequeño propietario, quien carecía de reservas y necesitaba un mínimo de ingresos para subsistir, no podía hacerlo. Pagaba la misma cantidad considerable de productos en los años malos que en los buenos, y como esa cantidad era fija y no guardaba proporción con su verdadera renta, es evidente que un par de malas cosechas podía acabar con él. De ahí las dificultades en la recaudación de los impuestos.[40]

Como el Estado no podía ayudar al agricultor independiente a salir de las dificultades de que aquél era responsable más que nadie, al agricultor, como al *colonus*, le quedaban pocas soluciones. Podía unirse a otros que estaban en la misma situación y que se habían convertido en bandidos o buscar la protección de hombres más poderosos. A la larga, ambas se reducirían sin duda a la misma cosa, es decir, a la protección, porque sólo en las regiones más áridas los hombres sin tierra podían eludir durante mucho tiempo las presiones del Estado y de los grandes propietarios que necesitaban mano de obra; y para los hombres con

[39] Como lo indica Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, pp. 184 y ss., el propietario no sólo perdía el arrendamiento de los colonos fugitivos, sino también su mano de obra, difícil de reemplazar.

[40] Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, p. 185.

familia, hasta el refugio en el bandidaje debía ser algo casi descartado. En cualquier caso, lo que ocurrió es evidente: agricultores cada vez más hostigados aceptaban la protección de potentados feudales capaces de desafiar al Estado y así se convertían virtualmente en siervos.

Poco más o menos en la misma época, los *curiales* o clase media superior de las ciudades recibieron el cargo de la recaudación de los impuestos. Con el tiempo, esos aristócratas urbanos de las provincias terminaron por formar una casta, como los *coloni*, y sus abrumadores deberes se hicieron hereditarios.[41]

El tránsito del Estado hacia una economía natural influyó directamente sobre otro elemento de la clase media, los funcionarios encargados del transporte y el manejo de los impuestos en especie. Concordaba con la decadencia general el hecho de que la descentralización se operase aceleradamente y de que, en su frenética búsqueda de recursos para afrontar las dificultades, el Estado se aferrase a todos los medios posibles que sirvieran a sus necesidades inmediatas. En todo el Imperio, los impuestos pagados al gobierno en especie se guardaban en depósitos oficiales. Resultaba manifiestamente imposible, dado el estado de las comunicaciones y del transporte, enviar todo lo recolectado a la capital o por lo menos a unos pocos depósitos de ubicación central, o que el gobierno supiese en un momento dado con exactitud lo que poseía. Inevitablemente, pues, las riquezas *in natura* del gobierno eran tanto recaudadas como pagadas localmente y, por lo tanto, el gobierno central no podía mantener la fiscalización de sus operaciones financieras.[42] Se veía obligado a trabajar por intermedio de agentes locales, a quienes se pagaba con privilegios y reducción de impuestos.

Semejante sistema lleva evidentemente a la injusticia y a la opresión, sobre todo en tiempo de guerra, cuando, en algunas zonas, se pueden plantear exigencias insólitamente pesadas e imprevistas tanto a los contribuyentes como a los funcionarios recaudadores de impuestos. Observamos ante el hecho de que la economía natural favorece un sistema de privilegio.[43] Los que sufrían más y con mayor injusticia requisas excepcionales sobre sus servicios, reaccionaban como habían reaccionado los *coloni* y los agricultores libres: simplemente procuraban eludir la carga. Dado que sus servicios eran tan esenciales para el mantenimiento del Estado como la labor agrícola de los *coloni* y los pequeños agricultores, también se los sometía a la coacción y se veían obligados a permanecer en sus oficios.

Gran parte de lo que estudiamos es una historia familiar en lo que se refiere a los hechos específicos: las guerras civiles y las invasiones bárbaras, que someten a dura prueba los recursos económicos del Estado; los experimentos financieros, la depreciación, la inflación, la economía

[41] Lot, FMA, pp. 140-42.
[42] Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, p. 186.
[43] Ver también las observaciones de Mickwitz, *ibid.*, pp. 187-88.

natural en las finanzas del Estado, la fiscalización descentralizada de los impuestos recibidos en especie; la reducción de los *coloni* a un estado de servidumbre; la búsqueda de protección de los pequeños agricultores junto a los *potentiores;* el hecho de que los miembros de la clase media urbana fueran recargados con pesados impuestos y con deberes compulsivos de recaudación de impuestos. La descripción del Imperio por Rostovtzeff, después de las reformas de los gobernantes del siglo IV, como una "cárcel", parece bastante adecuada. Todo hombre tenía asignados un lugar y los deberes que se le exigían; no había modo de eludirlos.

Sin embargo, en toda esta exposición, tal como se la presenta habitualmente, hay algo de erróneo. No se subraya bastante la diferencia entre Oriente y Occidente. A pesar de todas las advertencias de eruditos tales como Baynes, Rostovtzeff y Bratianu, quienes, en sus análisis, miraban tanto el pasado helénico y romano como la Roma del Bajo Imperio, los historiadores siguieron hablando del Imperio Romano en los siglos III, IV, V *y* VI como si nada hubiese cambiado mayormente, como si se hubiese mantenido siempre en el mismo estado de salud. Sirva de testimonio la conjetura de Pirenne de que, en Occidente, los germanos se trasladaron simplemente al ya desierto *palazzo*, mientras que en Oriente se mantuvieron los antiguos gobernantes, salvo los cambios dinásticos, En ambas áreas, de acuerdo con esta teoría, se conservó intacta la unidad esencial de la *Romania.*

La concepción de una unidad sin modificaciones, junto con todas las teorías que de ella dependen, reposa en definitiva en la conjetura ya mencionada de que el Imperio Romano siguió existiendo durante varios siglos después de la restauración llevada a cabo por Diocleciano y sus sucesores. He tratado de demostrar que esa hipótesis es injustificada: que se había llegado a una de las grandes encrucijadas de la historia en el siglo IV de la Era Cristiana y que ese punto decisivo lo señala históricamente, *mejor que nada,* el reinado de Constantino. Las diferencias entre Oriente y Occidente han sido tratadas ya en este capítulo; ahora las examinaremos en forma más extensa.

Hemos visto que los emperadores del siglo IV, en su política de proteger al Estado a toda costa, tuvieron alguna medida de éxito: sus intensos esfuerzos dieron tregua al Estado, una oportunidad de reforzar sus defensas para resistir al próximo embate de los peligros a los cuales había estado a punto de sucumbir. Conviene preguntar, con todo, qué se quiere decir con "el Estado" y "el Imperio Romano". ¿Qué se ha salvado, exactamente, de las ruinas del siglo III y de las reformas del IV? No se salvaron, por cierto, el Imperio Romano de Augusto o de Trajano y ni siquiera el de Marco Aurelio. Lo que se salvó y tuvo una nueva oportunidad fue el Imperio de Oriente, y a pesar de los sueños de algunos de sus últimos gobernantes, es un error considerarlo como una continuación del Imperio de la época clásica, salvo nominalmente. El antiguo Imperio Romano expiró en medio de los rigores y recursos desesperados y coacciones que insuflaron nueva

vida al Oriente. En una palabra, parte del precio con el cual se tonificó el Oriente fue la rendición de Occidente.

Para verlo, nos bastará examinar la secuela del experimento de los emperadores con la economía natural en las finanzas del Estado. Para exponerlo en forma sucinta, en la mitad oriental del Imperio tuvo lugar una recuperación económica, pero en Occidente las cosas sucedieron de una manera totalmente distinta. En el Oriente, el Estado había resuelto con tanto éxito sus problemas financieros a fines del siglo IV, a juzgar por el regreso de las monedas de oro y plata firmes y la creciente preferencia por el pago en efectivo sobre el pago en especie (*adaeratio*), que la victoria del pago con dinero sobre el pago en especie parecía ser casi completa. Lo que impidió que sucediera esto en Occidente, según Piganiol, fue la constante presencia de los invasores bárbaros.[44] Pero, cosa significativa, el oro y la plata todavía aparecían en Occidente sólo con irregularidad, junto con la inflación, mientras que el Oriente conservaba firmemente su moneda de oro de alta calidad.[45] Las grandes cantidades de oro pagadas como tributos en el siglo V por los emperadores orientales, el oro acumulado por Anastasio I y el oro gastado y a veces derrochado por Justiniano significan lo mismo: que la diferencia en riquezas entre Oriente y Occidente aumentaba sin cesar.

Las consecuencias de la pobreza en una región y de la riqueza en la otra son muchas e importantes. Evidentemente, los gobernantes orientales pudieron reprimir tendencias que en Occidente tuvieron que dejarse desarrollar libremente. Al propio tiempo, es evidente que la recuperación económica de Oriente significaba que interesaría también al ejército y a la administración pública insistir en que se volviera al uso del dinero. Sin duda, es esto lo que indica el progreso de la *adaeratio*.[46] Como lo ha señalado Sundwall, en el siglo V no faltaban en Occidente las riquezas privadas y el lujo[47]; la dificultad consistía en que esas riquezas sólo estaban en manos de muy pocas personas, mientras que en Oriente la distribución era lo bastante amplia para dejar cierto lugar a la empresa y la iniciativa.

En el Occidente no se volvió realmente a una economía monetaria ni hubo una reducción significativa del movimiento hacia la descentralización. La descripción del Imperio como una cárcel podía aplicarse a ambas mitades; la gran diferencia consiste en que los duros métodos de los reformadores dieron resultado en Oriente, pero fracasaron en Occidente.

Ignoramos la razón de este fenómeno. Sólo sabemos que en Oriente las medidas del gobierno le permitieron restablecer y mante-

[44] Piganiol, *L'Empire chrétien*, pp. 299-300.
[45] Lot, FMA, p. 514.
[46] Ver Baynes en su reseña crítica de Lot, FMA, en *Journal of Roman Studies*, XIX, 1929, 228.
[47] Sundwall, *Weströmische Studien*, pp. 153 y s.

ner el orden, recuperar una considerable prosperidad económica y, por lo tanto, atenuar las restricciones más duras y peligrosas, mientras que en Occidente las mismas medidas surtieron un efecto contrario, ahogando y asfixiando la producción y poniendo el poder en manos de los agentes de la desintegración política, los *potentiores*. Los últimos emperadores de Occidente no pudieron reapresar ese poder, y sus sucesores germánicos —con excepciones raras, peculiares y de breve vida, como Teodorico— no tuvieron mejor suerte. Se ha hecho notar ya cuán poco comprendían esa situación o eran capaces de corregirla los merovingios. ¿Por qué fueron tan impotentes los últimos emperadores y los gobernantes germánicos? Parecería que se vieron enfrentados a una situación que no respondía en absoluto a la legislación o a una orden administrativa, con un estado de cosas en que específicamente la economía, como una máquina gastada, había *fracasado* y se había roto sin posibilidad de reparación.

En Occidente, el gran latifundio tendía a convertirse en autárquico a medida que se derrumbaba el intrincado y ordenado comercio, que requería una supervisión centralizada y el mantenimiento de condiciones estables, e iba surgiendo el tipo de economía natural que nos es familiar en la Europa medieval. En Egipto, y presuntamente en la mayor parte de Oriente, la situación era distinta, aunque había sin duda excepciones en ambas mitades del Imperio. Por ejemplo, Italia no era autárquica en el siglo VI. Se ha descubierto que en Egipto sobrevivía una economía monetaria y en la época de Justiniano los arriendos se pagaban usualmente en efectivo. Hasta los más poderosos gobernantes bizantinos no pudieron poner término a la servidumbre ligada al suelo y a la posición privilegiada de los grandes señores, ya que las costumbres que en un primer momento habían hecho posibles esos males, habían arraigado demasiado.[48]

Sin embargo, hubo una positiva refirmación de la autoridad imperial. Entre otras cosas, Anastasio I liberó a los *curiales* de la recaudación de impuestos, sobre todo de la *annona* o impuesto al cereal, aparentemente en un esfuerzo por proteger a los pequeños agricultores y recaudadores municipales. Esa reforma no dio siempre un resultado eficaz —había ciertamente evasiones y aun marchas atrás del gobierno—, pero su efecto general fue reprimir las tendencias feudalistas de los grandes terratenientes.

El Imperio Bizantino continuó teniendo graves dificultades económicas, hasta bajo la férula del eficaz y ahorrativo Anastasio I, y las finanzas sufrieron repetidas crisis hasta correr el peligro de un colapso

[48] Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, pp. 144-46, 185-86, y Edward R. Hardy, *The Large-Estates of Byzantine Egypt*, Nueva York, 1931, pp. 50-51, 73-74, 100-101. Sobre el patronato y el colonato de Egipto, ver también Allan C. Johnson y Louis C. West, *Byzantine Egypt: Economic Studies*, Princeton, 1949, pp. 22-29, 47 y ss.

con la expedición enviada por León I contra los vándalos.[49] Se manifestaron muchas de las características del feudalismo hasta en una región tan prominente como el Egipto. Pero sólo se trataba de crisis y de focos de perturbación en medio de una situación que, generalmente, se podía dominar. El movimiento hacia la descentralización fue llevado a la práctica sólo en forma parcial, como lo atestiguan la perduración del comercio, el uso del dinero, la existencia de los municipios y la eficiente burocracia.[50] El Imperio Bizantino, a pesar de la crisis, de la que se salvó por poco, como en el caso de León I, pudo siempre, aunque a veces por milagro, superar los peligros y sobrevivir como Estado centralizado.

Otro ejemplo de la creciente diferencia entre Oriente y Occidente lo proporcionan las corporaciones municipales, donde llegó a ser inevitable y hereditario el deber de *asociarse*. Este servicio compulsivo, como ya lo hicimos notar, pesaba demasiado sobre algunos de sus miembros, sobre todo en tiempo de guerra, provocando los efectos más graves en el conjunto de la sociedad. Es muy significativo el hecho de que el gobierno bizantino no tuvo ya que exigir a los hombres que permanecieran asociados en corporaciones.[51] Mickwitz ha señalado la razón de ese cambio en el regreso del Imperio de Oriente a una economía monetaria. El Estado pudo permitirse pagar con numerario los servicios necesarios; de modo que, aunque existían aún las corporaciones y cumplían los deberes que se les prescribían, no era obligatorio ingresar en ellas. En realidad, y también esto es significativo, los miembros podían ser castigados con la expulsión de las corporaciones.[52]

La economía natural en las finanzas del Estado, introducida en el conjunto del Imperio a título experimental, siguió siendo un experimento en Oriente. El Imperio de Occidente no tuvo tanta suerte. Éste no pudo invertir y ni siquiera detener el movimiento hacia la descentralización, salvo en unas pocas regiones, sobre todo en Italia, en que tenían estrechos vínculos con el Imperio Bizantino.[53] El pequeño agricultor estaba arruinado; la clase media de las ciudades fue borrada del mundo. Tanto al agricultor como al *hombre urbano* sólo les quedaba el recurso de encontrar un protector, el gran terrateniente, el único que tenía poder para resistir a las exigencias del Estado.

[49] Bury, *Later Roman Empire*, 1923, I, 441-46, y Stein, *Bas-Empire*, pp. 210 y ss. 479 y s.

[50] Hardy, *Large Estates*, pp. 15-24, sobre el estado general del Egipto bizantino. Ver también pp. 50-51, 75-76.

[51] Albert Stöckle, *Spätrömische und byzantinische Zünfte, Klio*, nº 9, Leipzig, 1911, pp. 138-41, indica que esto sucedió en el siglo x. Supuestamente, y por los mismos motivos que en ese siglo, lo propio ocurrió también mucho tiempo antes.

[52] Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, p. 188.

[53] Ver, por ejemplo, Stöckle, Zünfte, p. 139, y Mickwitz, *Gel und Wirtschaft*, p. 145.

Es ya notorio que los *potentiores* no pagaban la cuota de impuestos que les correspondía. Cuanto más fuerte llegó a ser la aristocracia senatorial propietaria de tierras, menos pagó.[54] De acuerdo con las condiciones de vida de los siglos IV y V, no debía de ser difícil a los poderosos obtener privilegios en forma de exenciones de impuestos, sea mediante la intimidación o el soborno. Además, el gobierno les hizo el juego a los *potentiores*, tanto al recargar a los *curiales* urbanos con la imposible tarea de recaudar los impuestos, como fiscalizando permanentemente a los agricultores. Nada tiene de asombroso que los *hombres de las ciudades* y los agricultores, desesperados y llenos de odio al gobierno, al cual culpaban de su difícil situación, acudieran a la única persona que parecía tener poder, el hombre fuerte local. Sabemos por Boecio que hasta en Italia, bajo la férula de Teodorico, las cosas no se presentaban de manera distinta, salvo que ahora algunos de los grandes terratenientes eran ostrogodos.[55] Cuando los agricultores y los burgueses acudieron a los grandes patrones, la fuerza de estos aumentó y el Estado perdió más terreno aún. En Occidente, en suma, el experimento resultó desastroso. El Estado fue incapaz de recobrar y refirmar su autoridad; se empobreció a medida que los aristócratas se volvían más ricos.[56] Las fuerzas descentralizadoras ganaron la batalla. Importa anotar que esa lucha económica se desarrolló aparte de las guerras contra las tribus germánicas y mongólicas que irrumpían. Aunque esos invasores contribuyeron sin duda a la caída del gobierno, dista de ser seguro que, sin ellos, el Estado se hubiera consolidado en Occidente.[57] Si desempeñaron el papel dominante en el colapso de Occidente... ¿por qué no causaron también el colapso de Oriente? La explicación

[54] Sundwall, *Weströmische Studien*, pp. 160-61.

[55] *Philosophiae consolatio* I, iv, 11, 34-49. Por otra parte, los *tenuiores*, o sea los pequeños propietarios, les daban a veces la bienvenida a los gobernantes bárbaros, porque, aunque su condición no era mejor que antes, ya no tenían que pagar los pesados gastos del gobierno y el ejército romanos; ver Courtenay E. Stevens, "Agriculture and Rural Life in the Later Roman Empire", *Cambridge Economic History*, I, 1944, 117. Es cierto, asimismo, que Teodorico y Totila, como algunos de sus predecesores imperiales en Italia, no trataban de proteger al pequeño agricultor de la opresión del poderoso. ¿Podemos creer, con todo, que los godos habrían tenido más éxito finalmente que los gobernantes romanos y bizantinos, quienes tenían razones igualmente válidas para fiscalizar a los terratenientes? Ver Dopsch, "Agrarian Institutions of the Germanic Kingdoms from the Fifth to the Ninth Centuries", y George Ostrogorsky, "Agrarian Conditions in the Bizantine Empire in the Middle Ages", *Cambridge Economic History*, I, 171, 195.

[56] Sundwall, *Weströmische Studien*, p. 161. La existenica de dinero en Italia no se discute. Sundwall indica (pp. 154-61) que en el siglo V la aristocracia senatorial poseía grandes riquezas. Lo importante es que esas riquezas no eran suficientes y que el Estado ni siquiera podía fiscalizar a los dueños de las existentes.

[57] Ver Piganiol, *L'Empire chrétien*, pp. 300, 417; Piganiol, desde luego, no está de acuerdo.

parece ser que la mayor riqueza y poderío de éste fueron las fuerzas realmente decisivas.[58]

Para resumirlo en breves palabras, el colapso de Occidente como parte del Imperio Romano administrada desde el centro, tuvo lugar antes de las grandes victorias bárbaras. El Imperio de Oriente logró su recuperación económica y rechazó a los invasores, mientras que el Imperio occidental, económicamente impotente, sucumbió. Al no alcanzar a recuperarse en el siglo IV, los detalles de su destino sólo fueron cuestiones de tiempo y oportunidad. El Imperio occidental dejó de existir cuando se mostró incapaz de resistir frente a las pequeñas bandas de bárbaros.

EL ORO Y EL COMERCIO

Antes de examinar las diferencias administrativas de Oriente y Occidente debemos decir algunas palabras sobre el oro y el comercio en el último período del Bajo Imperio y primero del medioevo. El problema es complejo: las pruebas que se refieren a él son escasas y casi siempre desconcertantes. Hay que tratar de responder, por lo menos, a dos interrogantes fundamentales: Cuán extensa fue la circulación del oro y qué importancia tuvo ese metal, sea cual fuere el alcance de su circulación. Aquí, la necesidad esencial de lograr la mayor claridad posible al tratar un tema oscuro debe excusar alguna repetición inevitable.

Según Pirenne, el oro circuló en forma amplia en los reinos germánicos. Los bárbaros de Galia y de otras regiones se apoderaron simplemente del sistema monetario romano, basado en el *solidus* de oro de Constantino, La repetida acuñación de oro de que nos hablan las fuentes, la gran riqueza de los reyes bárbaros y la Iglesia, las fortunas privadas, la recaudación de impuestos en oro, las grandes sumas repartidas entre los pobres, o confiscadas, o bien ofrecidas como soborno, o dadas en dote, indican que en Occidente había una considerable reserva de oro (*Mahomet*, pp. 82-89-96). Por supuesto, importa mucho determinar su origen. No provenía de minas inexistentes; no podían haberlo proporcionado ríos auríferos; y aunque una parte de las "inmensas riquezas" de oro de Occidente puede haber sido adquirida como un botín, como un tributo de otros germanos y de los eslavos y como subsidios de Bizancio, esto no explica su abundancia. Hasta este resumen revela con claridad cuán enorme era para Pirenne la reserva de oro en los reinos de Occidente. Los términos usados habitualmente por Pirenne, "gran circulación", "inmensos recursos", "existencias real-

[58] Norman Baynes, "The Decline of the Roman Power in Western Europe. Some Modern Explanations", *Journal of Roman Studies*, XXXIII, 1943, 34-35, arguye lacónicamente que la pobreza del Imperio de Occidente hizo imposible mantener el sistema civil y militar que necesitaba la antigua civilización para subsistir.

mente considerables de oro", presentan un brillante cuadro de un Occidente, sobre todo Francia, que se revolcaba virtualmente en oro, un oro que debía de afluir sin cesar del exterior, ya que Occidente —lo confesaba— no tenía grandes existencias de un oro propio en vetas, pepitas o polvo.

¿De dónde provenía esa avalancha de oro? Pirenne plantea repetidas veces esta pregunta y la contesta a menudo: del comercio. Esta teoría se burla claramente de las afirmaciones de Lot y otros de que Occidente, en la era merovingia, vivía bajo un régimen de economía natural. Pirenne desecha una alusión de Gregorio de Tours al pago de impuestos en especie en el siglo IV diciendo que pertenecía al período imperial (p. 96), como si esa declaración lo eximiera de todo examen. En otra parte hace notar que los bárbaros conservaban el sistema monetario imperial sin cambios, y en forma algo inconexa cita a Gunnar Mickwitz como autoridad para respaldar la opinión de que el siglo IV no puede ser considerado un siglo de economía natural (pp. 89, 98).[59] Como ya se hizo notar, Pirenne creía también que el comercio, tanto por mar como por tierra, fue amplio después de las invasiones, que esto era una continuación del estado de cosas de la Roma del Bajo Imperio y que muchos mercaderes judíos, sirios, griegos y occidentales participaron del animado intercambio de diversos artículos de consumo diario con el Imperio de Oriente.

Se ha demostrado en el capítulo II que la creencia de Pirenne en un amplio comercio es insostenible, como que el volumen del comercio con Oriente, pequeño antes de la conquista del Mediterráneo occidental por los sarracenos, continuó poco más o menos en la misma forma. El error básico de Pirene fue su insistencia de que el comercio en la época anterior a la invasión era amplio. Si es verdad que esa actividad comercial inicial fue modesta, se sigue de ello que los reinos germánicos no pudieron obtener tan enormes cantidades de oro "continuándola", simplemente. Ni se puede suponer, desde luego, que hayan iniciado un vigoroso renacimiento comercial. Si su genio económico les hubiese permitido aspirar a tal altura, habrían dado mucho más trabajo a los musulmanes.

Ninguna crítica sobre la teoría económica de Pirenne ha sido más incisiva y perjudicial que la de Norman Baynes, quien va al fondo del asunto, diciendo: "El problema central que está en juego es la posición de la Galia merovingia y más que nada el papel desempeñado por los mercaderes sirios de Occidente en la vida económica del reino

[59] Lo que dice Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, pp. 190-91, en su conclusión, es que la doctrina de una economía natural "dominante" en el siglo IV ya es insostenible. Pero señala luego que las finanzas del Estado eran una excepción, que allí predominaba un sistema de economía natural y que la *raison d'être* de este notable fenómeno en una economía basada en otros aspectos en el oro, debe buscarse en las relaciones sociales de la época. El resto de sus conclusiones, a las que me referiré pronto, son, si algo, hasta más perjudiciales para la posición de Pirenne.

merovingio", para lo cual Gregorio de Tours es nuestra principal fuente.[60] Como ya se ha señalado, Baynes nada ve de concluyente en las alusiones de Gregorio a los mercaderes sirios: no hay pruebas, por ejemplo, de que esos mercaderes hayan mantenido estrechos vínculos con el Oriente de donde provenían, o de que su número se haya reforzado sin cesar con los recién llegados. Baynes demuestra además que Gregorio de Tours sabía poco sobre la Italia meridional o el Oriente bizantino y deduce la razonable hipótesis de que el obispo habría estado *mejor informado si los mercaderes hubiesen viajado de ida y de vuelta* con regularidad. A juzgar por los relatos ocasionales que hace Gregorio sobre los sucesos de Roma o de Oriente, podemos suponer que su silencio en otras ocasiones no se debió a falta de interés, sino a falta de información.[61] Gregorio es una autoridad en cuanto al hecho de que algunas mercancías orientales llegaban a la Galia merovingia, pero no nos dice que esos bienes llegaran en grandes cantidades o vinieran directamente de puertos levantinos.

Gunnar Mickwitz apoya con energía a Baynes.[62] Señala, entre otras cosas, que anualmente sólo se realizaba un viaje por mar entre Nápoles y Alejandría; que las naves que emprendían esa expedición anual, aunque de tamaño mayor que las que viajaban, por ejemplo, entre Roma y Marsella, no podían transportar grandes cargamentos; y que los *viajes en etapas eran más numerosos y parecían haber superado en* tonelaje total a los directos. En cuanto a los mercaderes sirios, Mickwitz sugiere que su aumento en número en la Galia puede significar simplemente que habían abandonado a Italia y Roma, donde sus ganancias habían mermado, para ir a Galia, donde ganaban más. En cualquier caso, no encuentra justificación para hablar de los mercaderes sirios en gran número. Las fuentes lo llevan a la conclusión de que el volumen del comercio era pequeño y de que la unidad económica del Mediterráneo, tal como había existido cuando un régimen poderoso ejercía a un tiempo la fiscalización política y la económica de la región, había desaparecido.

No resulta difícil explicar la creencia de autores del siglo VI tales como Gregorio el Grande de que el comercio unía aún al viejo mundo romano ni su uso ocasional del término "mercaderes". En algunas esferas, la ficción de unidad perduró durante todo el período medieval y los escritores contemporáneos fueron notoriamente poco críticos y estuvieron mal informados sobre las cifras de la población, las dimensiones de los ejércitos, las pérdidas causadas por las pestes, el volumen

[60] Baynes, reseña crítica de Lot, Pirenne y Rostovtzeff, en *Journal of Roman Studies*, XIX, 1929, 230.

[61] *Ibid.*, p. 231 y ss.

[62] Gunnar Mickwitz, "Der Verkehr auf dem westlichen Mittelmeer um 600 n. Chr.", en *Wirtschaft und Kultur. Festchrift zum 70. Geburtstag von Alfons Dopsch*, Baden bei Wien, Leipzig, 1938, pp. 74-83. Ver Archibald R. Lewis, "Le commerce et la navigation sur les côtes atlantiques de la Gaule du Ve au VIIIe siècle", *Le Moyen Âge*, LIX, 1953, 247-98.

del comercio y otras cuestiones que requerían una evaluación cr
y comparativa. Es mucho más probable que el comercio marítimo l
sido peligroso durante varios siglos, antes de que los piratas sarrac
se apoderaran del Mediterráneo occidental; y mucho más proba
también, que la capacidad del Occidente franco de pagar por
artículos orientales, sea con mercaderías o con oro, haya dismin
sin cesar.[63]

Ahora, debemos examinar más detenidamente las existencias
oro de Occidente en los siglos que precedieron a la dominación mu
mana del Mediterráneo occidental. Como ya se hizo notar, en Occid
prácticamente no se extraía oro de minas ni de corrientes de agua

El oro existente allí quedaba de otros tiempos o era adquir
por medio del comercio, en otras regiones.[64] Sabemos que el oro
relativamente escaso en el Imperio de Occidente, por lo menos ya
el siglo IV. Uno de los resultados fue que el valor del oro no su
en comparación con el de la plata; otro, que disminuyó la calidad
la moneda de oro. Hay pruebas de que la calidad de los *solidi* de
de Galia era pobre a mediados del siglo V, y más de un siglo desp
Gregorio el Grande dice que esas monedas ya no circulaban en Ita
Al mismo tiempo, se operaba un sorprendente deterioro en el dir
de todos los reinos bárbaros. En la época de Carlomagno, en
llamadas monedas de oro que se acuñaban allí, había mucha
plata que oro. La misma pobreza de metal se refleja en los ornamen
de oro de la época. Desde luego, según la conclusión a que llega M
Bloch, hacía mucho que las existencias de oro menguaban cuando
carolingios dejaron finalmente de acuñar monedas de oro.[65] ¿Có
ocurría esa fuga del oro de Occidente? Parte, como lo dictaba
costumbre religiosa, se enterraba con los jefes de las tribus; otra pa
a pesar de las órdenes del gobierno, se pagaba como tributo; otra m
se escondía, lo cual refleja el desorden general de esos tiempos. A
se perdía en las incursiones o se pagaba como rescate; otra canti
tal vez fuera usada para comerciar con los bárbaros del norte. Parte
ese oro volvía sin duda a Occidente, pero no cabe duda de que se
mucho más de lo que volvía.[66]

Es probable, además, que Occidente importara más de lo q
exportaba antes aún de la era merovingia, en la cual el excedente de
importaciones quedó claramente establecido. Bloch hace notar que
comercio exterior decayó en forma considerable antes de las invasio
árabes y que esas invasiones, cosa que Pirenne "subrayó con aciert

[63] Marc Bloch, reseña crítica de Rudolf Buchner, "Die Provence in me
wingischer Zeit. Verfassung-Wirtschaft-Kultur", Stuttgart, 1933, en *Annales d'h*
toire économique et sociale, VI, 1934, 188-89.

[64] Marc Bloch, "Le problème de l'or au moyen âge", *loc. cit.*, pp. 7-8.

[65] *Ibid.*, pp. 8-9. Ver también Dennett, *loc. cit.*, p. 188 y sus citas
Maurice Prou y Bloch. Ver Perrey, *loc. cit.*, pp. 232-33.

[66] Bloch, "Le problème de l'or", *loc. cit.*, pp. 9-10.

sólo aceleraron el proceso. Desde entonces, sólo llegaron los artícul suntuarios de poco volumen y gran valor. [67]

Sin embargo, parece claro que las razones del retroceso económi del Imperio Romano no deben buscarse en el oro y sus cambios valor sino en otra esfera.[68] La circulación del oro es sólo un índi engañoso; como lo ha observado Bloch, aunque las monedas de o de tipo local no se acuñaron en algunas partes de Europa desde siglo IX hasta el XIII, el oro en general y aun las monedas de oro, s duda en cantidades relativamente pequeñas, no dejaron de circular Podemos llegar, en definitiva, a la conclusión de que el comercio Occidente no dependía del oro, sino de que el oro dependía del come cio; de que, en el período que medió entre los años 200 y 700, Occidente usó de manera amplia las existencias que habían subsisti de los primeros tiempos del Imperio, traídas por los bárbaros o donad con algún fin por el Imperio de Oriente; y que la razón de esa pérdi fue la decadencia económica general de Occidente, inclusive la de actividad comercial. Todas esas pruebas sugieren que el proceso de dec

[67] *Ibid.*, pp. 10-11. Un año después, en una revisión crítica ya citac *Annales*, VI, 1934, 188-89, Bloch señaló más claramente, aunque todavía c la mayor consideración, sus dudas sobre este aspecto de la interpretación Pirenne. Nótese también la observación de Mlle Demougeot (*De l'unité à division*, pp. 535 y ss.) de que, si es necesario postergar hasta las invasior árabes el comienzo del comercio medieval, "como lo han mostrado W. Hey A. Schaube y H. Pirenne", no es menos cierto que el Occidente romano empe a decaer repentinamente después de 410. Y, desde luego, la política moneta del Imperio de Occidente se modificó de acuerdo con la decadencia económi Como lo hace notar Mlle. Demougeot la mayoría de las casas de mone cayeron en esa época en manos de los bárbaros; sólo cabía esperar que reyes bárbaros siguiesen acuñando monedas con las efigies de los emperador Lejos de testimoniar la persistencia de la unidad económica del Imperio, cor dice Pirenne (*Mahomet*, p. 89), el hecho de que los *reyes bárbaros* acuñar esas monedas atestigua su desunión política y económica. Véase también la c tumbre de los gobernantes europeos del medioevo y aun de los obispos, en siglos XI y XII y aun antes, de acuñar monedas de modelo extranjero, inclusi el musulmán, y de copiar sus modelos hasta con detalles tales como palab árabes y citas del Corán. Ver Bloch, "Le problème de l'or", *loc. cit.*, pp. 19 y Este amplio uso de modelos extranjeros más que nativos no indica que los gob nantes occidentales estuviesen más "unidos" a los musulmanes de lo que estaban los gobernantes germanos con el Imperio oriental antes de esa épo Sugiere que, en ambos casos, tenemos ejemplos de economías más débiles q indican su respeto por las más fuertes copiando sus símbolos externos y tratan así de asegurar una mayor estabilidad de los valores intercambiados. En amb casos se reconocía que el valor del dinero se basa en la confianza. Asimismo, práctica se parece a la costumbre moderna, prevaleciente en muchas partes mundo, de representar en dólares los valores hasta en lugares donde aparec rara vez los dólares norteamericanos auténticos, si es que aparecen. En vincu ción con este último punto, nótese la interesante comparación de Bloch, *loc. c* p. 24. El alegato de Bloch sobre el uso de los modelos extranjeros de moneda discutible.

[68] Mickwitz, "Le problème de l'or dans l'antiquité", *loc., cit.*, p. 247.

[69] Bloch, "Le problème de l'or", *loc. cit.*, p. 12.

dencia comercial empezó mucho antes de que los musulmanes aparecieran en Europa. Podría añadirse que hay pocas pruebas que sustenten la afirmación de Pirenne de que los musulmanes querían cortar o cortaran el comercio de Occidente; en ese sentido, algunos de los gobernantes merovingios son mucho más censurables.[70]

LA ECONOMÍA NATURAL Y EL SISTEMA DEL PATRONATO

¿Debemos llegar a la conclusión de que el Occidente quedó reducido, a partir del siglo IV, a un estado de economía natural? Este interrogante reviste importancia y se comprende que haya resultado inquietante para Pirenne, quien se vio obligado a responder en sentido negativo, por lo menos para la era merovingia.[71] Las pruebas, como lo vimos, apuntan en ambos sentidos. Sabemos que las monedas siguieron circulando durante toda la Edad Media y de ahí que no podamos decir que la economía monetaria dejó de existir. Por otra parte se sabe que en algunas ocasiones y en ciertos lugares la gente, sea por preferencia o por necesidad, recibía bienes antes que dinero en pago de sus servicios. Es útil recordar, en este punto, la observación de Werner Sombart de que la distinción significativa no se establece entre la economía natural y la monetaria, sino "entre la economía autárquica y la economía que no lo es".

El cambio fundamental que introduce social y económicamente a la Edad Media en Occidente se opera con el colapso de la vieja y compleja economía, basada en un transporte y una comunicación seguros y relativamente fáciles, caracterizados por mercados abiertos, ricos, con abundancia de mercaderías y que permitían por lo menos cierta especialización de la mano de obra y la producción. Es evidente que el libre cambio sufría más cuando algunos hombres estaban ligados al suelo, otros a la ejecución de ciertas clases de trabajo en las ciudades y otro grupo a deberes tales como la recaudación de los impuestos. Con el tiempo, las propias ciudades mermaron en tamaño y muchas desaparecieron; el futuro de Europa recayó sobre los hombres y las mujeres que vivían en el campo. Para la mayoría de las personas, el dinero, simplemente, no tenía mucha importancia. La gente vivía en grupos más o menos autárquicos y, como cualquier otra comunidad pionera, tenía que abastecerse en mayor o menor grado. Había poca especia-

[70] Dennett, *loc. cit.*, p. 187 y ss. Nótense también los comentarios de Bloch, "Le problème de l'or", *loc. cit.*, p. 18, de que la mayoría de las exportaciones europeas, en la medida en que continuaron, se hicieron a países del Islam, sobre todo a España, y de que la ruptura provocada por las invasiones musulmanas no fue completa. Ver Latouche, *Les origines de l'économie*, pp. 154 y ss.

[71] Nótese también su rechazo de las pruebas de Lot en apoyo de la opinión de que la economía natural prevaleció en la época merovingia, *Mahomet*, p. 96, n. 1.

lización y, por consiguiente, poco intercambio, y éste se hacía, más que nada, por trueque.

El siglo crucial fue el IV; el paso crítico fue la desviación del Estado romano hacia la economía natural en sus mecanismos financieros. Por desgracia, no se ha dispensado a los memorables estudios de Mickwitz en ese terreno, la atención que merecen, más que nada porque dos de sus hallazgos han sido examinados sin tener en cuenta en la medida necesaria una tercera comprobación. Aquellos dos son los siguientes: 1) Que eruditos tales como Rostovtzeff y Meyer se equivocaban al decir que el siglo IV señaló un retorno universal a la economía doméstica, cuando lo cierto era que la organización económica del siglo IV siguió siendo, en gran parte, lo que había sido a comienzos del período imperial[72]; 2) Que se había operado una recuperación económica en Oriente. Sobre este punto, Mickwitz cita aprobándola la opinión de A. W. Persson y Ernest Stein de que la transición a la economía natural sólo fue pasajera y que la detuvo, a fin del siglo IV y principos del V, un regreso a la economía monetaria.[73]

Pero llegar en el trabajo de Mickwitz sólo hasta aquí es pasar por alto toda su importancia. Mickwitz señala inmediatamente el tercer punto: que había una excepción muy importante a la economía monetaria prevaleciente en el siglo IV, precisamente —como hemos visto— en las finanzas del Estado. Cabe subrayar con energía que Mickwitz atribuyó el desarrollo del sistema de patronato a las privaciones que se debían al sistema impositivo natural y a la administración burocrática.[74] Los *potentiores* adquirieron en forma gradual pequeños ejércitos y un suministro fijo de mano de obra; finalmente lograron fuerzas suficientes para enfrentarse con el Estado. Todo el orden económico quedó modificado: por un lado, estaban el ejército y la burocracia, por otro, los grandes terratenientes. Para Mickwitz era muy claro que hasta la aparición parcial y limitada de la economía natural en el siglo IV fue un fenómeno de gran importancia.[75]

En cuanto al segundo punto señalado por Mickwitz, es decir, que hubo una recuperación económica y un retorno a la economía monetaria en Oriente, también aquí resulta necesario pesar todos sus hallazgos y no sólo una parte de ellos. Mickwitz distinguió con claridad los acontecimientos de Oriente de los de Occidente, haciendo notar que los emperadores de Oriente pudieron recaudar grandes tesoros, aunque sólo después de suspender el sistema de impuestos naturales.

[72] Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, pp. 2-3, 190.
[73] *Ibid.*, pp. 4, 189.
[74] *Ibid.*, pp. 190-91.
[75] He llamado la atención ya sobre la cita de Pirenne, *Mahomet*, p. 89, n. 4, de que Mickwitz creía que el siglo IV no se puede considerar un período de economía natural. Lo impropio de esta cita, acompañada por una ausencia de opiniones de Mickwitz sobre la economía natural en las finanzas del Estado y su resultado, es evidente.

Nunca menciona a este respecto al Imperio de Occidente ni la economía natural en vigencia allí.[76] Asimismo, observa específicamente que en Occidente, donde los senadores representaban los intereses de los grandes terratenientes y ocupaban a menudo los cargos más importantes de la administración pública, el gobierno sufría en forma peligrosa a causa del crecimiento del sistema del patronato como fuerza rival contra el ejército y la burocracia.[77] Cuando los grandes señores lograron suficiente poder, se negaron a aceptar cargas gubernamentales y trabajaron solamente para hacer progresar sus propios intereses.

Ni Mickwitz ni otros ofrecen fundamento alguno para creer que una recuperación económica en el Oriente significó una recuperación general. Sin duda, parece evidente que los emperadores del siglo IV y sus sucesores bizantinos, ya que estaban cercados por poderosos enemigos, algunos tan bien dotados de conocimientos y recursos de la civilización como ellos, hicieron bien en salvar todo lo que pudieron.

Se ha dicho que la extensión y la complejidad del Imperio Romano fueron las causas fundamentales de su fracaso en sus formas antiguas;[78] pero quizá se asignó a ello demasiada importancia. Acaso Roma haya sido demasiado vasta para el estado de las comunicaciones y transportes de la Antigüedad, pero las dimensiones en sí parecen poco decisivas, sobre todo en un Estado que ya había sido vasto y había seguido existiendo durante siglos. En cuanto a la complejidad, se trata, sin duda, de una de las condiciones inevitables de una sociedad avanzada.

Sería más prudente examinar toda la estructura de la civilización romana para encontrar las grietas fatales que derrumbarían finalmente la más grande de las estructuras políticas creadas por el hombre.[79] La corrupción, la voracidad y la ineficiencia, mucho más que el tamaño y la complejidad, parecen ser las responsables de que no se hayan resuelto problemas cuya aparición nunca se debió permitir. Parece evidente que las grietas y fisuras existentes en la estructura de la civilización romana se hicieron peligrosas antes que nada en sus bases económicas, y que las provocó principalmente la actitud romana frente a esas cuestiones económicas: la tendencia a la explotación más bien que a la producción, y su corolario, una actitud desdeñosa ante el trabajo.

Económicamente, Roma no debería haber fracasado. El éxito de otros pueblos en regiones empobrecidas y abandonadas por los romanos sugiere que el fracaso del Imperio no se debió a su complejidad, sino

[76] Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, p. 189.

[77] *Ibid.*, p. 191.

[78] Por ejemplo, por Lot, FMA, p. 213, y Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, pp. 188-89.

[79] Albert de Broglie, *L'Eglise et L'Empire romain au IVe siècle*, 2ª ed., II, París, 1857, 228-29, lo afirma de modo tajante. Con mucha razón y mucha generosidad, Lot rinde homenaje a su predecesor, FMA, pp. 97-98.

al engreimiento y a la ineficiencia oficiales. Cuando las torpes ideas y métodos económicos de Roma permitieron que hasta las zonas naturalmente ricas del Imperio de Occidente cayeran en un estado de pobreza tal que ya no pudieran costear su defensa, la civilización romana no logró sobrevivir ante la intrépida competencia de los germanos. Lot tuvo mucha razón al decir que las bases económicas, si no las legales y políticas, del feudalismo medieval ya quedaron echadas durante el Bajo Imperio, y que cuando el Occidente quedó fraccionado, sólo la *pars orientis* constituía la *Romania*.[80] Es de primera magnitud el hecho de que cuando cayó definitivamente el Imperio de Occidente hacía mucho que había empezado el proceso de barbarización. Es natural que la colonización de Italia por Marco Aurelio y las importaciones ulteriores de bárbaros sólo podían modificar más aún la naturaleza de la sociedad romana occidental. La reposición de un potencial humano mermado debió ejercer efectos positivos desde el punto de vista económico, al menos por algún tiempo, pero esos efectos no podían limitarse a un solo aspecto de la vida, tal como una civilización tras otra han tenido que aprender en el transcurso de la historia.

La invitación a los colonos bárbaros reveló un secreto peligroso. No fueron sólo los invitados quienes sacaban partido de la hospitalidad romana. Pero aun en el caso de que el secreto no hubiese sido revelado ya no pudo ser ocultado después de la batalla de Adrianópolis (378). Es el propio secreto, su naturaleza y su origen, lo que importa. La respuesta sobre esto era inevitable y, por así decirlo, incidental. Para los espectadores romanos, cuyas opiniones nos son probablemente mejor conocidas a través de las lamentaciones de San Jerónimo y de la consternación experimentada por San Agustín ante el saqueo de Roma en 410, la mayor de las calamidades, cosa bastante comprensible, fueron las invasiones bárbaras,[81] pero no debemos permitir que sus opiniones deformen las nuestras. Por fortuna, otras fuentes literarias, los panegiristas del siglo IV y Salviano en el V, revelan más los asuntos internos, sobre toda la suerte del campesinado.[82] Los panegiristas nos hablan de la des-

[80] Lot, FMA, pp. 256, 261.

[81] En cuanto concierne a los sentimientos de San Jerónimo, ver *Ep.* 126, 2; 127, 12; 128, 5; y *Com. in. Ezech.*, 1er. pref. y 3er. pref. Sobre la reacción general y las opiniones de otros contemporáneos, ver L. Duchesne, *Histoire ancienne de l'église*, III, París, 1911, 193, y Labriolle, Straub, "Christiliche Geschichtsapolegetik in der Krisis des römischen Reiches", *Historia*, I, 1950, 52-81, que contiene numerosas referencias a recientes aportes alemanes, algunos de los cuales no he podido consultar. El ensayo de Johannes Geffken, "Stimmungen im untergehenden Weströmerreich", *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum, Geschichte und deutsche Literatur*, XXIII, 1920, 256-69, que es también una obra estimulante, no brinda citas específicas.

[82] A este respecto, ver a Angelo Segrè, *loc. cit.*, pp. 128-30, y Albert Grenier, "La Gaule romaine", en *An Economic Survey of Ancient Rome*, ed. Tenney Frank, III, Baltimore, 1937. En su capítulo VI, "Le Bas-Empire", Grenier cita ampliamente a los panegiristas y a otros.

población del campo, la devastación de las ciudades y la ruina del pueblo, incluso a veces de la aristocracia.

El discutido *De gubernatione Dei* de Salviano, sacerdote de Marsella, está en una categoría especial. Compuesto hacia mediados del siglo v (aproximadamente en 440), hace una exposición bastante lúgubre sobre la difícil situación del campesinado. A pesar de la intención del autor de censurar a los romanos por su baja moral y del hondo sentimiento, por no decir pasión, con que toma partido por los pobres humillados frente a los ricos y poderosos, su descripción de las condiciones de vida imperantes debe considerarse generalmente exacta. Cuando escribió, a los treinta años apenas de haber empezado San Agustín a componer su *De civitate Dei*, Salviano no podía ya creer que el Imperio de Occidente tuviera salvación.[83] Tanta es la diferencia que podía suscitar ese breve período en la interpretación que los hombres inteligentes hicieron de la vida de su época.

Esta opinión de un sector importante de la sociedad occidental en el siglo v tiene para nosotros un valor extraordinario, aun descontando la tendencia humana en los tiempos difíciles a hacer parecer que las cosas están algo peor de lo que lo están realmente. Porque la fogosa obra de Salviano confirma el testimonio de los códigos jurídicos y los decretos financieros, agregándole un poco de carne a lo que sigue siendo, por lo demás, al menos hasta cierto punto, unos huesos secos. En la mayoría de las ocasiones, Salviano escribe por conocimiento directo, hablando no de abstracciones, sino de lo que veía suceder a seres humanos auténticos. La sociedad que pinta se halla en un estado de desintegración... y de reconstrucción. Los procesos legales iniciados a fines del siglo III y durante el IV, que conducirían al patronato y a la esclavización de los *coloni*, estaban produciendo ahora todas sus consecuencias. Los *curiales* que aún quedaban, tenían la responsabilidad de la recaudación de impuestos en las zonas prescritas, y los grandes propietarios prosperaban gracias al sistema destinado a estabilizar el suministro de mano de obra y a aportar la cantidad máxima de impuestos. Sólo que, como nos lo muestra Salviano, esas leyes e impuestos, bastante malos de por sí, no eran aplicados con equidad. Los menos capaces de pagar eran quienes más pagaban y los ricos hallaban maneras de

[83] Adviértase particularmente su observación de que la "Romana respublica", si no ya muerta, está agonizando sin duda en esa región donde parece conservar aún algo de vida, estrangulada a muerte por los impuestos, *De gubernatione Dei*, IV, 30, ed. Franz Pauly, *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, VIII, Viena, 1883. Las referencias a ese libro se harán, de aquí en adelante, entre paréntesis, en el cuerpo del texto. Ver también Stein, *Spätrömisches Reich*, pp. 511-12. Para un enfoque mucho menos cordial del valor de Salviano, ver Pierre Courcelle, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, París, 1948, pp. 126-27, aunque el erudito francés, dada la época en que escribió, quizás desconfiara demasiado de Salviano. Ver sus observaciones sobre la "Ocupación" en el *Avant-propos*. Nótense también a Laistner, *Thought and Letters*, pp. 74-75, y André Loyen, *Sidoine Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule aux derniers jours de l'Empire*, París, 1943, pp. 52 y ss.

desviar la carga hacia los pobres. Aun cuando el gobierno procuró corregir hasta cierto punto esta situación, los poderosos lograron engañar al campesinado y aumentar su propia riqueza (*De gubernatione Dei*, IV, 31). Vistas la injusticia y la tiranía de los *curiales*, nuestro moralista no siente afecto por ellos (III, 50; V, 18), pero, al propio tiempo, conoce la triste condición de las ciudades y de su población (por ej., IV, 21; VI, 80; VI, 88-89). Enjuicia a los *curiales* al mismo tiempo que a los funcionarios, los soldados y los hombres de negocio. Acusa a estos últimos de fraude y perjurio (III, 50) y menciona especialmente a las multitudes de comerciantes sirios "que se han adueñado de la mayoría de nuestras ciudades" y viven de engaños y falsedades (IV, 69).

En general, con todo, los *curiales* y los comerciantes ocupan escasamente la atención de Salviano. Describe el mísero estado de las ciudades, abandonadas al pillaje de los soldados y de los bárbaros, quemadas y saqueadas, algunas de ellas repetidas veces —tal el caso de Tréveris—, y en ciertos casos totalmente destruidas (VI, 39, 67-69, 74-75, 77, 80, 82-84), pero ante todo se interesa por las causas, por explicar por qué tuvieron lugar las abominaciones; y encuentra el fundamento en la corrupción sin límites de los romanos. Para castigarlos, incluso para destruirlos, los bárbaros fueron enviados a Galia, a España, a todo el Occidente (VI, 67-69; VII, 50-54). Es significativo el hecho de que cuando Salviano deja de ocuparse de la lascivia y la depravación sexual de los romanos, de su brutalidad y amor a las exhibiciones de crueldad, a la voracidad, el engaño y la insensibilidad que gobernaban su vida social y económica, presta mucha más atención a la suerte de la población afincada en el campo que a la de los habitantes de las ciudades. Creía que los pequeños agricultores eran los auténticos productores (por ej., V, 35).

Parece haber captado también, aunque de manera bastante vaga, que los actos siguientes del drama histórico se iban a representar en ese escenario rural, a juzgar por sus observaciones sobre la crisis social implícita en el triunfo del sistema de patronato. Más de un siglo antes, en 328, el mismo Constantino había admitido que algunos de los *potentiores* podían ser fiscalizados solamente por el Prefecto del Pretorio y el emperador.[84] ¡Cuánto más poderosos aún serían esos pequeños príncipes de Occidente en tiempos de Salviano! Éste guarda silencio al respecto, pero revela claramente que la sociedad romana se había desmoronado por dentro y estaba convencido de que no podían restaurarse las cosas en su estado anterior. Por eso, sin duda, su apesadumbrado relato de la destrucción operada recuerda la famosa descripción de Tiberio Graco de los arruinados agricultores-veteranos de Italia al comenzar el último siglo de la república romana, según cuenta Plutarco.

[84] Lot, FMA, p. 148.

¿Cómo fueron llevados a la ruina los campesinos libres de la época de Salviano? Cuando éste describe la comunidad romana y dice que la asfixiaban los impuestos, agrega que los pobres son "asesinados" cuando se los obliga a pagar los impuestos de los ricos (IV, 30). Sus acaudalados asesinos son los mismos hombres que engañan a los pobres cuando el gobierno intenta ayudar a las ciudades en ruinas. Estos infortunados sólo son contribuyentes cuando se recaudan los impuestos; cuando se prorratean las asignaciones, los pocos que toman las decisiones por todos, los olvidan (IV, 31; V, 33-35).

A Salviano le gusta acaso demasiado decir que los *potentiores* asesinaban a los pobres, pero si apenas la mitad de sus observaciones es exacta, la expresión está bien elegida. Porque... ¿qué podían hacer los pobres en esas circunstancias? Algunos, tenemos entendido, huyeron de sus viejas casas y se refugiaron entre los bárbaros... una actitud poco grata, según Salviano —quien se refiere intencionadamente a los hábitos poco familiares de los bárbaros y aun a su desagradable olor—, pero mejor que someterse a la injusticia que reinaba entre los romanos (V, 21).[85] Otros se unieron a las *bagaudae* o campesinos bandidos. Esto también era un paso serio; las *bagaudae* no vivían mejor que los bárbaros y eran despreciados en cuanto rebeldes por los romanos, que los habían perseguido hasta expulsarlos de la sociedad. Al principio, eran unos pocos, pero hombres que no se les habían unido antes, luego lo hicieron en tiempos de Salviano; y se les unirían otros más, agrega éste, si podían (V, 24-26).

La razón de que los demás no hubiesen huido a refugiarse entre los bandidos o los bárbaros es muy sencilla: no podían llevarse consigo sus míseros bienes, sus casas y sus familias. En un esfuerzo por salvar lo que podían, siguieron el único camino que les quedaba y se pusieron bajo la protección de los poderosos (V, 38). El precio de esa protección era, en la práctica, alto. De acuerdo con la descripción del proceso que hace Salviano, a los pequeños propietarios se les permitía quedarse en sus tierras bajo la protección de los poderosos, pero, cuando morían, las tierras se convertían en propiedad de sus protectores, para que hicieran con ellas lo que quisiesen; en realidad, los padres compraban ayuda para sí mismos, condenando a sus hijos a una vida de mendicidad (V, 39). Salviano deja que sus lectores aprecien la amargura y la desesperación de los hombres a los cuales les resultaba insoportable la idea de abandonar a los que dependían de ellos, y aún así, apenas podían soportar la idea de quedarse con ellos en su miseria.

[85] Sidonius Apollinaris, *Carmina*, XII, ed. W. B. Anderson, en la Loeb Classical Library, Cambridge, Massachusetts, 1936, hace algunas observaciones desdeñosas sobre los hábitos personales de los germanos. Ver Loyen, *Sidoine Apollinaire*, pp. 52 y s., y *Recherches historiques sur les panégyriques de Sidoine Apollinaire*, fasc. 285 de la *Bibliotheque de l'Ecole des hautes études*, Ciencias históricas y filológicas, París, 1942, pp. 13 y ss. En esa introducción, Loyen presenta un vívido cuadro de la Galia de Sidonio.

Un ejemplo más del desamparo casi total de los pequeños propietarios es que después de haber perdido sus bienes tenían que seguir pagando impuestos por ellos (V, 42-43). Esto significaba que los hijos de los propietarios que habían comprado la protección no sólo perdían la tierra de la familia, sino que también perdían pronto los demás bienes muebles que la familia había logrado conservar. Evidentemente, cuando se había llegado a ese estado de cosas, la gente común no podía tener interés ya en que subsistiera la jurisdicción romana que los había llevado a la ruina. Preferían vivir bajo la férula de los bárbaros, quienes trataban a los ex romanos mejor que los romanos a su propio pueblo (V, 36-37). Algunos de los pequeños propietarios, evaluando con exactitud la situación, daban el paso final: iban a las fincas de los grandes señores y se convertían en sus *coloni* (V, 43).

Salviano subraya con gran emoción el último punto de su relato: que esos infortunados se veían obligados a abandonar no sólo sus hogares y sus posesiones, los patrimonios y el bienestar futuro que debían transmitir a sus hijos, sino hasta su condición de hombres libres. Perdían su jerarquía y su lugar en la sociedad e ingresaban en un estado servil, separados, en su carácter de exiliados, no sólo de sus bienes, sino hasta de su propio yo (V, 44). Terminaban por ser recibidos como unos extraños que ya no eran nativos, sino recién llegados, convertidos en bestias como por el arte mágico de Circe, tratados como una propiedad, transformados en esclavos (V, 45).

A pesar del punto de vista religioso de Salviano, a pesar de su enjuiciamiento ético (que los romanos empezaban a conocer personalmente la amargura del exilio y la esclavitud que prodigaran antes en forma tan generosa a otros), la agudeza y perspicacia hacen de su relato un documento histórico importantísimo. Salviano sabía perfectamente que los romanos, hasta cuando enfrentaban a un enemigo extranjero, en vez de cerrar filas contra él, se traicionaban entre sí . . . a diferencia de los bárbaros, quienes respetaban los vínculos tribales y la férula de un rey y vivían juntos en amistad (V, 15).[86] Entre los romanos, no sólo los conciudadanos, sino hasta los vecinos y, lo que es peor aún, los parientes se volvían el uno contra el otro (V, 16). Repetidas veces, se nos muestran los efectos mortíferos y desmoralizadores de esa lucha. Las ciudades quedaban casi indefensas hasta que estuviesen los bárbaros a la vista, y "aunque sin duda nadie quería morir, nadie intentaba evitar la muerte" (VI, 80). Salviano estaba convencido de que los grandes propietarios no podían beneficiarse a la larga con el curso que seguían, por lo menos como miembros de una sociedad "romana" civilizada: "Os pregunto qué locura o ceguera es creer que las fortunas privadas pueden sobrevivir cuando la comunidad ha sido reducida a una condición de indigencia y mendicidad" (I, II).

[86] Ver R. Thouvenot, "Salvien et la ruine de l'Empire romain", *École française de Rome. Mélanges d'archéologie et d'histoire,* XXXVII, 1918-19, 152-53.

No cabe duda de que Salviano veía en la gradual desaparición de los pequeños agricultores independientes y su absorción en un sistema de enormes latifundios el signo más claro de la decadencia del Imperio de Occidente.[87] Dividida en dos sectores desiguales, un pequeño grupo de grandes propietarios y un nutrido grupo de arrendatarios, la sociedad era ya medieval. Las cosas sufrirán un cambio considerable en el curso del milenio siguiente, pero en la época de Salviano el molde de vida rural estaba integrado por la gran mayoría de los europeos. Vivían en la tierra que no conocían ni fiscalizaban, prestando servicios y pagando impuestos, usualmente en especie, de acuerdo con la costumbre establecida, con las variaciones que decretaba el señor de la propiedad. Aunque con el curso de los siglos la vida de esos hombres se vio muy influida por los acontecimientos políticos, la continuación o reaparición de la autoridad romana oriental en tal o cual sector, el desarrollo del feudalismo, las nuevas invasiones bárbaras y eventualmente en algunas regiones el lento crecimiento del poder real, para la mayoría de ellos lo que había cambiado eran los aspectos circunstanciales de la vida más bien que los fundamentales.

Si bien durante algún tiempo siguieron existiendo ciudades en Occidente y, después del siglo x, se fundaron o reconstruyeron villas para satisfacer nuevas necesidades, a lo largo de mil años en gran parte de Occidente y por mucho más tiempo en algunas de sus regiones la vida fue predominantemente rural. No todo Occidente se transformó en tiempos de Salviano; ciertas zonas de Italia, por ejemplo, nunca perdieron contacto con Oriente y había diferencias locales en otras partes. Pero el gran cambio social que Salviano vio precipitarse con tan temible velocidad y que describió con una claridad tan impresionante estaba en marcha desde hacía ya mucho tiempo.

Es imposible no ver en este cambio social de los siglos IV y V una revolución a la inversa o, para usar un término biológico, una degeneración social. La historia de estos últimos siglos está tan atestada de revoluciones de distinta índole que su estructura general es muy familiar. Las condiciones económicas mejoran y el nivel de vida de las masas aumenta. Luego, se presenta una oportunidad, a veces causada deliberadamente por liberales benévolos, otras de manera accidental a raíz de descubrimientos, guerras, pestes, inventos, para que se opere un progreso social lo bastante grande como para que se lo pueda llamar una revolución. En concordancia con ello, nuestra época se ha habituado tanto a concebir las revoluciones como progresistas, que quizás no reconozcamos con facilidad una revolución regresiva. Sin embargo, eso fue precisamente lo que sucedió en la sociedad occidental y durante algún tiempo en la oriental en los siglos IV y V.[88]

[87] *Ibid.*, p. 159.

[88] *Albert* de Broglie, *L'Église et l'Empire*, pp. 228-29, señala vívidamente hasta dónde había llegado la decadencia antes del siglo IV.

Pocos observadores de este período de la historia pueden haber dejado de

ALGUNAS OBSERVACIONES GENERALES SOBRE LA SOCIEDAD ROMANA DEL BAJO IMPERIO

Otras fuentes confirman las observaciones de Salviano sobre la justicia y decencia superiores de los bárbaros. El amigo de San Agustín, Orosio, al escribir una generación antes que Salviano, habla de los romanos de su tiempo que preferían la libertad en la pobreza entre los bárbaros a la vida con su propio pueblo bajo el peso de los impuestos.[89] Una generación después de Salviano, con la mala administración romana, tan mala como siempre, hasta Sidonio Apolinario —un hombre mucho más consciente que Salviano de algunos de los desagradables modales y hábitos de los germanos— pudo describir al visigodo Teodorico II como un personaje admirable, modesto, gallardo, diligente, de buen carácter, sobrio y escrupuloso.[90] Casiodoro, en el siglo VI, sólo fue uno de los tantos romanos distinguidos que siguieron una política deliberada de amistad y colaboración con los intrusos. Muchos romanos, desde luego, hasta algunos de los que tenían palabras de elogio para el vigor, coraje y laboriosidad de los germanos, se enorgullecían de sus antepasados romanos y consideraban a sus huéspedes unos toscos advenedizos, unos patanes. Nos bastará con mencionar al grupo antigermano de tiempos de Estilicón, la facción aristocrática romana que confiaba en una unión con el Imperio de Oriente durante el reinado de Teodorico el Grande, y las opiniones expresadas por Sidonio en su panegírico de Avito y Mayoriano. Pero la realidad pura y simple era que los romanos de Occidente no tenían otra alternativa que convivir con los bárbaros, generalmente en una posición algo subalterna, y que habían empezado a adaptarse a ese estado de cosas mucho antes de que Salviano se refiriera a su frecuente deserción para incorporarse a sus ex enemigos.

---

meditar sobre el hecho de que millones de romanos fueron vencidos por unas veintenas de miles de germanos. Según Salviano, los bárbaros vencieron no a causa de la fuerza natural de sus cuerpos ni debido a la debilidad de la naturaleza de los romanos. Fueron solamente los vicios morales de éstos los que causaron su derrota (VII, 108). A pesar de lo limitado, este juicio, emitido por alguien muy cercano, está, por lo pronto, muy próximo a los hechos, merece consideración.

En cuanto a los hombres de posición más encumbrada, los nobles cultos que huían a refugiarse entre los bárbaros para eludir la persecución y la injusticia prevaleciente entre los romanos (V, 21, 23), es evidente que ellos, como sus compatriotas más pobres, habían renunciado a la esperanza de obtener justicia y protección del Estado romano y de sus leyes. Su fuga confirma el hecho de que, en grandes sectores del Imperio de Occidente, el espíritu y la justicia públicos habían desaparecido y los hombres se veían forzados a obrar en privado y localmente en asuntos reglamentados antes por la autoridad del gobierno central.

[89] Paulo Orosio, "Historiarum adversum paganos libri vii", en *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum,* Viena, 1882, VII, 41, 7.

[90] Sidonio Apollinaris, *Epistulae,* I, 2. Con respecto al motivo, véase Sir Samuel Dill, *Roman Society in the Last Century of the Western Empire,* 2ª ed., corregida, Londres, 1905, pp. 328-29.

No tenemos un relato ordenado del proceso de cambio y adaptación que se operó en la sociedad de Occidente en formación. Por lo pronto, los pocos escritores que había allí tenían otros intereses: testigo de ello, el notoriamente nada informativo Sidonio. Más importante, acaso, es el hecho de que el proceso mismo no fuera ordenado; fluctuaba sin cesar con las alternativas de las victorias y reveses militares del Imperio, el movimiento de los pueblos bárbaros y las cambiantes alianzas entre el Imperio y los jefes bárbaros, y entre un pueblo bárbaro y otro. Lo único que podemos decir con certeza es que, por debajo de la superficie, lentamente, pero a la larga sin cesar, el viejo orden se estaba desintegrando y lo sustituía, no de golpe pero sí pieza por pieza, un nuevo género de vida. Pocos romanos, aun entre los más cultos, comprendían que eran protagonistas de una de las mayores revoluciones que tuvieran lugar jamás en la historia de la civilización occidental. En su mayoría, en el siglo v, los romanos del pueblo sólo sabían que los ejércitos de Roma estaban integrados cada vez más por germanos y encabezados por germanos; que a pesar de esos ejércitos los bárbaros se seguían internando en territorio romano y se apoderaban de tierras para su uso; que en las regiones de Occidente que permanecían bajo la jurisdicción romana, la corrupción y la injusticia habían estado durante largo tiempo a la orden del día; y que el peso de los impuestos era insoportable.

Los "romanos" existían aún y superaban grandemente en número a los germanos en su medio y en sus fronteras; los edificios romanos, la indumentaria romana, los funcionarios romanos se veían en todas partes; el feudalismo, considerado en el sentido social o en el político o el legal, estaban muy lejos aún. En todas partes, Roma, aunque librada furiosas batallas, aparentemente seguía existiendo. Pero por doquier, detrás de la fachada de persistentes fenómenos romanos, el antiguo mundo clásico romano de Occidente había muerto. Nada podría haberlo resucitado ni nada podría haberlo hecho más falto de vida, ni los germanos ni los hunos ni los eslavos ni los sarracenos. Los germanos estuvieron presentes en la celebración de los funerales; los sarracenos aparecieron mucho después del entierro.

Es evidente que ningún cambio realmente significativo tiene que ser reconocido mientras no se haya consumado en forma plena. Por regla general, un cambio histórico, hasta en los períodos adecuadamente llamados de transición, se opera con lentitud, y todo hecho cultural y social de gran importancia tiene una larga historia detrás de sí. De esta manera, en el período de la declinante civilización clásica y la naciente civilización medieval de Occidente, la nueva sociedad —llámese feudal, o agraria, o simple, o lo que se quiera— estaba cobrando contornos mucho antes de que se lograra algo semejante a su forma final. Si no podemos llamar medieval a la sociedad occidental hasta la aparición de un feu-

dalismo cabal, con inmunidades, juramentos de fidelidad y beneficios militares, nos vemos obligados a afrontar una laguna vasta y mal explicada que sigue a la desaparición de la antigua civilización occidental. Además, este tipo de feudalismo, maduro apenas apareció, empezó a cambiar a su vez.

La debilidad política, que influía tanto sobre los asuntos internos como sobre los externos y que acompañó al retroceso social y económico, no exige más énfasis. A comienzos del siglo IV se produjo la conversión de Constantino al cristianismo. Medio siglo después del traslado, decidido por él, de la capital a Oriente, tuvo lugar el desastre de Adrianápolis, al cual siguió, apenas una generación después, la toma de la Ciudad Eterna por Alarico. ¡Cuán significativa y rápidamente aparecieron los signos de la debilidad romana en Occidente y del destino inminente del Imperio occidental! A primera vista, apenas parece notable —aunque, en verdad, fue realmente admirable— el hecho de que San Agustín, por más penetrante que haya sido su espíritu, pudiera percibir algo de la imagen de las cosas por venir y crear toda una nueva filosofía de la historia para explicarlas.

En otros tiempos, se habló mucho de la enorme influencia de la civilización romana sobre los germanos. Tal vez se dio demasiada poca importancia al hecho de que la Roma que conocieron los intrusos se estaba desintegrando, agobiada por el fracaso y la desesperación, desalentada, pronta a aferrarse a cualquier oportunidad para sobrevivir. Por cierto, algunos de los romanos entre quienes vivieron los invasores en Galia, España e Italia eran hombres acaudalados, cultos y bastante altivos, hombres como Sidonio y Boecio. Pero la mayoría de los romanos que conocieron los recién llegados no tenía ninguna de esas cualidades. En su mayoría, podría decirse, eran hombres vencidos antes de haber visto siquiera a un guerrero germano. Al *colonus* atado al suelo lo mismo le daba que su señor fuese ahora un bárbaro y un extranjero. Las cosas que más importaban, la pobreza y la pérdida de la libertad, habían entrado en su vida antes que los germanos, y en cuanto a su barbarie, no le habría sido fácil a un *colonus* romano distinguirla sino en algunas de las formas superficiales. Es razonable suponer que el derrotismo que hizo a la antigua población romana víctima complaciente de la invasión, contribuyó también a la pronta y fácil fusión de las viejas y las nuevas instituciones. Tan fácil y plácida fue esa fusión que apenas dejó alguna huella.

LOS COMIENZOS DE LA NUEVA SOCIEDAD

Lo que se ha calificado aquí de gran revolución social y económica, es decir, la destrucción de la clase media, la adquisición de muchas propiedades pequeñas por los grandes latifundistas y el consiguiente vasto aumento del poder de la aristocracia afincada, fue la característica

básica de la transición de la Roma del Bajo Imperio a la época medieval, es decir, del más avanzado pero ya ineficaz régimen imperial, al régimen más simple pero más práctico de los señores terratenientes.[91] La relación de este cambio con la aparición del sistema feudal ha sido exagerada o, para decirlo mejor, desfigurada. No se puede distinguir ningún "sistema" único en las formas de sociedad y de gobierno prevalecientes en zonas como Italia, la España cristiana, Francia, Inglaterra y Alemania del otro lado del Rin.[92] Se ha dicho, con razón, de grandes zonas de la España medieval que allí había mucho feudalismo, pero no un sistema feudal.[93] En cuanto a Inglaterra, nos bastará con citar la dilatada disputa sobre el carácter de "prefeudal" (es decir, anterior a la conquista) de la sociedad inglesa y la forma peculiar de feudalismo introducida por el conquistador.[94] El común denominador social no era el feudalismo, sino el simple Estado agrario de la sociedad resultante de la caída de Roma y de la destrucción de la clase media.

Había, desde luego, otras desemejanzas entre las regiones. Las diferencias locales de tierra y de clima desempeñaban su papel, como también el poder de la Iglesia y el gobernante, la época y la naturaleza de las invasiones, la supervivencia relativamente fuerte o débil de las ciudades, el contacto con Oriente y también condiciones locales como la guerra entre cristianos y musulmanes en España. Todas las regiones sólo se parecían económicamente en la importancia de la tierra y su posesión y en la estrecha relación de la autoridad administrativa con la tierra. Es por ello que el feudalismo debe ser rechazado como elemento decisivo en la formación de una sociedad medieval. Aunque importante, no fue más que uno de los varios instrumentos oligárquicos que se emplearon en Europa durante la Edad Media. En suma, no fue el feudalismo lo que hizo posible una sociedad predominantemente agraria, relativamente

91 Véanse, por ejemplo, las adecuadas observaciones de Dill, *ibid.*, pp. 262-63. Es interesante hacer notar que Sinesio, en sus cartas, escritas no mucho antes de Salviano, advirtió que las condiciones de vida en el Oriente, aunque difíciles, eran soportables aún. Ver también las fascinantes propuestas de reformas presentadas en el *De rebus bellicis* por un autor anónimo, probablemente del siglo IV, editadas y traducidas por E. A. Thompson con el título de *A Roman reformer and Inventor, Being a New Text of the Treatise "De rebus bellicis"*, Oxford, 1952. El sorprendente Anonymus, sin embargo, como Sinesio, parece haberse interesado más por la parte oriental del Imperio y fue, desde luego, anterior a Salviano.

92 Nótense las restricciones y limitaciones impuestas por François Ganshof, *Feudalism*, trad. de Philip Grierson, Londres, 1952, pp. xv-xviii. La edición citada es la 1ª edición inglesa, basada en la 2ª edición francesa, pero con numerosas correcciones y agregados.

93 Robert S. Smith, "Medieval Agrarian Society in its Prime. Section 3. Spain", *Cambridge Economic History*, I, 345.

94 Según Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, I, Londres, 1934, 19, p. 2 de la edición abreviada, Nueva York y Londres, 1947, "Vinogradoff ha demostrado brillantemente que sus semillas (las del sistema feudal) habían brotado ya en suelo inglés *antes de la conquista normanda*". Sobre el brillo de Vinogradoff no cabe duda, pero hay alguna diferencia de opiniones sobre su interpretación de este punto. Para una excelente exposición que describe

pobre y simple, de relaciones incoherentes y que resolvía sus problemas en forma empírica. Fue la decadencia de Roma lo que dio nacimiento a esa sociedad, y el feudalismo, lejos de ser su causa y principio central, sólo fue un resultado de sus experimentos.

El cristianismo occidental, aunque más difundido que el feudalismo, fue muy análogo en cuanto a su origen. Era, como ya se ha hecho notar, un nuevo cristianismo, o más bien, un cristianismo con una nueva orientación, esencialmente original y totalmente distinta de la antigua civilización romana o de la bizantina contemporánea. Lo que dio al cristianismo el poder y la influencia característicos que adquirió en la Europa Occidental, en contraste con el Imperio Bizantino o Rusia, fue el carácter de la sociedad occidental con la cual creció: pobre, simple, agraria, relativamente libre de una tradición compulsiva e intensamente empírica. Aparte del carácter casi indefinible de los pueblos del Occidente europeo que la crearon, el sine qua non de la nueva civilización fue su reducción a un nivel agrario.

Hubo diferencias correlativas entre los métodos de gobierno occidentales y orientales en el comienzo del medioevo, en los siglos IV y V.[95] Aquí debemos recordar la pobreza de Occidente y la economía hasta cierto punto estable y próspera de Oriente. Aun cuando estuvo reducido territorialmente y acosado por ataques casi constantes de enemigos extranjeros Oriente logró mantener una burocracia eficaz, un ejército y una flota pequeños, pero bien equipados, y un sistema financiero estable y de organización y funcionamiento uniformes. Esta estabilidad era, evidentemente, muy importante; durante mil años, a pesar de las tensiones, tropiezos y reveses pasajeros, permitió al Estado bizantino obrar en forma directa y con rapidez en las crisis. En esta sociedad, la Iglesia ocupó una posición importante, pero subalterna, como parte integrante del sistema estatal. Estaba "en, no junto" al Estado y su jerarquía sólo funcionó como una parte de la organización burocrática del Estado, que llegaba a todas partes.[96]

---

claramente las interpretaciones opuestas desarrolladas por algunos de los especialistas ingleses, norteamericanos y continentales más capaces durante el medio siglo último, ver Carl Stephenson, "Feudalism and Its Antecedents in England", *American Historical Review*, XLVIII, 1943, 245-65. Para este estudio, el significado de la controversia sobre el estado de la Inglaterra prenormanda con respecto al feudalismo es que revela claramente que el feudalismo, en un sentido estricto, no era general en el Imperio de Occidente durante la Edad Media. Sea que consideremos al gobierno inglés anterior a la conquista feudal o prefeudal, difería en algunos sentidos importantes del de Francia. Sin embargo, ambos gobiernos eran localizados y oligárquicos; ambos países confiaban en un tipo de producción agraria llamado generalmente señorial y ambos eran de cultura "medieval".

[95] Por haber advertido la importancia de este tema, tenemos que darle las gracias antes que nada a Ludo M. Hartmann, quien lo presenta con lucidez en su pequeño estudio *Ein Kapitel vom spätantiken und frühmittelalterlichen Staate*, Berlín, 1913, que Norman Baynes alogió justicieramente en su reseña crítica de *La fin du monde antique* de Lot, *Journal of Roman Studies*, XIX, 1929, 226.

[96] Hartmann, *Ein Kapitel*, pp. 10-11. Ver también Wilhelm Esslin, "The

Este estado de cosas ofrece un marcado contraste con el de Occidente, donde el siglo v *simplemente* presenció la continuación, con ritmo más rápido, de una decadencia que había sido bastante clara en los siglos III y IV. Es natural que ese deterioro no prosiguió con la misma velocidad en todas las regiones de Occidente. En la Italia de Odoacro y Teodorico, por ejemplo, el viejo sistema, inclusive la burocracia, se mantuvieron en gran parte en vigencia hasta la llegada de los lombardos, quienes sustituyeron al gobierno por príncipes terratenientes mantenidos por el producto de esas tierras y que prestaban servicio militar al Estado a título de obligación personal. En Galia, asimismo, subsistieron muchas cosas romanas hasta bien entrados los tiempos de los propios francos. Entre éstos, por ejemplo, se conservaron más elementos del sistema impositivo romano que entre los lombardos; y en la Galia franca, el aborrecido impuesto directo sobre la tierra se recaudaba más fácilmente en las zonas más romanas que en las germanas. [97]

La importancia del hecho de que esos nuevos Estados se basaran en la propiedad de la tierra, es ineludible. Al parecer, tanto da que llamemos —o no— "natural" a su economía. [98] Lo que importa es que se trataba de una economía basada en comunidades autárquicas. [99] El grueso de la población vivía en un estado de semilibertad, directamente sobre la tierra, y sus señores, la rama militar de esa sociedad simple, se mantenían con lo producido por los campesinos. ¿Podemos ver en esto una reaparición del viejo tipo de sociedad descrito por Aristóteles,

---

Emperor and the Imperial Administration", en *Byzantium,* ed. Baynes y Moss, pp. 274-75. Pero había limitaciones, especialmente en cuestiones doctrinarias. Ver, *Ibid.,* pp. 275-76; Introducción de Norman Baynes, pp. xxviii-xxix; y Henri Grégoire, "The Byzantine Church", pp. 130 y ss. Con referencia al sistema financiero, ver André M. Andréades, "Public Finances; Currency, Public Expenditure, Budget, Public Revue, *Ibid.,* pp. 84-85; y sobre la burocracia y asuntos militares, Ensslin, *ibid.,* pp. 280 y ss., 294, 302 y ss. Ver Werner Ahnsorge, *Das Zweikaiserproblem im früheren Mittelalter, Die Bedeutung des byzantinischen Reiches für die Entwicklung der Staatsidee in Europa,* Hildesheim, 1947, pp. 7-15.

[97] Hartmann, *Ein Kapitel,* pp. 13-14; Lot, *Les destinées,* p. 305; Ganshof, *Les destinées,* p. 228.

[98] Hartmann, en *Ein Kapitel,* habla constantemente de la economía natural de Occidente, comparándola con la economía monetaria de Oriente. Mickwitz ha señalado en *Geld und Wirtschaft,* p. 3, que Meyer y Rostovtzeff están de acuerdo con Bücher, por lo menos, en que el siglo IV fue, desde el punto de vista económico, un período de transición a la Edad Media y que su economía fue muy próxima a la economía natural. El lector sabrá que toda esta cuestión ha suscitado mucha controversia, que Mickwitz pudo ofrecer sus propias modificaciones y que, desde el siglo IV, los sistemas económicos de Oriente y Occidente han tendido a divergir cada vez más.

[99] Vale la pena hacer notar una vez más, en este punto, las observaciones de Sombart, "Economic Theory and Economic History", *loc. cit.,* p. 13, que "el contraste que debe ser subrayado no es el existente entre la economía natural y la monetaria, sino el que existe entre la economía que es autárquica y la que no lo es".

caracterizado por una división del trabajo entre la clase trabajadora o productora y la clase de guerreros o protectores?[100] En gran parte, lo era. Como es notorio, la sociedad medieval de los primeros tiempos sucedió a otra mucho más avanzada, que hasta en medio del fracaso y la decadencia fue capaz de aportarle mucho a su sucesora. También es notorio que no se podía hablar de volver al tosco estado de la primitiva *polis* griega. Pero esta diferencia acaso sea exagerada; por más significativas que fuesen las supervivencias romanas, sólo eran supervivencias, elementos tomados en préstamo, y nada más. La civilización de la Europa Occidental, en la Edad Media y después, habría sido esencialmente la misma sin ellos.

El efecto de los grandes latifundios fue muy distinto en Oriente. Debido a la estabilidad relativa de la economía oriental, la supervivencia de la clase media urbana y los ingresos en dinero que proporcionaba, el Estado pudo mantener a raya a los propietarios, si no eliminarlos por completo. Los grandes terratenientes no podían quedarse con las pequeñas propiedades de los campesinos e independizarse así de la autoridad central. Esta clase, potencialmente feudal, conservó un poder considerable y en ocasiones causó dificultades, pero se le impidió dividir y desintegrar la autoridad administrativa del Estado.[101]

En Occidente, por el contrario, la distinción misma entre la riqueza pública que pertenecía al Estado y el tesoro privado del rey, pronto se perdió. Las cosas no podían suceder de otro modo en una economía autárquica, basada en la tierra. La soberana importancia de su propiedad o dominio influyó sobre todos los acontecimientos posteriores, civiles, militares y eclesiásticos. La práctica feudal de otorgar el usufructo de la tierra a cambio del servicio militar, por ejemplo, fue un resultado natural de la nueva distribución de aquélla. El hecho de que fueran posibles otras estructuras tuvo importancia secundaria: es evidente que el curso de la evolución desde el patronato y el *comitatus*, a través de etapas intermedias de servicio militar y beneficios, hasta el vínculo personal del vasallaje y el beneficio claramente militar o feudo, variaba de un lugar a otro y de una época a otra.

Resumiendo, diremos que la Edad Media no empezó al aparecer un pleno feudalismo o algo parecido, sino mucho antes, con los cambios políticos, económicos y sociales que, en algunas partes, condujeron en última instancia al feudalismo. Según las palabras de Rostovtzeff, "lo

[100] Así lo interpreta Hartmann, *Ein Kapitel*, pp. 5-6. Nótese también la observación de Mickwitz, *Geld und Wirtschaft*, p. 188, de que la servidumbre inseparable de todos los sistemas de economía natural provocó los mismos resultados en la Antigüedad y en la Edad Media: el Estado-privilegio (*Privilegienstaat*). Destaca también aquí que el Imperio bizantino no tenía corporaciones obligatorias, lo cual destaca la diferencia existente entre Oriente y Occidente medievales con respecto al uso de la represión. Hartmann subraya con energía el contraste existente entre el principio represivo tal como se aplica en Occidente y el preventivo tal como se aplica en Oriente, *Ein Kapitel*, pp. 16, 22.

[101] *Ibid.*, pp. 11-12.

que sucedió fue un cambio lento y gradual, una sustitución de valores en la conciencia del hombre".[102] Políticamente, el Imperio Romano dejó de funcionar en forma efectiva en Occidente cuando el gobierno imperial ya no pudo poner más freno al creciente poder de los *potentiores*. Económicamente, el Imperio de Occidente fracasó cuando el comercio y la industria no se pudieron seguir desarrollando en forma lucrativa, aun cuando se les ordenara que lo hicieran, y cuando la clase media fue eliminada y el campesino reducido a la condición de dependencia. Socialmente, el fin llegó cuando hombres de origen romano y ascendencia libre tuvieron que elegir entre la servidumbre y la emigración. Al fin, todo esto se redujo a lo mismo: la vida en una propiedad rústica bajo la dominación de un señor local. En cuanto a la fecha de esos cambios, los enérgicos esfuerzos del gobierno imperial por fiscalizar a los *potentiores* habían fracasado a todas luces antes de fines del siglo IV. Podemos suponer que, en el sentido económico y social, el cambio también estuvo bien adelantado antes de fines de ese siglo y por las mismas razones. No se podría explicar de otra manera el desamparo militar de Occidente y su débil confianza en las tropas bárbaras.[103] Aunque Orosio y Salviano escribieron en el siglo V, es evidente que lo descrito por ellos había comenzado mucho antes.

Era inevitable que en este proceso de cambio, gradual pero irresistible, los patrones y valores también se modificaran. La mayoría de los hombres que vivían en el Bajo Imperio y a principos de la Edad Media no consideraban ya vital lo que para sus predecesores revestía una importancia trascendental. "Tenían su propia noción de lo que era importante, y la mayor parte de lo que era esencial en el período clásico para los miembros de la civilización antigua la desecharon como inútil y a menudo como perjudicial."[104] La verdad contenida en las palabras de Rostovtzeff es evidente por sí misma; sin embargo, desde el Renacimiento, para el hombre occidental, tanto el historiador como el filósofo o el científico, ha sido de un sabor casi desagradable. Cegados por nuestro prejuicio en favor de la "civilización" clásica opuesta a la "barbarie" medieval, hemos interpretado torpemente el carácter creador de lo que ocurrió en la Roma de los últimos tiempos y a comienzos de la Edad

[102] "The Decay of the Ancient World", *loc. cit.*, p. 198.

[103] Es interesante hacer notar que, aunque el reinado de Constantino empezó poco después de principios del siglo IV y el talentoso Teodosio I murió poco antes de acabar el siglo, el estado de cosas, para el gobierno imperial romano, había empeorado mucho en 395. Fue la batalla de Adrianópolis, después de todo, la que llevó al trono a Teodosio, y la toma de Roma por Alarico sólo se produjo quince años después de la muerte de aquél. Muchas de las medidas que le ganaron a Teodosio el título a la grandeza, además, eran exigidas por un sabio reconocimiento de la debilidad del Imperio. La recuperación comenzó con su reinado, pues, si no antes. También cabe destacar que llevó adelante la política de Constantino de favorecer a la Iglesia Cristiana. Ver Straub, "Christliche Geschichtsapologetik", *loc. cit.*, pp. 55-56.

[104] "The Decay of the Ancient World", *loc. cit.*, p. 198.

Media. Hemos confundido la adaptación con la decadencia y, al no comprender lo que se podría llamar un cambio de ritmo de rumbo, lo hemos estigmatizado exclusivamente como un final.

La desviación de valores de los patrones establecidos en condiciones distintas fue hecha por hombres que debían afrontar las realidades de la Europa Occidental en los siglos IV y V. Lo que podría parecer hoy un simple retroceso y nada más, puede ser considerado, desde otro punto de vista, un cercenamiento de árboles muertos. El hombre de la alta Edad Media no se enfrentaba con posibilidades libres e ilimitadas, sino con oportunidades estrictamente limitadas, y debía elegir entre esas oportunidades. No es probable que los que ingresaban en una vida de servidumbre la creyeran preferible a una vida libre; sin duda, difícilmente podían pensar esto en términos comparativos, y es más que probable que muchos de ellos no lo pensaran en absoluto. No estaban a tono con los tiempos; éstos se ponían a tono con ellos. En la esfera social, en un sentido amplio, los hombres se despedían, consciente o inconscientemente, de la mayor libertad, prosperidad y complejidad conocidas por algunos de sus antepasados y entraban en un estado de subordinación a los señores que poseían o dominaban vastas propiedades en razón de su poderío militar.

Degeneración, sí. Pero el resultado final, después de un período muy largo, no fue tal. Si no se hubiera cercenado la madera muerta, hubiesen sido imposibles los esfuerzos y experimentos que buscaban como objeto una solución más satisfactoria al problema social de la humanidad que la que había elaborado el Imperio Romano. Uno por uno, experimentalmente, los militares, la Iglesia, mucho después los burgueses, más tarde todavía los obreros, se construyeron un lugar honorable en la estructura social. Si esos experimentos no hubiesen empezado cuando empezaron, se podría decir sin temor a equivocarse que la causa de la libertad y la dignidad humanas se habría retrasado mucho. Mil años de Bizancio causaron su extinción; mil años de esfuerzo medieval produjeron el Renacimiento, el Estado moderno y, finalmente, el mundo libre.

Capítulo IV

LA METAMORFOSIS MEDIEVAL: ASPECTOS DE UN MUNDO CAMBIANTE

Si Julio César o Adriano, que viajaron mucho por el orbe civilizado de sus respectivas épocas, hubiesen podido visitar el Imperio en los siglos v ó vi, habrían hallado muchas modificaciones desconcertantes en la apariencia externa del mundo que conocieron. Esos cambios, bastante acentuados en Oriente, habían sido más notables todavía en Occidente, sobre todo en cuanto al estado de las ciudades, a la composición y estructura de los ejércitos, al carácter del transporte y el comercio, a las ocupaciones cotidianas y hasta a la indumentaria de la gente.

Ambos visitantes habrían considerado seguramente que el Bajo Imperio se encontraba enfrentando una lamentable decadencia. Con todo, lo habrían reconocido. Aunque César, sin duda, se habría sentido disgustado ante el estado del ejército romano y Adriano descorazonado por la suerte de sus grandes ciudades, el "deterioro" que hubieran encontrado habría sido, por lo menos, el de un conjunto más o menos familiar de creaciones y costumbres romanas concretas y visibles. Mucho más sorprendente habría sido el descubrimiento, si es que hubiesen podido hacerlo, de que por más grandes que fuesen los cambios externos, eran menos en comparación con ciertas modificaciones más sutiles en las opiniones, los valores, las maneras de pensar y las aspiraciones. Los acontecimientos políticos, económicos y sociales examinados en el capítulo anterior eran movimientos *que se apartaban* de las costumbres romanas anteriores, pero todavía reconocibles si se los interpretaba de acuerdo con las instituciones de edad inmemorial en que se habían originado. Los otros cambios representaban un movimiento *hacia* algo nuevo y completamente externo a la experiencia de un César o un Adriano, y debían expresarse pronto en el comportamiento exterior, así como en el pensamiento y el sentimiento.

Los edificios, las calles, los teatros y las obras de ingeniería de una gran ciudad no desaparecen siempre cuando ya no existen los que son capaces de planificarlos y construirlos. La tumba de un emperador puede conservarse para servir siglos después de palacio papal, y un *palazzo* puede seguir sirviendo de vivienda. Sin embargo, hay cambios: la ropa lavada es tendida fuera de las ventanas de las casas de inquilinato; se le añaden minaretes a la Hagia Sophia. Menos fácil resulta

captar los cambios operados en el dominio del pensamiento. El verdadero sentido de una institución como el ejército o de un sistema de administración política puede sufrir una profunda transformación sin que lo reflejen su nombre y su aspecto. En esas circunstancias, una organización social aparentemente vigorosa, una religión, por ejemplo, o un sistema impositivo, pueden convertirse en una simple cáscara o caparazón, sin delatar, por fuera, la profunda modificación sufrida.

Corresponde a los estudios históricos interpretar el cambio en su totalidad, mantener específicamente el sentido interior junto a la apariencia externa. Es evidente que esto no es siempre fácil de hacer. Como vimos, el vino sirio se mandaba a Francia por barco en el siglo II y también en el VI. El producto era el mismo, los medios de transporte los mismos, la fuente y destino los mismos: ¿no es acaso muy probable que las circunstancias fuesen las mismas, que las condiciones prevalecientes en el Mediterráneo también lo fuesen? La historia no se puede escribir sin analogías de esta clase, basadas en hechos de este orden. Y con todo, en una interpretación de esta índole, el historiador acaso no logre reconocer acontecimientos nuevos de aspecto poco familiar; acaso deje pasar el grano para ocuparse de la paja. Quizás describa una cáscara, dejando la impresión de que es algo más que una cáscara.

La finalidad de este capítulo es examinar cuatro aspectos distintos del nuevo mundo que cobra forma detrás del manto del antiguo y es oscurecido en parte por él. El memorable cambio o serie de cambios que se operan entre los siglos IV y V, y IX y X, tuvieron lugar tanto dentro como fuera: 1) En la forma de pensar de la gente y en lo que pensaba; 2) En su forma de vivir, expresarse; 3) En lo que creían que valía la pena hacer, y 4) En su forma de hacerlo. Lo que sucedía realmente en este período —es decir, lo que hacían los hombres y lo que pensaban que los inducía a hacerlo— era muy distinto de lo que sucedía realmente en los tiempos del poderío romano. Hay varias razones para examinar aquí esas cuatro esferas de pensamiento y de acción. No llegaron a ser importantes y ni siquiera existieron antes del siglo IV. Funcionaron durante algún tiempo junto con los tipos cambiantes de las instituciones romanas y modos de pensar examinados en el último capítulo; eran esenciales para la formación de la civilización característica medieval.

Debemos subrayar que los cambios en esas cuatro esferas comenzaron antes —y continuaron después— del período 650-750, en el cual Pirenne sitúa el gran paso del mundo "secular" de la Antigüedad al mundo fragmentado, rural y "eclesiástico" de la Edad Media; y que en 650, ni siquiera las manifestaciones externas del pensamiento, salvo en los formas más superficiales, nos recuerdan el mundo de la antigüedad grecorromana.

Es cierto, desde luego, que los objetos, métodos y valores de la vida intelectual habían empezado a cambiar antes de los tiempos de Constantino y que otros elementos del escenario medieval distaban de ser nuevos: alguna actividad misionera cristiana había empezado

mucho antes; el sistema señorial tenía antecedentes en el pasado prerromano; la tecnología, tanto en Oriente como en el Occidente grecorromano, había hecho notables progresos en la Antigüedad. Lo diferente e históricamente significativo es que esas actividades y otras aparecieron ahora juntas en Occidente, obrando e influyéndose mutuamente como no lo hicieran en ninguna parte y en ninguna época. Es esto lo que se da a entender al afirmar que no existieron antes del siglo IV; específicamente, que no se habían dado simultáneamente y en semejantes circunstancias. Todas las civilizaciones son herederas de un pasado. Cuando dos civilizaciones adquieren en préstamo particularidades de un mismo pasado, la distinción entre ambas no surge simplemente de lo que se tomó, sino de la concatenación única de lo prestado, los prestatarios y las circunstancias que acompañaron al préstamo. Por ejemplo, el Occidente medieval debe mucho a la filosofía griega al igual que a las civilizaciones romana y bizantina; pero, en cada caso, lo que se asimiló resultó ser distinto según los prestatarios y las circunstancias del préstamo. Análogamente, como lo hemos visto, la religión cristiana en el Occidente medieval no fue la que había sido en Roma o llegó a ser en Bizancio.

Por lo tanto, la tesis básica de este capítulo, y en realidad de toda la obra, es que en la parte europea occidental del Imperio Romano surgió algo nuevo, distinto y esencialmente original; que sus elementos pueden empezar a distinguirse en el siglo IV y algunos de ellos aún antes. Este "algo" se puede describir mejor, acaso, como una nueva actitud ante la vida. En los siglos de su formación, esta actitud es oscurecida en parte por los rasgos exteriores más familiares y llamativos de la supervivencia romana, por la turbulencia de la época y por la escasez de nuestras fuentes. Gran parte de la información de la que más quisiéramos disponer, sus contemporáneos no la juzgaron digna de ser conservada en forma alguna, y parte se ha perdido para nosotros por otras causas: los incendios, las guerras y el manejo negligente. Acaso la peor de todas las amenazas la constituyeron ciertas *idées fixes:* la preocupación por la larga epopeya de la decadencia y caída; la "autorizada" convicción de que la alta Edad Media fue una época de ignorancia supersticiosa y letargo general, vivificada solamente por espasmódicos relámpagos de violencia y crueldad bárbaras. Puede mencionarse, de paso, la imagen inolvidable de "los buitres que se alimentan de carroña" y de "los gusanos que penetran en el cadáver", evocada por Toynbee.[1]

Sabemos ahora que la Edad Media no fue tan oscura. La ignorancia, el letargo y el desorden existían entonces como hoy, pero distaban mucho de estancar una época ansiosa de aprender, vigorosa en su forma de vida y expresión y constructiva en cuanto a ideales. Acaso no exageremos si decimos que la sociedad medieval era funcional en grados no soñados siquiera por la Antigüedad y que conducían a objetivos que

[1] *A Study of History,* I, 62 (en la ed. abreviada, p. 14).

superaban la imaginación de los primeros tiempos anteriores. Por "funcional" entiendo que se trataba de una sociedad que trabajaba, que realizaba esfuerzos por su necesidad de cumplir tareas pioneras; obligada a experimentar, que cometía frecuentes errores, pero abrevaba también en las energías de su pueblo mucho más plenamente que sus predecesores, lo cual, llegada la oportunidad, le permitía una libertad de desarrollo mucho más completa. El hecho de que las condiciones de vida, los acontecimientos y los pueblos coincidieran como sucedió a comienzos de la Edad Media fue algo muy afortunado para los actuales herederos de la tradición occidental. ¿Qué sucedió y por qué fue afortunado? En este capítulo nos esforzaremos por responder a ambas preguntas.

No puedo seguir hasta esta tarea final, con todo, sin reconocer antes específicamente mi deuda con los talentosos y lúcidos estudiosos cuya investigación y sabiduría tanto han contribuido a iluminar esa época, sobre todo con Marc Bloch y Lefebvre des Nöettes. Sin ellos, hasta el breve intento de interpretación que presentamos habría sido imposible.

LOS CAMBIOS DE PENSAMIENTO Y EXPRESION

Se reconoce desde hace tiempo que la Iglesia, en su propio beneficio y en el de todo Occidente, debe mucho a la organización del Estado romano, con todas las modificaciones requeridas para satisfacer las necesidades de una nueva institución que actuaba en condiciones distintas, cumpliendo funciones tanto nuevas como antiguas al servicio de fines nunca conocidos en el período de esplendor del poder romano. Gracias a la influencia de la Iglesia en todos los aspectos de la actividad estética e intelectual, buena parte del orden y del sistema del pensamiento romano pudo llegar hasta los que mejor podían aprovecharlos. Y, con todo, en el nuevo arte del Bajo Imperio Romano y en el arte, más nuevo aún, introducido por los bárbaros, existían muchas cosas vigorosas y originales que no le debían nada a Roma y cuya inspiración derivaba únicamente de las nuevas necesidades y valores del mundo medieval que surgía. Nada atestigua mejor el genio creador, la capacidad de aprender y concebir de la civilización europea occidental, hasta en el período de su juventud, que las magníficas creaciones de su arte religioso, donde se combinaban la aspiración espiritual, la calidez del sentimiento humano, la excelencia artística, en una forma desconocida para la antigüedad clásica pagana. [2]

[2] Para algunas reflexiones interesantes sobre esta cuestión, que confiesan la fuerza de la influencia oriental, véase Hans Lietzmann, "Das Problem der Spätantike", *Sitzungsberichte der preussischen Akademie der Wissenschaften*, Philosophisch-historische Klasse, 1927, pp. 342-58, sobre todo las observaciones finales, pp. 357-58. No estoy de acuerdo con una observación hecha por Lot, FMA, p. 157. Como lo ha señalado Norman Baynes en *Journal of Roman Studies*, XIX, 1929, 227, Lot, al sostener que el arte terminó en el siglo IV, parece dar a entender que la Edad Media no lo tenía. Si es eso lo que ha

Este fenómeno que observamos en el campo artístico se manifestó también en las pautas sociales e intelectuales y, sin duda, hasta en las formas del pensamiento. La vida intelectual del nuevo mundo de la Edad Media se vació en un molde esencialmente distinto del de la antigüedad clásica, más que nada helénica. La historia del pensamiento es encontró en una de sus grandes encrucijadas cuando los griegos comenzaron no simplemente a conocer, cosa que ya habían hecho, sino a especular sobre el conocimiento, a unir la ciencia a la filosofía. El legado de esa unión no está agotado, y si bien los romanos no podían apreciarlo plenamente, desde comienzos de la Edad Media los hombres de la Europa Occidental han considerado conveniente a veces usarlo en formas que les habrían parecido sin duda extrañas a sus forjadores.

Durante el Bajo Imperio la llama helénica se aplacó. La ciencia perdió su vitalidad y se rompió su antigua unión con la filosofía. Había nuevas necesidades que enfrentar; en ese momento los intelectuales no habrían ganado con recordar las glorias de la Academia, o los agricultores desposeídos de Salviano, con pensar en la grandeza del nombre de Roma y en la libertad de sus antepasados. La filosofía concertó una nueva alianza, esta vez con la teología; desde ese momento, y por varios siglos, la vida intelectual debía desarrollarse guiada por la Iglesia. Lo aprendido en el pasado fue, en parte, conservado y transformado, en parte virtualmente omitido. Los padres de la Iglesia, sobre todo San Agustín, se esforzaron enérgicamente y con éxito por reorganizar los modelos ideológicos y por adaptar el conocimiento y las realizaciones intelectuales clásicas, tal cual se conservaban, a los nuevos objetivos de la vida humana, en la cual la salvación se transformó en la preocupación principal de los hombres cultos.[3]

---

querido decir, tendríamos ante nosotros otro ejemplo del punto de vista familiar de que cuando algo antiguo y pagano tocaba a su fin todo había terminado. Sin duda, Lot no se proponía llegar tan lejos, pero debo admitir con Baynes que Lot le ha restado aquí importancia al tema y ha hecho caso omiso de varios problemas interesantes vinculados al mismo. Resulta desconcertante notar (ver Baynes, *loc. cit.*, p. 227, nº 2) que más tarde, en FMA, pp. 170-71, Lot, adopta una posición distinta, concluyendo en realidad con estas palabras: "Así, tanto en el dominio del arte como en el de la religión, en el siglo IV, un alma nueva se sustituye a la antigua". De modo que todo no había terminado, a fin de cuentas. Ver también el resumen de Jean Hubert, "Quelques sources de l'art carolingien", *Settimane di studio*, I, 215-19, y Charles R. Morey, *Mediaeval Art*, Nueva York, 1942, p. 188. Ver los artículos en *Settimane di studio*, III, *I Goti in Occidente: Problemi*, Spoleto, 1956, especialmente Carlo Cecchelli, *"Motivi orientali e occidentali nell'arte del periodo dei Goti in Italia"*, pp. 43-45, y Pedro Palol de Salellas, "Esencia del arte hispánico de la época visigoda: romanismo y germanismo", pp. 65-126, y la "Discussione" de esta memoria, pp. 131-34.

[3] Los estudios de las opiniones de San Agustín sobre la salvación y el conocimiento científico son muy numerosos y muy conocidos. Para trabar relación con destacadas interpretaciones recientes sobre ellos, ver Charles N. Cochrane, *Christianity and Classical Culture, A Study of Thought and Action from*

A San Agustín se le asigna con toda justicia el lugar más destacado. De todas las tareas impuestas a la inteligencia humana, la más difícil acaso sea la de percibir primero el momento en que se operan cambios fundamentales, lo que está muerto, sin espíritu y vacío de sentido, y luego, la de concebir, perfeccionar y divulgar valores más adecuados a la nueva época. La mayoría de los hombres de todas las épocas, y muy probablemente de los tiempos de turbulencia más que de los de estabilidad, se aferran firme y ciegamente a lo familiar y lo aceptado, evitando el frío malestar de la readaptación mental y espiritual. En reconocer lo que estaba muerto o moribundo y dar sentido a lo que estaba vivo y a lo que nacía, San Agustín ha tenido pocos iguales.[4] Las *Confesiones* y *La ciudad de Dios* bastan para revelarnos lo poderosa que era para él la fascinación del pasado. Su maestría radicaba en su reconocimiento de que para su generación y para las futuras, con la transformación de las condiciones de vida, las voces de Platón y las de los demás sólo eran ecos surgidos de una tumba. No repudiaba lo que tomaba en préstamo de Platón; lo usaba. Pero sólo elegía lo que consideraba valioso, lo adaptaba a las nuevas condiciones y lo convertía en parte de una estructura intelectual que habría sido incomprensible para la Academia.

Es conveniente sondear en la historia si existe algún motivo válido para suponer que el genio humano brilló en forma menos vívida cuando los hombres, por buenas razones personales y propias de su tiempo, desviaron el pensamiento especulativo de la ciencia-filosofía a la teología-filosofía. Presuntamente, los hombres del Bajo Imperio y la alta Edad Media nacieron con tanta capacidad para el pensamiento, la investigación y el desarrollo intelectual como los de cualquier otra época. El problema, pues, no es si tenían capacidad, sino si querían o podían usarla y cómo habían preferido usarla. Aquí hay que hacer un distingo entre la actitud clásica y la de principios del medioevo, como se ha hecho notar en el estudio de la teoría de Pirenne sobre la decadencia de la cultura clásica.

Se advierte antes del siglo IV una decadencia no general, pero sí amplia, en la calidad de las obras intelectuales y literarias que pertenecen a la tradición clásica. Ésta había perdido gran parte de su vitalidad, y sus adeptos no parecían ya convencidos de que los temas que trataban fuesen significativos. Los pensadores y escritores de la tradición patrística, por el contrario, confiaban plenamente en el carácter apremiante de lo que les concernía y escribían sobre eso, con energía y seguridad, en la apologética, en la exégesis, en la oratoria sagrada y en las obras sobre la organización y supervisión eclesiásticas, ascetismo y hagiografía y las controversias doctrinarias. Por lo general, nuestra

---

Augustus to Augustine, Toronto, 1944, pp. 450-55, y Henri-Irenée Marrou, *Saint-Augustin et la fin de la culture antique,* París, 1938, pp. 234-35.

[4] Ver *ibid.,* pp. 352 y ss.

época supone que esas producciones, sobre todo las últimas, representan tiempo perdido. Pero no opinan lo mismo los que las conocen bien y advierten el lugar que ocuparon en la evolución de los procesos de pensamiento del hombre occidental. Muchas de las controversias eran áridas e inútiles; muchos de los que discutían lo hacían por motivos económicos o políticos o por interés personal y escribían con más apasionamiento que inteligencia. Pero lo positivo es que las discusiones teológicas se referían muy a menudo a temas de interés imperecedero para la humanidad, que frecuentemente tuvieron sinceridad y brillo y dieron fuerte impulso al desarrollo de un método de pensamiento agudo, buceador y lógico. Su aporte a la formación en siglos posteriores de la filosofía escolástica, uno de los puntos culminantes en la evolución del pensamiento occidental, es suficientemente conocido para que haga falta describirlo aquí.

Por eso, tenemos que ser muy cautelosos al emitir juicio sobre las realizaciones intelectuales de la era patrística en comparación con las de la antigüedad clásica. Debemos reconocer su divergencia con el patrón anterior, como también la simplificación y aun el abandono en algunos campos del conocimiento, pero condenar en términos generales la vida intelectual de la época como decadente, retrógrada y oscurantista es, simplemente, abrir el camino a una deformación irremediable de las realidades históricas y hacer imposible su comprensión. No se puede negar que males como la pobreza, la inestabilidad y la violencia empeoraron después de los tiempos de San Jerónimo y San Agustín antes de llegar a mejorar y que las inquietudes intelectuales sufrieron junto con todo lo demás. La consideración esencial es que, en el siglo IV, se había puesto en marcha una nueva actitud intelectual ante el mundo; que esa actitud no era, necesariamente, superior ni inferior a la de la antigüedad clásica, sino simplemente distinta; y que las circunstancias y naturaleza de su desarrollo eran muy importantes. Cabe dudar de que cualquier actitud mental y espiritual menos sólida, agresiva y convencida de su misión hubiese podido capear las tempestades que debían envolver a la Europa Occidental en los siglos venideros.

Cosa bastante sorprendente, algunos de los dirigentes intelectuales del clero cristiano, por lo menos, advertían que ocurría algo crucial, algo que exigía una explicación. No sabían con seguridad qué ocurría ni sabían siempre cómo explicarlo, pero acontecimientos tan asombrosos como el saqueo de Roma por Alarico y sus visigodos planteaban interrogantes que exigían respuestas. Algunos cristianos muy versados en las especulaciones de los filósofos clásicos proponían teorías cíclicas. Otros, hablaban del milenio.[5]

[5] Para un breve examen reciente de las principales opiniones cristianas, sobre todo anteriores a 410, ver Theodor Mommsen, "Saint Augustine and the Christian Idea of Progress", *Journal of History of Ideas*, XII, 1951, 346-74. Véanse también Straub, "Christliche Geschichtsapologetik", *loc. cit.*, pp. 52-81, y Geffken, "Stimmungen im untergehenden Weströmerreich", *loc. cit.*, pp. 256-69.

Muchos apologistas creían necesario tratar de explicar por qué habían continuado las catástrofes cuando empezó la Era Cristiana, lo cual puede ser considerado como un testimonio tanto de su devoción a la antigua y bien arraigada actitud materialista ante el mundo como a su ingenuidad intelectual. Cuando Constantino comenzó a inclinarse hacia la nueva religión, los cristianos de su tiempo sintieron una oleada de optimismo y pensaron que sus condiciones materiales de vida no tardarían en mejorar. Eusebio y otros escritores posteriores no tardaron en asociar el bienestar material del Imperio y su incesante mejoramiento a la victoria del cristianismo.[6]

La invectiva de Prudencio contra Símaco —escrita después de Polencia, que el poeta consideraba evidentemente una gran victoria romana, y antes de que Alarico capturase y saqueara Roma— ejemplifica esa actitud de modo notable y patético.[7] Atribuir con tanta confianza el éxito de las armas romanas al cristianismo era correr el riesgo de grandes dificultades futuras. Una vez establecida esa relación, las derrotas romanas debían acrecentar el sarcasmo de los paganos y causar las amargas indagaciones espirituales de los cristianos pensantes.

Hemos hecho notar ya que Orosio y Salviano estaban al tanto de los profundos cambios que se operaban. El primero, sin ser muy inteligente, advertía por lo menos la necesidad de contestar a la acusación pagana de que el abandono de los viejos dioses había privado a Roma de su protección.[8] Este hombre, además, pudo hacer la célebre observación *"ubique patria, ubique lex et religio mea est"* (*Historiarum adversum paganos libri* vii, V, 2, 1) y añadir que era *"inter Romanos... Romanus, inter Christianos Christianus, inter homines homo"* (V. 2, 6), y veía mucho de bueno en los bárbaros y confiaba en que los romanos y los germanos pudieran convivir pacíficamente (VII, 41, 7). También tenía conciencia de lo que había costado la supremacía romana y había sugerido que la caída del Imperio, aunque infortunada para los romanos, se justificaba por los grandes beneficios que les deparara a muchos otros (V, 1, 4; VII, 41, 8).[9] Más tarde, en el siglo v, Salviano,

[6] Sobre Eusebio y otros autores que están de acuerdo con él, tales como Juan Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, Cirilo de Alejandría y Teodoro de Ciro, ver Mommsen, *loc. cit.*, pp. 367-68.

[7] Ver Straub, "Christliche Geschichtapologetik", *loc. cit.*, pp. 6-63, y Mommsen, *loc. cit.*, pp. 367-68.

[8] Ver Straub, *loc. cit.*, p. 77.

[9] Es particularmente interesante hacer notar que en su conocido relato sobre la intención de Ataúlfo de borrar el nombre de romano y de convertir al Imperio Romano en godo, Orosio (VII, 43, 4-7) cuenta que el gobernante bárbaro se proponía también convertir en "Gothia" lo que había sido "Romania". A juzgar por lo que dice, parece que Orosio estaba de acuerdo con la conclusión de Ataúlfo de que, debido al atraso de los bárbaros, esto no podía hacerse, por lo menos en esa época. Si ese relato no indica otra cosa, siquiera nos señala que se pensó en la sustitución del nombre, el Imperio y la cultura romanos. Ver Straub, *loc. cit.*, p. 75, y Ottorino Bertolini, "Gothia y Romania", *Settimane di studio*, 13-33.

asimismo, aunque desahucia a los romanos como condenados sin remedio, halla mucho que admirar en los germanos.

Pero le estaba reservado a Agustín de Hipona aceptar el desafío de su época en el plano intelectual más alto y presentar un alegato a favor de la creciente cultura cristiana en su vigorosa filosofía de la historia.[10] Comprendió que era necesario no sólo replicar a los sarcasmos de los paganos, sino también frustrar la identificación popular del bienestar de la cristiandad con el bienestar de Roma. Aunque consideraba sin duda al problema, en su forma esencial e inmediata, como un problema de defensa, sabía ciertamente que estaba también en juego todo el sentido de la historia para los cristianos. Rompió con ciertas teorías históricas contemporáneas y anteriores y emprendió la tarea de desengañar a los espíritus cristianos de la esperanza de un incesante progreso material. Finalmente, rechazó para siempre el concepto del progreso materialista de la ciudad terrena, y para su propia época cortó los vínculos que unían los destinos de la religión cristiana al Estado romano. Es particularmente interesante en nuestra época hacer notar que Agustín no ignoraba los inventos hechos por el genio humano y los progresos prácticos logrados por la laboriosidad humana; como ha señalado en época reciente Theodor Mommsen, sabía también que los inventos incluían nuevos venenos, nuevas armas y máquinas de destrucción.[11] Pocos hombres han comprendido mejor la naturaleza del mundo. Su reconocimiento de que el cristianismo debía liberarse del Estado romano no era contemporizador; naturalmente, en su filosofía de la historia, la *civitas Dei* sería siempre independiente de los destinos de los Estados mundiales.

¿Acaso comprendía Agustín de manera plena que estaba ayudando a preparar el camino que seguiría el nuevo mundo del futuro cuando se liberase de las ruinas del Imperio Romano y del pasado clásico?[12] No se podía esperar tanto de ningún hombre. Como Orosio, Agustín tenía reservas mentales con respecto a algunas de las realizaciones romanas, pero confiaba en que el Imperio perduraría. No era omnisciente. Logró preparar las mentes de sus más precavidos contemporáneos y sucesores para la posibilidad de un cambio en el estado de cosas político que ellos conocían y permitirles adaptarse a ese cambio.[13] Era un pionero en las fronteras del pensamiento; como todos los pioneros, penetró en vastas zonas desconocidas, se abrió camino lo mejor que pudo y no asimiló siempre plenamente todo lo que veía desde las cumbres. Abrió en forma violenta nuevos senderos; otros los siguieron, los ampliaron, los extendieron.

[10] Esto ha sido hecho por Mommsen, *loc. cit.*, especialmente pp. 369-74, y por Straub, *loc. cit.*, pp. 64-65, 69.

[11] Mommsen, *loc. cit.*, p. 374.

[12] Ver Straub, *loc. cit.*, p. 71.

[13] *Ibid.*, pp. 72, 78.

San Agustín, a pesar de haber sido el más grande de los maestros intelectuales de la nueva era, en cuanto a capacidad e influencia, no fue el único. Sus aportes en materia de teología, cultura y desarrollo monacal fueron igualados y a veces mejorados por otros pensadores y padres de la Iglesia, entre ellos San Jerónimo, León el Grande, Boecio, Casiodoro y Gregorio el Grande. En cuanto a influencia meramente, si tuviéramos que mencionar sólo a un maestro además de Agustín, no podría ser otro que Benito de Narsia, el legislador del monacato occidental, hombre cuya obra intelectual no es en modo alguno comparable con la de aquél. Agustín creó una ideología. San Benito, al emprender, como lo decía él, una guerra contra el diablo, proporcionó el modelo de una vida religiosa activa.

Hubo muchos otros, orientales, griegos, celtas y germanos, que inventaron o adaptaron nuevas formas extranjeras de arte, conocimiento y ciencias a medida que resultaban necesarias y accesibles en el nuevo mundo, siempre cambiante, de Occidente. Muchas de sus obras, sobre todo algunas de sus producciones literarias, parecen ahora lamentablemente ingenuas e inútiles, razón principal por la que su época ha sido llamada "Edad Oscura".

La última expresión se basa, repitámoslo, en un razonamiento engañoso. Se podría perfectamente llegar también a la conclusión, después de un estudio comparativo de las realizaciones en el campo de la ingeniería en la Grecia clásica y las norteamericanas contemporáneas, que los griegos apenas merecen llamarse civilizados. Se acerca mucho más a la verdad decir que el genio creador de los hombres de la alta Edad Media no consistía, o no estaba destinado a ejercitarse, en la erudición literaria del tipo de la antigüedad clásica. Su modo de distinguirse era expresarse en otras formas y obrar bajo la égida de diferentes objetivos y valores. Si queremos hacer comparaciones tenemos que tener en cuenta esas nuevas formas. No fue por mera casualidad, después de todo, que las ciudades, sociedades, artes y oficios de una Europa posterior y más adelantada fueron totalmente distintos de los griegos y romanos. Llegaron a serlo porque apuntaron a una dirección totalmente distinta desde su origen durante el extenso período de la desorganización y lenta regeneración del Occidente europeo.

LA SOCIEDAD PIONERA: LOS MONJES MISIONEROS Y LA CONQUISTA DE OCCIDENTE POR EL CRISTIANISMO

La precedente descripción de San Agustín como pionero cultural reintroduce un tema mencionado ya fugazmente, pero sobre el cual insistiremos en las partes finales de esta interpretación: es que, en muchos sentidos, la alta Edad Media fue un movimiento pionero. Los norteamericanos no están muy familiarizados con la labor de los

pioneros; no es sólo el tiempo lo que separa a San Agustín de Daniel Boone. Las fronteras no son siempre geográficas y la relación de lo viejo con lo nuevo no es invariable, como lo es en tiempos más recientes la de una cultura vigorosa, relativamente rica y técnicamente muy superior, con otra numéricamente débil, económicamente pobre y técnicamente atrasada. Sin embargo, en la Europa que va del siglo IV al VII, como en los Estados Unidos en el siglo pasado, hubo soledad y salvajismo que vencer y un nuevo género de vida que crear.

Aunque la expansión fue guiada y apoyada por una Iglesia que tenía su capital administrativa y cultural en Italia, el centro cultural más antiguo y poderoso de Occidente, los modeladores y portadores de la civilización que surgía debían confiar más que nada en sus propios recursos. Por lo tanto, lo que se formó no fue sólo el resultado de la transmisión de una cultura, sino el producto de esa transmisión en las condiciones peculiares de vida que se encontraban en las comunidades semibárbaras y materialmente atrasadas de la Europa septentrional y occidental. Para hacer posible una sociedad en que se asignara una importancia primordial al individualismo, a la adaptación, a la experimentación e invención y a un nuevo patrón de valores humanos, parece lógico afirmar que se requerían el choque y la fusión de los gustos, tradiciones y culturas clásicos, germánicos y célticos, en un medio parecido al de las zonas fronterizas y bajo la dirección espiritual de la Iglesia cristiana.

En las páginas precedentes se ha subrayado repetidas veces el significado de la sencillez, la pobreza y la falta de un orden establecido en las etapas iniciales de la nueva civilización del Occidente europeo. Ese punto puede ser ilustrado por un estudio más detenido de algunas de las condiciones y movimientos principales de la época.

Esa tentativa de ver lo positivo de unas condiciones de vida donde reinaban la pobreza, el desorden y el atraso cultural se opone a todas luces al enfoque convencional de la interpretación histórica. La teoría comúnmente aceptada durante mucho tiempo ha sido la de que, con la decadencia de las fuerzas vitales del Imperio Romano y la civilización clásica que lo sostenía, el curso de la historia penetró en un período largo y sombrío de colapso y esterilidad. Aunque pocos considerarían ahora con Gibbon la historia bizantina un "relato aburrido y monótono de debilidad y miserias", todavía se mira por lo general la civilización oriental romana como decadente o, en el mejor de los casos, como estática.[14] El Occidente, degradado por la barbarie y esclavizado por la superstición, es considerado como un mundo que simplemente marca tiempo hasta el Renacimiento. Por eso la Edad Media, tanto en Oriente como en Occidente, sigue siendo, hasta para la mayoría de los estudiosos de la historia, con excepción de los medie-

[14] Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. J. B. Bury, 5ª ed., Londres, 1923, V, 169.

valistas, sólo el período que separa a la decadencia del Renacimiento. Uno de los objetivos principales del presente ensayo fue el de demostrar, a la luz de lo que hemos aprendido de la investigación, la revisión de las teorías largamente aceptadas y las nuevas interpretaciones de los testimonios de que la antigua concepción de la Edad Media ya no es sostenible. Rostovtzeff expresó bien esto cuando insistió en que en la fórmula "decadencia de la civilización antigua" había que subrayar más que nada la palabra "antigua" y no la palabra "civilización".[15]

Todas las antiguas teorías —el desdén estético del Renacimiento, los sarcasmos anticlericales de la Ilustración, el engreimiento económico de comienzos del siglo xx— sobreviven aún. Todas son productos de la ignorancia y el prejuicio, tanto más sorprendentes cuanto que los que proponen esas opiniones aborrecían esos males y se creían libres de ellos. Todas son, esencialmente, negativas. Todas se equivocan por completo.

Durante la caótica época en que nació la tradición occidental, el nuevo saber sólo se adquiría en parte en las escuelas. Las mantenidas por la Iglesia, sobre todo en los monasterios, eran depósitos del antiguo conocimiento, en gran parte carente de sentido para los hombres de la alta Edad Media. Necesariamente experimentaban hasta cierto punto con lo que enseñaban. La mayor parte de lo que aprendieron los hombres de este período, con todo, lo aprendieron en forma directa, como los hombres en todas las fronteras y en todos los tiempos turbulentos, de la experiencia proporcionada por la vida. Al surgir nuevas necesidades, se trataba de satisfacerlas sobre el terreno lo mejor posible, como se hace hoy en la industria. Sin duda, también, las soluciones felices sugirieron ideas para las nuevas necesidades y mejoras adicionales.

Hay que tener en cuenta la revolución social analizada en el capítulo anterior cuando pensamos en lo que sucedió en la Europa Occidental en el período de conversión y expansión del cristianismo. Por fuerza, tendría que revestir importancia el hecho de que, como nos lo cuentan Orosio y Salviano, la antigua población celta y romana se fundió en el siglo v en vastas regiones, no sólo social, sino también económicamente, con los germanos recién llegados. Parece probable que de las dos dicotomías, la romano-germana (o romano-bárbara) y la cristiano-pagana, aun teniendo muy en cuenta el engreimiento "romano antiguo", la cristiano-pagana haya sido la más importante del siglo v.

A pesar de la importancia del nuevo arte, de la nueva literatura y de la revolución social, el mejor ejemplo del nuevo género de vida nos lo proporciona la expansión del monaquismo. Cuando la mayor parte de la Europa Occidental, tanto las zonas antaño civilizadas como las no civilizadas, se transformó en una sociedad agraria, resultó impo-

[15] Rostovtzeff, "The Decay of the Ancient World", *loc. cit.*, p. 199.

sible naturalmente que los antiguos modos de difundir la cultura en los centros urbanos siguieran en vigencia. El Estado —es decir, el gobierno bárbaro— no podía cumplir esa tarea. La Iglesia, que en ciertos sentidos era más poderosa que el Estado y en todos los sentidos estaba mejor organizada, podía hacerlo. La relación entre ambos había sido anunciada por San Agustín en *La ciudad de Dios;* de acuerdo con esta opinión, la Iglesia, como representante de la ciudad eterna, era el elemento superior, y el Estado, un socio subordinado. La Iglesia, o mejor dicho su jerarquía de obispos, podía participar activamente de los asuntos seculares y estaba dispuesta al propio tiempo a correr el riesgo de verse convertida en mundana.

Ninguna labor secular armonizaba mejor con sus deseos y su capacidad que la tarea de promover la cultura cristiana.

Dadas las condiciones de la época, había una sola manera de difundir el conocimiento y construir una nueva cultura, y era enviar agentes a vivir y trabajar en las comunidades agrarias bajo la férula bárbara. Esos agentes eran más que nada monjes, y los centros monásticos que establecieron —al principio entre pueblos paganos predominantemente rurales de regiones romanizadas como la Galia y luego entre bárbaros menos civilizados, muchos de ellos fuera de los límites del antiguo imperio— eran avanzadas o fortalezas en territorio hostil.

Sabemos poco sobre la labor realizada por los monjes pioneros. Sólo unos pocos nombres —el de San Martín de Tours, el de Juan Casiano— han llegado hasta nosotros. Pero en el siglo VI la institución monástica llegó a ser cada vez más vigorosa y eficaz. Sus esfuerzos fueron acuciados por la labor de organización de San Benito de Nursia y otros, y los fogosos reclutas de Irlanda y otras lejanas regiones célticas les infundieron nuevo celo. A partir de ese momento, los nombres célebres de monjes misioneros que aparecen en los anales de la Edad Media son cada vez más numerosos y tenemos un cuadro más claro de sus hazañas.

No debe sorprendernos el que transcurrieran dos siglos entre el comienzo del monaquismo en Galia y los grandes impulsos dados a ese movimiento allí y en otras partes por los misioneros irlandeses. La finalidad era nada menos que convertir y civilizar todo el oeste de Europa, y ello se cumplió finalmente. Hubo que reclutar y adiestrar a todo un ejército de monjes; como es natural, el proceso fue lento, sobre todo en sus etapas iniciales.

Cuando los campesinos de las regiones romanas de Occidente se convirtieron al cristianismo, se pudo buscar nuevos campos de acción. A comienzos del siglo VII, un segundo San Agustín, a la cabeza de una misión de monjes benedictinos, llevó a cabo la conversión de Inglaterra y creó un nuevo centro de actividad cristiana en Canterbury. De ahí vinieron los monjes anglosajones, sobre todo San Bonifacio, quien, en el siglo VIII, emprendió la conversión y civilización de Alemania. Detrás de la frontera, a medida que ésta avanzaba, se desarrollaba sin cesar

una gran obra de organización, educación, elevación general de los niveles culturales y de reforma eclesiástica.

Gibbon describe erróneamente esos primeros monasterios como refugios, habitados más que nada por hombres pusilánimes de inclinaciones estéticas e intelectuales, por holgazanes y derrochadores que buscaban una vida fácil y por otros que no querían afrontar el mundo o lo temían. La vida monástica atrajo a algunos hombres de ese tipo, como lo observa francamente San Benito en la parte inicial de su *Regla*, y hubo otros, hasta en Occidente, cuya fuerte propensión hacia el ascetismo los incapacitó para participar en la tarea cooperativa y constructiva de la vida monástica. Sin embargo, en su mayoría eran activos y valerosos; fueron ellos quienes trabajaron entre los francos y otros de los primeros invasores, quienes enfrentaron a los hostiles lombardos en Italia, y fueron a Irlanda, Escocia, Inglaterra, Islandia, Alemania y los países escandinavos. Eran hombres sensatos y porfiados que afrontaban la realidad. Volviéndole las espaldas a la solitaria vida de plegarias, a menudo sin duda de mala gana, realizaban el trabajo que sólo ellos podían hacer.

Los elementos del problema eran claros. Un número relativamente pequeño de hombres tenía que llegar hasta una gran cantidad dispersa en comunidades rurales y, desde los centros monásticos de culto y enseñanza, dar una prueba visible de la superioridad de su género de vida. Por eso —y así debió de suceder desde el principio, aunque disponemos de una información más detallada a partir de la era merovingia— los monjes pioneros vivían con los campesinos y compartían sus afanes arando y sembrando, mejorando la tierra y talando los bosques.[16] La labor de Bonifacio (m. en 754) y de sus prosélitos debió de ser más peligrosa que la de sus predecesores, los misioneros galos, italianos e irlandeses de la era merovingia, pero, muy probablemente, en ausencia de supervivencias romanas, tuvo oportunidades mayores aún de demostrar la superioridad de la cultura y religión cristianas. Cuando un grupo de misioneros se internaba en una región nueva, en algunos casos con una excelente embarcación, y comenzaba a talar la tierra, a levantar edificios (a veces de piedra), a sembrar un viñedo o a desviar un arroyo para ser aprovechado, a construir un molino o a realizar una intrincada labor en metal, los paganos debían de sentirse profundamente impresionados.[17] Se veía que los misioneros

[16] Dawson, *The Making of Europe*, p. 159.

[17] Ver el interesante relato de Richard E. Sullivan en una de las obras recientes publicadas sobre este tema, "The Carolingian Missionary and the Pagan", *Speculum*, XXVIII, 1953, 705-40, sobre todo pp. 706, 726-28. Se podrían citar aquí muchas obras, sobre todo las cartas de San Bonifacio. Ver también René Aigrain, *Histoire de l'église depuis les origines jusqu'à nos jours, V, Grégoire le Grand, les états barbares et la conquête arabe (590-757)*, París, 1947, pp. 311 y ss. 497 y s. 526-42; Theodor Schieffer, *Winfrid-Bonifatius und die christliche Grundlegung Europas*, Friburgo y Breslau, 1954, sobre todo con respecto a Bonifacio, pero también a su obra de los primeros tiempos, pp. 41 y ss.,

eran mucho más que predicadores de una nueva religión; eran maestros, constructores, médicos, trabajaban el metal... y, sobre todo, quizás agricultores, como la gente entre la cual vivían.

En el Oriente, donde el cristianismo desde el principio alcanzó las zonas rurales, no había tanta diferencia entre la gente de la ciudad y el campesinado como en el Occidente romano.[18] Además, la conversión de los eslavos y de otros paganos vecinos de Bizancio fue apoyada con energía y eficacia por el Estado; el camino había sido preparado cuidadosamente por la presión política y económica antes aún de que aparecieran los misioneros. Como emisario de un gobierno rico, poderoso, sumamente organizado, con todos los recursos de una máquina estatal sutil y complicada y con todos los elementos de persuasión de una sociedad avanzada y eficiente a su disposición, el misionero oriental habitualmente sólo tenía que exponer la nueva religión a sus posibles conversos; ante ellos asumía solamente el papel de religioso.

En Occidente, el misionero no podía confiar en semejante apoyo del gobierno y de la sociedad laica. Es verdad que algunos gobernantes francos, hasta en el período merovingio, ayudaron a los monjes, pero hasta la época de Carlomagno esa ayuda fue irregular y, dadas las debilidades del gobierno y su incapacidad para mantener constantemente su autoridad en todas partes, no se podía confiar nunca en ella.[19] Incluso, con la ayuda más intensa de Carlomagno y sus sucesores, la colaboración entre el Estado y los misioneros nunca alcanzó el mismo grado de eficiencia que en el Oriente. Dirigentes como Bonifacio tuvieron que invertir una parte considerable de su tiempo y sus energías para tratar de conseguir el apoyo que se obtenía en Oriente en forma automática.

El papa y otros altos dignatarios de la Iglesia ayudaban donde podían, pero la tarea de convertir a los paganos y de integrarlos a la creciente cultura en formación era realizada individualmente en gran parte por misioneros enérgicos que confiaban más que nada en sus propios recursos.

Los misioneros de Oriente y Occidente diferían también en su exposición de la religión cristiana. En Oriente se hacía hincapié más que nada en el dogma y la educación literaria. En el Occidente, los misioneros tenían que adoptar un punto de vista mucho más práctico: usaban, cuando era posible, los templos y las costumbres paganos, aprovechaban las ventajas materiales del cristianismo y ponían énfasis en la

---

52 y ss., 60 y ss.; Eleanor S. Duckett, *Anglo-Saxon Saints and Scholars*, Nueva York, 1947, pp. 387 y s., 391; George W. Greenaway, *Saint Boniface, Three Biographical Studies for the Twelfth Century Festival*, Londres, 1955, pp. 34 y s., 40 y s.

[18] Dawson, *The Making of Europe*, p. 154.

[19] Sullivan, "The Carolingian Missionary", *loc. cit.*, pp. 732-33.

conducta y el culto más bien que en las cuestiones doctrinarias.[20] El método oriental funcionaba con mayor rapidez, pero el occidental daba mejores resultados a la larga. Era esencial para el desarrollo de la tradición occidental tal como la conocemos que sus principios fueran lentos y graduales, que le dieran libertad y tiempo para hallar su curso natural, para afrontar sus problemas con confianza en sí misma y para descubrir su tendencia a la interpretación positiva y original, a la investigación y a la invención . . .en una palabra, para que se le permitiera desarrollarse con independencia más bien que a la sombra de un vecino poderoso, con pautas establecidas de cultura que se podían imitar.

Por esa razón, he destacado tanto las difíciles condiciones en que empezó el Occidente, el carácter agrario de su economía y de su organización social, la división y debilidad de sus organismos gubernamentales, la impermeabilidad de sus pueblos a una educación literaria avanzada dentro de la antigua tradición y su resistencia a recibir una complicada instrucción teológica.[21] Por ese mismo motivo, he insistido sobre el carácter de frontera del comienzo de la Edad Media y de los monjes pioneros que fueron mucho más que meros transmisores de una religión.

El papel que le he asignado a la Iglesia en esta evolución cultural no está de acuerdo con la habitual insistencia en la labor de la Iglesia en punto a la enseñanza literaria, filosófica y teológica. Los religiosos proporcionaban naturalmente casi toda la enseñanza literaria que se brindaba en las escuelas, pero esto era apenas un aspecto de su aporte. En cuanto al punto de vista opuesto, el de que la Iglesia

[20] Gran parte de la información detallada en este párrafo y los tres anteriores deriva de la interesante y sugestiva memoria titulada "La actividad misionera a comienzos de la Edad Media: Un estudio comparativo", leída el 28 de diciembre de 1953 por Richard E. Sullivan en la sesión sobre "El Oriente y el Occiente a comienzos de la Edad Media" durante la 68ª reunión de la American Historical Association de Chicago, publicada luego en forma algo distinta bajo el título de "Early Medieval Missionary Activity: A Comparative Study of Eastern and Western Methods", *Church History*, XXIII, 1954, 17-35. También me benefició escuchar y leer las demás memorias presentadas en esa sesión, "La idea de la reforma en Oriente y Occidente de comienzos del medioevo", de Gerhard B. Ladner, "Oro y monedas en el Mediterráno, aproximadamente del 400 al 600", de Carlos M. Cipolla, y los comentarios preparados por Edward R. Hardy y A. R. Lewis. Ver también Margaret Deanesly, *A History of Eearly Medieval Europe, 476 to 911*, Londres, 1956, pp. 182 y s.

[21] A. R. Lewis, en un comentario leído en la sesión sobre "El Oriente y el Occidente en la Edad Media" a que nos hemos referido, lo expresa en forma llamativa: ". . . cuando, en los siglos IX y X, los emperadores carolingios, los gobernantes anglosajones y la casa de los Otónidas restablecieron algo así como Estados en Occidente, las normas básicas de la vida religiosa, económica y cultural habían sido establecidas ya en respuesta a las fuerzas sociales orgánicas . . . no a las presiones gubernamentales. Desde entonces, ni la vida económica ni la religiosa de la cristiandad occidental estuvieron nunca totalmente subordinadas al Estado. Formadas en la libertad, han llevado en sí las semillas de ese origen hasta hoy".

cultivaba la superstición y la ignorancia, no podría concebirse una deformación mayor de la verdad. Algunos eclesiásticos medievales —como ciertos hombres en todas las épocas, continentes y ocupaciones— eran fanáticos, demasiados celosos de su tarea, egoístas, ignorantes e inclinados a ir por atajos hacia lo que consideraban fines buenos, Decir que algunos hombres no están a la altura de sus responsabilidades no equivale a decir que se ha prescindido de toda responsabilidad o se ha renunciado a ella.

La superstición, sin duda, abundaba, pero la prevalencia de esos estados de ánimo depende del nivel cultural y el carácter general de las sociedades más bien que de tal o cual institución. Véase el interés de la antigüedad clásica por la ciencia, agonizante durante el Bajo Imperio. Si su decadencia fuera debida al oscurantismo sistemático de la Iglesia, deberíamos esperar confiadamente su eliminación total o, en el mejor de los casos, una vida furtiva y clandestina. Pero como lo veremos pronto, la ciencia no murió del todo en Occidente ni su vida se trocó en clandestina. Como la sociedad occidental en general, la ciencia de Occidente era tosca y se ocupaba exclusivamente de la agricultura. La conclusión parece clara: en su forma, naturaleza y realizaciones, la ciencia medieval de los primeros tiempos respondía a las necesidades y capacidad de una sociedad agraria empobrecida, no a una política institucional. La analogía con la superstición es evidente.

Honra mucho a la Iglesia el hecho de que algunos de sus agentes fueran hombres de carácter y de visión, que confiaban en sí mismos. Así lo expresa Richard E. Sullivan al enfocar a los paganos: "El Occidente presentaba el aspecto de una civilización en expansión, de una civilización cuya edificación aún no estaba terminada tanto en su fase material como en la espiritual e intelectual".[22] Los hombres del Occidente más antiguo y del más reciente crearon la tradición europea como colaboradores, no en relación de superiores y subordinados. A pesar de todas las desventajas de ese arreglo y de todos los aspectos desmoralizadores y molestos de su tarea, las condiciones en que trabajaron sólo se pueden calificar de ideales.

UNA SOCIEDAD CAMBIANTE: EL SISTEMA SEÑORIAL

¿Hay acaso otros indicios de que en este empobrecido mundo agrario estuvieran naciendo una nueva civilización y un nuevo tipo de vida? Las sombras son tan densas, la oscuridad tan profunda, que sólo con gran cautela nos podemos aventurar a afirmarlo. Afortunadamente, varios eruditos contemporáneos disiparon en parte esas sombras, sobre todo Marc Bloch, uno de los historiadores más originales y fecundos de la Francia medieval. La sólida erudición de Bloch y

[22] Sullivan, "Early Medieval Missionary Activity", *loc. cit.*, p. 31.

su uso experto de la técnica de la historia comparada [23] han sido particularmente útiles para esclarecer el nacimiento del sistema señorial.[24] Había una considerable diferencia en la *seigneurie* de las distintas partes de Europa, hasta en zonas que nos inclinamos a considerar unificadas por su naturaleza, pero ahora es posible, con todo, distinguir la línea general del movimiento. Como lo preguntó Bloch, "... ¿en qué ciencia interfirió alguna vez la presencia de variaciones o variedades con el reconocimiento de un género?" [25]

En determinados sectores de la actividad económica tuvo lugar una regresión a condiciones más simples, prerromanas, y el progreso posterior —porque, ciertamente, hubo progreso— se desarrolló a partir de ese estado de cosas. Este avance, cuando existió, no siguió servilmente los antiguos lineamientos romanos, sino que, a veces, tomó direcciones muy distintas. Con todo, se sostiene aún con mucha firmeza la opinión de que, salvo unas pocas excepciones, la transición de la agricultura romana a la medieval significó la pérdida de muchas cosas y la ganancia de muy pocas.[26] En realidad, aunque los métodos de la agricultura en la alta Edad Media fueran muy atrasados al principio con respecto a los métodos más adelantados de los romanos, a la larga el cambio valió su precio. La agricultura romana, a pesar de todos sus aportes y realizaciones, había avanzado por un callejón ciego; antes de que se pudieran hacer nuevos progresos, hubo que desandar gran parte del camino y emprender uno nuevo en condiciones más simples.

Bloch ha señalado que sólo en el siglo IX, en Galia, Italia y el Rin y aun después en Inglaterra, podemos formar un cuadro distinto de la *seigneurie*. Pero en esas regiones el sistema señorial (o como lo hemos llamado mucho después a la usanza inglesa, el sistema de los

[23] Marc Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, nueva edición, París 1952, p. x. El texto y numeración de las páginas son los mismos de la edición de 1931. Un segundo tomo, un suplemento preparado por Robert Dauvergne y publicado en 1956, presenta las opiniones y correcciones posteriores de Bloch tales como se indican en los artículos y las reseñas críticas publicados después de la edición primitiva de Oslo. Para notas estimativas sobre el valor de la obra de Bloch, ver el prefacio de Lucien Febvre a la edición de 1952, pp. iii-vi, y el comentario de Lot en FMA, pp. 517-18. Mi gran deuda con los aportes de Bloch, que marcaron rumbos, en *Les caractères*, en sus artículos ulteriores y en su espléndido capítulo del primer tomo de la *Cambridge Economic History*, será evidente en las páginas siguientes. Esta última obra será citada desde ahora como CEH.

[24] Marc Bloch, "The Rise of Dependent Cultivation and Seigniorial Institutions", CEH, I, 226-27.

[25] *Ibid.*, p. 225.

[26] Ver, por ejemplo, Charles Parain, "The Evolution of Agricultural Technique", CEH, 124 y ss. Prosper Boissonade, *Life and Work in Medieval Europe (Fifth to Fifteenth Centuries)*, traducido por Eileen Power, Nueva York, 1927, pp. 18 y ss., 30-31, habla de horrores y depredaciones cometidos por los bárbaros, como si los invasores se hubiesen apoderado de una civilización floreciente y destruido una economía próspera y en expansión. Ver Courtenay E. Stevens, "Agricultural and Rural Life in the Later Roman Empire", CEH, I, 122 y ss., sobre el estado de la economía en la Roma de los últimos tiempos.

manor) estaba entonces firmemente establecido y era ya una institución muy antigua.[27] Algunas de sus características —el diezmo, el impuesto territorial, el *mansus*— tenían siglos de antigüedad; la existencia del *mansus*, por ejemplo, ha sido comprobada en Italia desde comienzos del siglo VI.[28] El talado de la tierra arbolada continuó durante todo el período franco, mucho antes de haber empezado el gran trabajo iniciado al promediar el siglo XI.[29]

De señalada importancia en el tránsito de las costumbres romanas a las medievales fue la decadencia de la esclavitud. Fueron menos los esclavos adquiridos en la guerra y la Iglesia se opuso con firmeza a la esclavización de los cristianos ortodoxos. Lo más importante es que con el colapso de la economía de intercambio y ganancia en gran escala de los tiempos romanos anteriores, que exigía grandes capitales, condiciones de vida relativamente estables y una organización muy compleja que incluía llevar las cuentas con mucha exactitud, los esclavos se convirtieron en una carga.[30] "Adoptar la *tenure* * como solución era la línea de menor resistencia." Desde entonces, la mano de obra cuidó de sí misma; las familias tenían sus propias parcelas de tierra y la

[27] Bloch, "The Rise of Dependent Cultivation", CEH, I, 226-27. Ver también *Les caractères*, p. 67.

[28] Bloch, *Les caractères*, pp. 84, 161. La *seigneurie* era algo más que una parcela de tierra cultivada por un grupo de campesinos bajo la dirección de un jefe o señor. El término implica también una autoridad basada en el derecho consuetudinario, y esa autoridad llegaba mucho más allá del dominio económico. El poder del señor de reglamentar la vida de sus campesinos complementaba, cuando no sustituía, el del Estado. El *mansus*, tal como lo vemos en la *seigneurie* medieval, era la unidad de posesión usual, aunque también había otras clases de bienes. Por lo general, una *seigneurie* tenía tanto *mansi* libres como *mansi* serviles, siendo los serviles menos numerosos, más pequeños y más recargados. Teóricamente, pero no de hecho, el *mansus* era una unidad indivisible. Ver Bloch, "The Rise of Dependent Cultivation", CEH, I, 224-25, 230, 265, y también las observaciones de Lot, *Nouvelles recherches*, en varias partes. Además de las obras ya citadas sobre el desarrollo del feudalismo, se debe hacer alusión a varios artículos en las *Settimane di studio*, I, *I problemi della civiltà carolingia*, Spoleto, 1954, y II, *I problemi comuni dell'Europa post carolingia*, Spoleto, 1955, especialmente François Ganshof, "L'origine des rapports féodo-vassaliques; les rapports féodo-vassaliques dans la monarchie franque au Nord des Alpes à l'époque carolingienne", I, 27-69; Pier Silverio Leicht, "Il Feudo in Italia nell'età carolingia", I, 71-107; y Claudio Sánchez Albornoz, "España y el feudalismo carolingio, I: El prefeudalismo hispano-godo; II: Las instituciones feudales asturleonesas", I, 109-45. Sobre el *mansus*, ver Roger Grand, "Les moyens de résoudre dans le haut moyen âge les problèmes ruraux", *ibid.*, II, 523-46.

[29] Bloch, *Les caractères*, pp. 3-5.

[30] Bloch, "The Rise of Dependent Cultivation", CEH, I, 235-39. Los esclavos todavía eran numerosos en algunos lugares; por ejemplo, había muchos más en Inglaterra que en el continente durante el siglo que precedió a la conquista, *ibid.*, p. 258.

* Empleamos en la versión española la palabra francesa e inglesa *tenure*, que no tiene equivalente en español, para designar la posesión no total de ciertas tierras durante la Edad Media. Para designar a quien las ocupaba se empleará en las páginas que siguen la palabra "posesor". (N. del R.).

costumbre impuso pronto los días de trabajo en el dominio del señor, el *mansus indominicatus*.[31]

Es muy significativo el hecho de que la combinación de la *tenure* con el servicio, sin ser desconocida en el Bajo Imperio, sólo quedó ampliamente establecida después de las invasiones.[32] Bloch ha señalado que ese proceso evolutivo fue reproducido más tarde "casi paso a paso" y por las mismas razones con vasallos feudales, quienes progresaban desde un *comitatus* alimentado por su jefe en su propia casa hasta su nueva posición como miembros de la aristocracia feudal, por ejemplo, como vasallos, pero enfeudados y por lo tanto también como señores de sus propias *seigneuries*. A pesar de las importantes diferencias existentes entre los posesores y los vasallos, "encaradas desde un ángulo económico, las posiciones de ambas clases son fundamentalmente análogas".[33]

No me propongo seguir en detalle la obra de Bloch, ya que nuestro propósito aquí es, más que nada, estudiar la influencia que ejercieron los antecedentes señoriales sobre el comienzo de la tradición occidental. Es evidente que estos antecedentes se remontan lejos en la historia, a los tiempos de los romanos, y aún más allá, a la oscura era de los caudillos rurales. Los siglos que transcurrieron, recubrieron ese núcleo de sucesivas capas de costumbres. En la era romana aparecieron las grandes heredades, los *latifundia*, que empleaban a un gran número de esclavos y por lo general también a algunos campesinos dependientes. Desde el siglo II, las condiciones económicas, militares y religiosas cambiantes se combinaron con las invasiones para transformar a los esclavos en posesores. Con el tiempo, los *coloni* libres se convirtieron también en posesores y pronto no se los pudo distinguir (salvo jurídicamente) de los posesores serviles. Ciertas palabras (por ejemplo, *servus*, que se convierte en *serf* en la lengua romance) y las expresiones legales conservaron la idea de la esclavitud o de los orígenes serviles, pero en la práctica esto era una ficción.[34]

Las condiciones de vida que llevaron a los romanos a ponerse bajo la autoridad de hombres capaces de protegerlos agobiaron igualmente a los reinos bárbaros. Esos Estados de débil gobierno tenían hasta menos dinero, menos funcionarios responsables y peores medios de comunicación que el Bajo Imperio. La única respuesta posible era una mayor descentralización. La solución específica parece haber aparecido por casualidad más bien que haberse buscado en forma

[31] *Ibid.*, p. 239.

[32] En cuanto a *tenures* afines a la servidumbre en el Bajo Imperio, ver Stevens, "Agriculture and rural life in the Later Roman Empire", CEH, I, 110 y ss. Para esto y también para la importancia fundamental de la *tenure* con servicio después de la *Völkerwanderung*, ver Richard Koebner, "The Settlement and Colonisation of Europe", CEH, I, 32.

[33] Bloch, "The Rise of Dependent Cultivation", CEH, I, 239.

[34] *Ibid.*, pp. 241-43.

deliberada o impulsada desde arriba. La acción del rey —el otorgamiento de concesiones, inmunidades o dádivas— reconocía simplemente una situación existente.[35] Una cosa llevaba a la otra: por ejemplo, aunque el jefe de la *seigneurie*, al principio, sólo tenía el deber de exigirles a los hombres que estaban bajo su férula que se presentaran en la corte, terminó por arrogarse el derecho real de *proscribir*, juzgar, ejercer mando y castigar. Así, al haber fortalecido mucho su poder a expensas de la autoridad real, los señores lo ampliaron en todo lo posible más allá del territorio inmune primitivo y lo usaron para imponer contribuciones de diversas clases a los hombres sometidos a su voluntad.[36]

Por razones obvias, los sistemas feudal y señorial progresaron juntos. Allí donde las posesiones alodiales o libres eran más numerosas, como en Inglaterra, ambos sistemas fueron más débiles y las costumbres menos compulsivas y más variadas.[37] Después de las invasiones, el movimiento hacia la dependencia en las posesiones donde la *tenure* estaba combinada con los servicios, prosiguió con mayor rapidez, junto con el movimiento desde el *comitatus* hasta la relación de señor y vasallo del feudalismo. A pesar de que el homenaje de un vasallo y la subordinación de un hombre humilde estaban relacionados en su origen (por la costumbre de la encomendación), ambas clases se hallaban muy separadas.[38] Cuando el señor tomaba bajo su protección al campesino, le hacía pagar todo lo posible en concepto de tributos y servicios. A menos que lograra éste un arreglo inmediato, lo cual era muy difícil, lo más probable es que lo hicieran permanentemente víctima de esos abusos. Lo que empezó por ser un abuso, se convirtió en una costumbre y finalmente fue reclamado como un derecho.[39] En el curso de la Edad Media, el sistema señorial llegó a ser el medio de subsistencia de las clases más nobles, que lo modelaron para que sirviera a sus fines según lo permitiera la ocasión.

Aunque la transición desde las grandes cuadrillas de esclavos en los *latifundia* hasta la *tenure* servil en las *seigneuries* se puede seguir con bastante facilidad, la relación entre el colonato del bajo Imperio y la *tenure* de tipo señorial plantea un problema espinoso. Superficialmente tan similares, ambas instituciones son, con todo, en su esencia, distintas. ¿Cuál era la línea de conexión entre ambas? ¿Cómo puede

[35] *Ibid.*, pp. 248 y ss. Bloch señala también que el otorgamiento de inmunidades se realizó en forma paralela en casi todas partes, especialmente en la Inglaterra anglosajona.

[36] *Ibid.*, pp. 250-51. Sobre la proscripción, ver también François Ganshof, "Medieval Agrarian Society in Its Prime", CEH, I, 315-16. Como lo señala (p. 251), muchos de los nuevos derechos reclamados por los señores desde el siglo X son llamados *feudales* recordando el remoto derecho judicial en que basaban los señores su pretensión a los tributos.

[37] *Ibid.*, p. 258.

[38] *Ibid.*, p. 255.

[39] *Ibid.*, p. 257.

explicarse la progresión cronológica del colonato al orden señorial? Bloch ofrece la mejor respuesta: "El sistema del colonato sólo resulta inteligible si suponemos que existió antes de él una especie de *seigneurie* en embrión".[40]

Donde no existía esa *seigneurie*, más que nada en la Campagna papal, las condiciones de vida siguieron siendo, poco más o menos, las mismas que habían existido en los *latifundia* de la Antigüedad. Los campesinos no estaban protegidos por las costumbres que se crearon en las comunidades señoriales; tenían pocos derechos y muchas cargas. Eran explotados intensamente y vivían en una condición muy semejante a la esclavitud. Virtualmente, no hubo mejoramiento, ni siquiera en los métodos agrícolas. La vida del campesino era una penosa e interminable faena; se la ha descrito, con toda razón, como la más mortífera e inhumana que registran los anales del medioevo. Aparentemente, hubo menos cambio de lo antiguo a lo medieval en la Campagna papal que en cualquier otra parte de Europa. "En vez de salir de la servidumbre, como lo hicieron muchos campesinos de otras regiones de Europa, el campesino romano vio empeorar su condición, o mejor dicho, nunca superó la de sus antepasados de los siglos v y vi." [41] Sabemos que la historia económica de gran parte de la Italia medieval difirió de la de la mayoría de Europa en muchas formas.[42] Con todo, es evidente que donde podía desarrollarse libremente la institución señorial, la condición del campesinado tendía a mejorar, mientras que en la Campagna sucedía lo contrario.

La célula original del *mansus* parece haber sido la familia patriarcal y sus posesiones, a juzgar por lo que sabemos de la unidad taxativa llamada oficialmente *iugum* o *caput*.[43] Esta unidad correspondía al *mansus* o *hide*, que era primitivamente la posesión de una sola familia (tomado en un sentido patriarcal más bien que moderno), que los francos y los anglosajones usaban como unidad impositiva. Es muy probable que ese sistema de división de la tierra, que tenía paralelos en otras partes, por ejemplo, la *hufe* en Alemania, el *bol* en Dinamarca,

[40] *Ibid.*, p. 248.

[41] J. W. Thompson, "Serfdom in the Medieval Campagna", en el *Dopsch-Festschrift* ya citado, pp. 380-81.

[42] Ver, por ejemplo, Bloch, "The Rise of Dependent Cultivation", CEH, I, 275, sobre los pequeños cultivadores independientes y el *livello*. Ver también Gino Luzzatto, *Storia economica d'Italia*, I, Roma, 1949, 147-50. No sólo diferían de Europa ciertas partes de Italia, sino que además había diferencias dentro de Italia. Nótese asimismo la observación de Luzzatto, *ibid.*, pp. 144-45, concerniente a las invasiones lombardas y a la división de Italia, con referencia a las opiniones de Pirenne sobre la conquista árabe, y véase su memoria, "Mutamenti nell'economia agraria italiana dalla caduta dei carolingi al principio del sec. xi", *Settimane di studio*, II, 601-22, en que se refiere al primer período.

[43] Bloch, CEH, I, 275, señala que el sistema impositivo establecido por los romanos en las provincias no se aplicó, por lo menos durante largo tiempo, en Italia.

fuera usado simplemente por los expertos romanos en materia impositiva por la razón de que ya estaba establecido.[44]

El significado de este descubrimiento de Bloch es enorme; entre otras cosas implica, ni más ni menos, que un recurso aclamado desde hace largo tiempo como una de las supervivencias romanas más importantes en el período franco; en realidad, había sido tomado en préstamo por los romanos y tenía ya siglos de historia. Otro sorprendente testimonio de la antigüedad y vigor de la *seigneurie* embrionaria es la persistencia en las costumbres de la relación entre el jefe y los subordinados y la perduración de la comunidad aldeana como fuerza social. El campesino debía ciertas cosas —regalos— al jefe, pero también tenía ciertos deberes —en cuestiones tan vitales como el pastoreo y la rotación de los cultivos— con el grupo social, la aldea, en que vivía. Esas obligaciones fueron conservadas severamente por la costumbre, y como la sociedad era colectiva, esas obligaciones impuestas por la costumbre concernían tanto al jefe o señor como a los campesinos. La relación de los regalos y las costumbres con los tributos señoriales y servicios era evidente.[45] Otro paralelo interesante se encuentra en la remota separación entre el jefe y los campesinos subordinados y el desdoblamiento medieval en nobles y aldeanos.[46] En realidad, la nueva tendencia desarrollaba simplemente una evolución que durante algunos siglos había sido detenida, o dirigida hacia conductos distintos, por la dominación romana.

Social y económicamente, pues, la revolución regresiva de los siglos IV y V preparó el camino para el comienzo de la Edad Media. En algunas esferas de la actividad, por ejemplo, la decadencia de la esclavitud, el proceso estaba en marcha antes de esa época. En otros sectores, el movimiento fue más lento; había aún habitantes de ciudades en los tiempos de Gregorio de Tours, persistían elementos del derecho y la administración romanos y hasta podría decirse que por algún tiempo los emperadores reformistas detuvieron la decadencia en diversos sectores, como en ciertos aspectos de las finanzas públicas. Sin embargo, la tendencia general era declinante, rumbo a la pobreza, la descentralización y la desorganización.

¿Es paradójico, acaso, sostener, como lo he hecho, que este fenómeno no fue totalmente desastroso, que el fracaso y la destrucción de las

[44] *Ibid.*, pp. 265-68. Bloch, desde luego, aporta su prueba adicional. Aquí sólo me refiero a las más adecuadas al tema de los orígenes medievales.

[45] *Ibid.*, pp. 262-64, pero ver también, sobre el origen y significado del *mansus*, Roger Grand, "Les moyens de résoudre dans le haut moyen âge les problèmes ruraux", en *Settimane di studio*, II, 523-46.

[46] *Ibid.*, p. 272. Bloch, como se ha indicado, ha reunido considerables pruebas, entre ellas nombres y lugares, y ha fortalecido su alegato con numerosas y sugestivas remisiones a sucesos comparativos en otros períodos y lugares. Ver todo su estudio de los jefes y aldeas y sus conclusiones, *ibid.*, pp. 260-77, y también en *Les caractères*, pp. 67, 77-81. Ver también Charles Verlinden, *L'esclavage dans l'Europe médiévale*, t. I, *Péninsule ibérique-France*, Brujas, 1955, pp. 739, 743 y ss.

instituciones romanas no significó sino un regreso a la barbarie, a partir de la cual Europa tendría que avanzar de nuevo, abriéndose paso con lentitud y arduas luchas, hacia lo que disfrutara antaño bajo la férula romana? Sin duda, hubo violencia y destrucción. Las ciudades fueron tomadas y a veces incendiadas, sus habitantes maltratados y a veces asesinados, las mujeres violadas, los templos y propiedades rurales de los romanos ricos saqueados y entregados a las llamas, la agricultura sufrió daños tan cuantiosos como el comercio, muchos bienes cambiaron de mano y muchos esclavos y campesinos, de amo. Los visigodos se destacaron como destructores en los antiguos territorios griegos antes de tomar Roma, y los alemanes, los vándalos, los hunos y los lombardos hicieron lo mismo, ora en Galia, ora en Italia, mientras que los anglos, los sajones y los jutos se ganaron una reputación de salvajes en Inglaterra. Un historiador ha dicho de las invasiones desde el siglo IV hasta el VI: "La humanidad rara vez sufrió tanto como en ese período". Y más adelante: "No había disciplina alguna ni código moral que detuviera a esos invasores, quienes añadieron simplemente los vicios de la civilización a la depravación de la barbarie. Lejos de regenerar el mundo, poco faltó para que destruyeran la civilización para siempre".[47]

La destrucción innecesaria, el salvajismo, la violencia y el derramamiento de sangre, su efecto mortífero sobre el orden establecido en el derecho, la economía y la administración pública, no pueden negarse. Para muchos romanos, lo que siguió inmediatamente a las invasiones fue peor que lo anterior. Y, con todo, Orosio y Salviano nos dicen que algunos romanos preferían la férula bárbara a la romana, hasta en el período en que las ciudades de la Galia eran quemadas y las aldeas saqueadas. Hicimos notar las severas críticas de Salviano a la corrupción, el vicio y la brutalidad romanos y vimos que Roma, aparentemente, no tenía objetivos ni elementos de cohesión. En suma, hemos visto todos los síntomas de que la civilización clásica de Occidente había disparado su dardo. Y advertimos, más que nada, que los defensores de una cultura superior fueron aplastados por un número relativamente pequeño de invasores inferiores en cuanto a la cultura.

La conjetura no es paradójica. Roma sólo cosechó lo que había sembrado, y no se puede estar seguro de que si la tambaleante estructura no hubiese caído ante los débiles embates de los pueblos bárbaros no se habría desplomado por su propio peso. ¿Para qué fin se habría "regenerado" el mundo romano occidental? ¿Para que la civilización pudiera describir nuevamente el mismo circuito, con todas las glorias y grandezas, pero también con los viejos juegos y los circos, la opresión despiadada, el tedio y la ampulosidad, la asfixia de la originalidad y la inventiva, la altanería, las iniquidades del sistema fiscal, la *Pax*

[47] Boissonade, *Life and Work*, pp. 18, 30; pero ver toda su exposición, pp. 17-31.

Romana comprada mediante la violencia y mantenida por el despotismo?[48] Reconocemos que, la decadencia de Roma y las invasiones bárbaras llevaron a la barbarie y a la superstición; los herederos de Roma en Occidente empezaron casi desde la nada y tenían mucho que aprender. La piedra de toque de su mérito como creadores de una civilización era si *podían* aprender y hacerlo mejor que sus predecesores. Como demostraron tener esa capacidad de aprender y, finalmente, después de largos y difíciles siglos, crearon una civilización más rica que la romana, más humana, y que dio más empuje a la dignidad y responsabilidad individuales, no podemos considerar el fin de la civilización clásica en Occidente como una catástrofe absoluta.

Hemos visto los testimonios de la energía juvenil y el genio creador de la naciente civilización medieval en varios campos del pensamiento y la acción humanos, en la formidable inspiración que suscitó la nueva religión por medio de sus diversas manifestaciones, en la teología controvertible, en su vigorosa expresión artística y en un nuevo tipo de erudición y de literatura, en los indomables esfuerzos de los monjes misioneros por convertir y civilizar el Occidente. Hemos visto que aunque el comercio sufrió mucho nunca cesó del todo, que cambiaron sus zonas de acción y sus métodos y finalmente se transformó en algo más fuerte que todo lo que conociera antes la Antigüedad. Hemos visto que en la vida social los hombres se organizaron en formas que no eran perfectas, pero sí eminentemente prácticas, flexibles y susceptibles de mejorar cuando lo permitían las condiciones de vida. Hasta en los siglos VI y VII hay poco motivo para suponer que la clase llana de Galia, España, Inglaterra y aun Italia estuviesen mucho peor que en Roma desde Tiberio Graco hasta Diocleciano,[49] y la tendencia fue, a la larga, inexorablemente ascendente. Los cimientos echados por los sistemas señorial y feudal demostraron ser más sólidos que los establecidos por la República Romana. Son admirables no tanto en sí mismos como por lo que hicieron posible.

[48] Con respecto a la Pax Romana, uno recuerda las tan conocidas palabras que Tácito (*Agricola*, 30) pone en labios de Calgaco, el destacado jefe de los bretones, en el sentido de que los romanos mienten cuando llaman imperio y paz a sus actos brutales y destructores: *"Auferre trucidare rapere falsis nominibus imperium, atque ubi solitudinem faciunt, pacem apellant"*. (Falsamente, ellos llaman imperio al saqueo, la matanza y la rapiña; cuando crean un desierto, a eso lo llaman paz.) Como sabemos, muchos otros romanos, tanto entonces como más tarde (en tiempos de Alarico) no pensaban o hablaban tan sarcásticamente de las realizaciones romanas.

[49] Como lo hace notar Lynn White (h.) en "Technology and Invention in the Middle Ages", *Speculum*, XV, 1940, 151, "Se están acumulando pruebas reveladoras de que un siervo, en el turbulento e inseguro siglo X, disfrutaba de un nivel de vida considerablemente más elevado que el de un proletario durante el reinado de Augusto". Nótense las mordaces observaciones de Grand sobre los valores del nuevo sistema social y económico, "Les moyens de résoudre ... les problèmes ruraux", *loc. cit.*, II, 543 y ss.

UNA SOCIEDAD CAMBIANTE: LA TECNOLOGÍA, LA ADAPTACIÓN Y LA INVENCIÓN

Hasta hace treinta años los historiadores no se preocupaban demasiado por la tecnología medieval; suponían que ahí, como en otras partes, prevalecían el estancamiento, el desastre irreparable y la superstición. El hombre que más responsabilidad tiene en haber desacreditado esa conjetura venerable fue el comandante Lefebvre des Noëttes (m. en 1936), ex oficial de la caballería francesa, quien, al retirarse de la vida militar, sacó partido de su preparación profesional haciendo un estudio histórico de los animales como fuerza motriz. Esta labor lo llevó finalmente a acumular un conjunto impresionante de pruebas sobre los progresos técnicos y sus consecuencias sociales y a sugerir algunas revisiones muy significativas y de largo alcance en la interpretación histórica.[50] Como es natural, los historiadores pusieron en tela de juicio algunas de las conclusiones de Lefebvre des Noëttes y sometieron la totalidad de su obra a una exigente revisión crítica, pero ésta sigue siendo sin duda uno de los descubrimientos históricos capitales de estas últimas décadas.[51]

Hemos visto que en la vida social de Occidente hubo una resurrección o, mejor dicho, un despertar de fuerzas latentes desde hacía mucho tiempo. Fuerzas largamente reprimidas fueron puestas en libertad de seguir su desarrollo natural. Algo muy parecido sucedió en el campo de la expresión artística. En Galia, las antiguas influencias célticas,

[50] Trataré aquí solamente de esbozar un cuadro de los principales descubrimientos y posibilidades y de su significado para el problema de los comienzos del medioevo. Para una nota y referencias útiles sobre el "problema Lefebvre des Noëttes", ver Marc Bloch, "Les inventions médiévales", *Annales*, VII, 1935, 634, y también Lynn White (h.), "Technology and invention in the Middle Ages", *loc. cit.*, pp. 153-54. Bloch ha contribuido mucho al esclarecimiento del tema y de sus inferencias sociales, a menudo en los *Annales*, pero también en otros periódicos, así como en *Les caractères*. El ágil e informativo artículo de White, al cual también debo mucho, es en sí una obra pionera en los EE. UU. y brinda ricas y amplias referencias bibliográficas. La obra principal de Lefebvre des Noëttes es *L'attelage et le cheval de selle à travers les âges. Contribution à l'histoire de l'esclavage*, París, 1931, que en su forma anterior y más reducida (1924) se llamaba *La force motrice animale à travers les âges*. Además de muchos estudios más breves, publicó *De la marine antique à l'étude de l'esclavage*, París, 1935, que tiene menos importancia en cuanto al problema de los comienzos del medioevo. Ver también Dauvergne, "Supplément" (a Bloch, *Les caractères*), pp. 76-78, 141-43.

[51] Como lo ha hecho notar Marc Bloch en un estudio crítico de *La force motrice animale* titulado "Technique et évolution sociale. À propos de l'histoire de l'attelage, et de celle de l'esclavage", *Revue de synthèse historique*, XLI, 1926, 91, si la reflexión suscitada por los descubrimientos de Lefebvre des Noëttes no confirma siempre y en todos los puntos sus conclusiones, sólo eluden esa suerte las obras que, desprovista de ideas, nada sugieren. En "La force motrice animale et le rôle des inventions techniques", *Revue de synthèse historique*, XLIII, 1927, 83-91, Lefebvre des Noëttes contesta a ciertas críticas de Bloch, y éste, a su vez, replica a las objeciones del comandante. Cito aquí el artículo no sólo por su contenido, que es muy interesante, sino como ejemplo destacado de la cortesía de los príncipes en la delicada tarea de la crítica y las réplicas.

reprimidas durante la ocupación romana, contribuyeron a la formación del primitivo arte medieval y románico.[52] Con los invasores bárbaros germánicos, la liberación fue indirecta: no se trató de una resurrección, sino de una propagación; trajeron a la Europa Occidental diseños y formas en las joyas y en adornos tan útiles, como ser los broches, los prendedores y las hebillas que ellos habían adquirido en Irán y Asia Menor durante su permanencia sobre la costa del Mar Negro.[53] Otras innovaciones fueron tomadas en préstamo libremente al Oriente, por ejemplo, la cúpula y la bóveda, derivadas de la Persia sasánida, adaptadas para la construcción en iglesias de Asia Menor y observadas allí por los peregrinos cristianos, que al regresar trajeron la idea.[54]

En muchos sentidos, la cultura medieval de los primeros tiempos parece haber prosperado con la adversidad.[55] En las nuevas condiciones económicas que existieron después de las invasiones, por ejemplo, hubo mucho menos necesidad de fuerza motriz: "De modo que la decadencia del Imperio fue favorable para el esclavo".[56] La violencia rara vez es buena en sí misma, pero lleva a menudo a resultados útiles.[57]. La adversidad fue un elemento concomitante muy importante de la revolución tecnológica —si es que el término no es demasiado fuerte— que se inició a comienzos del período medieval.

Como ya se ha hecho notar, las influencias suelen llegar de lugares y épocas muy remotos, por ejemplo, de las antiguas civilizaciones celta y oriental,[58] así como de las civilizaciones mediterráneas clásicas. También había influencias bizantinas, musulmanas y del Lejano Oriente, aunque fueron más importantes en la alta Edad Media que en la baja. El intercambio no se operó solamente en un sentido; hay pruebas de que Europa daba tanto como recibía, aunque no sabemos aún mucho acerca de qué fue lo que provino, de dónde y cuándo.[59]

Acaso la más notable de las primeras innovaciones bárbaras se haya presentado en lo referente a la vestimenta, por ejemplo, los pantalones y las pieles; en la arquitectura doméstica; en bienes de la casa tales

[52] Émile Mâle, *La fin du paganisme en Gaule et les plus anciennes basiliques chrétiennes*, París, 1950, pp. 317-20, 324.

[53] *Ibid.*, pp. 320-24.

[54] *Ibid.*, pp. 326 y s.

[55] Al afirmar esto no me refiero a la teoría de Toynbee sobre "desafío y respuesta", como lo aclararé en otro lugar.

[56] Lefebvre des Noëttes, "La force motrice animale", *loc cit.*, p. 84.

[57] Como lo ha hecho notar Jacob Burkhart en su famoso capítulo "Die geschichtlichen Krisen", *Weitsgeschichtliche Betrachtungen*, Berlín y Stuttgart, 1910, p. 1165, no es del todo necesario —como no lo es en las invasiones bárbaras de Roma— profetizar el rejuvenecimiento que resultará siempre de la destrucción. Ver también sus comentarios siguientes sobre la gran catástrofe romana, que Burkhardt consideró una verdadera crisis porque significó la fusión de una nueva fuerza material con otra antigua, que, convertida en Iglesia en vez de Estado, sobrevivió en una metamorfosis intelectual.

[58] Sobre la antigua oriental, ver Mâle, p. 327.

[59] Ver White, "Technology and Invention", *loc. cit.*, 143-49.

como el fieltro, los esquíes, la manteca, los barriles y las artesas, como asimismo en el cultivo de ciertas variedades nuevas de cereal.[60] Uno se pregunta por qué no aparecieron antes algunos de esos productos y procesos elementales o por qué no fueron usados en forma amplia, pues varios eran seguramente conocidos antes de empezar la Edad Media. ¿No se debía ello a que existían ahora nuevas y distintas condiciones sociales?[61] ¿O puede explicarse todo en razón de las condiciones geográficas, de las necesidades y posibilidades acrecentadas, del mejoramiento de las técnicas sin influencias externas?[62] Estudiaremos esta cuestión básica algo más adelante.

Mientras tanto, examinemos sucintamente algunos de los inventos más importantes, tanto los nativos como los importados, que empezaron a ejercer su influencia sobre la civilización que se estaba formando en Occidente. Desde luego, muchos de ellos estaban vinculados de manera estrecha a la agricultura. Aquellos por los cuales se interesó al principio Lefebvre des Noëttes están referidos principalmente al caballo. Estaba convencido por su estudio de los documentos y de los testimonios artísticos y arqueológicos de que la Antigüedad, en sus tentativas por usar la fuerza motriz animal, apenas había arañado la superficie del problema y de que sus métodos de usar animales de tiro eran muy ineficaces. Una de las dificultades principales provenía de la manera antigua de enjaezar. A los caballos los uncían con un yugo que descansaba sobre la cruz del animal; a los bueyes, con el mismo método, o mediante un yugo atado a los cuernos. La dificultad, sobre todo en el caso del caballo, consistía en que una correa sujeta al yugo por encima de la cruz rodeaba la cabeza del animal. Cuando éste se inclinaba hacia adelante para tirar, esa correa se le clavaba en la tráquea y le obstaculizaba mucho la respiración.[63] Esa dificultad —una dificultad en todo sentido, a juzgar por las representaciones pictóricas y escultóricas de caballos que levantan y echan atrás el cuello para evitar la estrangulación— fue eliminada al empezar el siglo X, o antes, por medio de la introducción de la collera rígida que descansaba sobre las paletas. Desde entonces, el caballo pudo apoyar todo su peso sobre la collera, sin que ello lo dejara sin aliento.[64]

Hubo otras mejoras en los arneses de los caballos, pero Lefebvre des Noëttes considera que los mayores progresos después de la collera fueron la herradura y el arnés en tándem.[65] En la Antigüedad, las patas de los animales de carga, se desgastaban cuando trabajaban sobre

[60] *Ibid.*, pp. 143-44.

[61] Como lo sugiere Bloch, "Les inventions médiévales", *loc. cit.*, p. 637.

[62] Ver Jules Sion, "Quelques problèmes de transports dans l'antiquité: le point de vue d'un géographe méditerranéen", *Annales*, VII, 628-33; nótense especialmente las conclusiones de Sion.

[63] Lefebvre des Noëttes, *L'attelage*, pp. 9-17. Ver también Parain, "The Evolution of Agricultural Technique", CEH, I, 134, y Grand, *L'agriculture*, pp. 444 y s.

[64] Lefebvre des Noëttes, *L'attelage*, pp. 121-25 y fig. 145.

[65] *Ibid.*, p. 122. Ubica la invención de la herradura en el siglo IX (p. 145).

terreno duro y rocoso o sobre caminos, y una herida de menor cuantía en una pata podía dejar incapacitado en forma permanente a un animal por lo demás sano; los bueyes eran más vulnerables aún que los caballos, ya que sus patas son todavía más delicadas. La introducción de las herraduras sujetas con clavos hizo tanto de los caballos como de los bueyes unos servidores más útiles y durables.[66] En la Antigüedad, era usual uncir a la par a dos caballos al yugo; un solo caballo medio estrangulado hubiera sido incapaz de arrastrar cualquier carga.[67] Ocasionalmente, ponían a otros caballos a la par de la primera yunta y se los sujetaba entre sí con una simple correa, y en realidad no hacían nada, sino que servían más bien de sustitutos. Por lo tanto, el sistema de enjaezar en fila, o tándem, significó un aumento de fuerza limitado sólo por consideraciones tales como la maniobrabilidad, el espacio y el terreno.[68]

Lefebvre des Noëttes creía, aparentemente, que esos nuevos mecanismos fueron inventados en Europa.[69] Otros discrepan con él. Haudricourt, confiando más que nada en las pruebas etimológicas, atribuye el descubrimiento de la collera y la herradura a los pueblos mongólicos del Asia. Sugiere que los hunos se los entregaron a los germanos, los eslavos y los árabes, junto con la silla de montar y el estribo, y esos pueblos los llevaron a Occidente. La Europa Oriental, de acuerdo con esta opinión de que se tuvo el nuevo tipo de arnés ya desde temprano, entre los siglos V y IX, le llevaría ventaja a Occidente.[70] Roger Grand, un especialista en historia agrícola, sugiere que el nuevo tipo de arnés fue traído de Escandinavia. Su argumentación es la siguiente: ese aparato apareció en Europa occidental cuando acababan de instalarse los normandos en Francia y después de las invasiones danesas de las islas británicas. Sabemos que los nórdicos tenían carretas y trineos, y que los escandinavos estaban en contacto con los lapones, quienes uncían los renos a los trineos con una collera de pecho o una collera de hombro liviana abierta en la parte delantera. Los escandinavos y los fineses y acaso también los habitantes de la Rusia septentrional veían las ventajas de este método como adversas al yugo, inadecuado para los renos por su estructura física. Cuando quedó admitida esa idea, fue algo sencillo aplicarla también al enjaezamiento de los caballos.[71]

[66] *Ibid.*, pp. 15-17, 122-23.

[67] En realidad, estrangulados más que a medias si los pesos que pueden ser arrastrados por caballos uncidos de acuerdo con los sistemas antiguo y medieval resultan algo revelador. Una yunta equipada con la collera rígida resultó capaz de tirar de un peso triple o cuádruple del suyo. Ver White, "Technology and Invention", *loc. cit.*, p. 154, y Lefebvre des Noëttes, *L'attelage*, p. 123.

[68] *Ibid.*, pp. 14-16, 122-23.

[69] *Ibid.*, p. 12, por ejemplo.

[70] André-G. Haudricourt, "De l'origine de l'attelage moderne", *Annales*, VIII, 1936, 515-22. Para las opiniones de Lefebvre des Noëttes sobre el origen del estribo y la silla de montar, ver *L'attelage*, pp. 235-37.

[71] Grand, *L'agriculture*, pp. 446-49.

Ninguna de las tres teorías puede ser excluida por completo, aunque hay ciertos conflictos entre ellas: por ejemplo, si los eslavos de la Europa Oriental tuvieron ya el nuevo arnés en el siglo v, los escandinavos pueden haberlo adquirido de ellos.[72] Como lo ha comentado Marc Bloch, nada es más incierto que la cronología de ese descubrimiento. Nuestros primeros testimonios pictóricos datan del siglo x, pero los artistas medievales poco sabían de los nuevos aparatos y menos aún se interesaban por ellos. El propio Lefebvre des Noëttes hace notar que, hasta después de haberse creado el nuevo arnés, algunos dibujantes del siglo XII representaban al caballo en la actitud arcaica, con la cabeza echada hacia atrás como para evitar la estrangulación, aunque ya no había justificativo para ello. Hasta en el siglo XIII, en que el antiguo arnés había desaparecido virtualmente, se lo pintaba en ocasiones en documentos ilustrados.[73] Según todas las probabilidades, el nuevo sistema estaba en uso en la Europa Occidental mucho antes de aparecer pintado en un manuscrito en latín, probablemente de origen francés, de comienzos del siglo x.[74]

No conocemos cuánto tiempo antes del siglo x sucedió esto (así como no podemos decir mucho sobre la *seigneurie* antes del siglo IX, cuando "era incuestionablemente muy antigua").[75] Por desgracia, aquí no se trata sólo de satisfacer una vana curiosidad. Si una técnica de tan enorme valor y de posibilidades potenciales tan revolucionarias ya estuvo en manos de los occidentales, digamos, en el siglo v, el movimiento tecnológico medieval debía de estar ya muy avanzado. Si se tratase de un invento bárbaro o de una importación, la pretensión de

[72] En realidad, Haudricourt, *loc. cit.*, p. 251, señala la posibilidad de que la intensificación del comercio terrestre en la Europa Oriental, debida al uso del nuevo arnés, haya estimulado el comercio marítimo del Báltico y con ello la expansión normanda. Grand, en *L'agriculture*, pp. 446-48, menciona que Lefebvre des Noëttes descubrió que los chinos de la dinastía Han usaban una collera. Aunque admite la posibilidad de que ésta haya podido ser llevada a través de las estepas siberiana y rusa para que la copiaran los escandinavos y los finlandeses, presenta su propia teoría de la invención independiente por los lapones como más aceptable.

[73] Bloch, "Les inventions médiévales", *loc. cit.*, p. 640. No he podido consultar el artículo de Roger Grand citado aquí por Bloch (p. 640, nº 2), pero ver Grand, *L'agriculture*, p. 444, nº 1, y Lefebvre des Noëttes, *L'attelage*, p. 125.

[74] Para el manuscrito, ver Lefebvre des Noëttes, *L'attelage*, p. 123. Nótese también que la fecha más temprana debilitaría la hipótesis de Grand sobre la coincidencia de la aparición del nuevo arnés inmediatamente después de haberse instalado los normandos en Francia y de las incursiones danesas a través del Canal de la Mancha. También da que pensar la idea de que Lefebvre des Noëttes sólo pudo hallar dos representaciones pictóricas del siglo x. Si no las hubiese encontrado . . . , ¿habría fechado el invento en el siglo XI? Ver Bloch, "Les inventions medievales", *loc. cit.*, p. 640, nº 2. Para otras opiniones sobre la fecha de la collera, el arnés en tándem, etc., en Europa, ver E. M. Jope, "Vehicles and Harness", en *A History of Technology*, II, Oxford, 1956, 538, 554 y s., y R. J. Forbes, "Power", *ibid.*, pp. 592 y s. Las opiniones presentadas en este trabajo pueden naturalmente hacer variar mucho, por ejemplo, las dos citadas aquí.

[75] Bloch, "The Rise of Dependent Cultivation", CEH, I, 226.

los romanos de dominar el mundo en el aspecto cultural se vería más debilitada aún.

Este último punto no puede ser muy discutido: el arnés fue introducido por los bárbaros. Todas las pruebas que poseemos señalan una fecha ubicada varios siglos antes de los primeros dibujos manuscritos. Haudricourt, como se recordará, encontró un apoyo filológico de la existencia del nuevo arnés en la Europa oriental en el siglo v y cree que los ostrogodos llevaron la collera a Italia en el mismo siglo.[76] Si hubiera sido así, bien podría haberse trasladado al norte desde Italia siglos antes de que los monjes pintores se fijaran en ella. Es muy posible que los monjes misioneros la trajeran consigo. No hay pruebas en ese sentido, pero aparentemente vale la pena sugerirlo. El medio mejorado de transporte en carreta les habría sido muy útil a los monjes en sus viajes.

De los demás inventos de principios del medioevo, uno de los más importantes es el arado con ruedas. Parece probable que los germanos lo hayan inventado o lo hayan traído a Occidente, a Galia y a Inglaterra, en los tiempos más primitivos. Plinio sabía de su existencia en la Galia Cisalpina y quizás lo hayan conocido en Inglaterra en tiempos de los romanos, aunque éstos no lo hayan inventado.[77] Desde luego, su peso y la posibilidad de empleo en suelos duros y en tierras no cultivadas aún, sugieren las planicies nórdicas como lugar de origen, así como los *aratrum,* más livianos, provinieron de tierras mediterráneas.[78]

Nada sabemos sobre la difusión y el uso del arado de ruedas pesado a comienzos del medioevo. Los dibujos que hallamos en manuscritos de Inglaterra y el norte de Francia sólo muestran el más familiar *araire* hasta el último período medieval.[79] Pero no nos costaría mucho hacer una detallada exposición sobre su uso varios siglos antes. Sabemos que era útil (específicamente, ahorraba trabajo y abría al cultivo ricas tierras que, de lo contrario, por fuerza habrían quedado abandonadas).

Conocemos que el instrumento en sí existía y que los hombres del medioevo eran suficientemente inteligentes para notar sus virtudes y eran lo bastante hábiles para usarlo. Sabemos por lo pronto que se lo

[76] Haudricourt, "De l'origine de l'attelage", *loc. cit.*, pp. 521-22. Forbes, "Power", *loc. cit.*, p. 592, ubicaría su introducción en Europa a comienzos de la Edad Media.

[77] Bloch, *Les caractères*, pp. 51-53; Bloch, "Champs et villages, *Annales*, VI, 474 y ss.; Parain, "The Evolution of Agricultural Technique", C.E.H., I, 139; Reginald Lennard, "From Roman Britain to Anglo-Saxon England", *Wirtschaft und Kultur* (el *Dopsch Festschrift*), pp. 69-70; R. G. Collingwood, "Roman Britain", en *A Economic Survey of Ancient Rome*, III, 77-78. Ver también Jope, "Agricultural implements", *A History of Technology*.

[78] Bloch, *Les caractères*, pp. 53-54, y White, "Technology and Invention", *loc. cit.*, p. 151. El *araire* podía, desde luego, ser usado en otra parte, sobre suelo liviano o blando, y dada su relativa baratura, se empleaba mucho en las pequeñas heredades. Ver Parain, "Agricultural Techniques", *loc. cit.*, p. 140.

[79] *Ibid.*

podía usar por allí donde la cooperación de la comunidad ya estaba establecida, como en los grandes latifundios.[80]

Lynn White, dejando a un lado la discutida cuestión de la fecha y el origen del arado pesado, vincula su evolución y eficacia a la invención e introducción, probada desde fines del siglo VIII, del sistema triple, que, en forma apreciable, aumentó la producción agrícola.[81] Este método tenía muy grandes ventajas. No sólo disminuía el trabajo dependiente de la cantidad de producción, sino que disminuía también los riesgos de pérdida provenientes de las cosechas pobres. Era más adecuado al clima húmedo y templado del norte, donde sus ventajas en cuanto a ahorrar trabajo compensaban fácilmente sus desventajas: mayor número de parcelas y merma de la zona de pastoreo.[82] Con el tiempo, hizo más neta la diferenciación entre el norte y el sur en cuanto a métodos agrícolas, uso de los animales, cosechas y condiciones de vida; ningún factor contribuyó más a la creciente prosperidad del norte hasta la época de la gran depresión del siglo XIV. Posiblemente, su adopción fue estimulada por un aumento de la población; acaso haya sucedido todo lo contrario. En cualquiera de los casos, como el sistema de los tres campos contribuía a aumentar la producción de alimentos, es probable que su propagación y el aumento de población se acompañaran mutuamente.[83]

[80] White, *loc. cit.*, y en el último punto Bloch, *Les caractères*, pp. 56-57. Nótense también las observaciones generales de A. C. Crombie, *Augustine to Galileo: The History of Science A. D. 400-1650*, Londres, 1952, p. 159. Crombie no se esfuerza en rastrear el origen del arado con ruedas provisto de reja y vertedera, salvo que se refiere al mismo llamándolo "el pesado arado con ruedas sajón".

[81] White, *loc. cit.*, pp. 151-52. Parain, quien lo llama "la gran novedad agrícola de la Edad Media" (*loc. cit.*, p. 127), cree también que no puede datar de mucho más lejos que el período carolingio. Bloch, *Les caractères*, p. 34, sugiere una fecha anterior aún a la última parte del siglo VIII. Ver Dauvergne, "Supplément", p. 36.

[82] Parain, *loc. cit.*, pp. 128-29. Ver Bloch, *Les caractères*, pp. 31 y ss., con respecto a algunos de los problemas y rompecabezas implicados en la determinación de los sitios donde se habían establecido los sistemas bienal y trienal de roturación, de cosechas y barbecho. Ver Grand, *L'agriculture*, pp. 270-71. La cuestión planteada por Bloch, sobre todo en las pp. 34-35, invita a nuevas consideraciones. ¿Por qué no fue introducido el sistema de tres campos en Francia, de donde no lo proscribían las condiciones climáticas y geográficas y donde habría aumentado la producción como sucedió en otras partes? ¿Podría ser esto un modelo de devoción inculcada por métodos de vejez inmemorial o de firme resistencia al cambio? Una respuesta afirmativa plantearía más preguntas aún. Evidentemente, no bastaría con una respuesta simple. Ver también Bloch, "Champs et villages", *loc. cit.*, p. 479, y "Les inventions médiévales", *loc. cit.*, pp. 637-38. La distribución de ambos sistemas había sido durante largo tiempo un rompecabezas: ver N. S. B. Gras, *A History of Agriculture in Europe and America*, Nueva York, 1925, pp. 29 y s.

[83] Parain, *loc. cit.*, p. 128. Ver también el informe sobre la sesión "Nueva luz sobre una Edad Media: un simposio de la civilización occidental en el siglo X", presentado en la 67ª reunión anual de la American Historical Association, diciembre 28, 29 y 30, de 1952, en Washington, y publicado en la *American*

Un aspecto interesante del progreso del sistema de los tres campos es su creciente uso del caballo. Sabemos por los tratados escritos a fines de la Edad Media, que los agrónomos medievales hicieron serios esfuerzos para evaluar correctamente la eficiencia relativa de los dos principales animales de carga, el buey y el caballo. El admirador del buey enumeraba sus ventajas así: El buey es más vigoroso, más tranquilo y más seguro que el caballo, como también más económico, porque no hay necesidad de herrarlo para los suelos blandos, come más heno y por lo tanto no requiere tanta costosa avena y se lo puede sacrificar para usar su carne cuando ha envejecido, mientras que del caballo sólo queda el cuero. El caballo, en cambio, es elogiado como mucho más veloz que el buey, pudiendo hacer en un día tanto trabajo como tres o cuatro bueyes. A esto, el defensor del buey podría replicar que la velocidad potencial del caballo no equivale a tanto, ya que los labradores perezosos no podrían aumentar su propia velocidad lo suficiente para igualarla.[84]

En realidad, la discusión era inútil; las regiones principales habían elegido ya y por razones más prácticas que la tranquilidad y un temperamento plácido. Dos factores militaban contra el caballo: había que encontrar alguna solución al problema del arnés para poder usar con ventaja al caballo en los trabajos agrícolas y urdir algún método para producir grandes cantidades de avena a bajo costo. La primera exigencia quedó satisfecha por la collera del caballo, la segunda con el sistema de los tres campos.[85] Con el tiempo, empezó a existir en la Europa medieval una correlación bastante clara de distinguir entre el caballo y el sistema de los tres campos, y el buey y el sistema de los dos campos. Parece ser también, por razones obvias, que el sistema de los tres campos conviene más a las regiones con grandes heredades y el de los dos campos a las de heredades pequeñas.[86]

Un mecanismo técnico de otro orden, de enorme importancia, fue el molino de agua. Aunque se sabe que los molinos de agua existían poco antes de comenzar la Era Cristiana, rara vez se usaron en la

---

Historical Review, LVIII, 1953, 744-45, sobre todo la síntesis de las observaciones hechas por Robert S. López y Lynn White. Esos documentos fueron publicados más tarde en *Medievalia et Humanistica*, como ya se ha indicado en el cap. II. Ver también Bloch, *Les caractères*, p. 34.

[84] Grand, *L'agriculture*, pp. 275-76; Parain, *loc. cit.*, pp. 133-34. Parain hace notar que los amigos del buey pudieron añadir que es menos propenso a la enfermedad y que su arnés es más barato.

[85] Ver el estudio de White "Technology and Invention", *loc. cit.*, pp. 154-55. Para uno mucho menos positivo, ver Parain, pp. 129-30.

[86] White, *loc. cit.*, p. 154. Para la distribución de acuerdo con las dimensiones de las heredades, ver Parain, *loc. cit.*, p. 130.

Antigüedad.[87] Por asombroso que nos parezca el hecho de que no se haya aplicado en la práctica un conocimiento tan valioso, sabemos que no fue una excepción rara. Los antiguos, sobre todo desde los tiempos helénicos, descubrieron muchos métodos o aparatos sólo para hacer caso omiso de ellos después o simplemente para jugar con ellos; testigo de esto es la invención de una máquina de vapor por Hero. Repetidas veces, vemos que la responsabilidad de hallar medios de aplicar viejas ideas técnicas y de pasar luego a mejoras y descubrimientos nuevos fue asumida rápidamente por los sucesores de los griegos y los romanos, y por los bizantinos hasta cierto punto, pero más aún por los musulmanes y por los cristianos medievales de Occidente.

Sin embargo, como lo ha dicho Marc Bloch, un invento sólo se difunde en el exterior si existe un intenso sentimiento de su necesidad social; y antes de terminar el Imperio, había en él tanta mano de obra, en gran parte trabajo de los esclavos, que no se expresó ese sentimiento.[88] También intervienen otras consideraciones en la difusión de los inventos, pero la de la necesidad es esencial. La del molino de agua llegó a sentirse hacia fines del Imperio, con la decadencia de la esclavitud.[89] Como otras mejoras técnicas de la época, el molino de agua se difundió en forma lenta y se siguieron usando durante siglos métodos más antiguos y más simples para moler la harina.[90] Primeramente las autoridades monásticas y luego los señores seculares aprendieron a ver considerables ventajas para sí en la construcción de molinos de agua, a fin de que los usaran los campesinos de la vecindad, tanto los arrendatarios como otros. Hacia el siglo x, cuando se inició el movimiento de transformar en derechos las costumbres establecidas, muchos señores crearon un

[87] Bloch, "Avènement et conquêtes du moulin à eau", *Annales*, VII, 538, 544-45. Ya es un lugar común el hecho de que los romanos eran hombres prácticos, si bien en forma algo unilateral, y que por lo menos se destacaban en las técnicas militares y de ingeniería que tenían por objeto la conquista y administración. Esto es muy cierto, pero es más destacable aún el hecho de que recientes investigaciones han modificado considerablemente su prestigio como constructores de caminos. Ver Lefebvre des Noëttes, *L'attelage*, pp. 165-73; White, *loc. cit.*, pp. 150-51; Lot, FMA, p. 518. Sobre el molino de agua, ver también Douvergne, "Supplément", pp. 141 y ss.

[88] "Moulin à eau", *loc. cit.*, pp. 545-48.

[89] *Ibid.*, p. 547.

[90] *Ibid.*, pp. 548 y ss. No nos sorprende hallar pruebas de una firme resistencia a la autoridad de los señores en la manera de utilizar sus molinos, aunque fuera más eficaz que los métodos antiguos (ver *ibid.*, pp. 552-54). Sin duda, esto significaba en cierto modo una negativa a beneficiarse con el progreso técnico; pero había otras cosas en juego, como la oposición a la autoridad y al monopolio, un intenso deseo de la mayor independencia posible para los campesinos y, a veces, sin duda, los gastos implicados en el uso del molino de agua del señor, que era superior. Nótese, p. ej., que C. L. Sagui, "La Meunerie de Barbegal (France) et les roues hydrauliques chez les anciens et au moyen âge", *Isis*, XXXVIII, 1948, 229, hace conjeturas de que el molino de Barbegal puede haber sido construido en el siglo III o en el IV "en una atmósfera económica de catástrofe". Nótense sus restantes comentarios sobre la condición económica del Imperio de los últimos tiempos y de la maquinaria industrial (pp. 227, 231).

monopolio para su molino.[91] En este caso, como en varios otros, el período posterior desarrolló lo que inventara o reconociera como oportuno el anterior. Hay que adjudicar a la alta Edad Media la visión pionera, el mérito de haber echado las bases.

Podríamos estudiar aquí otras mejoras técnicas inventadas o explotadas por primera vez a comienzos de la Edad Media, entre ellas la biela, un descubrimiento de fundamental importancia en la historia tecnológica de la civilización occidental europea y un vasto paso adelante en la adquisición de mecanismos para la producción de energía.[92] Pero ya hemos dicho bastante para demostrar los puntos en juego: la categórica ruptura con el pasado, la inseparable relación de la nueva tecnología con la naturaleza y las condiciones de vida de la nueva sociedad en que se desarrollaba.

Los nuevos métodos y aparatos tenían tan enorme importancia para Occidente a comienzos de la Edad Media que resulta difícil saber cómo empezar a evaluarlos. Por lo pronto, la revolución tecnológica (sin duda, nadie querría llamarla un renacimiento) trajo un gran aumento en la cantidad de fuerza productiva a disposición del hombre occidental y con ello un vasto aumento de las perspectivas en terrenos donde no había existido antes ninguna digna de ese nombre. Los eficaces arneses y herraduras, por ejemplo, no sólo eran significativos para la agricultura, sino también para la locomoción y, por consiguiente, para las comunicaciones y el transporte; por lo tanto, para las construcciones de toda clase, para el transporte de alimentos y otros productos a las ciudades, para el desarrollo de la población y eventualmente para la expansión del comercio. Podríamos casi hablar de una revolución equina. En la nueva estructura de las técnicas, el aumento de la fuerza motriz del caballo fue la piedra fundamental.

Sería difícil sobreestimar la importancia de las consecuencias sociales de los nuevos mecanismos para obtener energía. Lefebvre des Noëttes creía que las nuevas invenciones destruyeron la esclavitud al hacerla superflua e indeseable.[93] Marc Bloch ha argumentado, en cambio, que

[91] *Ibid.*, pp. 553-54. Lefebvre des Noëttes, *L'attelage*, p. 121, y "La nuit du moyen âge et son inventaire", *Mercure de France*, CCXXXV, 1932, 575-76, relaciona el creciente uso del molino de agua, que atribuía incorrectamente al siglo XII, con el nuevo sistema de enjaezamiento.

[92] White, "Technology and Invention", *loc. cit.*, p. 153; Crombie, *Augustine to Galileo*, p. 166.

[93] *L'attelage*, especialmente pp. 184-88. El subtítulo de esta obra, como se recordará, es *Contribution à l'histoire de l'esclavage*. Ver Bloch, "Les inventions médiévales, *loc. cit.*, pp. 640-43, y ver las interesantes observaciones de Friedrich Oertel, "The Economic Life of the Empire", *Cambridge Ancient History*, XII, 1939, 232-81, especialmente pp. 252 y ss., sobre tecnología y economía romanas, y sobre el mismo tema Frank W. Walbank, *The Decline of the Roman Empire in the West*, Londres, 1946, pp. 66-75. Walbank quizá simplifique demasiado la relación existente entre las "técnicas bajas" y la esclavitud como explicación del fracaso económico romano. Su estudio, aquí (pp. 66-75) y en las páginas siguientes, es muy sugestivo.

el fin de la esclavitud llegó primero y creó la necesidad a la cual respondieron aparatos tales como el nuevo arnés y el molino de agua. Bloch lleva la ventaja en la argumentación cuando se trata de un terreno limitado, pero en otro más amplio no se puede desechar la afirmación de Lefebvre des Noëttes.[94] Bloch destaca acertadamente la importancia que revistió durante toda la Edad Media la oposición de la Iglesia a la esclavización de los cristianos católicos, pero sabemos que el comercio de esclavos continuó a pesar de esa oposición y que en los siglos XII y XIII hasta aumentó en el sur. Aunque admitamos que la esclavitud nunca llegó a ser tan importante económicamente como lo fuera en el Imperio Romano, distaba mucho, evidentemente, de haber desaparecido. En realidad, requería al parecer muy poco estímulo para una nueva expansión. ¿Era la oposición de la Iglesia lo único que la contenía? Parece, más bien, que ésta se vio muy estimulada a ellos por los nuevos inventos que ahorraban trabajo.[95] Lefebvre des Noëttes acaso haya confundido su cronología, pero fue positivamente exacto en su conjetura subyacente de que el progreso tecnológico implicó un golpe vital a la esclavitud y un triunfo para la libertad.

No existe una explicación completa de por qué las necesidades sociales del medioevo trajeron una gran oleada de invenciones y adopciones técnicas. La explicación de Toynbee es inaceptable: frases tales como "el profundo sueño del interregno (aproximadamente 375-675 d.C.) que medió entre la desintegración del Imperio Romano y la gradual salida del caos de nuestra sociedad occidental" son un desatino reconocido, y la opinión de que "nuestra civilización occidental estuvo expuesta en su génesis a un desafío de los bosques y las lluvias y heladas de la Europa Transalpina que no enfrentó la civilización helénica precedente" deja demasiadas cosas al margen del cálculo y demasiadas preguntas sin respuesta.[96] ¿Tenían tanta importancia las lluvias y las heladas? ¿Qué otras causas intervienen, exactamente?

[94] "Technique et évolution sociale", *loc. cit.*, pp. 96 y ss. Sobre los significados de *servus* ver también Verlinden, I, 379 y ss.

[95] Me parece lamentable que Crombie no se refiera a los argumentos de Bloch contra las opiniones de Lefebvre des Noëttes con respecto a la esclavitud, pero simplemente llega a esta conclusión (*Augustine to Galileo*, p. 165): "Los nuevos métodos de usar la fuerza motriz animal y la creciente explotación de la energía obtenida con el agua y el viento terminaron por hacer superflua la esclavitud". Véanse las opiniones algo extrañas de Bertrand Gille, "Machines", en *A History of Technology*, II, 638-39. Gille tampoco se refiere a la réplica de Bloch a Lefebvre des Noëttes, aunque habla indirectamente de este último, verbigracia: "El argumento que atribuye la desaparición de la esclavitud al cambio del yugo a la collera . . . es también poco convincente".

[96] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, I, 39, 332, pp. 10 y 78 en la edición abreviada. Sin duda, insisto en el punto, pero debo dejar constancia nuevamente de mi objeción al concepto de "Edad Oscura" que se le atribuye a los comienzos del período medieval. Hoy no podemos admitir sin discusión un sofisma que quizá se le pueda perdonar a Gibbon dados los fuertes y cegadores prejuicios de su época. Las erróneas hipótesis que dieron nacimiento a la designación han sido repudiadas casi universalmente por los especialistas; sin embargo,

No se encontrará una respuesta fácil, me arriesgaría a decir, y muy posiblemente ninguna. Acaso una tentativa seria de explicación abarcaría un complejo tan vasto de condiciones e influencias antecedentes y contemporáneas, de capacidades innatas, de hechos imprevistos, desastres y aportes de otras civilizaciones, que resultaría inmanejable. Por muchas excelentes razones, algunas conocidas y otras sin duda desconocidas, las "necesidades" sociales de Marc Bloch nacieron y fueron reconocidas por los hombres de comienzos del medioevo y de alguna manera resueltas mejor, en la esfera técnica, de lo que había hecho ninguna otra civilización anterior. Pero..., ¿fue sólo la existencia de las necesidades que lo provocó? ¿Nos atreveríamos a decir que otros pueblos han satisfecho igualmente bien las mismas necesidades o exigencias? Lo que sabemos es que esos fundadores obraron como lo hicieron, y provocaron el mayor progreso técnico de la historia. ¿Fue esto una respuesta a una exigencia? Quizás lo haya sido, pero las raíces del asunto están a demasiada profundidad para que pueda alcanzarlas la azada del señor Toynbee.

---

persiste el término engañador. Hay muchos ejemplos: sólo citaré dos además de los ya mencionados. Charles Siger, en *A Short History of Science,* Oxford, 1941, añade a su quinto capítulo, "The Failure of Knowledge", el subtítulo de "La Edad Media (400-1400 d. C., poco más o menos): la teología, reina de las ciencias". La primera parte de ese capítulo, "La Edad Oscura" (400-1400), "se refiere muy brevemente a figuras tales como Boecio, Isidoro y Gelbert, omitiendo por completo los progresos tecnológicos de ese período". Se anuncia también (p. 126) que el milenio medieval "está dividido en forma desigual por un acontecimiento de la mayor importancia para la inteligencia humana", es decir, el "notable desarrollo de la actividad intelectual en el Islam" desde 900 hasta 1200, aproximadamente. A. C. Crombie, en *Augustine to Galileo,* conserva también el concepto de Edad Oscura, durante el cual "el conocimiento natural se seguía considerando de una importancia muy secundaria" (p. 7). "En la cristiandad occidental, en la Edad Oscura, a los hombres les interesaba más conservar los hechos recogidos en los tiempos clásicos que intentar ellos mismos interpretaciones originales". Crombie rectifica hasta cierto punto la engañosa impresión que da esta frase cuando sigue diciendo: "Sin embargo, durante ese período se agregó un nuevo elemento de la situación social, una actitud activista que inició un período de invención técnica y debía causar un efecto importante sobre el desarrollo del dispositivo científico" (pp. xiv-xv). Lynn Thorndike, al ocuparse de esa obra (*Speculum,* XXIX, 1954, pp. 541-45), llama la atención sobre el hecho de que Crombie conserva la expresión "Edad Oscura" y sobre "sus numerosas alusiones a los árabes", sin explicar ni una sola vez que, en realidad, se refiere a los que escriben en árabe, que podrían ser persas, sirios, egipcios, moros, españoles, judíos o cristianos (pp. 541-42). Como contrapeso a estas apreciaciones, acaso excesivas, del aporte "árabe", nótense los comentarios que hacen pensar de Ferdinand Lot, *Les invasions barbares et le peuplement de l'Europe. Introduction à l'intelligence des derniers traités de paix,* París, 1937, sobre todo en la "Conclusion de la première partie", pp. 109-14. Sin duda, cabe confiar en que los historiadores de la ciencia, más que nadie, eviten las acusaciones vagas y las generalidades gastadas. Acaso ningún otro grupo de historiadores haya tenido tan buena oportunidad de descubrir que todas las épocas son, por lo menos hasta cierto punto, oscuras, que la superstición existe aún y que hasta de sus propios tiempos se podría decir que sufren de una falta de conocimiento.

Lefebvre des Noëttes, después de haber examinado el fuerte efecto de los nuevos aparatos sobre la esclavitud, llegó a la conclusión de que, desde los primeros Capetos hasta su propia época, sólo el Occidente se benefició de la profunda transformación de los medios de producción y por lo tanto del organismo social, agregando que a esta ventaja de diez siglos en cuanto a tecnología se le ha debido en parte la actual hegemonía de la raza blanca.[97] Esto es una afirmación enérgica, pero franca y apuntalada por un muy sólido fundamento histórico. Muchos nos sentiríamos inclinados hoy, con el señor Toynbee, a mostrarnos cautelosos cuando se trata de hacer afirmaciones sobre la superioridad o inferioridad raciales.[98] Quizás sería preferible hablar de "civilización occidental" a referirse a "raza blanca". Nadie sabe mejor que el estudioso de la historia antigua y medieval cuánto les debe el Occidente a otras civilizaciones, sobre todo a las civilizaciones —y por lo tanto, a las razas, si así lo prefiere el lector— de Oriente.

Una de las fuentes más fecundas de conocimiento en la cual ha abrevado la nueva Europa ha sido, por ejemplo, la gran región de las estepas de Europa oriental, el Asia occidental y central y más allá.[99] Una notable contribución de esa zona fue la silla de montar y el estribo. Este equipo, junto con la aparición de la armadura y la cría de caballos lo bastante grandes y robustos para sostener a un jinete provisto de armadura, modificó de gran manera la relación existente entre el hombre a caballo y el hombre a pie; la influencia de los jinetes introdujo la era de la caballería y eventualmente el concepto de la caballerosidad.[100] Las repercusiones sociales de este hecho son claras: sea que se considere o no que la importancia militar del caballo es una de las causas directas del feudalismo, no cabe duda de que el feudalismo y la caballería se desarrollaron juntos. En el siglo VII, o antes, la necesidad de combatientes a caballo fue evidente, en Francia por lo menos, y si se debía criar caballos, a sus jinetes se los debía proveer de los medios, es decir, de las tierras, donde criarlos.[101]

No resulta tan fácil rastrear cómo fue introducido en la Europa occidental el equipo que llevó al nacimiento de la caballería feudal. Lefebvre des Noëttes se inclinaba a creer que los árabes tenían ya el estribo cuando invadieron España. Las primeras descripciones en latín se hallan en documentos españoles de la primera mitad del siglo IX;[102] en cambio,

[97] *L'attelage*, p. 188.

[98] Toynbee, *A Study of History*, por ejemplo, I, 61, p. 14 en la edición abreviada.

[99] Bloch, "Note sur un grand problème d'influences", *Annales*, VIII, pp. 513 y s.

[100] Lefebvre des Noëttes, *L'attelage*, pp. 238-46, y Grand, *L'agriculture*, pp. 450-51. Lot, *L'art militaire et les armées au moyen âge en Europe et dans le Proche Orient*, París, 1946, I, 19-20, establece la fecha de la caballería en el siglo IV, y aun en el III.

[101] Grand, *L'agriculture*, pp. 451-52.

[102] *L'attelage*, p. 235.

la primerísima representación del estribo que se conoce en Occidente parece ser la que figura en un peón de ajedrez perteneciente a Carlomagno, considerado tradicionalmente como parte integrante de un juego de ajedrez regalado al monarca franco por el califa Harun al Rashid.[103] Sean cuales fueren la fecha y los detalles, el lugar de origen del equipo fue Oriente. Se adoptó y formó parte del cuerpo de conocimientos técnicos de Occidente en forma muy semejante a muchos otros inventos. Su adopción atestigua la flexible y receptiva actitud de los hombres de comienzos del medioevo.

Resulta evidente, cuando se examina el problema, que tanto en la actividad industrial como en otras el mundo antiguo había perdido su capacidad creadora. A pesar de los tardíos e inútiles esfuerzos de emperadores como Diocleciano y Constantino por aumentar el uso de la máquina del poder,[104] después del siglo I de la Era Cristiana la simplificación y estandarización estuvieron a la orden del día. "No se crearon nuevas formas, no se introdujeron nuevos principios ornamentales. Reinaba la misma esterilidad en el dominio de la técnica. Salvo algunos nuevos aparatos de la industria del vidrio, no podemos detectar ningún nuevo invento en la técnica industrial después del siglo I."[105]

¿Cómo pudo suceder que después de la desintegración del Imperio Romano occidental el Occidente se volviera tan inventivo por derecho propio, tan receptivo a los aportes extranjeros, tan alerta ante las posibilidades de aparatos que habían estado al alcance, sin ser aprovechados, durante siglos, como el molino de agua? [106] Tal es el interrogante central.

[103] *Ibid.*, p. 236. No he podido consultar la obra de Claudio Sánchez Albornoz y Menduiña *En torno a los orígenes del feudalismo*, Mendoza, 1942, que es analizada por Grand en *L'agriculture*, pp. 449-50. Ver también las observaciones de R. S. López en su reseña crítica en *Speculum*, XXIV, 1949, 287-88. Si Sánchez Albornoz tiene razón cuando cree que los árabes no estaban mucho mejor provistos de caballos que los francos en la época de Poitiers, la conocida tesis de Brunner se vería conmovida. Adviértase también que, según las palabras de López: "El señor Sánchez no sólo niega que Charles Martel tuvo que apoderarse de tierras de la Iglesia a fin de crear una caballería de vasallos, sino que también duda de que la unión del vasallaje y el *beneficium* haya creado repentinamente el feudalismo en tiempos de Charles Martel y sus sucesores inmediatos". Por lo menos hay una cosa clara: los acontecimientos políticos y sociales que llevaron al feudalismo estaban bien en marcha antes de la aparición de la caballería pesada. La observación de que no fueron los árabes o los francos quienes tuvieron una numerosa caballería en el siglo VIII, sino los lombardos, los aquitanos, los vascos y más tarde los magiares, es muy interesante. Ver el estudio de Carl Stephenson de los grandes caballos en "Feudalism and Its Antecedents in England", *American Historical Review*, XLVIII, 1943, 259-60.

[104] Sagui, "La Meunerie de Barbegal", *loc. cit.*, pp. 229-31.

[105] Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Roman Empire*, p. 166.

[106] También es cierto, desde luego, que algunos métodos de la Antigüedad, por ejemplo el abono con marga, se usaron menos que antes. En el caso de éste, ello se debió aparentemente al costo. Ver Parain, "The Evolution of Agricultural Technique", CEH, I, 135-36. Sin duda, a veces se perdían o abandonaban simplemente técnicas útiles, pero en general se puede afirmar que los agricultores medievales perdieron muy poco y agregaron mucho.

No podemos ofrecer una respuesta básica. Como lo hemos visto en el capítulo III, las pautas establecidas por la antigua civilización habían sido sacudidas y despedazadas de una manera irreparable. Los acontecimientos ulteriores demostraron que, aunque muchos de los pedazos encajaban bien en las nuevas pautas, en la mayoría de los casos se requerían piezas nuevas. Los viejos edificios se habían derrumbado y no podían ser reconstruidos debidamente. Los arquitectos de antaño habían muerto y los de ahora tenían nuevas ideas.

En las sociedades y culturas, como en las estructuras de piedra y acero, las formas, la arquitectura, las relaciones, son soberanas. Por eso, cuando se derrumbó el viejo orden, ello implica establecerlo de nuevo o prescindir de él. Los sucesores de Roma en Occidente debieron decidir si volverían a comenzar. He afirmado que la atmósfera en que llegaron a su decisión era afortunada; que el colapso de las pautas de vejez inmemorial, la formación de una nueva sociedad y el reconocimiento de nuevas necesidades coincidían con una época de conflictos, movimiento de pueblos, ajuste y desajuste y rápidos cambios. Los pueblos, las costumbres y los valores se encontraron y entrechocaron durante siglos en la sociedad de la Europa occidental, semejante a una sociedad de fronteras. El intercambio de ideas en esa atmósfera era fácil. Las antiguas restricciones sobre la introducción, examen y aplicación de nuevos métodos fueron eliminados. En una sociedad en que el suministro de potencial humano era escaso, se daba un premio a la invención de aparatos que ahorraban trabajo. El clima era favorable a la exploración y la invención, y el suelo, por así decirlo, demostraba ser rico y productivo. Hay buenas razones para creer que si no hubiesen surgido esas condiciones todas ellas juntas, el gran progreso técnico, parte tan fundamental de la realización de la Europa occidental, no habría podido ser puesto en marcha a comienzos de la Edad Media.

Sin embargo, lo que se acaba de decir de los impresionantes comienzos de la Edad Media en punto a técnica, debe decirse también del resto de los cuatro "cambios" estudiados en este capítulo. No sólo en materia de tecnología, sino también en las demás, las condiciones existentes eran tales que permitían y aun alentaban una actitud activa, positiva, ante la vida. Se sigue de ello, inmediatamente, que los cambios operados en esos diversos medios —y los más frecuentes eran cambios para bien— se convertían en parte de un medio que influía y era influido por cada uno de los demás, un medio que cambiaba sin cesar mediante esas influencias recíprocas.

Se destaca el elemento de la libertad o, para ser más exactos, la *preparación* para la libertad eventual, el individualismo y la dignidad. Los actos y los hechos del período desempeñaron la función de buscar el camino. Era una época en que se operaron los importantes cambios de dirección ya mencionados, en que se buscaron nuevos objetivos. Uno de esos objetivos, acaso el más importante, fue la libertad... porque

ahora podemos ver y reconocer lo que no pudieron distinguir nuestros predecesores. Hubo que realizar ciertas adaptaciones fundamentales antes de poder hacer cambios de significación en la tecnología; el Occidente tenía antes que liberarse de la dominación de rígidas instituciones sociales que obstruían los nuevos métodos, la libertad de inventar, de experimentar, de tomar en préstamo y de aplicar. Podemos advertir cómo empezaron a presentarse esas modificaciones en la esfera intelectual, en la nueva relación entre el Estado y el individuo, en la honorable posición acordada al trabajo por intermedio de la poderosa institución monástica y la actividad misionera de los monjes, en el *status* de las mujeres mediante las enseñanzas del cristianismo. Había, en realidad, una renovación, literalmente desde las bases, en la sociedad rural, agraria, de la Europa medieval. Es cierto que los derechos de las mujeres, los siervos, los esclavos, los individuos en general, siguieron siendo durante largo tiempo más teóricos que reales, así como, por ejemplo, en el sistema feudal los derechos del rey existían más en la teoría que en la práctica.

Las teorías sobre los derechos, la libertad y la dignidad son, con todo, peligrosas...; peligrosas para las tiranías de toda clase: la de la ignorancia, la superstición, la pobreza, y todas las demás. Debía llegar un día en que los reyes, en Inglaterra, en Francia, en España, canjearían sus letras de cambio teóricas por el dinero efectivo de la autoridad política. Mucho más tarde, otras libranzas de la teoría debían ser rescatadas como realidades de oro. De los monjes y los filósofos escolásticos, despreciados durante tanto tiempo como unos estúpidos a quienes se les negaba el favor de un examen desapasionado y "científico", y por lo tanto no eran apreciados, debían llegar teorías y aplicaciones que, con el tiempo, permitirían al hombre occidental emanciparse más aún al obtener el dominio de su medio físico. Uno de los primeros de los muchos pasos hacia la liberación de un trabajo penoso, por ejemplo, sobrevino con la aparición del arado pesado tirado por un caballo; la efectiva contribución total de la revolución escolástica que comenzó con las primeras controversias teológicas de la Era Patrística y continuó durante toda la Edad Media, está aún en proceso de ser investigada.[107] Ningún momento de nuestro pasado tiene tanto poder para hacernos inteligible por qué estamos en el camino que recorremos. Nadie puede aclararnos mejor las antiquísimas fuentes de nuestra inspiración y realización.

[107] Ver, por ejemplo, Curtis Wilson, *William Heytesbury, Medieval Logic and The Rise of Mathematical Physics*, Madison, Wisconsin, 1956, y la reseña crítica de la obra por Andrew G. O'Connor, *Speculum*, XXXII, 1957, 622, 24.

Capítulo V

EPÍLOGO SOBRE EL PASADO Y EL PRESENTE

El estudio de la historia implica una doble operación: plantea interrogantes y busca respuestas. Tiene éxito, y por lo tanto nos es útil, ya que indaga con inteligencia, imaginación y perspicacia, y obtiene sus respuestas con un método sistemático, de cuidadoso sondeo y actitud suficientemente libre de prejuicios que ciegan y de esquemas ideológicos mortíferos. Si no se satisfacen esas condiciones, nos limitamos a cambiar una antigua ignorancia por otra nueva.

En cambio, no todas las preguntas planteadas por los historiadores pueden obtener una respuesta inmediata y algunas no la consiguen jamás. Las preguntas de esa índole son, con todo, legítimas y pueden ser útiles. Las opiniones e interpretaciones presentadas en estas páginas plantean muchas de esas preguntas. Algunas de ellas serán consideradas en este post scriptum. Pero sólo pueden esperar observaciones generales, poco concluyentes y aun especulativas..., no respuestas. La respuesta que provocan será la medida de su valor.

La afirmación básica de este libro es que se llegó a una encrucijada decisiva en la evolución de la tradición occidental en el período que corre entre los años 300 y 600, cuando la antigua civilización clásica pagana alcanzó un punto muerto en Occidente. Lo sucedido en ese período tuvo consecuencias de muy largo alcance en las épocas ulteriores. La civilización occidental pudo haberse detenido o acaso encontrado quién sabe cuántas salidas de su estado agónico. Lo que hicieron en realidad los hombres de ese tiempo, empezando en algunos campos de la actividad humana antes aún del año 300 de la Era Cristiana y continuando durante todo el período carolingio hasta el año 1000, fue seguir una nueva dirección en busca de nuevas soluciones para problemas que se consideraban insolubles en el Occidente grecorromano de la Antigüedad. La singularidad de las condiciones en que se originó el nuevo impulso es la clave para comprender la tentativa de civilización más reciente, de más largo alcance y más avanzada que haya intentado la humanidad. Se ha hecho notar ya que lo singular de esa tentativa no radica en sus circunstancias peculiares, sino también en las combinaciones de circunstancias. Éstas juntas hicieron —o permitieron— a los europeos de esa época avanzar

en una nueva dirección. Cuando todo podía haberse quedado en punto muerto, se brindó una nueva oportunidad.

Si queremos captar la naturaleza de ese acontecimiento histórico es esencial que lo veamos como descubrimiento de una nueva ruta —más viable— a través del laberinto de la historia. Los hombres de comienzos del medioevo aprendieron lo mejor que podían del pasado y del presente a medida que avanzaban y crearon nuevos patrones de valores y nuevos objetivos. Resultaría difícil decir hasta qué punto tuvieron conciencia de que abandonaban los antiguos patrones y se proponían nuevas miras. Como lo hemos visto, más de una vez se vieron forzados, contra su voluntad, a adoptar nuevos métodos y valores que más tarde resultaron mejores que los viejos.

Uno de los fracasos memorables del Occidente romano se operó en la esfera de la economía. Aunque se ofrecieron excelentes oportunidades, los romanos no lograron establecer y mantener una economía de empresa y desarrollo de base amplia, equilibrada, en la agricultura y en la industria, con la cual alimentar a un comercio sano y recíprocamente tonificante. Sin duda, sus numerosas conquistas, su adquisición de gran números de esclavos, su fácil obtención de tributos, que equivalían casi a un saqueo pirático, y su desprecio por el trabajo productivo desde lo que podríamos llamar las más altas profesiones y pasando por el comercio hasta los empleos agrícolas e industriales más pobres, tuvieron mucho que ver con su fracaso.

Otro fracaso, la fatal inadaptación de la sociedad, no fue percibido tampoco por los romanos del Imperio de los últimos tiempos. Los moralistas, al evocar con nostalgia días lejanos más felices, no distinguieron las verdaderas causas de las dificultades sociales de su época, las desigualdades políticas y económicas, de oportunidad y justicia, la contagiosa degradación inherente a la institución de la esclavitud, el enorme derroche que implicaba relegar a las mujeres a una posición relativamente inferior e ineficaz en la sociedad. Añoraban una época antigua de pequeños labradores independientes, de pan negro, cacharros de barro y costumbres sencillas. Al hacerlo, confundían la simplicidad con la fuerza, como si la una no pudiera existir sin la otra.

Un tercer fracaso básico del antiguo Occidente romano fue el que se operó en la religión. La oficial del Estado sufrió las consecuencias de la desalentadora explotación que experimentaba toda religión convertida en instrumento de conveniencia política. Era, además, fría y austera, embellecida sin cesar por la imaginación y vivacidad que daban cierto encanto a la religión griega clásica antes de que las ciudades-Estados perdieran su libertad política y su perspectiva confiada. La religión del Estado era débil en cuanto perdonaba o aceptaba tácitamente las distinciones de clase rígidas, permitiendo una posición privilegiada a la aristocracia de la riqueza y el poder militar u oficial y asignando una posición degradada a los esclavos y los pobres. Los cultos misteriosos que

comenzaron a ganar conversos después de la conquista del Mediterráneo oriental, no hicieron mucho por mejorarla, si es que hicieron algo.

Esas religiones parecían incapaces de alcanzar un alto nivel moral y ético, y de conservarlo y atraer al mismo tiempo en forma general a todas las clases y a todos los tipos humanos. Uno de los mayores defectos de las antiguas religiones paganas estaba señaladamente en su incapacidad de apreciar la igualdad de todos los hombres por el simple hecho de pertenecer a la especie humana y de participar de lo que llamamos ahora dignidad del hombre. De ahí provenían los privilegios especiales para los poderosos y la complaciente aceptación de la esclavitud y la injusticia... y de ahí también, como surgiría luego, la debilidad fatal. El vínculo entre la religión y el Estado era, en una sociedad habituada al privilegio por un lado y a la explotación por otro, completamente natural y completamente desastroso.

Tampoco se podía esperar que los romanos del Bajo Imperio advirtiesen e interpretaran esas debilidades, ni siquiera un sincero devoto de Isis, *tal como Apuleyo en el siglo II, o el emperador-filósofo pagano* Juliano, quien nunca logró comprender al cristianismo, en el siglo IV. San Agustín rompió el vínculo entre la religión cristiana y el Estado, un hecho feliz de incalculable valor. Pero aun aquí, como lo he sugerido ya, cabe preguntarse si pudo prever todas las consecuencias de esa ruptura. Ello parece poco posible, y hay que admitir asimismo que, algunos cristianos, no sólo en Oriente, sino también en Occidente, y no sólo en tiempos remotos, sino también en tiempos más recientes, nunca han comprendido todo lo que implica la doctrina de la separación de la ciudad terrena de la ciudad divina. Pero en la religión, como en la vida económica y social, sea que lo haya sospechado o no San Agustín, el abandono del viejo camino y el comienzo de uno nuevo denotaban un cambio crítico. Esto era cierto, desde luego, en el sentido más amplio de la palabra, aunque en este estudio he subrayado la ruptura del cristianismo con una característica esencial de la antigua religión romana, es decir, la unión de la Iglesia y el Estado.

Si volvemos a la opinión mencionada en primer término, de que los comienzos de la Edad Media tuvieron la característica singular de ofrecer oportunidades para el cambio y que se sacó partido de esas oportunidades, surgen las viejas y familiares preguntas del qué, el porqué y el cómo.

En cuanto al "qué", hemos visto que se produjo en Occidente un *grave colapso del poder y el orden romanos, lo que se señala más* claramente por un colapso político, militar y moral que estuvo vinculado de modo inseparable a un fracaso económico y social subyacente. En realidad, es inútil tratar de distinguir los variados aspectos del fracaso occidental; ello equivaldría simplemente a aplicar rótulos a distintos aspectos del mismo objeto. El hecho esencial es que el Occidente romano, en los tiempos de Constantino poco más o menos, no tenía dónde ir. El Oriente romano pudo continuar, como lo hemos visto, porque tenía una eco-

nomía más fuerte y un nivel de vida menor entre las masas y también porque podía resistir o desviar a los invasores bárbaros. En ese Oriente conservado de una manera maravillosa hubo relativamente pocos cambios en los siglos que siguieron a las primeras invasiones bárbaras de Occidente, y el cambio que se operó tuvo lugar en forma gradual si se lo compara con el operado en regiones occidentales. Porque fue en éstas donde se produjeron la mayor turbulencia y el trastorno más intenso, y no precisamente en los siglos III, IV y V, sino repetidas veces en los siglos siguientes, cuando barrían Europa una ola tras otra de invasores. La Iglesia occidental, ya en el siglo V o aun en el IV, había empezado a estar en pugna con la oriental, a revelar su naturaleza cada vez más distinta mediante su diplomacia, su monaquismo y sus disputas doctrinarias y también a adoptar una posición muy diferente en el desarrollo de la civilización.[1]

Resulta más difícil decir todo lo que sucedió en Occidente que explicar su significación. El investigador desprejuiciado, no movido por ningún interés racial o nacional —como sucede entre los celtas y los germanos, entre los mongoles o los eslavos—, se ve obligado a abordar en forma indirecta el problema. Acaso un químico estaría en esa posición si tratara de explicar por qué ha estallado una sustancia, sin conocer o poder poner a prueba directamente las sustancias químicas implicadas.

En este caso, sabemos que tuvo lugar una explosión, conocemos por lo menos los nombres de algunas de las sustancias y tenemos una idea bastante aproximada del efecto causado por el estallido. El enfoque indirecto requerido aquí radica en la necesidad de empezar a veces no con el comienzo de la acción, sino con el final o el efecto. Específicamente, tenemos que retroceder desde el cambio ocurrido en la civilización de la Europa occidental hasta un examen de las causas probables y posibles de los pensamientos y actos humanos. Así, podemos decir qué cambios se sucedieron en el período posromano y qué implicaban; pero resulta mucho más difícil explicar con exactitud qué combinación de condiciones llevó a qué resultados, y a qué clase de resultados, en este período de las invasiones, y a tantos cambios sociales y culturales. Por ejemplo, es testigo de ello el gastado esquema histórico de que el fenómeno del colapso de las instituciones establecidas y las invasiones bárbaras concomitantes, tal como ocurrió en el Occidente romano, fueron perjudiciales, de que en cambio la conservación de las instituciones consolidadas y el hecho de evitar la invasión, como sucedió en el Oriente romano, fueron buenos.

[1] Geoffrey Barraclough, *History in a Changing World*, p. 41, no llegaba tan lejos ni mucho menos, aunque admite que "en manos de San Ambrosio, San León y San Agustín el cristianismo occidental cobró forma como algo distinto de la religión ortodoxa del Oriente". Se pronuncia contra la opinión de que esa "diferencia" consistió en la asimilación o adopción de la cultura romana por Occidente y rechaza atinadamente la opinión (que no dice de quién es) de que esa sola "diferencia" señaló una ruptura decisiva.

La hipótesis, en cierto modo, siempre parece ser, de manera poco crítica, que la conservación de cualquier orden es buena y la desorganización de todas las instituciones establecidas, deplorable. Sólo cabe preguntarse, ¿buena para quién? El fracaso del poderío romano en Occidente significó, entre otras cosas, la decadencia de la esclavitud, que sobrevivió, como sucede aún, en Oriente, más civilizado. Asimismo, Occidente, políticamente dividido y debilitado, vio surgir una Iglesia cristiana con libertad para obrar, específicamente para llevar a la práctica por lo menos algunos de sus principios, mientras que el Oriente acreditado hizo de su Iglesia nominalmente cristiana una rama del gobierno imperial. Tampoco se puede olvidar que el Occidente agrario, librado a sus propios recursos, soportó repetidas incursiones de nuevos pueblos; pero como poseía algo en qué confiar, se puso a trabajar, tanto con las manos como con el cerebro, y es probable que ya en el siglo x alcanzó, para el grueso de su pueblo, un nivel de vida superior al de las masas romanas urbanas de la Edad de Oro de los Antoninos.

¿A quién perjudicó el fracaso de Roma? Por cierto que no a la época actual, cuyos predecesores medievales hicieron un trabajo muy superior de descubrimiento y difusión de los progresos sociales al de los romanos. De más está decir que la eliminación de los problemas sociales que habían constituido un obstáculo fundamental en el camino de los hombres antiguos, abrió el paso a acontecimientos de largo alcance en el dominio intelectual y estético. El modo de afrontar la ciencia de principios del medioevo, es decir, bajando primeramente a tierra, elaborando recursos prácticos y pasando sólo entonces a la teoría, resultó vastamente superior al enfoque griego harto especulativo, por las nubes, que nunca llegó a satisfacer del todo las crudas necesidades.

Sin embargo, uno siempre vuelve al nuevo medio social de Occidente cuando trata de llegar a la esencia de lo sucedido. Por ejemplo, para descubrir en qué se diferenciaba el nuevo Occidente medieval del Oriente bizantino y del mundo musulmán que nacía rápidamente, es necesario a la larga meditar sobre las condiciones de vida básicas. El mundo bizantino, por así decirlo, había nacido viejo, porque eran los despojos mortales de Roma que sobrevivían en su rincón del Mediterráneo después de que el Imperio se hubo desintegrado y despojado en gran parte de su pompa y riqueza. Era tranquilo y mesurado, o mejor dicho, de costumbres estables, experto, cauteloso; sabía muy bien, en la mayoría de los casos, cómo conservar y obtener gran parte de sus recursos. Era cortés y civilizado y tenía una forma de cristianismo. Su persistencia a través de los buenos y los malos tiempos, su astuto enfrentamiento del enemigo con el enemigo, su resistencia, su prudencia, su brillo, contribuyen a la historia con un capítulo sorprendente. Con el tiempo, cuando el adolescente Occidente fue lo bastante adulto para comprender, Bizancio le enseñó mucho. Por cierto, era estable, comparado con el Occidente, pero algo así como lo era Esparta con respecto a Atenas. Socialmente, alcanzó un nivel bastante alto, pero allí se quedó, estratifi-

cado, conservador, regimentado, durante siglos. Miraba al pasado de preferencia al futuro y hacía innovaciones a regañadientes, cuando las hacía.

La sociedad musulmana creada por los árabes no había nacido vieja a la manera bizantina, pero se volvió adulta casi de la noche a la mañana. Porque los árabes asimilaron, en muchos sectores, una rica y floreciente cultura urbana y la vivificaron con una nueva dirección y el impulso de la religión nueva, de éxito inmediato. El contraste entre el mundo musulmán y el mundo occidental medieval puede muy bien comprenderse al advertir la forma muy distinta como ambos adquirieron sabiduría clásica. Los árabes, cuando extendieron sus conquistas y se atrincheraron en una posición de dominio, estuvieron prontos a asimilar el conocimiento griego; y todo esto sucedió en muy poco tiempo. Las cosas ocurrieron de una manera muy distinta en Occidente, que debía cumplir sus tareas, aprender a enjaezar caballos, arar la tierra y hacer funcionar los molinos con eficiencia para tener tiempo libre y leer a los poetas, filósofos y científicos griegos. El mundo musulmán, desde Bagdad hasta Damasco, pasando por el África hasta la Córdoba española, en nuestro período medieval, era en muchos sentidos cortés, refinado, erudito, rico y suntuoso. Tomaba del pasado con rapidez y aplicaba y extendía su conocimiento con brillo. Pero sus cimientos sociales y económicos y su sistema político o eclesiástico-político quizás hayan dejado algo que desear.

Es extraño lo poco que han comentado los historiadores el hecho de que las civilizaciones bizantina y musulmana les debieron tanto a los griegos como el Occidente medieval y moderno.[2] Se ha asignado mucha

2 Barraclough (*ibid.*) ha hecho notar que tanto Occidente como Oriente han recibido una herencia del pasado clásico, pero le interesa demostrar el "contenido universal" de la civilización y lamenta todo propósito de distinguir entre la tradición oriental y occidental o de ver cualquier contraste entre ellas. Sus tentativas de hacer del mundo contemporáneo una gran familia feliz derivan aparentemente de su sentimiento de que, desde el punto de vista histórico, los tiempos de Europa y la civilización europea han pasado. El juicio me parece prematuro. ¿Debemos llegar a la conclusión de que el deseo engendra el pensamiento? El Oriente está luchando hoy para despojarse no sólo de toda dominación extranjera, sino también de los sistemas domésticos de esclavos y castas, de las supersticiones "religiosas" y de la servidumbre virtual de las masas. Sus dirigentes son receptivos ante las ideas y experimentos occidentales en punto a democracia y educación y hasta de la tecnología occidental, que, para Toynbee y algunos otros, es tan objetable. Barraclough se equivoca al suponer que el Occidente y la tradición occidental son hostiles a Oriente. Cabe admitir que los imperialistas occidentales han explotado al Oriente, pero han hecho lo mismo, cuando podían, con su propio pueblo. En cuanto individuos, no están a un nivel superior en la tradición occidental que los bracmanes y nababs de toda clase en la oriental. Ambas civilizaciones tienen mucho de qué liberarse en sus respectivos pasados. El peor enemigo de Oriente no es el Occidente, sino su propio pasado; es de esta tiranía, más que de cualquier otra, de la que está ahora procurando zafarse. Ver el comentario de Butterfield sobre esta opinión de Barraclough en su reseña crítica de "History in a Changing World", *loc. cit.*, p. 190. Ver también la reseña crítica de Pieter Geyl, *The Nation*, CLXXXIV, 1957, 325-27.

importancia, desde el Renacimiento italiano, a la deuda de Occidente con la antigüedad clásica y sobre todo con la cultura griega; sin embargo, como ya se ha dicho, tienen importancia quien recibe y las condiciones en que recibe, así como la cosa que se recibe. No obstante, esta calificación rara vez se ha manifestado en los análisis históricos de los orígenes y desarrollo de Occidente, y la deducción errónea, es decir, que los griegos y los romanos han modelado virtualmente el Occidente, casi no ha sido discutida. Un legado notable del pasado helénico, aunque pueda influir en muchos aspectos sobre el carácter de la civilización bizantina o la musulmana, no podría modificar los cimientos sociales sobre los cuales estaban edificadas esas civilizaciones. La herencia clásica no podría rescatar a los musulmanes y bizantinos de vacíos sociales fatales, como no pudo salvar a los propios griegos o romanos. Se trataba potencialmente de una fuerza cultural poderosa, pero no operaba en un vacío social ni en Oriente ni en Occidente, ni en la Antigüedad ni en la Edad Media.

A pesar de ser magnífico el legado de Grecia y Roma, podía ejercer poca influencia sobre los hombres que no lo comprendían, y tal era la situación de la población agraria de las regiones más vigorosas de Occidente después del fracaso romano. Mientras que tanto los bizantinos como los árabes construían sobre cimientos de larga data, de carácter mucho más helenístico que helénico, el Occidente tuvo que construir de nuevo. En las sociedades orientales, hasta las zonas geográficas, las ciudades, las rutas comerciales, eran en gran parte antiguas y familiares desde hacía mucho tiempo. En Occidente, los hechos, sucesos y movimientos más importantes se desarrollaron en el —y alrededor del— poco conocido y no civilizado oeste y en el norte menos conocido aún, más tarde, en el norte y el este, más bárbaros aún. No debe asombrarnos que la nueva sociedad creciera muy lentamente si se la compara con el mundo musulmán y que pudiera y tuviera que explorar y experimentar en forma nunca oída entre los bizantinos.

Se plantea, naturalmente, la pregunta de si esa lentitud, por un lado, esa rapidez, por otro, tenían algún significado social. Aquí, con respecto a las civilizaciones orientales, hay que considerar también dos factores. El primero es que en Oriente las civilizaciones posteriores, tales como la bizantina y la musulmana, aunque introduciendo nuevos elementos culturales en punto a habilidades, perspectivas y valores, edificaban sobre antiguos cimientos sociales. La vieja e inmemorial tradición resultaba demasiado fuerte para la religión de Mahoma, como lo fue para la de Cristo. En segundo lugar, aunque esto se aplique solamente a la civilización musulmana, la misma rapidez de la expansión militar y política se convirtió socialmente en un factor adverso que hizo casi imposible todo cambio fundamental en las sociedades conquistadas. Había que usar con mucha frecuencia las instituciones antiguas, que, al usarlas, influían sobre las nuevas, a veces en forma muy profunda. Pero en Occidente, el hecho de que el desarrollo no fuera rápido ni fácil,

que no se tratara simplemente de adueñarse de una cultura urbana existente y de que funcionara bastante bien, puede contribuir a explicar ciertos resultados muy distintos. En la Europa occidental se ascendió desde un plano igualmente bajo en casi todos los aspectos, gracias al efecto nivelador de los vastos cambios sociales, económicos y políticos de fines del Imperio y de la repentina conmoción causada por sucesivas oleadas invasoras. Esto contribuyó, sin duda, a desorganizar las viejas hipótesis sociales sobre el valor de cosas tales como el trabajo, el individuo y el Estado. En una sociedad basada en la tierra, obligada a cooperar en casi todas las fases de la existencia, a trabajar y a vivir juntos en aldeas y más tarde en ciudades, donde la influencia de la costumbre se acentuaba —aunque sin ser tan grande como para impedir el cambio—, era posible que la noción de la colaboración social, aunque muchas veces no se expresara, se convirtiera en una poderosa fuerza.[3]

El hecho de que en la formación de una nueva sociedad en Occidente *se produjeran juntas* y se influyeran recíprocamente varias condiciones y fuerzas no puede ser sobreestimado. ¿Se halla aquí la manera de obtener una respuesta? Entre esas fuerzas figuraban: *a)* el cristianismo, tal como llegó a ser en las condiciones de Occidente: una fuerza moral activa y poderosa y al mismo tiempo una influencia social cooperativa y de empuje; *b)* las condiciones sociales, políticas y económicas, que cambiaban con violencia y en forma brusca en el Imperio de los últimos tiempos; *c)* las invasiones, que se registraban oleada tras oleada y que se operaban en un siglo tras otro, trayendo nuevos pueblos con sus nuevas costumbres, nuevos valores, nuevo vigor y otros atributos de carácter acuciante y perturbador; *d)* la sociedad basada en la tierra y sus instituciones, que difería de las sociedades agrarias primitivas por la naturaleza de sus comienzos —una sociedad desbastada, construida penosamente, pero flexible y resistente—, y *e)* los nuevos inventos y adaptaciones tecnológicos.

En el lenguaje de los historiadores más recientes, esta revolución social y nuevo comienzo serían calificados, muy acertadamente, de ruptura "cataclísmica" con el pasado.[4] El elemento del cataclismo en sí se

[3] Ver el reciente estudio indagador de los conceptos de libertad en la Edad Media de Herbert Grundmann, "Freiheit als religiöses, politisches und persönliches Postulat im Mittelalter", *Historische Zeitschrift*, CLXXXIII, 1957, 23-53. Como se ha notado con respecto a las investigaciones de Bloch y Verlinden, el significado de palabras tales como *liber* y *servus* sufrió cambios con respecto a definiciones anteriores y posteriores y también dentro del período medieval. El problema semántico implicado es algo que se encuentra a menudo hoy, como lo sabe todo aquel que ha intentado definir el sentido del término "liberal" desde los tiempos de la Ilustración.

[4] Para un análisis reciente de este tema y el historicismo, ver Barraclough, *History in a changing world*, pp. 2-7, 11-12, y las referencias que se dan allí. Es bastante natural que las definiciones del historicismo varíen un poco. Barraclough, acaso como converso reciente, es de un celo algo exagerado y tiende a apelar con cierta precipitación a las deducciones forzadas. Uno se pregunta también si Karl Popper, a quien cita Barraclough, no suele ser víctima de ideas

convirtió en una fuerza en la formación de la nueva sociedad en una época de transiciones penosamente rápidas. Llegó a ser una fuerza porque fue en razón de la acabada conmoción que experimentó el viejo mundo romano de Occidente que la Europa Occidental se liberó de un orden social antiguo sólidamente atrincherado, pero evidentemente inútil. En virtud de invasiones ulteriores, que fueron catástrofes en la época en que ocurrieron, pudo conservar esa libertad y se vio alentada a hacer los experimentos ya descritos.

Es evidente, con todo, que la tentativa de señalar sólo uno o dos hechos no aclara nada. Fue todo un complejo de condiciones lo que dio su impulso inicial a la nueva sociedad. Al comentar el progreso de la tecnología a comienzos de la Edad Media, Marc Bloch, recordémoslo, en una frase notable, se refirió a una sorprendente flexibilidad y facilidad de la mano, el ojo y la mente.[5] Al hablar de la aparición de la sociedad medieval, uno puede referirse también a una notable y afortu-

---

tan fijas como las de los científicos sociales a quienes ataca siempre con vigor y a menudo con efecto. Un buen ejemplo es su modo de tratar a Platón, quien se está quemando ya lentamente en la hoguera desde hace varios años. Acaso no esté fuera de lugar inquirir si los Grandes Inquisidores suelen ser elegidos por los procesos democráticos de una sociedad abierta o si se nombran siempre a sí mismos. Pregunto, desde luego, sólo como un inquisidor (que se ha nombrado a sí mismo) se lo preguntaría a otro.

Quizás sea un ejemplo mejor aún del hecho de que también Popper suele mirar la historia con anteojeras —la "historicista" no es la única variedad— su manera de tratar la Edad Media. Mucho de lo que se dice de la "Edad Oscura" son meras tonterías, producto de la ignorancia, de la confianza en interpretaciones y esquemas rechazados desde hace mucho tiempo y de prejuicios. Los buenos móviles, tales como la devoción a la libertad y la antipatía al despotismo político, no compensan totalmente vacíos tan serios. Pero Popper lo sabe, ya que cita a Acton al respecto. Un ejemplo más de su prejuicio, o tal vez sólo de lo escaso de su información sobre ciertos temas, es su refutación de los sofismas e ilusiones románticos sobre la Edad Media sin una sola palabra sobre las fantasías racionalistas en el otro extremo. Como ya lo he hecho notar, *ambos errores* son el resultado de un alegato especial aplicado a la historia, y puede añadirse que el uno es tan "historicista" como el otro. Popper indica más bien claramente su sentimiento de que algunas especies de historicismo no son tan malas como otras... Marx, por ejemplo, es algo menos repulsivo para él como racionalista que otros pensadores con los que discrepa. Ver K. R. Popper, *The Open Society and Its Enemies*, 2ª ed., Londres, 1952, I, 1-5, para sus primeras definiciones del historicismo; para sus opiniones sobre el autoritarismo "supuestamente cristiano" de la Edad Media, II, 23-26, 302-3; para la cita de Acton, II, 303; para la referencia a la opinión encomiástica de los románticos sobre la Edad Media, II, 302-3; y para la base de mi observación sobre Popper con respecto a Marx, II, 252 y s.

Al criticar así la forma relativamente amable de Popper de tratar a Marx, no quiero significar con ello una aprobación implícita de las opiniones y métodos de Arnold J. Toynbee, quien aquí es estudiado también por Popper. Mi objeción es que parece haber más indulgencia para Marx que, digamos, para A. N. Whitehead (para el cual ver Popper, II, 247 y ss.). Se nos presenta a Whitehead, acaso con un poco de engreimiento, como un irracionalista, aunque inconscientemente.

[5] "Les 'inventions' médiévales", *Annales*, VII, 639.

nada combinación de condiciones, hechos y talentos. A primera vista, como me ha costado un poco explicarlo, no parecía probable que esas nuevas circunstancias llevaran a mucho mejoramiento, fuera en combinación o por separado, cuando era apenas un popurrí de costumbres viejas y nuevas. Sin embargo, en el nuevo mundo existían, en cantidades suficientes, las necesidades sociales que Marc Bloch llamó prerrequisitos de la difusión en el exterior y la aplicación de los inventos.[6]

Reviste para nosotros una importancia nada efímera indagar por qué el cristianismo se convirtió en una fuerza social mucho más dinámica en Occidente que en Oriente. Sin duda, por lo menos a juzgar por las apariencias, una gran religión nueva debía poder hacer mucho más en la parte sobreviviente de la antigüedad clásica.[7] Se ha hecho una conjetura muy parecida sobre la civilización musulmana, antaño tan erudita, tan vigorosa culturalmente, tan próspera. ¿Por qué llegó con tanta rapidez al término de su ciclo creador? Luego está la cuestión de la libertad, que emergió lenta y tortuosamente de los escombros de los que se desarrolló el mundo medieval. Parece imposible que haya podido provenir de condiciones tan desfavorables: de la derrota militar y la división política, de la decadencia económica y de un desplazamiento de las ciudades hacia el campo, desde un descenso cultural de la Acrópolis de Atenas hasta las reyertas de los padres de la Iglesia en Éfeso y Calcedonia y la labor de copiado de los monjes en sus solitarios *scriptoria*.

Hace ochenta años, lord Acton, aunque no vio todo lo que es visible ahora, advirtió con mayor claridad que nadie la fundamental relación existente entre la Edad Media y el primer brote de un tipo de libertad más amplio y duradero que cualquier otro conocido por una Atenas o una Roma esclavistas e imperialistas.[8] Notó que no fueron solamente la oposición de los dirigentes cristianos a la esclavitud, ni la Iglesia como institución, ni los germanos ni los ciudadanos, los responsables de haberse resistido y finalmente de haberse abierto paso a través de la constante amenaza de un tipo de despotismo u otro. Más bien se trataba de esas fuerzas que trabajaban a un mismo tiempo, juntas y superpuestas, como en el choque de la jerarquía feudal con la eclesiástica. Aunque no discernía todo el significado de la cuidadosa separación hecha por San Agustín del cristianismo del Imperio en su época, veía en las palabras de Cristo "Dadle al César lo que es del César y a Dios

---

[6] "Moulin à eau", *Annales*, VII, 545-48.

[7] Como ya se ha hecho notar, Barraclough, *History in a Changing World*, p. 41, para mencionar sólo uno, no está de acuerdo.

[8] En tres notables ensayos, "The History of Freedom in Antiquity", "The History of Freedom in Christianity", ambos publicados en 1877, y "Sir Erskine May's Democracy in Europe", publicado en 1878. Ver *The History of Freedom and Other Essays*, editado por J. N. Figgis y R. B. Laurence, Londres, 1909, pp. 1-29, 30-60, 61-100. Para referencias más específicas sobre las ideas de esta frase y las siguientes, pp. 2-29, 34-39, 79-85.

lo que es de Dios", "el repudio del absolutismo y la iniciación de la libertad".[9]

Acton sabía también que las ideas del cristianismo, que habían sido introducidas tanto en Oriente como en Occidente, no bastaban en sí mismas; debían ser no sólo introducidas, sino también aplicadas. La oportunidad de su aplicación surgió del choque del Estado feudal con la Iglesia medieval. De esa lucha por el poder absoluto, provino la libertad en la forma de los privilegios para las ciudades, los Estados Generales de Francia y el Parlamento de Inglaterra. El historiador de la libertad comprendió también que la lucha distaba de haber terminado con la obtención de ciertos derechos civiles y políticos y creía que lo que empezó como una creación intelectual de los atenienses y cobró carne y espíritu en la Edad Media, tenía aún mucho camino que recorrer. No obstante, "si hay motivo para enorgullecerse del pasado, lo hay más aún para confiar en el tiempo que vendrá", dijo aludiendo a su natal Inglaterra, en 1877.[10] Los hombres de nuestro tiempo, que deben pensar en términos de una más amplia necesidad de libertad, podrían inclinarse a admitir solamente que la crisis de la libertad es perpetua.

Con todo, ni siquiera Acton, con su rara sagacidad, pudo percibir las maravillas de las invenciones y adaptaciones tecnológicas de comienzos del medioevo que Lefebvre des Noëttes fue el primero en descubrir. Se deduce que no pudo sospechar la fuerza y la solidez en que se basaba la sociedad agrícola de la Europa medieval. De acuerdo con ello, aunque pintó en forma adecuada los horrores de la opresión y la violencia medievales, tuvo quizás tendencia a subestimar la fuerza de la independencia y resistencia de los campesinos. El campesino no reveló sus objeciones solamente con salvajes y sangrientas rebeliones; lo hizo también con constantes apelaciones a la costumbre, ejecutando de mal humor y a regañadientes trabajos especiales, fugándose a los dominios de otros señores, uniéndose a expediciones colonizadoras que iban rumbo al este y, eventualmente, huyendo a las ciudades. Si las ciudades medievales que ellos crearon fueron, entre otras cosas, astutas, resistentes y agresivas al ampliar sus libertades, ello se debió en parte a que los campesinos del medioevo eran tan distintos de los de la Antigüedad.

Por ello, sería un error, al tratar de evaluar la condición de la sociedad medieval, dejar al margen del cálculo las duras realidades de la vida campesina, la constancia de un lento mejoramiento en las condiciones de vida que estimularon el desarrollo de una tradición de obstinada resistencia a la operación y la insistencia igualmente obstinada en ciertos derechos o costumbres. Pero esto no bastaba por sí mismo, así como tampoco bastaba el cristianismo solamente. Fue la alianza de las fuerzas materiales y espirituales lo que permitió a la sociedad occidental resolver problemas que habían sido excesivos para pueblos dema-

[9] *Ibid.*, p. 29.
[10] *Ibid.*, p. 60.

siado prácticos, como los antiguos egipcios, o para otros demasiado especulativos, como los griegos; es un hecho que los valores espirituales de Occidente han sido incorporados a sus realizaciones materiales y casi siempre han seguido siendo inseparables de ellas. Acaso lo más valioso que el Occidente y el mundo pueden aprender del pasado es no idolatrarlo simplemente porque sea el pasado y no dejarse dominar por él. El significado no radica en los detalles en sí: en el colonato, en la flota pirata vándala, en la conversión de los paganos, en la *seigneurie* o en la invención del estribo y la silla de montar. Éstos pueden haber variado infinitamente. El significado de la Edad Media para nosotros consiste más bien en los principios generales, en la percepción de que lo que importaba desde el punto de vista histórico era crear condiciones relativamente flexibles, que no coartaran de una manera desastrosa el experimento, sino que lo alentaran y permitiesen la ejecución de cambios deseables. De esas circunstancias surgió una especie de porfiada receptividad para adaptarse a las condiciones cambiantes que rara vez se encuentra en la historia y que no se advierte en ninguna parte durante un período tan largo.

La gran pregunta que ha asomado detrás de todas las demás en el análisis intentado aquí es la siguiente: Si a comienzos de la Edad Media los hombres empezaron a hallar un camino hacia la libertad, la dignidad y la decencia liberándose de las cadenas de la ignorancia, el miedo, la pobreza, la enfermedad y el despotismo . . ., ¿cómo lo hicieron? Ninguna revolución en la naturaleza humana tuvo lugar en ese lejano tiempo y ninguna ha ocurrido aún. Los más bajos instintos humanos de crueldad y opresión, basados en una voracidad egoísta, en un tímido y degradante conformismo y en otras tendencias autodestructoras que afloran en todos los hombres, florecieron tanto en la Edad Media, como prosperaran antes y seguirán prosperando en gran parte del mundo. El cambio esencial no estaba en el hombre. Tampoco surgió, como por arte de magia, del cristianismo. La influencia de la religión cristiana era potencial. En ella existía una doctrina generosa y sugestiva, pero el hombre mismo debía tomar la iniciativa o más bien debía ser libre para hacerlo. El gran cambio tampoco fue el don de una antigüedad clásica que con todo su conocimiento no había logrado liberarse ni del "genio teutónico", que se ha mostrado tan propenso como cualquier otro a ser víctima de la superstición y de la fantasía. No; el cambio sobrevino porque las fuerzas establecidas de la conformidad se habían roto y se volverían a romper repetidas veces, y mientras tanto los hombres pudieron aplicar en la práctica y aprender por la experiencia los principios cristianos básicos. A menudo, no cabe negarlo, los europeos de comienzos del medioevo tuvieron suerte. A menudo, al estudioso de la Edad Media, cuando sigue el curso de una evolución penosa, le parece que el juego debía haber concluido . . . como si la tiranía y la opresión feudales, ayudadas por la voracidad y astucia de los sacerdotes, por la ignorancia y crueldad de los campesinos, estuviesen a punto de triunfar. Repetidas

veces, acudió en su ayuda la conmoción de un nuevo cambio. Éste era en sí mismo el creador del cambio y de las renovadas oportunidades de cambiar. El cambio constante demostró ser el enemigo de la estrechez de pensamiento y el amigo inconsciente de la libertad.

Nuestros predecesores de principios del medioevo comenzaron a abrirse camino —y a abrirlo para nosotros— hacia la libertad, porque el estado de cosas les permitía aprender del pasado sin verse esclavizados por él. Lo que a ellos les costó aprender, podemos aprenderlo nosotros con mucho menos costo. Es mantenerse en condiciones —sobre todo en cuanto a la actitud mental— propensas al cambio; acoger al cambio, cuando llegue, con inteligente curiosidad; examinarlo con cuidado; aplicarle los *tests* de la dignidad humana y la libertad; y, más que nada, evitar la irreflexiva, asfixiante, casi automática negativa dictada sin razón por el miedo, la pereza y una engreída complacencia consigo mismo.

Como lo ha señalado R. G. Collingwood, el progreso no es sólo algo que debe ser descubierto por el pensamiento histórico; es algo que "sólo pensando históricamente se produce".[11] Hubo un tiempo en que el peor enemigo del nuevo Occidente, que se esforzaba en construir la civilización a principios de la Edad Media, era el Occidente antiguo. Los hombres del medioevo, por suerte para ellos y para nosotros, encontraron la manera de conservar en gran parte lo mejor del pasado clásico, mientras desecharon lo peor. No debe ofrecerle dificultades insuperables, a un mundo moderno históricamente alerta, conservar la tradición.

[11] *The Idea of History*, Oxford, 1946, p. 333.

BIBLIOTECA DEL
UNIVERSITARIO

TEMAS